

**epílogo político del Con-
sejo de Guerra de Burgos**

cuadernos de

ruedo ibérico

28

29

diciembre
marzo
1971



Ayuntamiento de Madrid



c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES

JOSE MARTINEZ

JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

6, rue de Latran, Paris 5.

Téléphone : 325-56-49

C. C. P. Paris 16 586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

número

28

29

diciembre-marzo 1971

Ayuntamiento de Madrid

sumario

Anchón Achalandabaso : El epílogo político del Consejo de Guerra de Burgos

3

Herbert R. Southworth : Los bibliófobos : Ricardo de La Cierva y sus colaboradores

19

Notas

47

La economía española en 1969 (Jesús Sancho, Carlos Clot) ; Sobre una noticia de Andalucía (José Sacromonte) ; Crecimiento y crisis del capitalismo español (Críticos) ; La acción política de Gil Robles (1931-1936) (Jean Becarud) ; Franco, la continuidad en el cambio (Luis Ramírez)

José Martín Artajo : Drama del cristiano caballero y heroico ejemplo de soldados don Gaspar Mascarón llamado el Bueno

74

Joaquín Casaldueiro : Por fin, sin esperanza

87

José María Blanco White : Cartas de España. Cartas X y XIII

91

Fernando Claudín : La revolución inoportuna (España 1936-1939)

116

Dibujos de Vasco y de Iñigo

Condiciones de suscripción en la página 2

Ayuntamiento de Madrid

Correo del lector

Me agradó mucho recibir nuevamente la revista. Creo debe continuar con el mismo número de páginas; los volúmenes de más cuerpo son de archivo, pero de lectura difícil. Comprenderéis que quien recibe « Cuadernos » está siempre retrasado de lecturas.

Como ya creo haberos dicho, sería conveniente organizar una campaña de suscripciones. Las ayudas

económicas tapan huecos, pero no dan vitalidad a la revista. Nuevos suscriptores son otras tantas voces en el coro —desafinado casi siempre— que es la vida de una publicación.

Incluyo cheque de 21 dólares para pagar las suscripciones de las siguientes personas... Si alguno de ellos ya fuera suscriptor daré otro nombre para sustituirlo. P. de la F. Roma.

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

6, rue de Latran, Paris 5

Teléfono 325 56 49

CCP 16 586-34 Paris

Precio de venta: cuaderno ordinario: 7 F; cuadernos atrasados (hasta el n.º 6): 14 F; colección completa (números 1 a 24): 150 F.

Condiciones de suscripción:

	6 cuadernos ordinarios
Francia	35 F
América (correo ordinario)	7 US \$
América (correo aéreo)	16 US \$
Otros países (correo ordinario)	7 US \$

La suscripción a **Cuadernos de Ruedo ibérico** da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico o de aquellas editoriales que representamos. Pídense catálogo.

El primer suplemento anual de **Cuadernos de Ruedo ibérico** es **Horizonte español 1966**. Precio: 51 F. El suplemento anual de 1967 es **Cuba: una revolución en marcha**. Precio: 48 F.

Cuba: una revolución en marcha

Suplemento 1967 de Cuadernos de Ruedo ibérico

Los orígenes. La guerra revolucionaria. El casticismo: teoría y praxis de la revolución cubana. Un socialismo en construcción. El nuevo pensamiento cubano. El arte y la literatura. Testimonios sobre la revolución cubana.

528 páginas 12 páginas ilustradas fuera de texto 106 ilustraciones 48 F

Editions Ruedo ibérico



Anchon Achalandabaso

El epílogo político del Consejo de Guerra de Burgos

Continuación y final entre la muerte y la vida

El Consejo de Guerra Sumarísimo 31/69 que con el nombre « Consejo de Guerra de Burgos » ha entrado en una historia contemporánea doméstica jalonada de trágicas semanas, desoladores amaneceres de sarracina, causas generales y procesos por la vía militar y sumaria, comenzó por fin el día tres de diciembre del año pasado. Y esto que los acontecimientos han

querido que fuese crónica casi en tiempo de serial con la intención reflexiva que el tema demanda se diluirá realmente en los acontecimientos venideros, ya inevitablemente marcados por encima del « Consejo de Guerra de Burgos » y de sus mismos directos protagonistas. No tendrá fin, porque el acontecimiento salta, política, y claro que humanamente, por encima de sí

mismo. No alcanzará un epílogo neto la crónica real del asunto. Y, Francisco Javier Izco de la Iglesia, Eduardo Uriarte Romero, Joaquín Gorostidi Artola, Mario Onaíndia Nachiondo, Francisco Javier Larena Martínez, José María Dorronsoro Ceberio, diez compañeros más que estaban en la liza —porque fue enconado duelo—, once compañeros más que con sus nombres y apellidos estaban —porque en este 31/69 residía nombrado al menos todo aquel militante de ETA con acusada participación en la empresa política del movimiento « País Vasco y Libertad »—, aunque la policía no fuera capaz de hacerles comparecer al acto; todos ellos han pasado de la condición de sufrientes protagonistas a la más elevada índole de testigos indirectamente motivadores del nuevo y patético enfrentamiento entre la democracia y el fascismo en el suelo de la península ibérica.

Pero todo no ha sido sencillo, y ya decimos que ni siquiera la Farsa terminó con el comienzo del año primero de esta década.

El Consejo de Guerra de Burgos incidentalmente fue la intensa anécdota que se conoce por la prensa, si es que se ha leído mucha prensa —incluida la del Movimiento en el papel de contrapunto gubernamental de la prensa normalmente civilizada. Mientras duraron las sesiones del Consejo hubo en Burgos libertad formal —libertad vigiladísima—, para protestar incluso públicamente y ante los órganos de información extranjeros por la carencia de libertad material y hasta en los términos de la expresión se pudo decir que el Consejo era lo menos parecido a un juicio de derecho. Nunca que sepamos la prensa internacional se había preocupado tanto de las cosas de España desde el final de la guerra civil; pero también es cierto que nunca la prensa española había mostrado tanto interés por una causa pública. Ese interés

sólo comparable al que despiertan las grandes catástrofes naturales llevó a la prensa a jugar un papel protagonista. Otros actores representaban al poder. Consideramos que el capitán Antonio Troncoso de Castro, el vocal ponente de este Consejo de Guerra y de todos los Consejos y Causas contra ETA, tenía a su cargo la gestión mediata más importante aunque menos espectacular, logrando para la memoria de la democracia española un puesto relevante y no precisamente muy honroso junto a aquel famoso coronel Eymar que desde el puesto de juez especial instructor « preparaba » las acusaciones e incluso las condenas desde casi el final de la guerra civil hasta el año 1963, fecha de la creación del Tribunal de Orden público y de su retirada de la escena represiva. Ahora la pieza clave —la que domina y conoce la situación jurídico-política— ha cambiado de situación en el tablero, ahora es el vocal ponente; el que tiene oficialmente la misión de asesorar jurídicamente al Tribunal y redactar materialmente la sentencia supuestamente acordada por el Tribunal lego. Medida de su importancia fue concretamente su « enfermedad política ». Como es el único miembro del Tribunal que no tiene suplente, al tercer día de sesiones se puso estratégicamente enfermo; parecía entonces —luego trataremos de dilucidar el sentido de la oportuna dolencia, lipotimia era, creo recordar— como si el gobierno hubiera decidido no acudir al reto que la fulminante paralización del trabajo en Euskadi y la oleada de manifestaciones en toda España le presentaba, o parecía simplemente que el poder tomaba aliento para tratar de predecir.

Otro papel relevante, de menor importancia real pero más espectacular estaba encomendado al coronel Ordovás; el papel de presidente del Consejo que tenía que jugar en facha de gran caballero, y olímpico

jinete en el sentido estricto, lejana ya la escuela prusiana y maldecidora de la oficialidad tradicional española. El coronel Ordovás tenía la misión de obstaculizar con buenos modales a la defensa y de no dejar hablar a los acusados. Era difícil, y en ocasiones, según transcurrían los acontecimientos políticos, el coronel perdía el equilibrio logrado con la buena crianza y el ejercicio del deporte. Sin duda los abogados interesaban también al Tribunal porque ellos sobre su valeroso papel objetivamente jubaban el de cobertura jurídica de la Farsa. Había que evitar que se fueran. Y los abogados parece que lo sabían. El coronel Ordovás, con los altibajos que producía el decurso extraprocesal de los acontecimientos, cumplió su función de pulido gendarme del Consejo, hasta que llegó la Ruptura Total. Después los principales protagonismos pasaron al santasorum de las oficinas del capitán general y del gobierno de la nación. Por otra parte, la Ruptura Total se venía venir desde que se abrió la sesión. Era difícil que el régimen en 1970 pudiera montar impunemente un escenario jurídico-militar con pasos de rigodón y cortesías procesalistas rodeados por la más impresionante muralla policiaca que jamás la cuna del Cid ha visto para que trece hombres y tres mujeres torturados, vejados, con los oídos taponados y las esposas hiriéndoles las carnes, confesaran y entraran en el juego. Estos hombres se declaraban marxistas y vascos y eran obreros, campesinos, estudiantes y sacerdotes.

Los abogados defensores eran dieciséis y fueron elegidos formalmente por los acusados y también (y en otro sentido) por el mismo Consejo de Guerra. Catorce vascos, un catalán y un madrileño. Parecía como si faltase un gallego y quizás un canario, no sabemos; pero lo cierto es,

que la defensa podía constituir una prefiguración política y nacional de la multiplicidad de España. El gobierno tenía prevista y autorizada la defensa para jugar un papel de coro contradictorio. Es elemental que para hacer un juicio se necesitan juristas, aunque hasta el año 1963 no fueron necesarios ni siquiera como coro. Pero esta vez las ventanas de la nación no pueden permanecer herméticamente cerradas. Los juristas en este Consejo de Guerra no rompieron nunca la baraja; esgrimieron la propia astucia y los cuerpos legales, tuvieron que preguntar si tenían la venia para pedir la venia, tuvieron que aclarar por qué unos trozos de papel habían llegado a los prisioneros en una cajita de medicinas, en vez de defender airadamente el derecho a comunicarse libremente con sus defendidos cuando las sesiones se interrumpían; molestaron al Tribunal porque el fiscal no llevaba el sable reglamentariamente preceptivo y porque el Cristo estaba a la izquierda del presidente en vez de a la derecha; estas cosas no eran simplemente pintorescas; creaban una tensión, el clima propicio a una ruptura que no iba a hacer la defensa sino los acusados. Y éste fue el sentido de la protagonización de la defensa: la aceptación del papel que el gobierno le concedía en el mismo seno de la Farsa. Pero además, los medios de la defensa en un asunto extrajurídico son puramente extrajurídicos.

Aquí, prepararon relativamente el trampolín para que los acusados saltasen, teniendo en cuenta que también hubieran saltado sin trampolín; y fueron una exacta expresión en el Consejo de la movilización general a nivel profesional; aunque expresión especializada y con el papel querido por el gobierno. En la verdadera dimensión extrajurídica de este histórico acto, el más colosal protagonista fue el público. Este colosal y problemático protagonista hasta

la duda y la ira fue el proletariado sin rostro y de límites inseguros.

El patético «crescendo» del Consejo de Guerra, sesión tras sesión, tenía fuera de sí mismo tanto su profunda causa como la parte primordial de su desarrollo. En el frente más lejano del proletariado las más venerables instituciones habían sufrido una sacudida notable y el gobierno trataba de armonizar «el sentir» de las instituciones que parecía desmandarse por la conmoción. Pero esta armonía forzada lleva parejo la instrumentalización de la institución, su pérdida de carácter, no simplemente constitucional sino hasta el carácter tradicional —aquello por lo cual es respetada la institución aunque no quede en esta hora ningún motivo para tenerle el más mínimo respeto. Nos referimos concretamente al papel jugado por el Tribunal Supremo de la Nación. El día 10 de diciembre la más respetada —respetada en términos liberales— institución del país declaró no haber admitido el recurso de casación contra la decisión de la Audiencia de San Sebastián que se había negado a requerir de inhibición a la jurisdicción militar. Los impenitentes juristas sin duda le pedían el pan y la sal al Tribunal Supremo, máxima expresión de la juridicidad que tanto tiene que ver con la imparcialidad; en el mejor de los casos, si los juristas no son nada ingenuos, pensando según criterios políticos de realidad, los juristas esperaban que a través de la aceptación del recurso de casación el gobierno tuviera una airosa salida en el nombre de la independencia de los «poderes» del embrollo político. El día anterior a esta declaración de parcialidad o de sumisión, como se quiera, el Consejo de Guerra de Burgos había terminado violentamente; se había producido la Ruptura y los abogados habían sido desprovistos de la defensa por sus clientes y ni tan sólo pudieron informar. El Tribunal

Supremo no es que se hubiera alineado con el poder. Estaba en donde siempre había estado: declaraba en el instante preciso en que el gobierno lo necesitaba que era un instrumento del poder gubernamental. El régimen ya había decidido contratacar frente al plante obrero, las manifestaciones en la calle y «la conjura internacional» expresada por la prensa, en la misma línea política dibujada el 18 de julio. A poco ni siquiera las palabras serían distintas. Con intermediarios o sin ellos la oligarquía ejercía un poder absoluto en su honda contextura sólo capaz de adecuar ciertos instrumentos modernos a una época cambiante. Si había «tecnócratas» disidentes el pulso lo tenían perdido desde el comienzo. ¿Qué hacía el Tribunal Supremo, máxima encarnadura jurídica del orden burgués en la justicia burguesa? Está compuesto dicho tribunal por los mismos venerables juristas funcionarios del Estado español que tan cautelosamente llevan el asunto MATESA, que sólo procesan y con mucho cuidado a cabezas de turco o a ministros dimitidos. El sesudo y vergonzantemente gubernamental diario **ABC** no esperaría más. El mismo día 10, con la noticia compuso un editorial diciendo «ésta es la legalidad española, no se hable más del asunto, el tribunal militar a su tarea punitiva».

La Ceremonia Expiatoria —como tan exactamente se le ha llamado a este Consejo de Guerra, creemos recordar que por la abogada parisina señora Halimi, que fue expulsada de España mientras asistía como observadora a sus incidencias— tenía que estallar casi fatalmente antes de lo previsto aunque todo el mundo considerase que el estallido llegaría. La gestación del Sumario 31/69 había durado casi dos años por varias razones concitadas. Una de ellas, la técnica jurídico-militar (?) de la «amalgama» consistente en componer un

cuerpo que resulte relativamente « coherente » de hechos y de responsables de actos aunque sean éstos de diferente índole para ofrecer el espectáculo del castigo al adversario político. Esta preparación exige sin duda una disciplina cuidadosa ; exige desprover a las víctimas de toda la dignidad y la costumbre humana hasta convertirles el peleles recitativos. Pero en estos últimos años la tarea ha estado llena de vicisitudes y de obstáculos. No se les ha dejado preparar bien los ensayos. Se han denunciado las torturas, se ha llegado incluso a lograr el procesamiento de algunos policías-entrenadores ; se han alzado muchas voces, reuniones y congresos para liquidar la jurisdicción represivo-militar, el Decreto de Bandidaje y terrorismo y para abolir la pena de muerte ; también algunos de los posibles protagonistas-víctimas lograron obtener la definitiva absolución que es la fuga de la cárcel... En fin, la composición de la amalgama iba a trancas y barrancas y no se podía trabajar bien entre bastidores.

La otra causa era exterior a la preparación « técnica » de la Ceremonia : No nos parece suficientemente probado a través de testimonios que el Ejército se negase en redondo a asumir el papel punitivo que durante una larga historia le había correspondido. Nos parece menos novelesco considerar que el régimen tenía que sacar adelante unos negocios políticos con el menor escándalo posible : entre ellos la Ley sindical cuya gestación transcurre en silencio gracias al inusitado clamor obtenido por el Consejo ; por otra parte el asunto MATESA y las negociaciones con el Mercado Común. El Consejo de Guerra era un explosivo de peligrosa manipulación. El desprestigio de la compañía organizadora estaba garantizado en cuanto se inauguraran sus sesiones.

Una vez comenzado, el régimen no se lo pudo quitar de encima y comenzó una doble escalada, dentro y fuera del Consejo ; sucedía que los amaños jurídicos entraban en la barrena de la trágica irrisión y lo que testimoniaba la Ceremonia era la agudización de la lucha de clases en España, la misma composición histórica de España, la oposición indiscriminada de las nuevas generaciones, la colisión de culturas que el fascismo había revelado sin pretenderlo, y sobre todo, la inutilidad patética del viejo tinglado represivo para atemperar a la oposición. A lo largo de las sesiones del Consejo, dentro de la sala militar y en la calle, todo hacía crisis vertiginosamente, en la sala se pronunciaban distintas palabras que las esperadas, que encima llegaban a todos los confines. El régimen también expiaba en esta Ceremonia ; sus representantes también recitaban el papel querido por sus víctimas.

Como sucede en todos los procesos políticos importantes los acusados se repartieron los temas y las actitudes a tomar ante el Consejo. Al contrario que en otras ocasiones en las que los acusados vascos se dirigían en su idioma al tribunal o se negaban a responder a la más mínima pregunta, con lo que naturalmente el asunto se terminaba ahí, en la pura negativa, esta vez, los acusados quisieron hacer un verdadero juicio político, que es el juicio explicativo de una plataforma política y de una conducta política. Los distintos frentes de actuación de ETA fueron más o menos explicitados. En resumen y según nuestro recuerdo —porque no tratamos de hacer una transcripción calcada del Consejo—, Gorostidi, obrero de Eibar, afirmó la índole proletaria y vasca de su ideología insistiendo en el hecho de la explotación y recalcando su solidaridad internacionalista con el proletariado español y con el del

resto del mundo; Uriarte y Larena, estudiantes de Ciencias económicas y de Medicina respectivamente, hablaron del frente político y cultural, negaron la acusación simplista de « separatismo » e insistieron en el papel que dentro del Estado español juega la plutocracia vasca como fundamental ingrediente de la oligarquía que posee el Estado. Según todos los acusados, estos « vascos » no tienen más nacionalidad que la del capitalismo internacional, colonizan su propio pueblo y en todo caso son menos vascos que los inmigrantes del resto de España que crean la riqueza en el País vasco, y en él son explotados. Echave y Calzada, sacerdotes, recabaron la necesidad del compromiso evangélico con su pueblo en lucha; para ellos la acción política no era una negación de su ministerio sino una obligación incluida en su vivencia religiosa. A Echave el fiscal le preguntó por qué llevaba pistola cuando le detuvieron. Respondió que para defenderse de la policía. Otros tuvieron a su cargo el tema de adoptar una actitud frente a los militares que les juzgaban: se declararon prisioneros de guerra y se negaron a responder a ninguna pregunta.

Bajo estas condiciones intrínsecas al Consejo de Guerra la Ruptura se veía venir porque el gobierno no estaba en condiciones, ni le era idóneo, de consentir que los acusados convirtiesen « su juicio » en una plataforma política. El diálogo en que consiste todo juicio, hasta cierto punto era mantenido en términos estrictamente procesales por la defensa. La relación juzgador-juzgado consistía en dos monólogos que a lo largo de los siete días que duró la Farsa —con sus interrupciones « tácticas »— sólo iban a converger en el punto crítico de la Ruptura. Cuando Onaindia Nachiondo fue sucesivamente interrumpido, avanzó hacia el Consejo con el ya casi

sacramental grito de « Gora Euskadi », la policía trató de desalojar la sala, se cantaron himnos patriótico-revolucionarios y la Gran Ceremonia Punitiva estalló. La crisis política llevada a la luz por este Consejo se trasladó totalmente al exterior, a la calle.

Esto no quiere decir que la calle no fuera la gran interventora a lo largo y hondo de esta historia. Al día segundo de sesiones del Consejo ya incidían juntos sobre él dos hechos que la apertura del Consejo había generado: el secuestro del Cónsul honorario de la República Federal Alemana en San Sebastián, Eugen Beihl, y el Estado de Excepción decretado por el gobierno para Guipúzcoa. No tan sólo los iniciados en la información política sabían que al desmantelamiento policiaco de una parte importante de la organización etista había seguido una escisión, que me parece que estuvo siempre ideológicamente latente; la noticia de la existencia de unos « duros » o « militares » frente a unos « políticos » o « comunistas » hasta la prensa española la había dado con profusión. La opinión pública —con las pistas que daban las declaraciones hechas por personalidades nacionalistas extrapirenaicas— atribuyó desde el primer momento el secuestro a los « duros ». Esto quería decir en principio que la causa del secuestro —la causa remota digamos— respondía a una visión muy particularizada de la extorsión política y entonces la escisión en el seno del movimiento ya no era una cuestión ideológica simplemente porque tenía inmediatos efectos tácticos que comprometían objetivamente a todo el mundo. El secuestro —al margen ahora de su valoración ética o utilitaria— también responsabilizaba al régimen tan celoso de prestar al mundo su imagen de cristiana energía, de orden y de país europeo; pero al mismo tiempo le prestaba un argumento de moral formal

ante una sensiblera burguesía tanto interior como exterior que como muy bien declaran los tupamaros no se escandaliza de que la policía torture al pueblo cuando lo tiene en su poder y se rasga las vestiduras cuando un diplomático que convive con el Estado torturador pasa unos días en compañía de los revolucionarios. Para todos los contendientes era éste un asunto de arriesgada manipulación ya que, además de los riesgos naturales que deben comportar este tipo de acciones, varios gobiernos estaban en la liza y seis penas de muerte en el aire. Además se revelaba que el espíritu numantino de la reacción española estaba vigente. Según este espíritu, muy acreditado por la historia, a quien más debía temer el Cónsul era al gobierno español «que nunca negocia con el honor» y que recorre con impavidez la senda de la justicia caiga quien caiga, como efectivamente insinuaban las declaraciones gubernamentales.

El secuestro producido el día primero de diciembre precipitó el Estado de Excepción en Guipúzcoa que sin duda por pura gracia de las consecuencias previsibles del Consejo de Guerra estaba preparado de antemano. Como otras veces, la provincia vasca fue rastrellada por la policía y por la guardia civil.

Las declaraciones y contradecaraciones de las dos facciones etistas arreciaron, pero ninguna de las dos facciones parecía —al menos oficialmente— juzgar ni siquiera en términos practicistas el hecho. Al margen de las credenciales políticas de los secuestradores era indudable que por lo pronto en el medio objetivo de los efectos de la información, el tema del Consejo de Guerra también se extendía por este «rocambolesco» canal de la excitación internacional. «Anai Artea», la entidad nacionalista vasca de apoyo a los refugiados políticos en Francia, se constituyó en

un centro de información general y quizás de efectiva negociación política. Sensiblemente se iban produciendo otros efectos políticos que rebasaban el efecto material de la peligrosa anécdota. Ciertas personalidades de la democracia cristiana española se precipitaron suscribiendo una carta dirigida al embajador de Alemania condenatoria del hecho. Seguían en el fondo siendo fieles a una moral muy abstracta que la concreción del momento hacía un tanto irrisoria. Pero la moral abstracta sirve para destilar la política de la democracia cristiana. La carta sería en el fondo un nuevo ofrecimiento al señor Shell; una patente de respetabilidad política para el futuro dirigida a los políticos bien pensantes de Europa. La mención en esta carta de algún defensor de los acusados de Burgos tuvo que ser desmentida por el afectado con lo que la única declaración pública de estos señores se encontró en un cierto entredicho. Es que lo que estaba pasando era tan grave y tan nuevos factores incidían que se desbordaban los gestos políticos tradicionales de la oposición. El desarrollo de la aventura iba también a superar a los propios secuestradores. El gobierno español entraba en una especie de frenesí que testimoniaba la prensa oficial no ya porque la rapidez de la marcha de los acontecimientos imposibilitaban a la policía española sus especializadas gestiones investigadoras sino porque el gobierno español estaba absolutamente marginalizado. En este asunto había sido condenado a la pasividad, era también una víctima; no podía controlar el evento. Y de tal manera fue así que el día de Navidad se encontró desarmado moralmente con la puesta en libertad del cónsul a cambio de nada, a cambio nada más que de lo sufrido y por el objetivo alcanzado por los enemigos del régimen. Con el cónsul apareció un comunicado suscrito por ETA. De él infería que o bien la diver-

gencia táctica entre « duros » y « políticos » había sido superada en este punto, gracias a que la represión descabellada iniciada por el régimen conduce a las distintas facciones que surgen en la oposición a una cierta unidad en la práctica, o bien los « políticos » habían impuesto la manipulación política sobre la idea catastrófica. El comunicado, después de aludir a titubeos iniciales, afirmaba que el secuestro se había convertido en un acto de propaganda encaminado a « atraer la atención sobre la existencia de nuestro pueblo », y que el objetivo había sido plenamente alcanzado. Para que no quedase ninguna duda sobre quien había decidido el final feliz rechazaba cualquier definición del pueblo vasco intentada sobre etiquetas racistas, y confesaban los redactores ser amigos del auténtico pueblo español y enemigos de los vascos de la casta dominante. Terminaban con una advertencia: si alguno de los de Burgos cae, la represalia será automática; en el aparato represivo del Estado hay mucho hacia donde apuntar.

Con la mera enumeración de los acontecimientos exteriores a la sala de la Capitanía militar de Burgos y con los exteriores al mismo solar de España, se podía ir pensando desde el comienzo de las sesiones del Consejo que cualquier condena a muerte ahondaría el aislamiento real del régimen, lo que presuponía necesariamente que la oposición contara con la suficiente fuerza para que ese aislamiento fuera la antesala de su desaparición. El « Manifiesto de Montserrat » de los cerca de trescientos intelectuales catalanes encerrados en el histórico monasterio benedictino fue el documento político de la oposición que parecía más representativo y enérgico. El **slogan** « la lucha del pueblo vasco es la nuestra » y un contenido general pidiendo la constitución de un poder provisional

que garantizase las libertades individuales y las nacionales de los pueblos de España, dio la señal al gobierno para suspender las garantías contenidas en el artículo 18 del Fuero de los españoles. Mediante ésta que fue llamada « miniexcepción » y que en realidad totalizaba dimensionalmente el estado de emergencia que estaba viviendo Guipúzcoa el régimen advertía que la policía tenía « públicamente » las manos libres en toda España. Como en el año 1945 —a diferencia de otros estados de excepción precisamente necesitados después del año 1945 cuando había que dar una apariencia de legalidad al verdadero Estado de policía duradero— el gobierno se hacía fuerte en el **bunker** político del 18 de julio de 1936 y amenazaba con su voluntad de resistencia militar frente a la « subversión interior » y la « conjura internacional », las dos voces mágicas. Por lo pronto contra « la conjura » poco se podía hacer. El Consejo de Guerra de ninguna manera podía ser popular en el mundo; y en este aspecto la espada tenía doble filo si se trataba de esgrimir el proceso de Leningrado; las huelgas del proletariado europeo contra el Consejo de Guerra y el boicot de los estibadores franceses e italianos tuvo una respuesta pintoresca: un boicot ordenado por un ministro del gobierno español contra los buques franceses e italianos que en buena medida abastecen de materia prima a la industria paraestatal española. Era insólito que un ministro de gobierno incitase a una medida gravemente penada en las leyes de ese gobierno —contemplada la figura punible incluso en el Decreto de Bandidaje y terrorismo— como represalia contra una decisión adoptada por unos sindicatos libres en el seno de países capitalistas. Se trataba, pues, de una colosal rabieta.

Frente a la « subversión » y a « la conjura » brotó el reflejo perfectamente condicio-

nado por la historia de la postguerra civil del « numantinismo » : las manifestaciones de adhesión a Franco, al Ejército... y a la policía. La trilogía institucional y salvadora de los buenos tiempos hispánicos había visto como el paso de los tiempos sustituía el elemento eclesiástico por el brazo del orden público ; era perfectamente sintomático ; la Iglesia —menos 23 obispos a la letra de una carta que apareció en una revista ultra— era muy sospechosa de deslealtad hacia sus salvadores terrenales. Todas las manifestaciones de adhesión cumplieron los mismos medidos pasos : convocatoria suscrita por las autoridades locales —en Vizcaya la oligarquía española versión local—, leva de agradecidos —los famosos « estómagos satisfechos » en el lenguaje popular español— y « lumpen » movilizable con el pollo frío envuelto en plástico, protección policíaca y misa previa en sufragio de los dos policías y el taxista todos muertos supuestamente por militantes de ETA. Conseguídos estos presupuestos materiales la manifestación salía a la calle con las banderas y pancartas desplegadas, llegaban al edificio oficial designado en la convocatoria, casi siempre el gobierno civil, y un joven falangista lanzaba una filial y agradecida arenga ; a continuación y todos en tono castrense, respondían el gobernador civil, el militar y el alcalde. A pesar de que cada ciudad tenía asignada su « cuota » de manifestantes a cubrir por la prensa, algunos diarios salvaron la honestidad recurriendo a un subterfugio : cómo las cifras de las agencias son contradictorias no damos número de manifestantes. De todas maneras el régimen no trataba de impresionar a los iniciados ; las manifestaciones de adhesión seguían cumpliendo la misma función diplomática que antaño. La masa movilizable, masa de maniobra del fascismo y citada en España por el poder fascista precisa-

mente en virtud de ese amparo se distingue por su obediencia. Regresaron sus componentes a casa desgañados y no salieron más a la calle. En Euskadi no resultó nada bien el número. En Bilbao se encontraron con una contramanifestación en distintos puntos de la ciudad ; en Pamplona, la secretaría carlista del duque de Parma había prohibido a sus fieles adherirse al coro, y en San Sebastián el gobierno fue comedido, ni siquiera hizo la convocatoria.

Ya no estaban vigentes los mismos alineamientos de la guerra civil a los cuales recurre el régimen en los momentos de peligro. De estos viejos alineamientos sólo procedía la masa de **lazzaroni** siempre encadenados al carro del poder, pero nada más. Los diarios fascistas podían titular la fiesta como « la respuesta de España » con lo que corrían el riesgo de negar su propia negación, que en « Euskadi » no había ningún español que respondiera favorablemente al sistema político vigente. El ministro de Justicia, señor Oriol, había leído el verdadero pregón de la contraofensiva gubernamental en una Asamblea de sargentos provisionales celebrada en Vitoria ; ese pregón, casi con las mismas palabras lo continuaron el señor Bau, presidente de la comisión de leyes fundamentales de las Cortes, y el señor Sánchez Bella, ministro de Información y Turismo. Deben de ser citados a título de diagnóstico sicopolítico. ¿ En dónde quedaba la imparcialidad de la ley y la imparcialidad de la información ? Las palabras fueron las mismas de los tiempos de « la Cruzada ». Por ejemplo : « Muchos olvidan que este régimen ha defendido gratis, como siempre, a la Cristiandad » —lo dijo el presidente de la comisión de las leyes fundamentales, el gestor de la constitución— ; claro que se reafirmaba que la guerra civil no había sido enterrada pero la inquietud se infiltraba

sobre la marea verbalista : Emilio Romero, el director del diario **Pueblo** hacía un llamamiento al « rearme político », porque « ¿ qué va a pasar cuando Franco falte ? » Esta constatación liquidaba toda la farándula.

El inevitable discurso de las ocasiones solemnes, el del vicepresidente del gobierno, fue pronunciado el día 21 de diciembre. Los anteriores habían cumplido con la virtud política de la reacción : machacar el yunque. Carrero Blanco dio un matiz más concreto a la gran oración y a su tono wagneriano de la intangibilidad patria : « Hay que fortalecer la potencia militar y aumentar la paga del soldado », « la guerra subversiva amenaza ». Era el momento, al fin y al cabo, de satisfacer las reivindicaciones expresadas por esa gran incógnita hasta cierto punto que constituye el Ejército español ; la reivindicación de las armas y la reivindicación del salario. Las masas y los acontecimientos estaban presionando al poder y parecía tomar forma de nuevo el fantasma del aislamiento ; el Ejército pechaba bien con el duro encargo del Consejo de Guerra y se dejaba utilizar como argumento de urgencia. Aunque supongamos que el grueso de la oficialidad no se sienta vinculada al 18 de julio es bastante para los intereses actuales del sistema político insistir en que hay una conciencia adquirida del arbitraje político y de defensa del orden constitucional que fue generado el 18 de julio y creado por los protagonistas del pronunciamiento. Esta es la trampa de la mediatez puesta en vigencia cuando se necesita : se desata el griterío de la masa de maniobra del fascismo doméstico, se fuerza la unidad gubernamental, se apela al Ejército que es bastión del Estado, y después, ya será posible reintegrarse a la decencia de la derecha europea. Puede que ahora el procedimiento de la

« justicia militar » española sea el mejor conocido del mundo. Al margen del procedimiento todos los trámites dibujan la silueta de una nube de cobertura jurídica para el control gubernamental de procedimiento y para la decisión final. Señalábamos que en esta ocasión el mecanismo de la « justicia militar » no había podido ser accionado con la precisión e impavidez de otras ocasiones. Un Consejo de Guerra de materia política si consiste en una maniobra punitiva y ejemplarizadora, terrorista, contra el pueblo disconforme, debe sorprender al pueblo o debe considerar que el pueblo está inerme. De lo contrario puede ser un suicidio premonitorio para el poder que organiza la Farsa. En este caso, lo que nos parece más sorprendente es que el régimen parecía estar muy seguro de su capacidad para capear el temporal. Esto es lo que habrá que someter a una rigurosa crítica. De todos modos, el Consejo de Guerra, si procesalmente ha alcanzado su punto final, políticamente es un punto de arrancada.

Por lo narrado, las causas que perturbaron desde su comienzo el funcionamiento del mecanismo represivo enumerativamente son las siguientes (hurtándonos a que el orden signifique una valoración) : **La fulminante detención del trabajo prácticamente total en la industria vasca junto con el repentino colapso en la vida ciudadana de la mayoría de las ciudades vascas, cierre de los comercios y manifestaciones en las calles. Huelgas irregulares en otras provincias del Estado.**

La inmediata solidaridad del proletariado internacional, sobre todo a través del sindicalismo europeo.

La expansiva publicidad dada por la prensa extranjera.

Las gestiones y acciones de las personalidades de la burguesía interior y exterior y de algunos gobiernos burgueses.

Ciertas declaraciones del Vaticano a pesar de la ambigüedad acreditada por su diplomacia y también las más o menos metafísicas intervenciones de los dignitarios de la Iglesia.

El modo propagandístico de operar sobre el asunto la liberación del cónsul secuestrado.

Más que una realidad estimada analíticamente fue una experiencia visual percibir cómo el Consejo de Guerra iba renqueando conforme los antedichos factores se desataban. Hasta los cambios de humor de la presidencia del Tribunal Militar, la enfermedad del ponente, la decisión negatoria del Tribunal Supremo de la nación, y ante todo, la incertidumbre de la mortal noticia, dependían más o menos de los acontecimientos enumerados y de la valoración política que de ellos hiciera —o iba haciendo sobre la marcha— el gobierno.

Este gobierno parecía titubear en cuanto al manejo que estaba haciendo del aparato punitivo y de la decisión que debía brotar de esta máquina. Nos parece, sin embargo, que resultaría ilusorio pensar —una vez más— que el gobierno titubeaba en la esencia de su propio poder sobre la nación y hasta en su uso. Muertos y heridos los hubo fuera de la sala, en las calles vascas. Los viejos y disparatados mitos alcanzaban una circulación práctica para las necesidades de la índole fascista del poder. Ahora, después, es cuanto sabemos que se desataba la tempestad en el laboratorio del gobierno para que el Gran Oficiante la aplacase con un gesto. Parece como si sólo a algunos sectores de iniciados de la oposición les interesase percibir una acusada diferencia entre duros y no duros en el seno del poder, entre generales que leen libros y generales que no los leen. Si es que es una cuestión de posiciones en el tablero, posiciones intercambiables, y

no una marca para toda la vida, parece que las posiciones en el poder iban siendo homogéneas.

En cuanto al primer factor enumerado, la movilización obrera interior, va a constituir inevitablemente un tema polémico. Pretendemos destacar una ausencia tan sorprendente como sintomática, aunque hubo otras muchas: la de la clase obrera asturiana. El proletariado asturiano no movió un solo dedo en favor de los procesados y Asturias, a lo largo de su historia, ha sufrido con prodigalidad farsas judiciales de la misma índole. El experimentado proletariado asturiano en huelga casi continua desde los últimos años es también generoso en solidaridad, pero esta vez, bien un género profundo de sabiduría de cara al futuro, bien un elemental rechazo de la noticia que atribuye a los revolucionarios vascos un separatismo rabioso, bien que este proletariado estuviera detenido en su esfuerzo económicamente reivindicativo, o bien que sus organizaciones no fueran capaces de movilizarle, el caso es que el proletariado asturiano se mantuvo en plena normalidad.

Por alguno de estos supuestos o por todos juntos y combinados funcionaría el rechazo previo de cualquier monopolismo sobre una dudosa victoria de las organizaciones revolucionarias, tanto como la necesidad de contribuir críticamente al estudio de estos días y de su tema raíz.

Para el proletariado vasco el asunto era vasco y de clase al mismo tiempo y la dimensión del reto gubernamental se vivía en términos estrictamente políticos. Había una corresponsabilidad vivida particularmente con el drama de los acusados que era exacta figuración del drama de toda España.

Nos parece que las organizaciones proletarias en el resto de España tuvieron demasiadas dificultades para hacer saltar

a la clase obrera por encima de sus necesidades reivindicativas, pero también por encima del propio programa de estas organizaciones. Puede que estos días demuestren que la perspectiva política de las organizaciones revolucionarias era una perspectiva de urgencia y no una política capaz de articular lo urgente en un contexto revolucionario general. La movilización en Cataluña fue esencialmente burguesa salvo meritorias y periféricas exclusiones, y el problema de Cataluña no se aleja en lo esencial del agregado de pueblos que es España, de Euskadi. Pero « las alianzas » funcionaron en el nivel que la burguesía demandaba o creía posible.

En otras importantes ciudades no ocurrió absolutamente nada. Pero es innegable que España vivió una acusada crispación. Lo que sucedió es que esta crispación no podía ser articulada en acciones concretas. Las masas sufrieron la orfandad y las anquilosadas fórmulas. No seremos tan ingenuos, suponiendo que el gobierno no contabilizaría la ira y la orfandad. Pero la ira popular es peligrosa y sobre todo no deja gobernar ; la ira popular exige desde el punto de vista del Poder Despótico el orden público. Cuando todo este periodo alcance la serenidad que la distancia proporciona se oirá decir justificativamente que hubo una cierta astucia de la oposición revolucionaria que ahorró sangre. Ahí estaba tremolando el fantasma del Ejército. ¿ Pero no es demasiado burda la respuesta ? ¿ No había otros medios ? Y casi tan de súbito como brotó la anodadora sentencia de las nueve penas de muerte, éstas fueron conmutadas. El epílogo de la Farsa salió medido y correctamente interpretado por todos los personajes. No faltaron, desde luego, los matices de la sorpresa bien dosificados para el espanto y el solaz del público. Cuando fue publicada la sentencia terrorífica, tan

fulminantemente como en el primer acto se repitió el colapso laboral y ciudadano de Euskadi, arreció la movilización de los sectores y cuerpos profesionales que antes se habían movilizado ; la base fascista ya no tenía fuelle para alzar de nuevo el grito de apoyo al gobierno y la pancarta, y prudentemente se la matuvo en la calle no fuera a estropear el epílogo. Aunque las protestas oficiales del exterior se pronunciaron más enérgicamente que nunca, el paralelismo publicitariamente eficaz del juicio de Leningrado mediatizaba la campaña de prensa y permitía a los medios informativos del régimen redondear la ceremonia coral consistente en explicar que el Estado moderno necesita hacer justicia hasta la extremosidad del asesinato. El juicio de Leningrado permitía relativizar el hecho revolucionario.

Y, reunidos el gobierno y acto seguido el Consejo del reino, Franco indultó. Especulaciones inmediatas que quizás duren bastante tiempo fueron si el indulto había sido dirigido contra la presión excesiva de algún sector ultramontano del Ejército y contra un sector numantino de la base fascista. De todos modos resulta arriesgado suponer que en España el indulto en estas condiciones contempladas resulte una medida de equilibrio. ¿ Qué fuerzas se equilibran ?

El Gran Oficiante, mudo hasta entonces, sale a la escena y domeña las fuerzas antagónicas que él mismo ha desatado. Y el reino se salva con ejemplaridad y clemencia. Pero también hay Farsas conseguidas con epílogos insólitos, insospechados para el mismo Director, y hasta con múltiples soluciones, y hasta contra el mismo Director de la Farsa. Por fin, en la misma Nochevieja vimos al Gran Oficiante cubierto con una máscara cerúlea brotar sobre su propio oscuro maniquí y no decir nada ; decir lo de siempre, lo

mismo que en casi todas las ocasiones de su largo oficio, y durante todas las farsas, con muertos sobre el escenario casi siempre, aunque ahora con un final relativamente feliz ya que las cabezas se han

salvado aunque no todavía la existencia. Pero esta vez el Gran Oficiante parecía, por primera y verdadera vez, ni siquiera estar en este mundo.

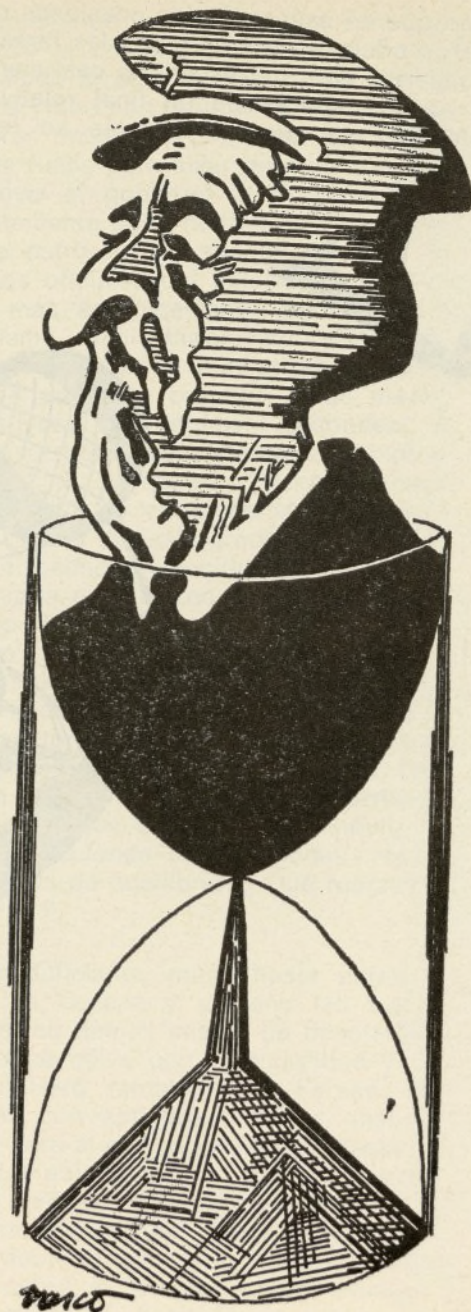
Euskadi, enero de 1971



El Consejo de Guerra Sumarísimo 31/69 prácticamente ha durado un mes y sus efectos políticos no han cesado. El carácter de estos efectos es una inevitable materia polémica y algo más arriesgado: un catalizador de los aciertos y desaciertos de la Oposición democrática. Además de que en torno a él posiblemente girarán las especulaciones sobre « la fortaleza » del sistema franquista.

Cuando redactamos esta crónica que no puede hurtar su carácter de resumen, las cosas que han pasado —y no siempre las más espectaculares— han vertebrado ya una realidad política que va teniendo sus consecuencias concretas. Aventuremos algunas: las detenciones « pausadas » aprovechando la suspensión durante seis meses del artículo 18 del Fuero de los españoles que ha configurado lo que se está llamado con bastante optimismo una « miniexcepción ». El régimen intenta dismantelar a las fuerzas revolucionarias sin hacer ruido. Este sería el sustrato para iniciar una maniobra de recomposición gubernamental con los máximos porcentajes de paz en el orden público. La otra consecuencia es de orden internacional: ha salido a la luz la verdadera faz del sistema, sus relaciones internacionales se deterioran y Estados Unidos es el único eslabón con el mundo. Este país no tiene remedio, dice la calle, « se le da una patada al ministro de Relaciones exteriores de Francia y se recibe con flores al de Etiopía... »

Podemos ver una vez más con las reglas de la práctica que cuando el deterioro político del sistema alcanza una cierta cota se expone a ser juzgado en los periódicos del mundo si el sistema trata de juzgar alguien en una sala un poco abierta. Lo que otros y nosotros hemos llamado « la Ceremonia Expiatoria del Consejo de Guerra de Burgos » tiene este significado. El régimen expia su pasado en el escenario español y a la luz del mundo. Insensiblemente en ese punto represivo se había acumulado toda la historia de los treinta años; pero no sólo la patética historia de los fusilamientos y las torturas, sino sus causas estructurales: la explotación. El régimen no ha expiado concretos errores de gobierno, sino el ser superdestilado heredero de toda la práctica reaccionaria contra el pueblo. Los represaliados de ETA congelados en el patio del penal de Burgos con las heridas aún no cauterizadas, receptarios de la « piedad de Franco » por la gracia del coraje de su pueblo y de las reglas de la política internacional, han sido superados por el propio tema del destino político colectivo de España. Luigi Longo ha escrito en *Rinascita* que las democracias europeas tienen una enorme deuda con el gobierno español. No sólo las democracias europeas. No es momento para remontarse a los tratados de reparto de las zonas de influencia en Yalta y Postdam, pero sí lo



es para denunciar cualquier pretexto diplomático o comercial para apuntalar un sistema que sólo cambia de cara sin moverse de sitio. Los represaliados de ETA, entre otras causas, han añadido al constante testimonio de la lucha contra la explotación que ha dado la clase obrera española, su sacrificio por la lucha contra la opresión nacional y cultural. Entonces es que empezamos la década de los setenta con la verdadera esencia de la España denunciada. Toda la farándula y la fraseología en su más claro papel encubridor. Además de que España es exclusiva propiedad de la misma oligarquía que ganó la guerra civil con el apoyo y la abstención internacional, resulta que España es un agregado de pueblos sometidos, que nunca, absolutamente nunca, han tenido la oportunidad de elegir libremente su destino.

Otras veces en semejantes ceremonias punitivas, procesados vascos y catalanes, obreros casi siempre, han hecho afirmación del internacionalismo proletario que excluye la explotación nacional de un pueblo sometido al Estado común. Pero entonces el tema general de esos Consejos de Guerra —o de semejantes actuaciones del Tribunal de Orden público— era la explotación de la clase obrera y la lucha por las libertades «individuales» y «sindicales». Ahora, en un contexto más específico, era juzgada una organización política que desenmascaraba la acusación de «separatismo» como ideología premonitoriamente pequeño burguesa y afirmaba la correlación dialéctica entre el proletariado internacionalista y la lucha por la liberación nacional.

Esto es lo que, aunque hubiera estado suficientemente explicado en los programas y en los escritos de los partidos políticos revolucionarios, por no ser objeto de explicación propagandística, por no haber pasado todavía a constituir materia del «sentido común revolucionario», ha confundido a muy combativos sectores revolucionarios y no ha permitido que la respuesta popular al Consejo de Guerra fuera profunda ni todo lo extensa que se necesitaba para ahondar la crisis del sistema. Se podría decir que algunos sectores del proletariado fueron sorprendidos el día 3 de diciembre. Fueron sorprendidos políticamente no cronológicamente ni en cuanto a la dimensión de la mortal amenaza que pesaba sobre los jóvenes vascos. Esto puede indicar que las organizaciones obreras sentían cierta dificultad para saltar del medio de las reivindicaciones económicas y del medio de la solidaridad **in extenso** de la clase que no deja de ser con la fundamental importancia que tiene la expresión intensamente humanística de la reivindicación económica y sindical de la clase explotada.

Hemos dicho aquí y en otros sitios que el régimen creyó que en el mes de diciembre la maniobra puni-

niva no le saldría excesivamente cara. También que una vez metido en la faena teatral, no estuvo seguro nunca; incluso pensó en la posibilidad de dejar la pieza inconclusa. Es fácil pensar desde la oposición porque es medianamente cierto —es casi un axioma— que la indecisión gubernamental era el producto de las tensiones internas. Pero el régimen que tal como es hoy es el resultado de estas tensiones decidió comenzar el Consejo de Guerra, éste es el hecho punto de partida para cualquier análisis. Constatado este hecho preferimos suponer —nos parece más lógico usando del papel de observadores cronistas— que este régimen tenso, políticamente aislado de su propio pueblo y excrecencia actual del capitalismo norteamericano confiaba en la falta de acuerdos entre los partidos de la oposición y en la crisis interna del movimiento comunista versión española para conducir la farsa de este invierno al puerto de la muerte.

El cálculo le falló por una natural infravaloración del pueblo de España en general y por una supervaloración de la indiferencia burguesa europea hacia los países oprimidos y sobre todo hacia su proletariado. El tema matriz del diciembre español fue rápidamente el tema de la libertad traducido a situaciones y palabras universales. Lo típico de España era la opresión y esto sí que fue fácilmente inteligible para los medios europeos. «El Sol y el Terror», es el slogan que ha quedado después de la campaña diplomático-publicitaria iniciada por el régimen en el año cero de nuestra década. Es sintomático verificar para comprender tanto el desmedro en cuanto a los contenidos políticos de las organizaciones revolucionarias actualmente como para diagnosticar qué situación tenemos para arrancar hacia el futuro, lo sucedido en Cataluña. Las «alianzas» cuajaron en Cataluña; el «Manifiesto de Montserrat» —la lucha del pueblo vasco es nuestra lucha— ya es la plataforma insoslayable de la democracia política —«libertades individuales y nacionales» en el seno de un gobierno popular—; sin embargo en ese clima esencialmente político, el Consejo de Guerra de Burgos y su temario sólo intensificó sentimentalmente la lucha por unas reivindicaciones económicas en curso. No fue un salto de novedad. El proletariado catalán si bien podía ser sensible a su condición solidaria con los vascos, protagonizaba su propia condición de objeto de la explotación indiscriminada, pero no su condición política catalana. El «Manifiesto de Montserrat» es —en su mejor sentido, desde luego— un programa de políticos.

El Ejército es la gran incógnita. En esto parecen estar de acuerdo hasta los propios militares. ¿Era el Consejo de Guerra de Burgos un regalo o una provocación contra el Ejército como institución independiente y decisiva? En estos casos, la esperanza

española opera mágicamente. Un amago de protesta es conspiración; una postergación es un castigo al rebelde; la carta famosa de García Valiño recomendando moderación al capitán general de Burgos es toda una crisis. La magia consiste en tener la clave antes de que estén planteados verdaderos y rotundos datos políticos. Lo único cierto, me parece, es que el Ejército es el mismo régimen sobre todo en esa parte fundamental de los principios: la conservación de la intangibilidad y de la unidad de la nación, que es lo que ha necesitado la oligarquía histórica para explotar a todo el país. Las desavenencias —aunque lleguen a ser importantes— serán meras cuestiones de procedimiento.

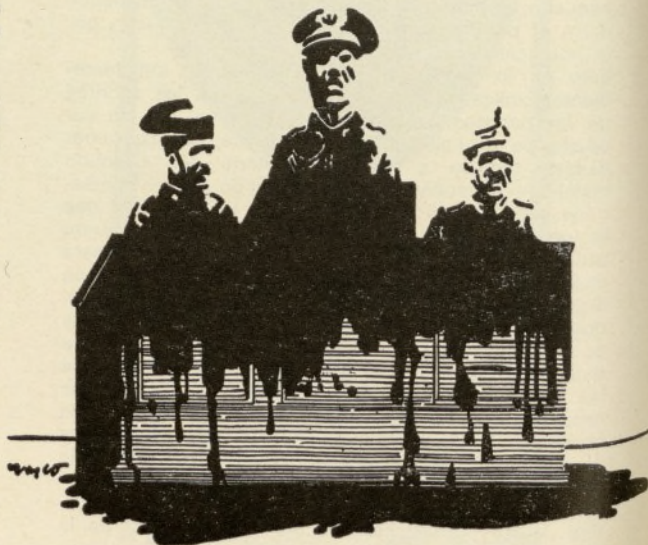
Hasta ahora —y van treinta años si contamos desde la guerra civil— el Ejército como institución armada y burocrática sostén del sistema político no ha tenido ningún inconveniente en asumir el papel de oficiante de estas farsas y de verdugo. Se me dirá que los hombres no son la institución. Como en el caso de la Iglesia. Pero bien cierto es que los hombres considerados individualmente y educados en la escuela de la disciplina y en la costumbre de disparar desde hace más de media historia contra su propio pueblo, no son nada de fiar en el establecimiento de una política de contenido democrático. La Iglesia es otra cosa. La institución está comprometida, pero su constitución y el carácter de intelectuales orgánicos que tienen sus miembros facilita asunciones y trasvases de conciencia democrática. En los casos límites como el que vive el pueblo vasco, incluso cuantiosas vivencias proletarias.

En resumen, el Consejo de Guerra se ha superado a sí mismo y en este sentido la Ceremonia ya pertenece a la historia. El régimen se ha deteriorado gravemente porque los vectores de las crisis que iba arrastrando se anudaron en esta Causa General contra uno de los pueblos de España y por su mediación contra todos los pueblos de España. Se revelaban muchas miserias políticas, todo el drama de una conducta represiva y la incapacidad de gobernar —hasta desde un punto de vista burgués— que se traduce en el empleo indiscriminado de la fuerza y en la deificación del orden público. La otra cara de esta moneda de problemático valor consiste en que los acontecimientos de este diciembre prestarán cierto sentido a la crisis de la oposición y darán otras posibles explicaciones a la lentitud con que ha marchado el proceso de la lucha democrática. Habrá que plantearse entre otras muchas cuestiones el juego y la importancia de las contradicciones del sistema reaccionario español, el valor indiscriminado

de las alianzas, y el método general de la lucha. Y, sobre todo, empezar a considerar que la España que tenemos no es la que nos han explicado. Ni siquiera la que nos ha contado la Democracia española.

A. A.

Euskadi, enero de 1971



**Herbert Rutledge
Southworth**

Los bibliófobos :

Ricardo de La Cierva y sus colaboradores

Es ya lugar común admirarse del gran número —generalmente exagerado¹— de obras escritas sobre la guerra civil española. Es natural, y aun elogioso, pues, que sean compuestas entre exclamaciones admirativas, bibliografías para ayudar a los investigadores a encontrar su camino entre los montones de papel impreso. Pero es curioso que la lucha del pueblo español, que ha inspirado tantos de los mejores escritores de más de una generación, sea tan pobremente servida, en España y lejos de la península, por los esfuerzos de los eruditos para poner un poco de orden en los estantes de las bibliotecas.

El esfuerzo más reciente², el de un equipo de cinco universitarios españoles, encabezado por Ricardo de La Cierva, funcionario del Ministerio de Información y Turismo (jefe de la Unidad [antes Sección] de estudios sobre la guerra de España), y catedrático de Geografía e Historia y figura central de la nueva escuela neofranquista de historia de la guerra civil española, es ¡ay dolor! otro fracaso. Cuenta habida del número de sus páginas, de las personas implicadas, de las horas de trabajo gastadas, el fracaso es todavía más grande.

Una bibliografía es una lista de libros. El objetivo de tales listas es ayudar a encontrar más rápidamente a doctos e investigadores información bibliográfica pertinente sobre cierta materia. Es un instrumento para ganar tiempo. Una bibliografía es como un diccionario, una enciclopedia, o con una comparación más ordinaria, como

un catálogo comercial o una lista de teléfonos. Si el 10 % de la información dada por un catálogo fuese inexacta, el comerciante quebraría. Si el 10 % de los números de un anuario telefónico son inexactos, el sistema no funciona.

El investigador que depende de la bibliografía del profesor de La Cierva para guiarse por los laberintos de la literatura sobre la guerra civil española se encontrará muchas veces en la situación del comprador ante la falsa información del catálogo comercial o del cliente del teléfono ante un número erróneo. Se puede afirmar, sin temer la contradicción, que jamás en la historia de las letras eruditas fue publicado un catálogo con tanta información errónea.

Hay especies diversas de bibliografías ; pero cualquiera que sea su clase, la obra

1. Ricardo de La Cierva, en *Arriba* del 31 de enero de 1970, habla de 25 000 títulos. ¿Cuáles son estos títulos? ¿Y qué es una obra sobre la guerra civil española? ¿Aquellas dedicadas totalmente a la guerra civil? ¿O también las dedicadas parcialmente a ella? Ha sugerido igualmente que el número de obras dedicadas a la guerra civil española sobrepasa el de obras dedicadas a la segunda guerra mundial. Es ridículo sugerir tal cosa. La guerra de España fue una guerra civil, luego limitada geográficamente. Aun siendo de importancia militar limitada, atrajo la atención de todo el mundo y provocó una literatura enorme. Probablemente, no existe otro acontecimiento en nuestro siglo tan limitado geográficamente que haya dado lugar a tantos escritos. Pero no era una guerra mundial, aunque como ha sido escrito muchas veces, y como lo ha afirmado hace algún tiempo André Malraux en la Televisión francesa, fuese una *répétition générale* de una guerra mundial.

2. R. de La Cierva y colaboradores: *Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes*. Madrid-Barcelona, Secretaría general técnica del Ministerio de Información y Turismo, Ediciones Ariel, 1968.

tiene siempre dos aspectos : 1) la estructura o armazón ; y 2) las referencias bibliográficas en sí mismas. Estudiemos en primer lugar la estructura de la bibliografía del profesor de La Cierva y sus colaboradores. Todas las bibliografías no exigen la misma estructura. Esta es determinada por el contenido ; su finalidad es exhibir la mercancía de la manera más ventajosa. Se puede dar por sentado que si el material bibliográfico ha sido bien comprendido por el compilador, la estructura será la adecuada casi automáticamente. Si el trabajador entiende la naturaleza de su materia, sabe presentarla al público. En el caso que ahora estudiamos, la bibliografía sobre la guerra civil española auspiciada por el Ministerio de Información español, las vitrinas han sido mal concebidas para la presentación del material bibliográfico concerniente a la guerra civil española en forma conveniente para el investigador, el estudiante, el bibliotecario.

Observemos el esqueleto de la bibliografía del profesor de La Cierva. Está compuesto de dos elementos principales y tres partes secundarias. El primero de los elementos principales es una lista alfabética de nombres de autor —o de título de obra cuando no hay autor— dividida en las 28 letras del alfabeto español y titulada « Antecedentes ». Estamos pues ante los antecedentes de la guerra civil. Las entradas no han sido numeradas.

El segundo de los elementos principales es parecido al primero, pero se titula « Guerra » y trata de la guerra civil propiamente dicha.

Los tres elementos menores son índices : 1) onomástico ; 2) toponímico y 3) sistemático. Prácticamente carecen de todo valor pues, a partir de ellos, **es imposible referirse directamente a una entrada determinada** ; las entradas no tienen número propio ; por ello, lo más que se puede hacer es

referirse a una página, en la que figuran de 17 a 20 entradas. La ausencia de un número por entrada establece una situación en la que, para hacer una referencia exacta a una entrada, sería necesario repetirla casi enteramente (nombre del autor, título, etc.). Este procedimiento sería extremadamente costoso y por eso los editores del volumen no lo han puesto en práctica. En consecuencia, todo cuanto puede saber quien utilice el catálogo es que entre las 20 referencias de una página puede haber una —o más de una— de las que está buscando. Pero nunca puede saber con seguridad que la entrada que el escoge entre las 20 es la indicada por el índice. Y tampoco puede saber si en la página indicada por el índice hay más de una referencia correspondiente al tema que le interesa.

Puesto que las entradas se hacen alfabéticamente por nombre de autor, el índice onomástico se refiere naturalmente sólo a los nombres que aparecen en cada texto en otra calidad que la de autor : por ejemplo, autor de prefacio, etc. Tal sistema tiene la ventaja de limitar las entradas mismas a los nombres de autor ; los demás nombres, ya sean contribuyentes a antologías, o autores de introducciones, etc., aparecen subordinadamente en la entrada, con referencia en el índice. Ricardo de La Cierva no ha aplicado este método, abandonándolo **en favor de un sistema que hincha inútilmente el número de entradas y por consiguiente el número de páginas.**

Otro índice, muy necesario, ha sido totalmente omitido : **el índice de títulos.**

La división entre « Antecedentes » y « Guerra » es racional, pero pierde su significación si los límites de ambas secciones no han sido cuidadosamente definidos. En la Introducción general del profesor de La Cierva, leemos : « Nuestra delimitación bibliográfica de los antecedentes de la

guerra es más empírica que teórica ; vamos a referirnos casi con exclusividad al siglo XX [...] no pretendemos haber realizado un catálogo exhaustivo para la época 1898-1935. » En otra página afirma, refiriéndose a la sección « Antecedentes » : « Hemos incluido las obras de nuestra biblioteca y de los catálogos y referencias que posemos y creemos dotados de interés histórico para el siglo XX español. » Los límites de la sección « Guerra » son definidos como sigue : « Las obras publicadas en España entre 1936 y 1939 (sin una delimitación tajante en la cronología de los meses) aunque no tengan relación directa con los acontecimientos militares, políticos o socioeconómicos de la guerra. Las obras publicadas fuera de España que tengan relación con la guerra española en ese mismo periodo. Las obras posteriores publicadas en España y fuera de España con relación a la guerra civil española. »

Estas definiciones revelan cierta confusión y, en realidad, un estudio de la bibliografía muestra que las personas que la compilaron no tenían ellas mismas una idea muy clara de lo que querían significar exclusivamente por « Antecedentes » y « Guerra ». ¿ Dónde termina « Antecedentes » ? ¿ Dónde comienza « Guerra » ? ¿ Y dónde termina « Guerra » ? Y, finalmente, ¿ dónde comienza « Antecedentes » ? De La Cierva habla del siglo XX, pero una de sus referencias tiene fecha de 1876 y quizá haya otras todavía más antiguas. La mayor parte de las referencias anteriores a 1900 no se encuentran en la bibliografía porque el grupo del Ministerio de Información pensara que tenían un « interés histórico », sino porque fueron accesibles para el grupo y fáciles de copiar de la bibliografía, extremadamente útil, de Renée Lamberet : **Mouvements ouvriers et socialistes. L'Espagne (1750-1936)**. Otra fuente importante de las entradas incluidas en « Antecedentes »

se halla en los catálogos de libreros de Madrid y Barcelona. La experiencia de muchos años me permite expresar mi confianza en los catálogos de estas personas. Quiero simplemente señalar que los compiladores de estas fichas —R. de La Cierva y sus ayudantes— han visto muy poco de estas obras por sí mismos. Es mucho más fácil copiar las listas de otros, y el trabajo es más rápido.

Queda oscuro dónde comienza « Antecedentes ». Es igualmente oscuro dónde termina. Y dónde comienza « Guerra ». Estas dos secciones no son realmente complementarias, porque sus límites no han sido bien definidos en la mente de los compiladores. Tal incompatibilidad, que no ha sido aún enteramente reconocida por los compiladores, aparece con frecuencia en criterios contradictorios sobre clasificaciones, como, por ejemplo, en la de los tratados políticos, publicados en la zona nacionalista durante la guerra y en España desde entonces. Así, en la página 535, una edición de 1941 de la publicación anterior a la guerra de Víctor Pradera, **El Estado nuevo**, así como su traducción al inglés de 1939, se encuentran en la sección « Guerra ». Pero en las páginas 506-507, publicaciones de la misma categoría, diversas colecciones de textos de José Antonio Primo de Rivera, editadas en esta forma por vez primera después del comienzo de la guerra, son incluidas en « Antecedentes ». Ni siquiera en el caso de las obras de Primo de Rivera hay acuerdo entre los bibliógrafos del Ministerio de Información. Las **Obras de José Antonio**, publicadas en 1941, son tratadas como parte de « Antecedentes » (p. 506), pero **Obras completas de José Antonio Primo de Rivera** (p. 576), entrada esta vez bajo el nombre del compilador Agustín del Río Cisneros, publicadas en 1950, entran en la categoría « Guerra ». Las obras de Ruiz de Alda, todas

ellas escritas antes de la guerra civil, publicadas como **Obras completas** por primera vez en 1939, tienen derecho a ser incluidas en « Guerra » (p. 591). Pero una edición de **El Estado nacional** de Onésimo Redondo, de 1939, está clasificada en « Antecedentes » (p. 551); otra edición de la misma obra (erróneamente atribuida a Juan Aparicio) está catalogada en la sección « Guerra » (p. 43). **Obras completas** de Onésimo Redondo (p. 566), publicadas en 1954, que contiene textos totalmente escritos antes de la guerra civil, e incluyendo **El Estado nacional**, es considerada parte de « Guerra ». La tercera edición de **Defensa de la hispanidad** de Maeztu, aunque fue publicada en 1938, en plena guerra, buen ejemplo de la propaganda de Acción Española de la época, con una « evocación » significativa de Eugenio Vegas Latapíe, que trata de la guerra civil, se encuentra en « Antecedentes », y la « evocación » no es ni siquiera mencionada (p. 404).

Estos ejemplos deben servir para demostrar que el grupo que ha trabajado en la bibliografía jamás tuvo un criterio consciente de los límites exactos que gobernaban « Antecedentes » y « Guerra ». Sin embargo, unos minutos de reflexión sobre las obras políticas de los pensadores políticos de las facciones del Movimiento bastan para decidir que estas obras deben pertenecer a la sección « Guerra ». Estas obras políticas de falangistas y derechistas deben su publicación después de julio de 1936 exclusivamente a la dirección política reaccionaria impuesta por la guerra civil, y a la guerra de propaganda entre las facciones. Lo chocante no es tanto que se encuentren en una sección cuando lógicamente debieran estar en otra, sino que parte de ellas se halle en una sección y parte en otra. **Parece evidente que ningún sistema básico haya sido adoptado en la**

construcción del armazón de esta bibliografía.

Siguiendo la línea de pensamiento iniciada más arriba, observamos que se encuentran en el catálogo del Ministerio de Información muchos libros clasificados en la sección « Antecedentes » que con igual lógica podrían estarlo en la sección « Guerra ». Son éstos las obras que tratan de la historia de la República desde abril de 1931 hasta julio de 1936, pero escritos durante o después de la guerra civil, desde el punto de vista de los conquistadores o de los conquistados. Estos libros deben también su forma actual a la guerra civil. La **Historia de la segunda República española** de Joaquín Arrarás (p. 14), no es más que una justificación de la « cruzada » de Franco. Es verdad que cubre el periodo « Antecedentes », pero, ¿no pertenece también a la categoría « Guerra »? ¿En qué lugar debe ser clasificada **No fue posible la paz** de Gil Robles (p. 267)? Se trata en general de hechos anteriores a la guerra, pero el libro, incluso en su título, es mera justificación del ataque militar contra la República. Diego Martínez Barrio publicó en Barcelona, en 1937, un librito titulado **Páginas para la historia del Frente Popular**. Las primeras 24 páginas tratan del periodo anterior a la guerra; solamente las cinco últimas se refieren a la guerra misma. Este libro se halla clasificado, correctamente según mi opinión, entre los de « Guerra » (p. 436). Pero esto no resuelve todo el problema, pues el libro concierne, y en su mayor parte, a « Antecedentes ». ¿Qué hacer? Otro problema plantea una entrada tal como los tres tomos de **Historia de España** de Antonio Ramos-Oliveira, publicados en México. De La Cierva sitúa los tres tomos en « Guerra » (p. 563), aunque solamente las páginas 271-405 del tomo III traten de la guerra civil. ¿Cómo resolver el problema?

Pero parece que el equipo del Ministerio de Información no se haya apercibido jamás de tal problema.

La sección « Antecedentes » se desborda en « Guerra », y la sección « Guerra » retrocede a « Antecedentes ». Y, ¿dónde termina « Guerra »? Los editores nos informan sobre este punto, simplemente, que la sección contiene « las obras posteriores [a la guerra] publicadas en España y fuera de España con relación a la guerra civil española ». Es una definición amplia y vaga. Hay obras en la sección « Guerra », muchas, que no tienen nada que ver con la guerra misma, publicadas después del fin de las hostilidades oficiales. Más bien pertenecen éstas a una sección que podría llamarse « Consecuencias de la guerra civil española ». La existencia de esta categoría está implícitamente reconocida por los autores de la bibliografía, porque incluyen muchas obras de tal categoría en la sección « Guerra ». El hecho de que las obras que forman parte de la categoría « Consecuencias » sean incluidas en « Guerra » parece indicar que en el razonamiento de los compiladores, forman un todo. Y la confusión sobre los límites finales de la sección « Guerra », ¿no indica simplemente una confusión sobre los límites finales de la guerra misma? Es útil que observamos aquí unas entradas que pertenecen sin discusión a « Consecuencias » y que aparecen en « Guerra ». Por ejemplo, el libro de « Torrent García, Martín »: **¿Qué me dice usted de los presos?** (p. 649), que trata de la represión posterior al fin de la guerra. Por ejemplo, el libro de « Vuillet, Pierre » (« Ippecourt »): **Les chemins d'Espagne** (p. 683), que trata de los europeos antifascistas encarcelados en España durante la segunda guerra mundial. Por ejemplo, « Salvador, Tomás »: **División 250** (p. 607), que trata de los españoles en el frente del este durante

la segunda guerra mundial. Por ejemplo, « Martínez, Carlos »: **Crónica de una emigración** (p. 435), que trata de los refugiados españoles de 1939 en las Américas. Por ejemplo, « Liberovici, Sergio » y « Straniero, Michele L. »: **Canti della nuova resistenza spagnola, 1939-1961** (p. 389), que trata, como su título indica, de la lucha interior contra el régimen. Por ejemplo, « Andújar, Manuel »: **Saint-Cyprien, plage...** (p. 40), que trata de los refugiados españoles en Francia. Por ejemplo, « Garriga, Ramón »: **Las relaciones secretas entre Franco e Hitler** (p. 289), que trata de España y la segunda guerra mundial. El índice no habla de estos temas. Ni de la represión franquista, ni del encarcelamiento de los antifascistas, ni de la División Azul, ni de los refugiados españoles de 1939 en las Américas, ni de la lucha interior contra el régimen, ni de los refugiados españoles en Francia, ni de Franco y la segunda guerra mundial. Pero el hecho de que estos títulos aparezcan indica que los compiladores ven una relación entre la guerra civil española y tales temas, que son « consecuencias » de la guerra civil. Otra categoría de obras que aparecen en la bibliografía y que tienen su origen en la postguerra está constituida por las colecciones de discursos de los ministros del régimen. Ejemplos son las obras de José Antonio Girón (p. 296), de José Luis de Arrese (p. 51), o de Raimundo Fernández Cuesta (p. 246). La inclusión de estas obras es otra indicación de que los autores del catálogo tienen ideas indefinidas en lo que respecta a los límites finales de la guerra civil española.

Las incompatibilidades que hemos sugerido aquí tienen su origen en las fallas de la estructura de la bibliografía. Si los materiales que debían ser presentados dentro de la arquitectura hubieran sido suficientemente estudiados, si las necesi-

dades de los historiadores, escritores y bibliotecarios que iban a utilizar este catálogo hubieran sido comprendidas, se hubieran efectuado reformas radicales en el armazón. « Antecedentes », que comprende la tercera parte de las páginas y que, según confesión de los compiladores, tiene un valor reducido y que no pretende ser ni completo ni representativo, hubiera sido completamente suprimido. Y los compiladores hubieran podido concentrar sus esfuerzos sobre el objetivo principal, una bibliografía titulada **La guerra civil española y sus consecuencias**. Este es un título completo, y es el título que define y describe el contenido de la sección de la bibliografía llamada « Guerra ».

Si hubieran concentrado toda su atención sobre la guerra civil propiamente dicha y sobre sus consecuencias, habría saltado a la vista de los compiladores que en una bibliografía de la guerra civil española los libros deben ser divididos en dos clases y, si la obra ha de constituir una ayuda para el historiador, el estudiante y el bibliotecario (a quienes tales obras están, teóricamente, destinadas), esta división debe ser claramente señalada. Existen libros que tratan de la guerra civil española de manera indiscutible; por ejemplo, **The Siege of Alcazar** del corresponsal de guerra norteamericano H. R. Knickerbocker. Pero existen libros que tocan la guerra civil española sólo marginalmente. Y éstos son muchos. E importantes. Estos libros que sólo marginalmente tratan de la guerra civil española son los que permiten inflar tanto la bibliografía de tal conflicto. Por ejemplo, el primer tomo de las memorias de guerra de Churchill: **The Gathering Storm [Cómo se fraguó la tormenta]**; de las 763 páginas sólo unas diez tratan de la guerra civil española, pero éstas dan la opinión de Churchill sobre el asunto. ¿Quién puede decir que esta opinión no tiene importancia

y que el libro no debe figurar en la bibliografía? Otro libro de la misma índole, **This I Remember**, de la señora Roosevelt, tiene también pocas referencias a la guerra civil española, pero éstas son importantes. Entre ellas hay una referente a la posición de Churchill sobre la guerra civil española y otra que explica las razones de la posición política de Roosevelt en lo que respecta al conflicto español. La relación marginal del último libro con la guerra debe ser explicada de una manera o de otra. ¿Cómo? Un método, bastante simple, sería añadir a la entrada « GCE: referencias dispersas » o « GCE, p. 52-53, 97-98, 161, 204, 205, 264, 356. » La entrada del librito de Martínez Barrio que hemos citado antes podría tener como añadidura: « GCE, p. 25-29 », y el libro de Ramos-Oliveira: « GCE, t. III, p. 271-495. » Para los compiladores tal sistema tendría el inconveniente de obligarles a abrir los libros que están catalogando e, incluso a veces, a leerlos.

Puesto que ya he señalado los defectos del armazón de esta bibliografía, estudiemos ahora su contenido. Si las referencias bibliográficas están bien seleccionadas, si cada referencia figura en su sitio, si todos los detalles (nombre del autor, título de la obra, lugar de publicación, nombre del editor, año de publicación, etc.) son exactos, tales referencias podrían, excepcionalmente, compensar en parte los errores de arquitectura de la bibliografía. Desgraciadamente no es éste el caso. **Hay que afirmar sin ambages que el corpus de la obra constituye un escándalo intelectual.**

En la bibliografía del profesor de La Cierva se pueden encontrar nombres de autores que nunca existieron. Se acredita a autores que sí han existido obras que nunca escribieron. Muchos libros son atribuidos a dos autores distintos. La bibliografía contiene centenares de títulos que nunca han sido publicados en parte alguna del globo.

¿Cómo podemos explicar esta acumulación de errores?

Una bibliografía de esta naturaleza que se enfrenta con una multiplicidad de idiomas y de formas literarias, exige de parte de los compiladores cierto nivel de cultura general. El grupo del Ministerio de Información no posee este nivel de cultura general. Este grupo de « historiadores » españoles nos dicen que **The Soul of Spain** de Havelock Ellis (p. 223), un clásico en inglés sobre España, publicado por vez primera en Londres en 1908, trata de la guerra de 1936; que el anarquista Ricardo Flores Magón, muerto en 1922, es autor de algo sobre la guerra civil española (p. 251) (fundándose en la autoridad de un libro publicado en 1923)³; que **Aurora roja**, de Pío Baroja, publicada por primera vez en Madrid en 1904, trata de la guerra civil (fundándose en la autoridad de un profesor inglés que jamás afirmó nada parecido (p. 80)⁴. En la página 94, presentan como autor « Blond y Gay », sin percibir una relación entre estos apellidos y la casa editorial francesa, con sucursal en Barcelona antes de la guerra civil, llamada « Bloud y Gay ». En la página 336 atribuyen a un tal « Ibáñez » la obra **Alphonse XIII démasqué. La terreur militariste en Espagne**, sin darse cuenta que el primer apellido de « Ibáñez » era « Blasco », aunque ya hubieran hecho entradas bajo « Blasco Ibáñez » en la página 70. Esta falta de cultura general se confirma en otra clase de errores, sorprendentes en un grupo de universitarios. En muchas entradas de este catálogo, demasiado numerosas, el artículo es confundido con un sustantivo, no solamente en inglés, holandés, alemán, francés y portugués, sino también en castellano (véase p. 37-38, 196-197, 255-256, 295, 432, 457, 471-473, 491-492). Apenas hay una referencia en lengua inglesa sin uno o varios errores. Los apellidos ingleses son

mutilados casi invariablemente. El antiguo presidente de la cámara baja norteamericana « Tilson, John Quillin » aparece aquí como « Quillin Tilson, John »; el jefe de la obra social de los cuáqueros norteamericanos « Forbes, John van Gelder » ve transformarse su nombre en « Gelder Forbes, John van »; el profesor de universidad « Tansill, Charles Callan » es llamado « Callan Tansill, Charles », y el bibliófilo de la Abraham Lincoln Brigade, « White, David MacKelvy » se le cambia el patronímico por « Mac Kelvy White, David »; y el fotógrafo « Size, Hazen » se encuentra en « Hazen Size ».

Ricardo de La Cierva nos ha proporcionado una definición del contenido de la sección « Guerra », en la que afirma tener « pretensiones más elevadas » que para « Antecedentes ». Y dice: « Reunimos allí todas las publicaciones unitarias (libros y folletos) que hemos podido detectar sobre el tema. » Excluye los periódicos. « Excluimos las publicaciones periódicas en cuanto tales », escribe. Pero hay periódicos en la bibliografía. Por ejemplo, en la página 241, **Facetas de actualidad española**, de La Habana. O en la página 479, **Nuestra bandera**, mensual del Partido Comunista publicado en Valencia durante la guerra

3. La autoridad dada para Flores Magón es de « Prat, José »: **La burguesía y el proletariado**. Esta referencia se encuentra en « Antecedentes », con ediciones de 1909 y 1923.

4. Se atribuye el origen de esta referencia al libro de Raymond Carr: **Spain 1808-1939**, en el que encontramos en la p. 439 una nota que dice que se hallan « descripciones excelentes del mundo dickensiano de los pobres madrileños en las novelas de Galdós y en **Aurora roja** de Pío Baroja ». Existen novelas de Baroja, publicadas antes de la guerra civil, pero reimpresas durante el conflicto, que pueden ser consideradas como pertenecientes a la bibliografía de la guerra: **La lucha por la vida**, Madrid, 1938; **El escuadrón del Brigante**, Madrid, 1937; **La feria de los discretos**, Madrid, 1937; **Locuras de carnaval**, Madrid, 1937. La publicación de estas novelas en Madrid durante la guerra, en el momento en que Baroja escribía más o menos favorablemente sobre Franco, revela ciertas verdades sobre la política cultural de la República.

civil. Además, tales entradas son indicadas como publicaciones periódicas.

Se incluyen pocas publicaciones oficiales, pero la actitud hacia ese tipo de publicaciones no está indicada en ninguna parte. Es verdad que si el gobierno español ha publicado catálogos de documentos oficiales de los años 1939-1964, no ha publicado nada sobre el periodo de la guerra civil. Existe ahora la obra en curso de James B. Childs, de la Biblioteca del Congreso⁵. Pero esto no basta para explicar por qué este grupo del Ministerio de Información ha excluido de su catálogo tantos documentos oficiales, necesarios para un estudio histórico de la guerra civil. La **Causa general** no aparece, pero sí una traducción francesa, **Témoignages complémentaires pour l'Histoire de l'Espagne** (p. 643), sin decir lo que es en realidad⁶. El primero de los **Avances** inspirados por Queipo de Llano, sobre las atrocidades republicanas, se ve incluido (p. 57), pero no los demás⁷. Figuran en el catálogo numerosas publicaciones de la Oficina Informativa Española (p. 386, 566, 613), posteriores a la guerra, y de la Junta central del Tesoro artístico (p. 543, 96, 102), aparecidas durante la guerra. Todas ellas son publicaciones oficiales. Pero hay un gran número de publicaciones oficiales de ambos lados de la contienda que se ven excluidas de la bibliografía. La regla de omitirlas completamente sería comprensible; lo que no lo es la omisión de toda regla, es decir, incluirlas o excluirlas a capricho.

Dado el diluvio de publicaciones falangistas durante la guerra civil y después de ella, la parquedad de estas publicaciones en la bibliografía es sorprendente y difícil de comprender. ¿Son excluidas? No totalmente. Aparecen, por ejemplo, **Falange española tradicionalista y de las JONS en el exterior**, atribuido a Federico de Urrutia (p. 660); y **Estampas históricas de la revolución nacional-sindicalista** (p. 232), publi-

cado por la Sección Femenina de la Falange. Pero otras, importantes, como **Normas y orientaciones para delegados provinciales, Delegación Nacional, 13-18 de septiembre de 1937**, publicada por Auxilio Social, no es incluida⁸. Otra vez aquí, es la carencia de toda norma expresada la que desorienta a quien tiene que utilizar la bibliografía. Podría justificarse el criterio de excluir o incluir las publicaciones falangistas; lo que no se puede explicar es la ausencia de criterio en este punto, que tiene por base la carencia total de un sistema.

Después de haber señalado el caso curioso de **Spanica zwischen Todnu Gabriel**, en 1964, en el capítulo XII de **El mito de la cruzada de Franco**, me entraban a veces remordimientos. Hubiera sido tan divertido ver como aquel monumento de ignorancia bibliográfica sobre la guerra civil española,

5. **Spanish Government Publication after July 17, 1936**. A survey prepared by James B. Childs. The Library of Congress, Washington, DC. Los ejemplares distribuidos hasta ahora son provisionales y los tomos que yo he visto (IV y V), tratan del gobierno nacionalista.

6. La **Causa general** fue publicada en 1944, en Madrid, por el Ministerio de Justicia. Desde entonces ha habido muchas otras ediciones. Hoy día, está reconocido que el libro tiene más valor propagandístico que histórico, pero es un documento que no puede ser ignorado por el historiador del periodo.

7. Eran ocho en total, todos publicados en Sevilla, entre 1936 y 1939. Es inexplicable que los compiladores incluyan solamente uno de los ocho tomos.

8. Señalo este libro porque se trata de una omisión voluntaria de parte del profesor de La Cierva y sus ayudantes. En la introducción, afirma de La Cierva que ha utilizado mi libro **Antifalange** como fuente. Este libro aparece en la bibliografía de mi **Antifalange**. Por lo tanto, los libros sobre la Falange mencionados en la bibliografía de mi libro y no en la de La Cierva han sido expresamente excluidos. No aparecen en ese catálogo **Memoria correspondiente al año 1938**, de la Delegación nacional de Información e Investigación de FET y de las JONS, ni los cuatro **Anteproyectos** de leyes preparados por la Delegación nacional de Justicia y Derecho de FET y de las JONS, y muchos otros documentos y publicaciones de la Falange, sin los cuales sería imposible estudiar el desarrollo político de la zona nacionalista. Pero sí aparece el librito publicado en 1961, titulado **José Antonio en el nuevo horizonte**, sobre el porvenir de la Falange en la España de 1961; está incluido en la sección «Antecedentes», lo que significa que no fue leído, o que fue leído y su inserción en «Antecedentes» era resultado de un juicio político.

símbolo de la cultura franquista, continuase apareciendo de vez en cuando en las doctas obras de los pensadores del régimen francofalangista. No podía imaginarme que cinco años más tarde el Ministerio de Información franquista iba a producir una obra con errores tan ridículos como el de **Spanica zwischen Todnu Gabriet**.

Más arriba he afirmado que la bibliografía del Ministerio mencionó autores que nunca existieron. Encontramos, por ejemplo, « Enrique Nello », a quien se acredita, en la página 473, un libro titulado **La Spagna risorge**. Se nos dice que este libro se halla en la biblioteca del Ministerio. Debe ser difícil encontrarlo. En efecto, en la misma biblioteca, se nos informa en la página 224, se encuentra otro libro con el mismo título, publicado en la misma ciudad, por el mismo editor, el mismo año, pero esta vez escrito por Nello Enriquez, nombre que corresponde al que figura en la página de título del libro. Otro autor que no existe lo podemos hallar en la página 381: Sorrentino Lamberti, a quien se atribuye la obra **Questa Spagna**, publicada en Roma en 1939. El verdadero autor, Lamberti Sorrentino, no tiene la suerte de Nello Enriquez; no merece ninguna mención en la bibliografía. Otro autor con apellido inesperado: « Erchkordt », sin más, figura en la página 224. Es el autor de **La política estera del terzo Reich**, publicado en Milán en 1951. ¿Qué transformación ha sufrido el nombre del autor de **Wahn und Wirklichkeit. Die Aussenpolitik des Dritten Reiches**, un tal Erich Kordt! ^{8bis}

Existen también numerosos casos en que el mismo título es asignado a más de un autor. **Le jour pointe en Espagne** (p. 647) es atribuido a Robert Brasillach y Maurice Bardèche. ¿Que los aficionados a la obra de Brasillach no pierden tiempo buscando este libro! En la página 647 es atribuido igualmente al verdadero autor, Angel de Toledo, cuyo original fue publicado en El

Paso, Tejas, en 1937, con el título **En España ha amanecido**. En la página 367, « Kohl, Hermann » es designado, correctamente, como autor de **Deutsche Flieger über Spanien**, pero más lejos, en la página 581, el mismo título es atribuido a « Rohl, Hermann ». En la página 551, una edición de 1939 de **El Estado nacional**, es atribuida al falangista vallisoletano « Redondo, Onésimo », es decir, al autor; en la página 43, una edición de 1943 del mismo libro es atribuida a « Aparicio, Juan ». El libro **Legionari di Roma in terra iberica**, publicado en Roma en 1940, se atribuye en la página 89 al Duca di Bergamo; en la página 386, el mismo título, el mismo editor, etc., carece de autor. **Il non intervento in Spagna** es atribuido a su autor, Giuseppe Vedovati, en la página 672; en la página 477, el mismo título —menos el artículo—, publicado por el mismo editor, en el mismo lugar, el mismo año, no tiene tampoco autor. En la página 257, el librito **Americans in Spain** tiene por autor a « Fraknfeld, Phil »; en la página 333, el mismo título, de los mismos editores y del mismo lugar de edición, en el mismo año, está acreditado a « Hood, Otis » y « Frankfeld, Phil ». El autor de libros de viajes, « Helm, MacKinley », es designado autor de **Historia del Frente Popular**, publicado por Libro Mex, en México, D.F., en 1959, en la página 323; pero en la página 510, el derecho de autor es concedido a « Alba, Víctor » (Pagès Elías, Pedro), verdadero autor. En la página 84, « Bedoya, Javier María de » es considerado autor de **Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla**⁹ y

8 bis. Victor Berch, bibliotecario de las Colecciones Especiales, de la Universidad de Brandeis, en Waltham, Massachusetts, me señala otro nombre de autor, divertido y curioso, en la página 170 de la bibliografía: « 'Corriere, Emiliano' ». Evidentemente, « Corriere Emiliano » es el título de un periódico y Emiliano Corriere no es una persona.

9. Los derechos de autor de este libro: **Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla**, son generalmente reconocidos a Javier Martínez de Bedoya, pero su nombre no aparece como autor en el libro.

de **Siete años de lucha**; en la página 436, el camisa vieja «Martínez de Bedoya, Javier» encuentra finalmente sus derechos de autor. En la página 305, el libro **Falange y requeté orgánicamente solidarios** tiene por autor a «González Oliveros, Wenceslao»; en la página 488, un libro titulado **Falange y requetés** es atribuido a «Oliveiros, Wenceslao». **Nueve meses con los rojos de Madrid** es atribuido en la página 252 a «Foronda, Ana María», cuyo nombre se encuentra en la página de título del libro, pero la misma obra tiene por autor a «Rossi, Vittorio G.» en la página 585.

La primera edición de **¡España despierta!** es atribuida a «X.Y.Z.» en la página 690, y la segunda edición a «Onieva, Antonio J.» en la página 489. No hay ninguna indicación de que el libro de Onieva es una edición aumentada del de «X.Y.Z.», que «X.Y.Z.» es meramente un seudónimo de Onieva; pero se nos afirma que los dos libros se hallan en la biblioteca del Ministerio. En la página 697, **Au Pays de la terreur rouge** tiene por autor a «Zwingelstein, André» y en verdad este nombre se encuentra sobre la página titular del libro; pero en la página 454, la cuarta edición del mismo libro es atribuida a «Monnier-Zwingelstein [sic], André». «Zwingelstein» y «Monnier-Zwingelstein» son la misma persona, pero nadie en el Ministerio de Información parece saberlo. «Ermengen, Franz van» es nombrado autor de **Les grands chantiers au soleil**, en la página 225; más lejos, en la página 430, nos informan que el autor es «Maret, Francis». Es verdad que el último nombre aparece en el libro mismo, y que es el seudónimo de van Ermengen, pero este detalle no consta en ningún lugar de la bibliografía del profesor de La Cierva. En la página 231 se nos dice, con razón, que «Estelrich, Juan» es autor de **La persecución religiosa en España** y de las traducciones italiana y francesa de este libro;

pero en la página 539, se nos dice que **Prigoana religiosa in Spania**, que es simplemente la traducción rumana del libro de Estelrich, no tiene autor. ¿Cómo es posible tal ignorancia cuando el original, la traducción francesa y la traducción rumana se hallan, los tres, en la biblioteca del Ministerio? En la página 160, la novela **Los vestales**, publicada en Cádiz en 1938 por Cerón es atribuida a «Collantes, Juan A. de», como indica el libro mismo; pero en la página 487, el mismo título es atribuido a «Oliva de Suelves, José Luis». La bibliografía no indica ninguna relación entre ambos.

El imbroglío en esta bibliografía sobre otro libro, **Defence of Madrid** de Geoffrey Cox, publicado en Londres en 1937, es aun mayor. En la página 172 del catálogo del Ministerio de Información, el libro es atribuido al autor. En la página siguiente halla nuevo autor: «Creac'h, Jean», seudónimo de Jean Monconduit, quien fue durante un periodo de los años 50, antes de ser expulsado de España, corresponsal de **Le Monde** en Madrid. En la página 172, la traducción rusa del libro, **Oborona Madrida**, se atribuye al autor, «Cox, Geoffrey»; pero en la página 367, el mismo título es atribuido a alguien llamado «Koks, D.». El pobre Cox salió bastante mal librado de la traducción de su nombre de letras cirílicas. En la página 575, **Espionaje en España** es correctamente introducido bajo «Rieger, Max»; pero en la página 442, el derecho de autor es entregado a «Max, E.». En la página 29, se nos informa que el libro titulado **El último muerto de la guerra de España** es de «Alamo (Urrutia), Lucio del», lo que es verdad; pero en la página 181, se atribuye el mismo título a «Churruca y Zubiria», atribución un tanto macabra, ya que entonces éste habría escrito sobre su propia muerte. (El título de este libro es interesante. Churruca fue uno de los últimos oficiales de Franco muertos en la

guerra civil, pero después de la muerte de Churrua, los compañeros del tal Churrua que no murieron fusilaron en represalia más de cien mil republicanos.) Una confusión parecida existe entre cinco referencias del mismo libro, escrito por Otto Katz y publicado en cinco idiomas diferentes. Tres autores distintos son inscritos por este título y dos veces es atribuido a autor anónimo, pero ni una sola vez al verdadero autor. Son: 1) « *Spielhagen*, Franz: **Spione und Verschwörer in Spanien**, París, 1936 » (p. 631); 2) « *Shpilgagen*, B: **Shipioni i zagovorschiki v Ispanii**, Moscú, 1937 » (p. 621); 3) « *Simon*, O.K.: **Hitler en Espagne**, París, 1938 » (p. 623); 4) « **The Nazi Conspiracy in Spain**, Londres, 1937 » (p. 470); 5) « **La conspiración nazi en España**, México, 1938 » (p. 168). Estos cinco textos son, esencialmente, los mismos, pero en la bibliografía del Ministerio de Información nada se dice para guiar al utilizador del catálogo. Sin embargo, dos de estos libros se encuentran en la biblioteca del Ministerio, pero los compiladores nunca descubrieron la semejanza del texto.

Más arriba, hemos comentado la omisión de un índice de títulos. Una bibliografía de esta naturaleza lo necesita. Es evidente que si los compiladores lo hubieran preparado (y preparado bien) muchas de estas contradicciones habrían sido evitadas, contradicciones que son, hay que decirlo claro, errores inadmisibles, simplemente.

Ya he dicho que la bibliografía del Ministerio de Información contiene centenares de títulos que nunca han sido publicados. Este hecho, único en los anales de la técnica bibliográfica, es debido a la creencia de que cuando un escritor anuncia que va a publicar ciertos libros, éstos son automáticamente publicados siempre. La participación en esta creencia de cinco universitarios españoles puede ser interpretada como acto de fe, como ingenuidad extrema,

o como simple voluntad de aumentar a cualquier precio el número de entradas en el catálogo. Por ejemplo, Manuel D. Benavides publicó en su exilio mejicano, antes de morir, tres novelas históricas de una serie titulada « *Luz sobre España* »¹⁰. La serie anunciada incluía, además de los tres títulos publicados, doce más, o sea un total de quince. El profesor de La Cierva incluye cada uno de los quince títulos en la bibliografía, y no solamente una vez sino dos: los tres publicados, los doce que no fueron publicados. Quizá se pueda aducir que de La Cierva y sus colaboradores encontraron dificultades en Madrid para comprobar lo que había sido publicado o no en México. Pero el mismo hecho se repite en lo que respecta a publicaciones españolas. El corresponsal de guerra nacionalista Manuel Sánchez del Arco, está presente en la bibliografía con cinco entradas (p. 609). Una de ellas representa ocho páginas de una antología italiana y debiera figurar en el índice onomástico y no donde aparece. Dos de los títulos atribuidos a Sánchez del Arco son muy dudosos: **Operaciones y asedio para la ocupación de Madrid por el ejército nacional y Toledo, el escollo glorioso**. El primer título fue anunciado en el otoño de 1936, cuando el corresponsal pensaba que los nacionalistas iban a tomar Madrid inmediatamente; el segundo se menciona en el **Noticiero de España**, publicación muy especial que se encuentra en el Ministerio. Otro título de Sánchez del Arco, auténtico esta vez, la primera edición de **El sur de España en la reconquista de España**, está ausente. Algo parecido sucede con el título **En el cuartel general de Mola** (p. 349), del que nos dicen que es obra de José María Iribarren, y publicado en Zaragoza, en 1938, con 392 páginas. A pesar de los

10. En realidad, el nombre del autor era « Domingo Benavides, Manuel » y debe dar lugar a una entrada en la letra D.

detalles, no hay prueba alguna de que este libro exista realmente. En la página 55, el escritor exilado Max Aub es proclamado autor de un libro titulado **Tierra de Campos**, anunciado, pero no publicado. En 1939, Ernesto Giménez Caballero, siempre lleno de proyectos, anunciaba en la página 93 de **¡ Hay Pirineos !** que tenía nada menos que 17 obras « en prensa ». Once de ellas aparecen en la bibliografía del Ministerio ; una sola —no estoy muy seguro— ha sido quizá publicada. ¿ La Unidad (antes sección) de Estudios sobre la guerra de España no dispone de secretariado para escribir una carta al embajador de España en Paraguay preguntándole si aquellos libros « en prensa » fueron publicados ? ¿ Están en la Biblioteca Nacional ? ¿ Figuran en el **Catálogo general de la librería española** ? ¿ Aparecen entre las obras del autor indicadas en la cubierta de **El procurador del pueblo**, publicado ocho años más tarde ? Es imperdonable que hayan introducido en la bibliografía títulos sobre los que no existe ninguna indicación seria de que hayan sido publicados. También es verdad que con tal procedimiento se hincha considerablemente el número de entradas.

La obra **Victoria en el mar** de Mauricio Oliveira, que aparece dos veces en la bibliografía, y que está en la Biblioteca del Ministerio (nos lo aseguran), dudo que fuera publicada. De los 31 tomos anunciados de los **Episodios contemporáneos** de Francisco Camba, solamente 15 fueron publicados ; pero Ricardo de La Cierva informa a sus lectores que los 31 títulos anunciados fueron publicados, y lo dice dos veces. Así aumenta en 16 el número de sus entradas.

La bibliografía del profesor de La Cierva contiene otra clase de errores, parecidos a los encontrados en la bibliografía de la primera edición del tomo VI de **Historia de España**, del profesor Seco Serrano¹¹ : atri-

buir un libro a una persona que, por razones de ideología o de geografía, no podría haber sido su autor. Así en la bibliografía de Ricardo de La Cierva, los libros del comunista inglés J.R. Campbell (p. 136-137) son acreditados al poeta fascista sudafricano Roy Campbell. Klaus Koehler, que publicó, en 1939, en Leipzig, un relato de sus experiencias como piloto de la Legión Condor en España, es también considerado autor de un libro denunciando a la Gestapo, publicado en Londres en 1940 (p. 367). Este último fue, en realidad, escrito por Hans Jürgen Koehler. Y alguno de los cinco « historiadores » que colaboró en la bibliografía debería haber saltado al ver una entrada en la que **I grandi cimiteri sotto la luna** (p. 89), de Bernanos, aparece como publicado en Milano, en 1938, en pleno fascismo.

Los compiladores de esta bibliografía han perdido varias ocasiones de ayudar al historiador. Sólo en una docena de lugares se da el título original de una traducción. Es evidente que tales indicaciones serían valiosas para toda persona que vaya a utilizar la bibliografía. **A qui la victoire** ? publicado en París, es la traducción de **Un año de guerra**, publicado en Buenos Aires. **Dans la tourmente. Un an de guerre en Espagne**, publicado en París, es la traducción de **Cómo se enfrentó el fascismo en toda España**, publicado igualmente en Buenos Aires. ¿ Por qué no se da esta

11. Seco Serrano publicó en la primera edición de su **Epoca contemporánea**, vol. VI, de la **Historia de España** de Galach, una bibliografía sacada en gran parte de la **Histoire de la guerra civil española** de Hugh Thomas, con muchos errores, debidos a malas interpretaciones del sistema de Thomas. Véase Southworth : **El mito de la cruzada de Franco**, p. 163-165. Ricardo de La Cierva escribió, en defensa del profesor Seco Serrano, en **Cien libros básicos sobre la guerra de España**, p. 110, que estos errores eran debidos a la manera en que « suelen hacerse estas grandes obras seriadas en bastantes editoriales. Los apéndices e índices suelen correr a cargo de personas diferentes del autor del texto ». Pero, en la obra misma de Seco Serrano leemos (p. 401) : « Salvo la bibliografía, prolija labor llevada a cabo por el propio doctor Seco... ».

información al lector? ¿Por qué no se indica que **La guerra empezó en España** de Julio Alvarez del Vayo es el mismo libro que **Freedom's Battle**? ¿Por qué no se dice que el título original de **Warrior without Weapons** de Marcel Junod es **Le troisième combattant**. Que **Mine were of Trouble** de Peter Kemp fue traducido al español bajo el título de **Legionario en España**. Que el volumen titulado **Esperienze della guerre di Spagna** de Herbert L. Matthews es la traducción de las páginas 65-192 de **Education of a Correspondent**. Que **Un testament espagnol** de Arthur Koestler, publicado en París no es el mismo texto que **Spanish Testament**, publicado en Londres. Que el tomo de propaganda franquista que lleva el título **What is Happening in Spain?** es el mismo libro que **¿Qué pasa en España?** Que **Homage to Catalonia** de George Orwell fue traducido como **La Catalogne libre** en París, y como **Cataluña 1937** en Buenos Aires. Que el libro de Oloff de Wet tuvo por título en Londres **Cardboard Crucifix** y en Nueva York **The Patrol is Ended**. Que **Espejo de alevosías** de Dzelepy es la traducción al español, en México, de su libro **Britain in Spain**, más los números 42-45 de **Le carnet du diplomate inconnu**. Y, finalmente, que el libro de Constancia de la Mora, **In Place of Splendor**, se llama en francés **Fièvre Espagne**, y en español **Doble esplendor**?

Otra contribución que esta bibliografía oficial del Ministerio de Información hubiera podido hacer al conocimiento de la literatura de la guerra civil española es la de descubrir los seudónimos tras los que se ocultan muchos de los escritores, sobre todo los españoles. Algunos de estos seudónimos fueron necesarios durante la guerra civil y en los primeros años de la postguerra, por razones de seguridad; pero poco peligro existe ya en descubrir-

los. Si no son revelados, algunos probablemente nunca serán conocidos. El Ministerio de Información está bien situado para realizar este trabajo. Pero los compiladores de la bibliografía no parecen haber sido conscientes de este problema. Cuando indican un seudónimo, utilizan un sistema —o carencia de sistema— que tiene por resultado la desorientación de quienes hayan de utilizar la bibliografía. Los libros escritos con seudónimo pueden entrar en la bibliografía con el seudónimo o con el nombre verdadero del autor a condición de que exista una doble referencia que remita a la primera. Esto es lo que exige el sentido común más elemental. Pero las dobles referencias de este tipo son poco frecuentes en esta bibliografía; a veces el libro aparece bajo el seudónimo, a veces bajo el nombre verdadero del autor. Otra vez, no hay sistema alguno. Por ejemplo, las obras de «Orwell, George» son introducidas bajo el nombre verdadero del autor, «Blair, Eric»; en «Orwell, George» se indica «v. Blair, Eric»; pero el lector que tropieza con «Blair, Eric» sin haber visto antes a «Orwell, George», carece de referencia que lo remita a «Orwell», ni en las entradas «Blair», ni en el tan elogiado índice onomástico, que no sirve para nada. Si en el caso de Blair-Orwell, las obras aparecen bajo el verdadero nombre del autor, existen otras entradas en que las obras figuran bajo seudónimo, sucediendo entonces exactamente lo contrario. Por ejemplo «Alventosa García, Rafael», que firmó sus obras «R.A.G.». Todas las obras se hallan introducidas con el seudónimo (p. 562); pero ni en ellas ni en el índice hay referencia a Alventosa García. En «Renn, Ludwig» se nos indica ver «Vieth von Golssenau, Arnold Friedrich». En la página 676, encontramos **Der spanische Krieg** bajo este nombre del autor; en la página 299 encontramos exactamente el mismo título bajo «Golssenau,

Vieth von ». Pero ni en la página 676 ni en la página 299 se menciona a Ludwig Renn, nombre que figura en el propio libro.

En la página 422, tres libros tienen por autor a « Macarro Castillo, Fernando ». En ninguna parte de la bibliografía se halla el nombre que, en realidad, figura en los libros: « Marcos Ana », seudónimo de Fernando Macarro Castillo. En el mismo caso se encuentra el libro **Les chemins d'Espagne**: se atribuye a « Vuillet, Pierre » en la página 683, pero en toda la bibliografía no se menciona « Ippecourt », nombre que aparece en la portada del libro. Lo mismo sucede con **Una aventura en España**, que tiene por autor, en la página 614, entre corchetes, « Sciutto, Luis »; el nombre que figura en la portada del libro, « Wing », no se encuentra en ninguna parte. También en el caso de **The Falk [sic] of Dark**, que en la página 614 es atribuido a « Schmidt, James Norman », los bibliógrafos del Ministerio olvidan decir que Schmidt utilizó como seudónimo « James Norman ». **Sueño y mentira de Franco** es atribuido a Pablo Ruiz (p. 588), pero no dicen, probablemente porque no lo saben, que Pablo Ruiz es más conocido como Pablo Picasso. No hay renvío entre « Rey Stolle, Alejandro » y su seudónimo « Xavier, Adro », ni entre « Pachter, Henry M. » y su seudónimo « Rabassaire, Henri », ni entre « Piller, Pedro P. » y su **nom de plume** « Leval, Gaston ». La mayor parte de estos seudónimos han sido descubiertos por los bibliógrafos del Ministerio de Información en la bibliografía de Juan García Durán, pero éste hizo referencias que remitían de un lugar de su libro a otro. Ricardo de La Cierva y su grupo no han sabido nunca hacer tan elemental acto, aunque si hayan sabido aprovechar la información ofrecida por el libro de García Durán. Pero en muchos casos ni

siquiera han sabido si se trataba de seudónimos o de verdaderos nombres.

Problemas planteados por los seudónimos existen en la literatura de todos los países en relación con la guerra civil española; pero los nombres españoles presentan problemas especiales a los bibliógrafos: 1) descubrir el significado del primer apellido cuando éste es designado por una inicial; y 2) descubrir el segundo apellido cuando no figura en la portada. Sobre estos problemas, el equipo de La Cierva da poca luz. En lo que concierne al primer caso, nombres como González, Martínez, García, Gómez, López, etc. están con frecuencia expresados por la letra inicial. El bibliógrafo debe buscar detrás de la letra el verdadero nombre. El equipo del profesor de La Cierva se escapa por una salida fácil, dejando la letra inicial monda y lironda como la ha encontrado. No nos dice que « Olmedo, Félix G. » es « González Olmedo, Félix »; que « Ortiz de Villajos, Cándido G. » es « García Ortiz de Villajos, Cándido »; que « Cambra, Fernando P. de » es « Pérez de Cambra, Fernando »; ni que « Menéndez-Reigada, Ignacio G. » debe figurar en la letra « G » como « González Menéndez-Reigada, Ignacio », etc.

En casos en que el segundo apellido no figura en la portada, el sistema del profesor de La Cierva llena de confusión al lector. Por ejemplo, las obras de « Ibarruri Gómez, Dolores », mejor conocida como « Pasionaria ». A la mayor parte de sus numerosas entradas, de La Cierva añade « Gómez » entre paréntesis, pero luego se cansa de añadir paréntesis y en la página 341 nos dice que dos folletos de la guerra civil fueron firmados « Ibarruri Gómez, Dolores », lo que no es verdad. Tiene razón de informarnos que otro jefe comunista, José Díaz, era también Ramos por su segundo apellido; pero cuando nos dice, en la página 196, que Díaz firmó folletos

«Díaz Ramos», comete un error. Es una idea excelente decirnos cuál es el segundo apellido, cuando éste no figura en la portada, pero se aumenta simplemente la confusión del lector cuando se añade en unos casos y en otros no, y de ninguna manera se debe indicar que los dos apellidos aparecen en la página de título, sino es estrictamente la verdad. Es difícil, sin duda, averiguar los dos apellidos de algunos autores, pero, ¿por qué no se nos dice que «Negrín, Juan» era «Negrín López, Juan» y que «Prieto, Indalecio» era «Prieto Tuero, Indalecio»? El Ministerio de Información está bien situado para esclarecer estos puntos. Y finalmente, ¿por qué llamar a un hermano «Machado, Antonio» y al otro «Machado y Ruiz, Manuel»?

El profesor Ricardo de La Cierva incluye, también, en la sección «Guerra» libros que nada tienen que ver con la guerra civil española, como ya hemos visto en el caso de las obras de Havelock Ellis, Pío Baroja y Ricardo Flores Magón. Podemos añadir muchos más a esta lista.

Spanish Prelude de Jenny Ballou (p. 76), trata de los años republicanos anteriores a la guerra civil. **Ordin de misiune**, de Ion Baleanu (p. 75), publicado en Bucarest en 1942, no concierne a la guerra de España sino a otra guerra de Hitler, la guerra contra la Unión Soviética. El libro firmado por «Armie», **Un peu de clarté sur une sombre page** (p. 49), tiene como fecha agosto de 1931 al final del texto. **Almost in Camera**, de Percy Brown (p. 104), cuando se refiere a España es a la de antes de la guerra civil. Luis Araquistain publicó **España en el crisol** en 1922. ¿Cómo puede tratarse de la guerra civil de 1936? «René Gaell» (seudónimo del abate René Esteffe) publicó el original de **Las sotanas bajo la metralla** (p. 278) durante la primera guerra mundial y no tiene nada que ver con la

guerra de España acaecida veinte años más tarde. **The Mist Procession**, del ministro británico Vansittart, termina en vísperas de la guerra civil española. **Most Likely to Succeed**, de John dos Passos, presenta cierta curiosidad literaria precisamente porque no dice ni una palabra sobre la guerra española. **En Kavalier i Spanien**, de Tom Kristensen, fue publicado por vez primera en 1926; **Tierra libre**, de Jean Grave, fue publicado mucho antes de la guerra civil. **La Reforma agraria italiana y la futura reforma española**, de Fernando Martín Sánchez Juliá, fue publicada en 1931; la **Historia de una revolución**, de Justiniano García está mencionada en un libro publicado en 1932: **¡El poder soviético en el mundo entero!**, de D.Z. Manuiski, apareció en 1934. Ricardo de La Cierva informa a los consultores de su bibliografía que todos ellos se refieren a la guerra civil española.

Hemos visto como ha sido aumentado artificialmente el número de entradas en la bibliografía del Ministerio de Información. Son citados libros inexistentes y, a veces, incluso dos veces; muchos otros libros aparecen dos veces, atribuidos a dos autores diferentes; libros que no se refieren a la guerra civil contribuyen a aumentar la inflación. Pero hay que ser justos y admitir que muchas veces tal inflación es debida más a pura ignorancia que a deseo bien definido de aumentar el número de entradas. Pero también existe un esfuerzo consciente en inflar las entradas, llevado al extremo máximo por los autores de esta bibliografía. La multiplicación de las entradas se obtiene muchas veces repitiendo el título bajo cada nombre de autor cuando tal título tiene más de uno. Esto es pecado menor. El pecado se agrava al aplicar esta fórmula: una antología merece **una entrada por el compilador** y, además, según la fórmula de La Cierva,

otra entrada por cada contribuidor a la antología. ¡Así se obtiene una buena cosecha bibliográfica! **Poetas en la España leal** (p. 531) produce de esta manera doce entradas. **Cómo se enfrentó el fascismo en toda España** (p. 163), con doce colaboradores, rinde trece entradas; con la traducción al francés otras trece, con un total de veintiséis, de las que sólo se justifican dos. **Scrittori di guerra spagnoli (1936-1939)** (p. 84), compilado por Gilberto Beccari, es responsable de 16 referencias de autores, más una por Beccari, totalizando 17. **Los trabajadores del mundo junto al pueblo español** (p. 651), librito de 30 páginas, con nueve colaboradores, da diez referencias. **Espectros de la revolución** (p. 226), con nueve contribuidores, es responsable de doce entradas porque uno de los colaboradores tienen derecho a tres entradas por sus tres contribuciones. **España, su lucha y sus ideales** (p. 228), con seis autores, gana siete entradas; **José Antonio, actualidad de su doctrina** (p. 540), con doce contribuyentes, tiene trece referencias. En la sección « Guerra » de la bibliografía, bajo la letra « G », existen más de cuarenta multiplicaciones de esta índole.

Esta crítica no es caritativa. Ya lo sé. No siento indulgencia alguna hacia los autores de la bibliografía del Ministerio de Información por dos razones fundamentales. La primera es que todas las personas que trabajan en el campo de la historia moderna española, confrontadas con los anaqueles tan largos de libros y folletos sobre la guerra civil española, merecen tener, en lugar de estridentes exclamaciones de pasmo por la longitud de los anaqueles, un catálogo competente que los guíe por la biblioteca. En teoría, el proyecto establecido por el Ministerio de Información español debiera haber resuelto los problemas de todo el mundo. Después de todo, se trata de un problema español; el espa-

ñol es el idioma dominante en la bibliografía; y era entre las publicaciones de lengua española donde se encontraba la mayor parte de lo desconocido. El proyecto del Ministerio fue dotado con el personal necesario, puesto que cinco personas fueron empleadas en el trabajo; el problema de los gastos de la publicación —siempre oneroso en un proyecto de esta índole— estaba resuelto. Un proyecto gubernamental quiere decir que las puertas de todas las bibliotecas —y no tan sólo de las españolas— quedaban abiertas al mismo. Por vez primera, tanto personal, tanto dinero, tanta influencia fueron puestas al servicio de una obra relacionada con la bibliografía de la guerra civil española. Es, probablemente, también la última. Todo el mundo interesado por la investigación histórica y literaria sobre la guerra civil española tiene, por tanto, derecho a sentirse defraudado por esta obra de calidad mediocre, fabricada con indiferencia. Hace daño no sólo a los que en ella han colaborado, sino a todos aquellos para quienes tal catálogo, realizado correctamente, hubiera sido un libro de referencias que les permitiera economizar horas de trabajo.

Pero existe otra razón para escribir esta crítica sin caridad alguna. En 1965, el Ministerio de Información español estableció ciertas normas para juzgar una bibliografía de la guerra civil española y es, por tanto, justo y correcto que la bibliografía del Ministerio de Información sea juzgada por las normas establecidas por el mismo ministerio. Estas normas me han guiado. Fueron expuestas en una crítica de **Bibliografía de la guerra civil española**, libro de Juan García Durán, publicado en Montevideo en 1964. La crítica, sin firma, apareció en el **Boletín de Orientación Bibliográfica**, publicación del Ministerio de Información, de marzo-abril de 1965. El

autor del libro criticado, Juan García Durán, es un español republicano que, después de un periodo de encarcelamiento en las prisiones de Franco¹², vivió en Francia, en Australia, en Estados Unidos, antes de radicarse en Uruguay donde, aprovechando las notas recogidas en sus viajes, publicó su catálogo, sin subvenciones de gobiernos ni ayuda de colaboradores.

La crítica de la obra de García Durán publicada por el **Boletín de Orientación bibliográfica** decía: «[...] no bastan las buenas intenciones para apuntalar una bibliografía. El autor carece por completo de la más elemental formación bibliográfica. Los continuos fallos de enfoque y de método convierten esta bibliografía en un montón desarticulado de datos inconexos. He aquí un instrumento de trabajo que, más que abrir caminos, lo que hace es presentar problemas [...] Triste destino el de la bibliografía de nuestra guerra: las raras veces que consigue emerger del sectarismo termina por hundirse en la ineptitud (...) [la obra] se ha realizado con mucho descuido y mucha precipitación.» Acusaciones más directas todavía son: «Falta por completo en esta obra de un **criterio delimitador**», y hay «una absurda multiplicación de entrada adoptada por el autor con la irresponsabilidad bibliográfica más total.»

Desde el punto de vista moral, lo que hace imperdonable y reprensible la **crítica sarcástica e intolerante de la obra de García Durán publicada por el Ministerio de Información es que fue escrita por el propio Ricardo de La Cierva**. Esta crítica fue reimpresa, con algunos cambios, en su libro **Cien libros básicos sobre la guerra de España**, p. 28-37.

Las acusaciones de Ricardo de La Cierva contra la obra de García Durán, ¿no son las mismas que acabamos de hacer, con pruebas aplastantes, contra la obra de

Ricardo de La Cierva y sus colaboradores, publicada cuatro años más tarde que el libro de García Durán? ¿Está bien definido el **criterio delimitador** en el catálogo del Ministerio de Información? ¿Esta definición, amplia o estricta, es respetada? «Antecedentes» se extravía hacia atrás hasta 1879 y se despliega hasta nuestros días. La sección «Guerra» contiene novelas escritas a principios de siglo y obras que no se refieren a España en manera alguna. **No solamente no existe ningún sistema para fijar los límites de la bibliografía del profesor Ricardo de La Cierva y sus colaboradores; no existe tampoco sistema para ningún aspecto de la bibliografía.** En lo que respecta a la «**multiplicidad de entrada**», los delitos de los cinco «historiadores» del Ministerio de Información son diez veces más graves que los del exilado español en Montevideo. Sin embargo, fue en este punto preciso donde Ricardo de La Cierva mostró más agresividad hacia Juan García Durán, acusándole de «la irresponsabilidad bibliográfica más total». De La Cierva analiza la razón de esta «multiplicidad de entrada» como sigue: «Sospechamos que no se trata de simple ignorancia, sino que en el desdichado sistema del autor se esconde el inequívoco anhelo de elevar como sea el número de fichas.» Para probar su argumentación, de La Cierva escribió que García Durán repitió los títulos de «El Tebib Arrumi» (Victor Ruiz Albéniz); esto es un hecho: García Durán repitió ocho títulos del corresponsal militar nacionalista. (Estas repeticiones eran necesarias según el plan de estructura del catálogo de García Durán.) Pero, en su bibliografía, de La Cierva repite 43 títulos de Ruiz Albéniz

12. Véase Juan García Durán: **Por la libertad**, México, Ediciones CNT, 1956.

y con menos razón que García Durán. De La Cierva ridiculiza lo que él llama « el record de repeticiones » de García Durán : las que refieren al « diario de Galeazzo Ciano » ; y observa : « La obra, evidentemente, es importante, pero no tanto como para elaborar, con sus diversas ediciones (algunas absolutamente idénticas y convenientemente paseadas) nada menos que doce fichas. » El experto en bibliografía de la guerra civil del Ministerio de Información va demasiado lejos en su voluntad de herir a García Durán. Hay dos « diarios » de Ciano, y no uno. (Hay tres, si incluimos el volumen de **Papeles diplomáticos**.)¹³ El de 1937-1938 y el de 1939-1943. Sólo una de las ediciones citadas por García Durán es exactamente idéntica a otra : las ediciones de Londres y de Nueva York del Diario de 1937-1938. Cada una de las otras ediciones, incluso la publicada en España, tiene un prefacio diferente. Esta diferencia debe ser señalada por el bibliógrafo y justifica la inclusión de las diferentes ediciones. Pero cuando de La Cierva publica su bibliografía, cuatro años más tarde, sobrepasa el « record de repeticiones » de García Durán. El exilado español mencionó solamente las ediciones de Milán y Barcelona del Diario de 1939-1943 ; Ricardo de La Cierva menciona cuatro ediciones. De La Cierva llega hasta hacer, en la misma página, tres entradas de la sola edición de Milán. García Durán citaba cuatro ediciones del Diario de 1937-1938 ; de La Cierva el mismo número.

Cuando el profesor Ricardo de La Cierva descubrió que el libro de Broué y Témime, **La révolution et la guerre d'Espagne**, era mencionado tres veces por García Durán bajo el nombre de Broué (una vez por cada edición en Francia, en México y en Italia), se lo reprochó severamente : « Esto, que ya es reprochable, llega a lo grotesco cuando se vuelven a atribuir al libro tres fichas nuevas bajo el nombre de Témime. »

Pero el perito del Ministerio de Información repite exactamente la misma operación, y no solamente con Broué y Témime, sino en el caso de muchas, muchísimas otras obras con dos autores. Cuando García Durán lo hizo, de La Cierva lo consideró « un ejemplo flagrante de atesoramiento bibliográfico a cualquier precio. »

De La Cierva atacó a García Durán porque hizo una entrada con el título de una obra y otra con el nombre del autor. Hemos visto que de La Cierva utiliza el título para hacer una entrada y saca hasta 16 otras de los autores del mismo libro, para inflar el volumen de su obra. En otra agresión sarcástica contra García Durán, el profesor de La Cierva escribía : « Para García Durán, el autor de un libro titulado **L'Assassinat d'Andrés Nin** (París, Spartacus, 1939) es, nada menos, que Nin, Andrés. » Algo macabro, desde luego ; pero de La Cierva comete al menos cinco veces el mismo error de atribuir a un hombre muerto una obra escrita después de su muerte, en una bibliografía en cuya elaboración fue ayudado nada menos que por cuatro otros « historiadores ». Una vez, como ya he señalado, a Alfonso de Churrua y Zubiria, en la página 181 ; otra a Hans Beimler, en la página 85 ; otra a Angel Pestaña, en la página 526 ; otra más a Pablo de la Torriente-Brau, en la página 650, y otra vez a José Antonio Primo de Rivera, en la página 540. He insistido en los detalles de este análisis para mostrar la mala fe con que fue escrita en 1965 la crítica de la bibliografía de García Durán por Ricardo de La Cierva.

También criticó a García Durán Ricardo de La Cierva por haber omitido ciertas obras en su bibliografía. Se podría criticar a de La Cierva por el mismo vicio, pero ello

13. Estos fueron publicados en 1948 en Inglaterra bajo el título *Ciano's Diplomatic Papers*, y en Francia con el de *Les archives secrètes, 1936-1943*.

sería criticar un defecto menor. El mayor defecto de la bibliografía del Ministerio de Información no se encuentra tanto en lo que ha dejado fuera de ella; se encuentra en el montón de información errónea que incorpora en la bibliografía. Esto es un vicio grave. Omitir una obra que debiera figurar en la bibliografía podría eventualmente perjudicar al utilizador al dejarle en la ignorancia de una información que podría necesitar. Pero más peligroso es el perjuicio sufrido por el utilizador informado de que tal obra merece ser consultada cuando, en realidad, la obra no existe, o no se refiere al tema indicado, o ha sido descrita de manera tan falsa que será extremadamente difícil, sino imposible, encontrarla. Este es, finalmente, el imperdonable vicio de la obra de Ricardo de La Cierva.

Hay errores, sobre todo errores de imprenta, en la bibliografía de García Durán; pero como obra de referencia es más útil que la del profesor Ricardo de La Cierva. Hay mucho más información errónea en el catálogo preparado en Madrid por un catedrático de Geografía e Historia, dos licenciados en Filosofía y Letras, una licenciada en Ciencias políticas y un profesor de Geografía e Historia, con los recursos del Estado español detrás de la obra, que en la obra del exilado español en Montevideo.

A pesar de su implacable denuncia de la obra de García Durán, **de La Cierva utiliza esta obra como fuente de más de mil entradas.** Utiliza el libro de García Durán como fuente de 106 entradas en una sola letra, « M ». Pero en 1965, afirmaba que García Durán « carece por completo de la más elemental formación bibliográfica ». Casi todos los seudónimos revelados en el libro de Ricardo de La Cierva vienen de la bibliografía de García Durán, información que de La Cierva maneja con tan poca

habilidad que, en general, lo conduce al error. Pero no solamente el profesor de La Cierva utiliza sin pudor la obra que él había demolido con desprecio unos años antes. La utiliza cobardemente, también, rechazando toda responsabilidad por lo que de ella utiliza. Así pues, este bibliógrafo rehúsa toda responsabilidad por más de la cuarta parte de sus entradas.

La bibliografía de Ricardo de La Cierva ha sido recopilada de una manera en extremo curiosa. Las fuentes, llamadas « referencias de localización », son tres : 1) Varias bibliotecas públicas de España y Estados Unidos (¿ No hay bibliotecas en otros sitios ?) y dos bibliotecas privadas en España. Son éstas las de los escritores Tomás Borrás y Eduardo Comín Colomer. (Comín Colomer era uno de los patrocinadores de **Spanica zwischen Todnu Gabriet.**)

2) Referencias de « listas especiales » de la Biblioteca Nacional de Madrid ; « Ficheros de trabajo del Seminario de Historia contemporánea, Madrid », y catálogos de varios libreros de Madrid y Barcelona. 3) Bibliografías especiales, tales como las de Bron, Amo y Shelby, Renée Lamberet, García Durán, más « Información bibliográfica de la Embajada de España en Roma », y referencias de las bibliografías de algunos libros sobre la guerra de España.

Existen, desafortunadamente, « referencias de localización » que no son identificadas por de La Cierva, hecho que disminuye considerablemente el valor del sistema. Muchas obras entran por autoridad de las letras « FV », no identificadas, pero que parecen querer decir « Fichas varias ». ¡ Irresponsabilidad bibliográfica ! Otras letras, no identificadas tampoco, pero que sirven de « referencias de localización », son « OV », « A » y « CO ». ¡ Grave negligencia !

Respecto a las secciones 2) y 3) de las

« referencias de localización » Ricardo de La Cierva rechaza toda responsabilidad : « Nuestro grupo no se hace responsable de las posibles inexactitudes que pueden contener las informaciones basadas en las referencias de localización en los apartados segundo y tercero, pero hemos preferido enriquecer nuestra obra con esas referencias que sin duda contendrán valiosas indicaciones junto a posibles errores. » (Hay que observar aquí que el delito, denunciado por de La Cierva cuando se trataba de García Durán como « el inequívoco anhelo de elevar como sea el número de fichas », cuando es de La Cierva quien lo comete, representa un esfuerzo digno de alabanza, motivado por el único deseo de ayudar a la humanidad.) La expresión misma de « referencias de localización » muestra la poca reflexión acordada a su significado. El lector ya se habrá apercebido que en las tres clasificaciones de « referencias de localización » existen en realidad dos elementos muy diferentes y sin relación entre sí.

Uno consiste en referencias a lugares (bibliotecas) donde ciertos libros o folletos pueden ser hallados si el investigador quiere consultar la obra ; ello es una verdadera « referencia de localización » y, correctamente, el profesor de La Cierva considera la ficha de una biblioteca como prueba de la existencia de un libro.

El otro elemento consiste en referencias a bibliografías que menciona ciertos libros o folletos. Esto no es en manera alguna « referencia de localización », sino « referencia bibliográfica ».

En general de La Cierva da fe a la primera categoría y no a la segunda. Esto puede ser quizá una premisa valedera para los primeros borradores. Pero el menos informado de los aprendices bibliógrafos, o incluso el más confiado de los « historiadores », habría pensado en comprobar las

entradas sospechosas. En ningún caso ha tratado Ricardo de La Cierva de hacer esta investigación tan indicada. Ha publicado, simplemente, estas entradas tal como las ha encontrado, dejando a otros el trabajo de controlarlas. En realidad, ya no hay muchos misterios hoy día acerca de la bibliografía de la guerra civil española. Las zonas oscuras se encuentran : 1) En España misma durante la guerra civil ; 2) En toda Europa durante la segunda guerra mundial, y 3) En la región que se extiende de Río Grande a Tierra de Fuego desde 1936 hasta hoy. En vez de abdicar de sus deberes en los compradores de su bibliografía, en vez de sembrar injustamente dudas sobre las obras de García Durán y otros, Ricardo de La Cierva hubiera debido trabajar, o haber hecho trabajar a sus colaboradores, comprobando las entradas que consideró dudosas. Estas constituyen más del 25 % de su bibliografía.

Dos problemas había que resolver : 1) ¿ Existe la obra ?, y 2) ¿ Se refiere la obra a la guerra civil española ? (Si la bibliografía está bien hecha debe indicar también que parte del libro se refiere a la guerra civil española.) No es difícil averiguar si la mayor parte de las obras por las cuales de La Cierva rehusa aceptar toda responsabilidad existen realmente. ¿ Por qué Ricardo de La Cierva y sus colaboradores no han realizado este pequeño esfuerzo ? Vamos a estudiar únicamente los libros publicados en España misma. Aquí tropezamos con una sorpresa monumental. Estos « historiadores » ni siquiera saben que existe el **Catálogo general de la Librería española 1931-1950**, publicado en Madrid. Para realizar una experiencia he pasado dos horas en la Biblioteca Nacional de París, comparando la letra « M » del catálogo de Ricardo de La Cierva con las entradas en el **Catálogo**

general. Veinticuatro obras, todas ellas publicadas en España, durante o después de la guerra civil, por las cuales Ricardo de La Cierva rehúsa a afirmar si existen o si tratan de la guerra civil, se encuentran en la letra « M » del **Catálogo general**, con detalles que faltan en el catálogo del Ministerio de Información. Catorce de estas referencias en la bibliografía de Ricardo de La Cierva tienen como autoridad las letras « FV » y siete vienen de García Durán. Además, si de La Cierva hubiera estudiado el **Catálogo general**, hubiera podido informar a sus lectores que el libro de José Muñoz San Román, que él titula **Patriótico**, tiene, de hecho, por título algo mucho más inteligible: **Ideario patriótico**; que el autor que él llama « Martínez, sic » era en realidad « Martínez, Vicente »; que « Martínez, J.C. » es « Martínez, Juan de la Cruz ».

No es difícil comprobar los libros publicados en idioma inglés. Echemos una ojeada a las obras de Salvador de Madariaga, autor prolífico. Ricardo de La Cierva sitúa siete obras de este autor, publicadas en Londres o en Nueva York, en la clase « dudosa », en la clase que incluye las obras sobre las cuales rehúsa decir si existen o si conciernen a la guerra civil española. Las siete entradas vienen de la bibliografía de García Durán. Cinco minutos con los catálogos impresos del Museo Británico o de la Biblioteca del Congreso son suficientes para mostrar que los siete libros fueron impresos. Pero, ¿tratan de la guerra civil española? Tres de ellos (**Elegía en la muerte de Federico García Lorca**, **Elegía en la muerte de Unamuno y General, márchese usted**) tienen títulos evidentes. El problema que queda por resolver es averiguar si las otras obras conciernen a la guerra civil española. Hubiera sido bastante fácil preparar una

lista de los libros que cayeran en esta categoría y en unas semanas algunos estudiantes españoles en Londres, en Nueva York (o en Wáshington) hubieran resuelto el problema. Seguramente el Ministerio de Información habría hecho este esfuerzo si realmente hubiera tenido interés en producir una bibliografía útil a los historiadores.

Mi crítica es parca en caridad, y proliza en la búsqueda de los pequeños errores. Afirmando que tal fecha no es exacta, que tal apellidado está incorrectamente transcrito, etc. Pero la exactitud es la esencia de la bibliografía. Una bibliografía debe estar hecha con cuidado cariñoso y con paciencia, exactamente como un mosaico, pieza a pieza, ya sean éstas de vidrio o de piedras preciosas, colocadas exactamente en su sitio. Pero la información contenida en el catálogo del Ministerio de Información ha sido traspapelada, no ha sido puesta en su sitio, pieza a pieza: se la ha dejado donde ha caído, ha sido impresa donde ha caído.

Si Ricardo de La Cierva y sus colaboradores no dan ninguna importancia al nombre correcto de un autor, al título exacto de un libro, al lugar y año de publicación correctos, deben dedicarse a un menester diferente a la elaboración de una bibliografía, de la guerra civil española, o de otro tema.

Podemos preguntarnos, ¿por qué un grupo de personas sin interés verdadero por la bibliografía ha producido esta obra? Ricardo de la Cierva nos dice en su introducción, con cierto orgullo, que él y sus colaboradores han trabajado, no como bibliógrafos, sino como « historiadores ». (¿Cree él realmente que la exactitud bibliográfica carece de importancia para el « historiador »?) « [...] esta bibliografía no tienen una finalidad autónoma sino instrumental y que no ha sido concebida

y compuesta por biblióforos —profesionales que tienen siempre algo de biblióforos— sino por historiadores. Esto quiere decir que, aunque nuestro rigor bibliográfico ha sido estrictamente científico, en caso de duda o de colisión de criterio lo informativo ha prevalecido siempre sobre el purismo, el perfeccionismo a ultranza [...] Para nosotros un libro es ante todo una fuente de información histórica, no un escaparate de erudición.»

Los lectores pueden juzgar por sí mismos si el « rigor bibliográfico » del profesor Ricardo de La Cierva y sus ayudantes « ha sido estrictamente científico ». ¿ Es « rigor científico » catalogar libros que nunca fueron publicados ? ¿ Es rigor científico » nombrar autores que no existen ? ¿ Es « rigor científico » indicar a un investigador que tal publicación tiene algo que ver con la guerra civil española, sin no trata de aquel conflicto ? El profesor de La Cierva dice que « lo informativo ha prevalecido siempre sobre el purismo, el perfeccionismo a ultranza » ; debe decir en realidad que lo fácil ha triunfado siempre de lo difícil, que la negligencia ha prevalecido siempre sobre el cuidado. ¿ Qué podemos pensar de la persona que, en 1965, llamó brutalmente un error de García Durán « un evidente signo de negligencia que constituye ya una falta de respecto al lector », y que pocos años más tarde multiplicó tales errores en una obra suya ?

Podemos, pues, preguntar : ¿ Por qué este grupo, encabezado por de La Cierva, visiblemente aburrido por los problemas bibliográficos de la guerra civil española ha despilfarrado su tiempo y despilfarrado el **nuestro** con esta obra mediocre ? La respuesta es que esta obra no debe ser juzgada en el cuadro de la investigación histórica, sino como propaganda del régimen español. No perdamos de vista el hecho esencial que la obra fue preparada

por la sección del Ministerio de Información encargada del control y dirección, dentro de España, de toda investigación sobre la guerra civil española.

Ricardo de La Cierva acusó a García Durán de haber trabajado « con mucho descuido y mucha precipitación » y observó tristemente que ello era característica de muchas bibliografías sobre la guerra civil española. « Parece que hay siempre prisa en editarlas, quizá por temor a la aparición simultánea de otras. » Y da el siguiente consejo : « No hay peor enemigo de la bibliografía que la prisa. » En la página XXXVII de la Introducción general del profesor de La Cierva encontramos una palabra en lengua inglesa, una palabra curiosa : **deadline**. En el argot del periodismo americano, esta palabra quiere decir la hora y minuto en que un periodista debe entregar su escrito si quiere que sea impreso. ¿ Qué relación tiene un **deadline**, palabra del periodismo, con una obra dirigida a la utilización por historiadores, estudiantes y libreros ? Como el crítico Ricardo de La Cierva (para distinguirlo del « bibliógrafo » y del « historiador ») nos informó en 1965, la bibliografía no se hace con prisas. Sin embargo, Ricardo de La Cierva afirma no solamente que sobre él pesó un **deadline**, sino que en su prisa de publicar tuvo que dejar muchas entradas para un tomo suplementario. « Prisa » es la palabra para describir las condiciones en las cuales esta obra fue realizada. « Prisa » también explica el vicio mayor de la estructura del catálogo. Este defecto mayor ya ha sido señalado : la carencia de un número particular de identificación para cada entrada. Este vicio despoja de valor a los índices. Las entradas no son numeradas a causa de aquella prisa. Si el manuscrito de esta bibliografía hubiera estado terminado, con cada entrada puesta en su sitio, no hubiera sido

difícil dar un número a cada una de ellas. (Así es como García Durán, Palacio Atard¹⁴ y los compiladores del **Catálogo general** han podido asignar un número a cada referencia.) Pero en el caso de Ricardo de La Cierva, nunca existió manuscrito presto a ser dado al impresor. Las fichas fueron enviadas a la imprenta, en mayor o menor desorden, parte ayer, parte hoy, etc. El orden fue establecido después de la composición tipográfica de las fichas. Si la primera remesa de fichas hubiera tenido número, al llegar la segunda, toda enumeración hubiera tenido que ser cambiada. Tal proceso hubiera aumentado desastrosamente los gastos de edición. Y las fichas fueron dejadas sin otro número de identificación que el de la página, **por prisa, para ganar tiempo.**

¿Por qué tanta prisa para publicar una bibliografía? Durante años, ya antes de 1964, se había hecho evidente que los jóvenes españoles comenzaban a ver la historia oficial franquista y falangista con escepticismo. Cuando Ruedo ibérico fue fundado en París y sus libros, aunque prohibidos en España, empezaron a atravesar la frontera y a pasar de mano en mano hasta quedar rotos y sucios, esta desconfianza creciente, sobre todo en los jóvenes, respecto a las versiones oficiales de lo que se había pasado durante la República y la guerra, empezó a preocupar a personas con altos cargos en el régimen franquista¹⁵. Un contrataque fue montado y la Sección [ahora Unidad] de Estudios sobre la Guerra de España fundada en el Ministerio de Información y puesta bajo la dirección de Ricardo de La Cierva. Era preciso dar nuevo aspecto a las versiones oficiales de la guerra civil.

La bibliografía que criticamos es simplemente una fase del contrataque. Era evidente desde el día en que la Sección de Estudios sobre la guerra de España fue establecida que una de las primeras tareas

era la de recuperar el sector bibliográfico, mostrar que **Spanica zwischen Todnu Gabriel** pertenecía definitivamente a un pasado olvidado. Por eso, la primera publicación que salió del despacho de La Cierva fue **Cien libros básicos sobre la guerra de España**. Vicente Palacio Atard, profesor en la Universidad de Madrid, escribió en 1966, en el prefacio del primero de sus **Cuadernos bibliográficos de la guerra de España**: « Dos tareas previas, y a todas luces ineludibles, se imponen a los historiadores si de verdad quieren cimentar el tratamiento objetivado de este capítulo de nuestra historia: una de esas tareas ha de consistir en lograr el más amplio repertorio informativo sobre las fuentes documentales susceptibles de ser manejadas para el mejor esclarecimiento de la guerra; la otra será la preparación de una bibliografía crítica lo más completa posible que oriente al estudioso en medio de tan abundante material. »¹⁶

De La Cierva cita a Palacio Atard y añade: « Antes de desempolvar manuscritos y antes de encuadernar periodicos había que poner un poco de orden en nuestra biblioteca. »¹⁷ Pero como él mismo observó hace tres años: « Desgraciadamente no bastan

14. Palacio Atard es profesor de la Universidad de Madrid. El y sus colaboradores han publicado ya seis **Cuadernos bibliográficos** sobre los escritos de la guerra civil. La parte bibliográfica está bien realizada.

15. Véase la entrevista con Ricardo de La Cierva, publicada en **Arriba**, el 31 de enero de 1970. De La Cierva atribuye la creación de su servicio a la publicación del libro de Gabriel Jackson: **The Spanish Republic and the Civil War**, y la impresión producida por el libro sobre los ministros Castiella y Fraga. La traducción española de este libro, aunque no publicado por Ruedo ibérico, fue distribuido en Europa por aquella casa.

16. **Cuadernos bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)**. Serie 1, fascículo 1, Folletos. Madrid, 1966, p. IX-X.

17. **Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes**, p. X.

las buenas intenciones para apuntalar una bibliografía. » Y la biblioteca de Ricardo de La Cierva está todavía en desorden. Su bibliografía no es más que una fachada. Detrás de su aspecto pseudoerudito está construyéndose la interpretación neofranquista de la historia de la guerra civil. Esta bibliografía tiene la singularidad de ser la obra publicada en España acerca de la guerra civil con mayor número de referencias a obras republicanas. Estas no son más que nombres de autores, títulos de libros, etc., pero son referencias republicanas. Este detalle es subrayado por de La Cierva: « Queremos decir que los criterios de clasificación, división y agrupación de estos millares de libros son criterios exclusivamente bibliográficos; la adscripción partidista, ideológica o política de los autores no puede ser, en sí misma, un hecho diferencial [...] La suprema característica de una fuente, para el historiador, es su valor histórico; pero la dimensión axiológica [?] ha sido excluida de este repertorio cuya misión es puramente catalogal e informativa. En estas páginas frías y apretadas se alinean indiscriminadamente libros de todos los colores. »

A leer estas líneas, se puede imaginar que la censura ya no existe en España y cabe preguntarse si esta bibliografía con « libros de todos los colores » no ha sido fabricada con la intención de engañar a algunos, de hacerles creer que otras obras de la escuela neofranquista son también de « todos los colores ».

Según toda apariencia, el animador de la escuela neofranquista de la historia de la guerra civil española es Ricardo de La Cierva. Perteneciente a una generación más joven que la primera que defendió las tesis extremistas nacionalistas de la guerra civil, puede darse el aire de repudiarlas más fácilmente. Esta escuela de historia puede, por ejemplo, admitir con una sonrisa que los « documentos » de los rebel-

des que probaron que Franco se sublevó solamente para impedir una sublevación comunista fueron falsos y declararlos hoy sin importancia¹⁸. Esta escuela puede admitir la matanza de Bajadoz y justificarla entonces como capítulo inevitable de una guerra. Pero hay que tener siempre en la mente el hecho indiscutible de que no se ha llegado a estas confesiones voluntariamente. Nunca surgieron espontáneamente. De vez en cuando, ante tanta evidencia, que del exterior penetra en España, los historiadores oficiales se ven simplemente obligados a ceder. Pero sólo en apariencia ceden.

El ejemplo más reciente de ello lo dan las nuevas interpretaciones de la destrucción de Guernica. En **Arriba** del 31 de enero de 1970, de La Cierva admitió que la ciudad vasca fue destruida por un bombardeo, cosa negada con vehemencia por los franquistas durante más de treinta años¹⁹. Hace solamente un año, el embajador de Franco en Washington, marqués de Merry del Val, declaró públicamente: « Es extremadamente dudoso que la ciudad misma fue bombardeada. »²⁰ De La Cierva dijo que Guernica fue destruida por los alemanes, « sólo los alemanes », y continuó: « Pero no por la Legión Condor, que estaba controlada por el mando nacional, sino por un grupo especial de prueba que vino directamente desde Alemania, destruyó Guernica y se volvió a Alemania, sin que nos enterásemos. Eso le molestó a Franco [...] Como el mando nacional no había

18. R. de La Cierva: **Historia de la guerra civil española**, t. 1, p. 708-709: « No fatigaremos al lector con más detalles acerca de un tema que siempre hemos estimado absolutamente trivial. »

19. Es posible que ahora admitan la verdad (en parte) sobre Guernica porque ha muerto el autor de la primera mentira nacionalista sobre el pueblo vasco, el entonces jefe de los servicios de prensa del Cuartel general nacionalista, Luis Bolín.

20. **Life**, Nueva York, 24 de enero de 1969. Carta al editor.

dado la orden, se da la consigna de que eso es mentira, pero ante el revuelo internacional se acaba diciendo que lo volaron los dinamiteros asturianos. Eso es falso.» Añade, después: «El mito de Guernica, donde no murieron ni siquiera una docena.» En otro lugar, dos semanas más tarde, escribía: «La sorpresa de Mola y la indignación del general Franco al conocer los hechos totales motivaron la reacción poco inteligente de los servicios de propaganda de la zona...»²¹

No nos interesa tanto el abandono de la posición mantenida durante tantos años; nos interesa más la nueva línea de defensa a la que Ricardo de La Cierva se retira. A la vez que admite que un bombardeo fue la causa de la destrucción de Guernica, adorna tal aceptación con los siguientes elementos: 1) Fueron los criminales alemanes quienes realizaron el bombardeo; 2) Los generales Franco y Mola no sabían absolutamente nada del proyecto; y 3) Poca gente pereció en el bombardeo. Se trata de una estratagema por la cual la escuela neofranquista de la historia de la guerra civil española busca una apariencia liberal y tolerante, dismintiendo las mentiras más groseras, cuando en realidad está defendiendo los principios básicos del franquismo y justificando la rebelión militar de 1936.

Estas afirmaciones de Ricardo de La Cierva nos permiten ver que sus métodos de investigación histórica son tan negligentes como sus métodos de compilación bibliográfica. Hemos visto que el 31 de enero de 1970 informa a sus lectores que Guernica fue bombardeada, «no por la Legión Condor, que estaba controlada por el mando nacional, sino por un grupo especial de prueba que vino directamente desde Alemania, destruyó Guernica y se volvió a Alemania». Hipótesis absurda. Para formularla, de La Cierva careció de

toda evidencia. Entonces, ¿por qué la formuló? Porque ofrecía una explicación de la destrucción de Guernica que absolvía a Franco y a los franquistas de toda responsabilidad directa en el desastre. Pero, alguien con algún conocimiento de la realidad aeronáutica de la época de 1937, llamó la atención a de La Cierva sobre lo ridículo de su afirmación, y el 15 de febrero, dos semanas más tarde, se retractó —con poca elegancia, es verdad. «No es posible —y se debe a otro investigador—, escribió en **El Pensamiento Navarro**, la tesis del «grupo especial». La aviación alemana de 1937 carecía, incluso en fase de prueba, de esos grupos especiales.» No se puede tener mejor ejemplo del descuido de un «historiador» ¡Toda su teoría sobre Guernica está fundada en bulos no confirmados! Comete otro error cuando dice que no perecieron «siquiera una docena» en el desastre. Esto indica que no ha realizado ninguna investigación seria sobre la destrucción de Guernica. Murieron centenares de personas en el holocausto. El solo corresponsal del **Times** de Londres vio treinta cadáveres cuando volvió a Guernica al día siguiente del bombardeo.

Y no van a terminar aquí sus dificultades. Con gran autoridad aseguraba el 31 de enero que la Legión Condor «estaba controlada por el mando nacional», atribuyendo el bombardeo de Guernica a unos incontrolados misteriosamente llegados de la Alemania nazi, sin decir «buenos días» a Franco. Ahora nos informa que Guernica fue bombardeada por la Legión Condor. Pero, ¿si la Legión Condor estaba «controlada por el mando nacional», cómo será posible que ni Franco ni Mola supieran que pasaba en el frente?

De La Cierva escribe con frecuencia sobre la importancia de las «fuentes primarias:

21. *El Pensamiento Navarro*, 15 de febrero de 1970.

documentos, prensa, testimonios directos » que él y otros « historiadores » del régimen tienen a su disposición. « Los depósitos de fuentes primarias están aquí [...] Las fuentes, por tanto, aquí existen. Hasta ahora nos han escrito la historia desde fuera, sin fuentes. La característica de la tercera etapa, la que ahora empieza, es que, como acaba de decir Stanley Payne, « menos mal que los españoles se han decidido a escribir la historia de España »²². Hay un error fundamental en el pensamiento de Ricardo de La Cierva. El ha vivido tanto tiempo bajo un régimen de censura que no la percibe. Aun admitiendo que los archivos españoles del tiempo de la guerra civil estén completamente abiertos (y yo no lo admito), un español no puede publicar en su país más de lo que la censura permite. Escribir es una cosa, publicar es otra. Tenemos un ejemplo ya clásico, el libro de Maximiano García Venero: **Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla**. No existe mejor ejemplo de obra escrita en España desde el fin de la guerra civil, basada en « documentos, prensa, testimonios directos ». Pero no le fue posible publicar este libro en España, sin modificaciones que el autor no quiso hacer. Para conseguir su publicación, el autor tuvo que recurrir a un extranjero (en este caso yo) y a una casa editorial dirigida por un exilado (en este caso Ruedo ibérico y José Martínez). Y no fue eso todo. Después de haber firmado el contrato para la publicación, el autor tuvo miedo y, con el apoyo de la embajada de España en París, hizo cuanto le fue posible para impedir la publicación del libro. Entonces, ¿ cómo pueden Ricardo de La Cierva (y Stanley Payne) decir que los españoles van ahora a escribir la historia de España, sin añadir que si la escriben tendrán que ir al extranjero a publicarla?

Otro detalle que no percibe Ricardo de

La Cierva. Hay españoles que escriben sobre la guerra fuera de España, y que tienen que publicar fuera de España. Ejemplos recientes son **Los olvidados**, de Antonio Vilanova (París, Ruedo ibérico, 1969) y **Les anarchistes espagnols et le pouvoir**, de César M. Lorenzo (París, Le Seuil, 1969). No niego el valor de los documentos; pero el archivo entreabierto puede ser una trampa y el investigador español y el extranjero que va a España deben tomar sus precauciones. La política actual parece ser la de tomar de la mano a un investigador extranjero ingenuo, permitirle ver dos o tres « documentos » cuidadosamente seleccionados, para que más tarde, cuando salga del éter, tenga la convicción sincera de que ha tenido acceso a los « documentos españoles ». En esta trampa cayó el archicrédulo Brian Crozier que, en su libro sobre Franco, probó, a base de « documentos » que le fueron mostrados en España en 1967, que Guernica no fue nunca bombardeada²³. Dos años más tarde, los historiadores neofranquistas le echan la mentira en cara, admitiendo que Guernica fue realmente bombardeada. No niego el valor de los documentos; pero hay que discutir ciertas ideas de Ricardo de La Cierva acerca del valor relativo de « documentos » y « libros ». « Los libros —afirma él— son fuentes secundarias ». Vamos a tomar un ejemplo. Si los libros del general Rojo, en lugar de haber sido publicados, fueran simplemente informes en un archivo, ¿ tendrían más valor? De La Cierva considera la prensa como fuente primaria y yo tengo quizá más razones que él para darme cuenta de su importancia; pero hay correspondencias que, después de escribir sus

22. *Índice*, Madrid, 1 de abril de 1969, p. 18. Artículo de R. de La Cierva.

23. Brian Crozier: *Franco*, Londres, 1967.

despachos, han redactado libros sobre los mismos acontecimientos. ¿Tiene una obra más importancia que la otra? ¿Tienen las fuentes de un libro más valor que el libro? ¿Qué piensa hacer de La Cierva con los documentos? ¿Fabricar libros? ¿Entonces?

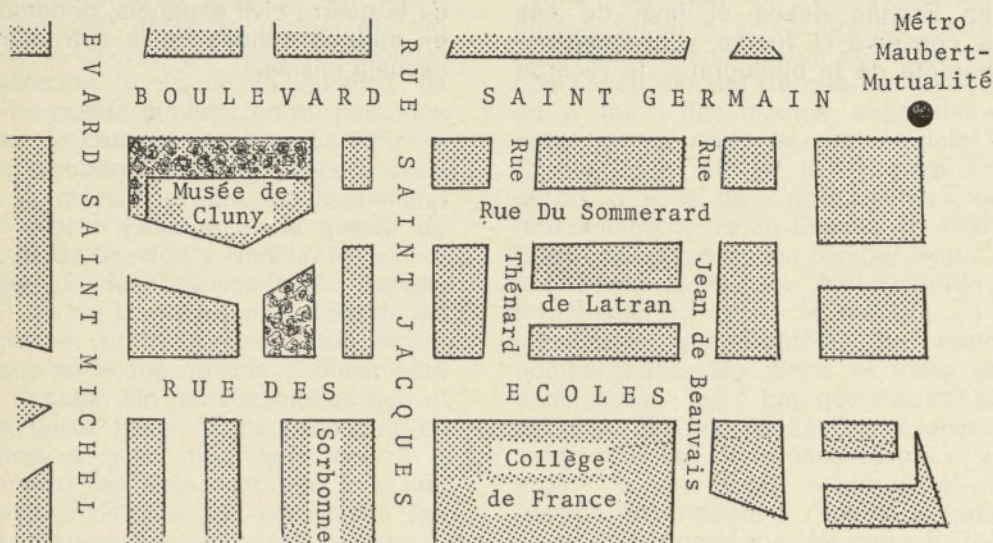
Todo ese hablar de «fuentes primarias» y «fuentes secundarias» parece humo para oscurecer el hecho fundamental. La censura, que gobierna sobre los «documentos» como sobre los «libros» en España, la censura, plaga de todos los escritos acerca de la guerra civil publicados en España desde el final de esa guerra, conserva su fuerza, y el apoliticismo aparente de la bibliografía de Ricardo

de La Cierva no debe engañar a nadie. De La Cierva, Martínez Bande, Seco Serrano, Ramón Salas Larrazábal y otros miembros de la escuela neofranquista no pueden publicar nada en España que no sea conforme con las ideas básicas del régimen. Todo lo que ellos escriben tiene que ser estudiado desde la perspectiva de este hecho.

En vista de la incompetencia que ha presidido la preparación de la bibliografía de Ricardo de La Cierva, de la manera desaliñada con que fue erigida esta fachada de la escuela neofranquista de la historia de la guerra civil española, podemos poner en duda la solidez de la estructura de la escuela misma.

ruedo ibérico **Librería**

Colección España contemporánea • Biblioteca de cultura socialista • Colección el viejo topo • Cuadernos de Ruedo ibérico • Suplementos de Cuadernos de Ruedo ibérico •



Libros de las Editoriales Grijalbo • Era • Siglo XXI • Cajica • Cuadernos Americanos • Joaquín Mortiz • Palestra • Siglo Ilustrado • Moncloa • Distribuidora y Editora Argentina • Universidad Central de Venezuela • Instituto del Libro de Cuba y otras •

6 rue de Latran
Paris 5

Téléphone : 325 56-49
Métro : Maubert-Mutualité
Ayuntamiento de Madrid

Notas

Jesús Sancho
Carlos Clot

La economía española en 1969

A los diez años del Plan de estabilización —punto de arranque de una nueva estrategia destinada a sustituir la ya obsoleta vía autárquica— los acontecimientos económicos de 1969 constituyen un nuevo jalón de la trayectoria que parece conducir la sociedad española hacia el modelo neocapitalista *made in* Europa occidental, con todas las peculiaridades y limitaciones específicas que el caso español lleva consigo, ya que esta trayectoria es, por el momento, más coherente a nivel de deseos que de hechos.

En el contexto político, 1969 ha sido un año particularmente movido. Las tensiones han sido frecuentes, sacudiendo a todo el cuerpo social de forma violenta. En sus inicios, la lucha obrera y universitaria movilizó a los elementos «ultras» de la oligarquía que con la declaración del Estado de excepción llevaron a cabo una desmesurada y brutal ola represiva. Con ello pretendieron, en cierta forma, ganar la baza a la corriente más liberalizante y aperturista del régimen y volver de nuevo a una situación histórica ya periclitada.

Cuando nueve meses más tarde, y a raíz de la formación del nuevo gobierno, se asiste al definitivo asentamiento de la tecnocracia «opusdeista» en el poder y a la postergación política de representativas figuras ligadas a la «nostalgia del pasado», no resulta descabellado suponer que el Estado de excepción fue algo así como el último coletazo, el canto del cisne del sector político más inmovilista y retrógrado; fue también una ocasión hábilmente aprovechada por los aperturistas —en tanto que portavoces de la alta burguesía— para adquirir una situación más hegemónica al producirse simultáneamente: la desarticulación temporal de los movimientos de lucha política en la Universidad y en las fábricas (condición necesaria para intentar una posterior integración al sistema de obreros y estudiantes) y el natural descrédito en que necesariamente habían de incurrir sus oponentes dentro de la oligarquía, al ser éstos —los «ultras»— los ejecutores visibles de la represión.

A partir de aquí, ya no podían sorprender demasiado las iracundas manifestaciones de contestatarios falangistas, disueltas a porrazos por la policía armada, ni las pictóricas disposiciones oficiales en torno al cambio del color azul de las camisas, ni —hablando de cambios de camisa— los que se apresuraron a

llevar a cabo los oportunistas al uso, en tanto entonaban el obligado *requiem*.

A los diez años de registrarse el acta de defunción de la autarquía, asistimos ahora a sus funerales; con ello, en esta etapa de «postfranquismo con Franco», la situación política parece clarificarse.

Ahora bien, las transformaciones estructurales habidas durante esta década en el sistema económico han seguido una orientación —a impulsos de la dinámica interna— que difícilmente puede modificarse a partir de simples actos voluntaristas. Y así, el desarrollo económico español lleva implícitos una serie de defectos que impiden alcanzar en su totalidad, aquellas cotas propuestas de acuerdo con el modelo que sirve de guía.

El problema que se plantea en el intento de contras-tación del modelo «opus» es temporal. Se trata de saber cuanto tiempo es necesario para liquidar los obstáculos que mediatizan el alcanzar un alto nivel de consumo, una plena integración con Europa y en suma obtener una renta *per capita* lo suficientemente alta y que sirva como módulo integrador de la clase obrera.

Por otro lado, comporta también una serie de «concesiones» o adquisiciones por parte de la clase obrera, que aunque tan sólo sea por el fenómeno de la concentración de empresas, provoca un enfrentamiento en el campo de la producción de difícil previsión.

Bajo este marco, vamos a pasar revista de las variables coyunturas más significativas, para centrarnos después en algunos temas destacados de 1969.

1. Evolución de las principales variables de la coyuntura

Después de la fase postdevaluatoria —con la consabida contracción a que fue sometida la economía— no ha tardado en producirse un cambio de signo, y junto al nuevo proceso de recuperación no falta el obligado acompañamiento de desequilibrios que vuelven a demostrar, una vez más, la naturaleza y los límites del desarrollo capitalista español, incapaz de poner en práctica una estrategia distinta a la ya conocida de seguir bailando al sincopado ritmo del *stop and go* y utilizar la inflación como único y exclusivo motor de desarrollo y de acumulación de capital.

—Demanda interior

En el sector privado, la demanda ha evolucionado con rapidez desde una situación depresiva —cuyos negativos efectos pudieron neutralizarse entonces merced a una deliberada elevación del gasto público— a otra de signo fuertemente expansivo, sin que al mismo tiempo dejaran de elevarse los gastos del Estado que juegan ahora un papel claramente desequilibrador. Este aumento de la demanda ha sido mucho más notable por parte de las empresas que por parte de los consumidores, lo cual nos da un primer indicio sobre cómo se reparte el pastel entre salarios y beneficios.

—Oferta

Gracias a que se partía de un punto relativamente bajo en la utilización de la capacidad productiva y podían emplearse, por tanto, recursos desocupados, la producción se ha adaptado con relativa facilidad a las exigencias de la demanda creciente. Asimismo, las importaciones han coadyuvado a conseguir este objetivo. Los problemas empezarán a resurgir cuando el grado de ocupación ya sea demasiado elevado, las importaciones deban reducirse para no deteriorar más la balanza comercial y no se consigna frenar suficientemente la demanda.

—Precios

De momento, y a pesar del fuerte aumento de la demanda, el alza de los precios ha sido moderada (3,01 % en el índice de precios al por mayor y 3,50 % en el índice del coste de la vida). Ello ha sido debido a las causas ya enumeradas (adaptabilidad de la oferta, política de importaciones...) y además al hecho de seguir vigente un sistema de

precios y salarios controlados oficialmente. No obstante, una situación de este tipo se alterará en el momento en que deban ir eliminándose los controles, pues éstos ni pueden mantenerse indefinidamente ni se ve de qué manera pueden llegar a cumplir su cometido cuando transcurrido un cierto tiempo se empiezan a infringir las normas establecidas. Como dato que vendría a corroborar tal afirmación resulta que el alza experimentada en el índice del coste de la vida en el periodo diciembre de 1969 a enero de 1970, ha sido del 0,48 %, mientras que en el mismo periodo del año anterior hubo un descenso del 0,20 %.

—Balanza de pagos

El elevado déficit habido en la balanza comercial no ha sido suficientemente compensado por los demás componentes de la balanza de pagos, pues éstos no han evolucionado de forma satisfactoria. El turismo parece haber alcanzado un techo, y no tanto por lo que se refiere al número de turistas entrados como en lo relativo a los ingresos obtenidos, ya que por lo visto el turismo adicional que nos visita está compuesto por los económicamente débiles de la desarrollada Europa. Las remesas de inmigrantes también se han estabilizado y las importaciones de capital extranjero han retrocedido sensiblemente, destacando las reducciones habidas en las inversiones americanas, alemanas y suizas. Esto último indica el alto grado de vulnerabilidad del sistema respecto a la coyuntura internacional.

La consecuencia de todo ello es que el saldo de las reservas exteriores ha experimentado una disminución del 24 %, dejando el saldo a final de año en 886,3 millones de dólares. La gravedad de la situación se deduce de la simple observación de las siguientes cifras. Desde 1960 el stock de reservas no había estado tan bajo.

1959	217,6	1962	1 067,3	1965	1 395,9	1968	1 151,1
1960	589,6	1963	1 158,1	1966	1 214,8	1969	886,3
1961	891,8	1964	1 507,9	1967	1 090,1		

(En millones de dólares. Fuente: Banco de España.)

—Empleo, salarios y productividad

La tónica reactivadora ha conducido a un nivel de empleo superior al de 1968, habiendo ido en aumento a medida que transcurría el año. Paralelamente —y como consecuencia de ello— han ido también en aumento las presiones de la clase obrera por conseguir sus reivindicaciones. El ámbito de los

conflictos ha ido extendiéndose como una mancha de aceite, abarcando ya zonas geográficas distintas de aquellas con mayor tradición de lucha. Así, a Asturias, País vasco, comarca de Barcelona y Madrid se han unido Sevilla, Córdoba, Valencia, Zaragoza, Navarra, etc., y en los sectores productivos también se ha producido este fenómeno extensivo. Como sectores incorporados *ex novo* tenemos

al de la construcción, obreros agrícolas jerezanos, así como algún que otro foco inédito hasta el momento (editoriales, servicios de estudios económicos, centros de investigadores científicos, etc.). Pero indiscutiblemente ha sido en HUNOSA donde el tema de los conflictos ha estado (y está) permanentemente a la orden del día. Tal situación, que va prolongándose año tras año, está mostrando la impotencia del sistema en resolver a su gusto el problema estructural de la minería del carbón. Problema que afloró explosivamente en 1962, y que sigue en el candelero.

El resultado de estas presiones —que se han efectuado saltándose a la torera toda clase de intermediarios de la burocracia sindical— ha sido el de hacer saltar el tope del 5,9 % de aumento de salarios en los sectores con más empuje reivindicativo. Según estimaciones provisionales los salarios habrán sufrido un alza del 8 % como promedio, en el conjunto de la industria. Estas mismas estimaciones sitúan el incremento de la productividad en torno al 15 %, de manera que carecen de todo fundamento los argumentos que atribuyen a los aumentos salariales capacidad de crear inflación de costes en la actual coyuntura. Lo que en realidad está ocurriendo es una elevada tasa de explotación que se traduce en la existencia de una creciente plusvalía.

—Crecimiento del Producto nacional y su financiación

De acuerdo con los datos del INE, el Producto interior bruto habrá aumentado, en 1969, en un 7,8 % en términos reales. Este incremento se distribuye de la siguiente forma:

	%
Sector primario	— 1,3
Sector industrial	+ 11,0
Sector servicios	+ 8,6

2. El sector agrario y los obstáculos a su transformación

Durante el pasado año han seguido estando en primer plano las notables contradicciones que enmarcan este sector y que imposibilitan una rápida transformación capitalista del campo.

El aumento de la Renta nacional se cifra en un 7,4 % y en la Renta *per capita* se ha alcanzado el nivel de los 720 dólares. Todo ello sobrepasa claramente las previsiones consideradas como aceptables, con lo cual se demuestra una vez más que las

recomendaciones y proyecciones del Plan de desarrollo, son papel mojado.

El fuerte crecimiento del Producto industrial (11 %) tiene su claro origen en la elevada apropiación de plusvalía, materializada en una alta tasa de inversión (se estima un crecimiento superior al 12 %). De esta manera, la acumulación de capital y la subsiguiente concentración de poder en manos de las clases capitalistas dominantes (tanto autóctonas como foráneas) van siguiendo su rápido proceso al mismo tiempo que se producen fuertes rigideces en el sistema (principalmente las escleróticas estructuras del campo y la ordenación laboral), que impiden dar el definitivo salto cualitativo e identificarse al modelo europeo al cien por cien.

Un factor decisivo en este fuerte crecimiento de la producción industrial lo constituye la expansión del crédito bancario que ha supuesto un aumento del 21 % sobre 1968 y que supone un distanciamiento relativo respecto a los depósitos, cuyo ritmo de crecimiento ha sido menor.

Para contener esta clara amenaza inflacionaria se han aplicado medidas contractivas: alzas de los tipos de interés, normas restrictivas en las ventas a plazos, aumento del coeficiente legal de fondos públicos, etc., pero como ya es habitual con la aplicación de medidas de política monetaria, sus efectos son sólo pasajeros y por sí solas no acostumbra a ser muy eficaces. Aparte de que no se ve muy claro como va a ser posible ejercer una drástica intervención en el sector privado financiero cuando no resulta posible frenar suficientemente los créditos y subvenciones a organismos públicos. Obsérvense los valores anuales de los créditos a dichos organismos (INI, RENFE, Tabacalera, FORPPA, OFILE, Comisión de compra de excedentes del Vino, Servicio Nacional de cereales, Comisaría de abastecimientos y transportes, etc.).

1960	21 715	1964	37 776	1968	69 463
1961	19 288	1965	37 117	1969	84 086
1962	23 054	1966	40 399		
1963	26 807	1967	54 058		

(En millones de pesetas. Fuente: Banco de España.)

Al igual que en otras muchas facetas de la política gubernamental (sistema tributario, vivienda y urbanismo, política laboral, etc.) en el caso que nos ocupa, la acción no va más allá de tímidos alardes semánticos sin que se traduzca en llevar a la práctica cambios importantes con qué modificar la situación existente.

Evidentemente el Ministerio de Agricultura no está

en condiciones de coger el toro por los cuernos. Ahí está para ilustrarlo, la escasa renovación que han supuesto los últimos nombramientos de altos cargos del ministerio. Los nuevos titulares siguen teniendo mucho que ver con las fuerzas que oponen tan enconada resistencia al desmantelamiento del *statu quo* actual del campo español.

Pero al margen de esta posición estática va teniendo lugar un proceso irreversible de transformación (éxodo rural, innovaciones tecnológicas, etc.), que no hace sino ensanchar cada vez más el foso existente entre lo real y lo oficial.

—El trasvase de población del campo a la industria

Resulta obvio destacar la importancia que supone para el desarrollo del sistema económico, el fenómeno de las migraciones interiores del campo a la ciudad. La necesidad creciente de disponer de más mano de obra en la industria y los servicios, lleva consigo la de ir ampliando constantemente el mercado, introduciendo en él a las masas excampesinas. Pero a la vez que se transforma al campesino (pequeño propietario, la mayoría de las veces) en obrero industrial, tiene lugar una sensible alteración cualitativa en la estructura de la población española,

por cuanto se desencadena un proceso de definitiva marginación y posible desaparición futura de unas masas, política e ideológicamente, conservadoras. Estas han ido malviviendo durante años, a la vez que constituían un reducto de inestimable valor propagandístico para el franquismo, el cual ha buscado desde sus orígenes el apoyo de estas masas. (Recordemos que en plena guerra civil —en 1937— se creó el Servicio Nacional del Trigo, organismo de honda raigambre autárquico-fascista y que con el remozado nombre de Servicio Nacional de Cereales, sigue ocupando hoy un lugar destacado en el tinglado proteccionista del país.)

La incorporación de los inmigrantes a los centros industriales sirve también para agudizar las tensiones y poner en entredicho la pretendida racionalidad del sistema. No es por casualidad que la imposibilidad en resolver la ingente cantidad de problemas que se plantean a diario y tan acuciantes como el caos urbanístico, la especulación del suelo, el déficit de escuelas y asistencia sanitaria, las estafas de pisos, etc., llega a grados superlativos cuando se trata de las grandes aglomeraciones urbanas con fuerte captación de estos tránsfugas del campo.

La evolución de la población activa por sectores, nos permite captar la intensidad en la pérdida de peso específico de la población rural.

Años	1940	1950	1960	1964	1968
Primario	50,52	47,57	39,70	34,90	31,20
Industrial	22,13	26,55	32,98	34,80	36,30
Servicios	27,35	25,88	27,32	30,32	32,50

(En %. Fuente: INE.)

—La política de excedentes

Una vez más, el problema de los excedentes agrarios y su inflacionaria financiación vienen a configurar el contexto de la agricultura española. A los ya consabidos excedentes del trigo, aceite, vino, etc., vienen a añadirse ahora los de la cebada, y en el futuro inmediato es posible que la lista no se cierre aquí.

El exceso de producción en la agricultura no constituye, en principio, ningún rasgo diferenciador con

respecto a otros países europeos, la diferencia radica en el hecho de la tenaz persistencia en seguir sosteniendo artificialmente estímulos hacia producciones cuya aceptación está en franca decadencia o cuya obtención sigue estando basada en criterios trasnochados de la «política de sustitución de importaciones».

Los créditos oficiales concedidos a los organismos encargados de llevar a la práctica esta política proteccionista a ultranza han ido tomando incremento cada vez más notables, como puede verse en la tabla adjunta:

Años	SNC	Com. G. Abast. Transp.	Comis. Compra Exc. Vino	IFPPT Algodón	FORPPA	Total
1960	4 498	989	—	—	—	5 487
1961	4 822	1	—	—	—	4 823
1962	7 229	966	—	—	—	8 195
1963	8 007	3 999	195	—	—	12 201
1964	6 343	14 268	999	344	—	21 954
1965	8 614	6 143	4 820	349	—	19 926
1966	9 824	8 465	6 150	1 439	—	25 883
1967	14 182	13 163	9 779	1 102	—	38 226
1968	20 158	16 115	8 857	1 166	—	46 926
1969	15 794	13 396	7 804	1 214	20 313	58 521

(En millones de pesetas. Fuente: Banco de España.)

3. Desarrollo industrial y consumismo

Como se ha indicado anteriormente, desde la recesión postdevaluatoria hasta ahora, se ha producido una nueva acumulación de capital por la vía rápida (el bloqueo de salarios, aunque sea más nominal que real, ha ayudado lo suyo) que se irá prolongando hasta el próximo frenazo y con lo cual el desarrollo industrial habrá dado un nuevo salto. En tanto dura la época de las vacas flacas, van quedando fuera de combate las empresas más incapaces, aquellas con una dimensión y una tecnología inadecuadas; con ello la situación va saneándose al producirse esta especie de selección natural que libera al sistema de lastres molestos y deja a las supervivientes mayor campo libre al entrar de nuevo en la fase expansiva.

Asimismo, durante este periodo ha ido acentuándose el proceso de concentración de empresas que ha tenido lugar en los sectores de construcción naval (Astilleros Españoles, S.A.), químico (Ríotinto-Explosivos), siderúrgico (compra de Basconia por Altos Hornos), esperándose que pronto tendrán lugar fusiones en la industria del automóvil. Esta tendencia a la concentración va ligada de forma clara, a todo proceso de desarrollo económico y en este sentido España no constituye ninguna excepción a la regla. Nos obstante conviene hacer hincapié en tres aspectos claramente diferenciadores respecto a la situación en Europa occidental. En primer lugar los niveles de concentración así como las dimensiones de las macroempresas, distan bastante de poderse comparar a las europeas. En segundo lugar, cuando aquí todavía hablamos de concentración, en el sentido de integración de empresas de un mismo sector, en Europa se está ya en la fase del « conglomerado » es decir la gran empresa que diversifica sus actividades invadiendo y dominando sectores,

ajenos en un principio a su actividad genuina u originaria. Por último, en el caso español, la concentración viene fuertemente condicionada por la invasión de capital extranjero, en mucho mayor grado de lo que ocurre en los países europeos. Las negociaciones con el Mercado común, constituyen un poderoso acicate para la modernización de equipos y racionalización de la gestión. Las estrategias de empresarios a plazo medio dan como un hecho la entrada a Europa.

Como consecuencia de ello, se está produciendo un curioso efecto demostración en torno a prepararse para este evento. El lema parece ser: « Renovarse o morir ».

—El derrumbe de un mito

No todo el monte es orégano, ni son sólo los pusilánimes los que son apeados. Las incidencias relacionadas con los casos Barreiros y MATESA, nos demuestran lo peligroso que resultan los delirios de grandeza.

Con estos dos casos se ha hundido estrepitosamente uno de los mitos oficiales que con mayor insistencia había venido proyectándose a lo largo y a lo ancho de la piel de toro: el mito del capitán de industria autóctono, innovador y dinámico.

Quiso verse en estos dos personajes (Eduardo Barreiros y Juan Vilá Reyes) a los adelantados de una nueva generación de empresarios capaces de romper los moldes clásicos dentro de los que se había ido configurando la mentalidad conservadora del empresario capitalista hispano, carente de agresividad e imaginación para proponerse objetivos más ambiciosos. Los medios de comunicación de masas, bajo control oficial, fueron pródigos en facilitar la exhibición de estos dos superhombres del mundo de los negocios. Idéntica prodigalidad se dio en conceder —también por la vía oficial— créditos,

desgravaciones y toda clase de ayudas. Al final todo el castillo de naipes se derrumbó de un soplo. Barreiros, habiendo ya perdido tiempo atrás el control de su empresa a manos de la Chrysler (fueron necesarias sucesivas ampliaciones de capital americano para solventar la ruinosa gestión anterior), decidió presentar la dimisión en tanto proclamaba por la prensa un tragicómico «Yankees go home!». Ahora se dedica a la explotación de una granja orientada a la cría de faisanes. Curioso retorno al agro, el de este abanderado del desarrollo industrial español.

El escándalo MATESA ha tenido la virtud de polarizar la atención del país en un grado de expectación inusitada. La cosa no era para menos: diez mil millones de pesetas en créditos oficiales para una empresa cuyo capital era tan sólo de seiscientos millones, supone un grado monumental de inconsciencia e impunidad por parte de los responsables que autorizaron al Banco de Crédito Industrial, la concesión de tales créditos.

MATESA, constructora de un modelo de telar sin lanzadera de patente francesa, exportaba prácticamente la totalidad de su producción. Ha sido en la gestión exportadora donde se han producido las anomalías que han conducido a este fubuloso endeudamiento. Los telares exportados no iban destinados directamente a los clientes extranjeros, sino a las delegaciones de MATESA, situadas en países de los cinco continentes. Estas ventas fantasmas se complementaban con otras más fantasmas aún, en que los envíos no contenían telar alguno.

Contando con esta fama de empresa exportadora puntera, Vilá Reyes obtuvo una «carta de exportador» de 1ª categoría a título individual, con todas las subvenciones, exenciones y ayudas que tal categoría posibilita. MATESA consiguió la concesión de Crédito a la exportación con pedido en firme, que cubre hasta el 80 % del precio pactado. Esta concesión la obtuvo del Banco de Crédito Industrial. Asimismo, en todas las exportaciones —verdaderas o falsas— se benefició del 14 % de desgravación fiscal. Las repercusiones políticas del caso MATESA, tuvieron una cierta importancia en un momento en que las luchas intestinas entre las diversas facciones de la oligarquía se acentuaban. Ha sido preciso sacrificar a bastantes chivos expiatorios, incluido naturalmente el propio Vilá Reyes, que desde su actual residencia en la cárcel de Carabanchel, se dedica de vez en cuando a difundir sus alegatos por la prensa. Alegatos de corte patriótico y que recuerdan el cuento de la lechera.

—La socialización de las pérdidas

La desafortunada actuación del Banco de Crédito Industrial, llevó a los críticos a plantear de nuevo

el tema de la «socialización de las pérdidas», variante de despilfarro capitalista sin parangón en todo el orbe. Ello se debió a las presiones ejercidas para que MATESA fuese incorporada al INI. Por suerte tal sugerencia no llegó a prosperar. Son ya demasiados los negocios ruinosos que, abandonados por la iniciativa privada, encuentran su solución integrándose en el INI. Al mismo tiempo, algunas empresas públicas competitivas y con una rentabilidad elevada, van privatizándose y saliendo del control del sector público. Este mecanismo regulador tiene su importancia para el sistema, pues parece con ello haberse encontrado una especie de seguro de riesgos que neutraliza parte del factor incertidumbre. Naturalmente hay un precio, que es la inflación pero como ésta puede trasladarse fácilmente a los perceptores de rentas salariales, no tiene porque haber prisa en suprimir este necesario despilfarro.

El caso típico es HUNOSA, que con una participación pública mayoritaria va amparando en su seno a cualquier explotación minera cuando ésta deja de ser rentable.

Sólo en el año 1968, las pérdidas de HUNOSA se cifraron en 994 millones de pesetas.

—Las contradicciones de la vía consumista del desarrollo

Es de todos sabido que para impulsar el desarrollo industrial español, se optó por la vía consumista, políticamente más rentable por considerarse que con ella podía conseguirse con mayor facilidad la integración y apolitización del llamado «hombre de la calle».

Tanto el sector público como el privado ponen el máximo empeño en inundar de automóviles, televisores, frigoríficos, lavadoras y demás exponentes de esta peculiar *dolce vita*, a los sorprendidos ciudadanos de un país que veinte años antes eran igualmente obsequiados con barras de pan de maíz, azúcar centrifugo, taxis con gasógeno y cartillas de racionamiento, amén de otras lindezas tales como las restricciones eléctricas.

Pero esta vía consumista tiene forzosamente que conducir a desequilibrios que se traducen principalmente en la desigual asignación de recursos a las industrias transformadoras de bienes de consumo respecto a las industrias básicas, con evidente desventaja para estas últimas.

Ello se traduce en una inadecuada estructura productiva que lleva, tanto a provocar escaseces y estrangulamientos en el sector de industrias básicas como en periódicas saturaciones de **stocks** de productos acabados cuyo origen no es otro que el eufórico y desorbitado clima creado en torno al mito de la civilización del consumo. El caso

Barreiros, mencionado con anterioridad, es una muestra de esta visión optimista que poco tiene que ver con la realidad. En una encuesta publicada por el INE en 1969 («Equipamiento y nivel cultural de la familia») se describen una serie de indicadores socioeconómicos que parecen ilustrar bastante bien en qué punto se encuentra esta realidad:

51 %	de las viviendas	tienen menos de 65 m ²
34 %	id	no tienen agua corriente
94 %	id	id calefacción
34 %	id	id servicio higiénico
60 %	id	id lavadora
64 %	id	id frigorífico
61 %	id	id televisor
81 %	id	id teléfono
87 %	de las familias	no tienen automóvil
71 %	de los españoles	no disfruta de vacaciones.

4. Perspectivas de futuro inmediato

La total adecuación del desarrollo español al modelo europeo no parece por ahora, que esté a la vuelta de la esquina, ya que si bien desde el punto de vista financiero como del tecnológico la industrialización parece estar en línea con el modelo propuesto no ocurre lo mismo respecto a la estruc-

tura laboral en donde no se vislumbran perspectivas de cambio (libertad sindical, libertad de despido, seguro de paro, derecho de huelga, negociaciones directas entre representantes de los obreros y de las empresas, etc.), pues éstas quedan totalmente condicionadas a que tengan lugar cambios políticos sustanciales que desembocaran en el establecimiento de una democracia burguesa de tipo occidental y tal situación (con las consabidas consecuencias en cuanto a la integración obrera en un sistema neocapitalista) no parece que vaya a producirse en España ni a corto ni a medio plazo.

Las actuales luchas de la clase obrera, seguirán intensificándose en tanto dure la fase expansiva del ciclo. Resulta desalentador observar que tal coyuntura reivindicativa, motivada básicamente por cuestiones económicas, no pueda ser debidamente canalizada hacia objetivos políticos, debido a la actual crisis y deteriorización de las vanguardias revolucionarias. Este vacío determina una falta de unidad estratégica en la actual lucha de clases a la vez que se produce un desplazamiento de los obreros hacia posiciones claramente «obreristas» de tinte apolítico y sindicalista. Se está dando la paradoja de que en las actuales circunstancias y dada la ausencia de sentido revolucionario en estas luchas, la clase obrera española está perfectamente a «nivel europeo» cosa que no puede decirse respecto a la política laboral de la clase dominante.

Novedad Ruedo ibérico

Wilhelm Reich

La revolución sexual

Para una estructura de carácter autónoma del hombre

Prólogo de la cuarta edición (1949). Prólogo de la tercera edición (1945). Prólogo de la segunda edición (1936). I. El fiasco del moralismo sexual. 1. Fundamentos clínicos de la crítica según la economía sexual. 2. El fracaso de la reforma sexual. 3. La institución del matrimonio autoritario como fuente de contradicciones en la vida sexual. 4. La influencia de la moral sexual conservadora. 5. La familia autoritaria como aparato de educación. 6. El problema de la pubertad. 7. El matrimonio coercitivo y las relaciones sexuales duraderas. II. La lucha por la «nueva forma de vida». Reacción sexual en la Unión Soviética. 1. La «abolición de la familia». 2. La revolución sexual. 3. Amortiguamiento de la revolución sexual. 4. Liberación y amortiguamiento en el control de la natalidad y la homosexualidad. 5. El amortiguamiento en las comunas juveniles. 6. Algunos problemas de sexualidad infantil. 7. Las lecciones de la lucha por la «nueva forma de vida» en la Unión Soviética.

308 páginas

21 F

Ediciones Ruedo ibérico

Stanley G. Payne

Los militares y la política en la España contemporánea

Prefacio ; Introducción. La debilidad institucional de la España moderna ; 1. El fin de un orden ; 2. La era de los pronunciamientos : 1814-1868 ; 3. El derrocamiento de la primera república ; 4. El ejército durante la restauración : 1875-1895 ; 5. El desastre colonial ; 6. Las consecuencias de la derrota ; 7. El protectorado de Marruecos : 1908-1918 ; 8. Las juntas de defensa ; 9. La guerra del Rif ; 10. El pronunciamiento de Primo de Rivera ; 11. Primo de Rivera y Marruecos ; 12. Primo de Rivera y el ejército ; 13. El colapso de la Monarquía ; 14. Las reformas de Azaña ; 15. La Sanjurjada ; 16. El ejército en el bienio negro ; 17. El golpe militar de 1936 ; 18. La rebelión ; 19. La implantación de la dictadura de Franco ; 20. El ejército nacionalista en la guerra civil ; 21. La represión ; 22. El ejército de Franco ; Conclusión. Las bases del poder del ejército en la España moderna. Apéndice A : Datos bibliográficos de Francisco Franco. Apéndice B : Bajas falangistas y carlistas en 1937-1939. Notas. Bibliografía. Índice onomástico.

496 páginas

39 F

José Sacromonte

Sobre una noticia de Andalucía

Si existe algún trozo de tierra en la península ibérica del que realmente es difícil hablar y escribir, en el que es mucho más difícil luchar y ser revolucionario, ese trozo inmenso y desconocido se llama Andalucía. Algo tan profundo y arraigado en los albores de las

¿Cómo queréis, filósofos platónicos, emancipar a un pueblo expoliado con estos procedimientos ? [...] El Congreso revolucionario declara que la burguesía no debe ser considerada como los otros seres ; la declara fuera del derecho de gentes. Así, la humanidad que sufre debe preservarse de seres tan perniciosos, aplastando bajo la planta de los pies a aquellos que intenten levantar la cabeza para morder, sin compasión cuando oiga sus gemidos en el momento de su exterminación. Manifiesto de Los Desheredados. (Cádiz, 1884.)

[...] y yo llegaba de mi mar de Cádiz,
mi pequeña bahía azul y blanca, [...]
Rafael Alberti.

luchas sociales y políticas de la historia de España, algo que supo indetificar con lo concreto (¿hay cosa más concreta que un movimiento campesino latiendo sobre la acción directa ?), algo que evidentemente no tolera la divulgación. Porque tan compleja

es la realidad andaluza, tan difícil encontrar el hilo conductor que nos lleve a un universo socio-cultural hibernado con la sangre y las metralletas de la insurrección franquista, al igual que sorprendente podría ser la revelación *hic et nunc* de sus mesías, mesiánicos y mesianismos con pelos y señales. Tan difícil de penetrar cuando los puntos vuelven sobres las íes y se escucha atentamente el **cante jondo** (síntesis hoy de rebeldía y aplastamiento) cuyo eco proviene de la cortijada más aislada de esa Andalucía. Pero todo ello nos remontaría a lugares tan lejos... que veríamos la figura del poeta árabe cantándonos en hebreo «académico». Nos traería irremediablemente a la hora actual para poder contemplar aún, en aldeas casi perdidas, la adoración del sol. Nos haría, en definitiva, ir más atrás, mucho más atrás del XIX y de la conquista de Granada... Lo que complicaría excesivamente los propósitos inmediatos.

Andalucía es variada y múltiple en sus especificidades. Y no partir de este supuesto básico hace que el «mosaico» de colas de trabajos, reunidos bajo el título **Noticia de Andalucía**, resulte en su conjunto más bien una reflexión «desde el exterior» de Andalucía. Una yuxtaposición que, sin duda, ha pretendido partir del «alma» de un pueblo o, en nuestro caso, «almas» de unos pueblos. Objetivo, a nuestro entender, sin alcanzar.

Creemos no hay una correspondencia entre el «mosaico» escrito y el mosaico real de la misma Andalucía, pionera de las luchas sociales, adiestrada prácticamente en las alianzas operativas, decapitada sistemáticamente con el sanguinario acontecer franquista. La panorámica de la situación económica de la actual Andalucía, las continuas referencias a trabajos contemporáneos, de corte eminentemente reformista y «neutros»¹ (Cazorla, Murillo, Capelo, etc.), no se armoniza con la pobreza de la panorámica política, aunque en realidad tal panorámica brille por su ausencia. Analizar la problemática del desarrollo sin exponer la dinámica de la lucha de clases es presentar a medias la cuestión. Lo que podría ser dimensión «candente» del libro de Alfonso Carlos Comín —las conversaciones sobre el terreno, magnetofón en mano—, no pasa de ser una muestra arbitraria y en absoluto representativa. ¿Por qué el autor no ha conversado en directo con los protagonistas de la acción en las diversas zonas andaluzas? ¿Por qué no ha entrevistado a los líderes políticos, responsables de las organizaciones políticas, o a los sindicales cuyas organizaciones

operan en el sur de España? Creemos que tal intento se hubiera realizado fácilmente y se hubiera podido camuflar posteriormente a la hora de la censura. Si así hubiese sido, habríamos dispuesto de materiales y de posiciones programáticas, junto a los análisis y explicaciones de acciones organizadas y llevadas a efecto, que sin lugar a dudas constituirían una noticia de la Andalucía real de sumo interés, corrigiéndonos simultáneamente una gran cantidad de errores de apreciación. Sin embargo, las conversaciones e historias personales que se insertan vienen a constituir todas ellas el típico producto del método jocista de comprensión de la realidad. El «caso ejemplar», personalizado, tan anhelado por los historiadores sociales. ¿Sobre qué bases se ha seleccionado a tales arquetipos de la lucha de clases? ¿A partir de qué grados de representatividad? ¿En qué capas de la clase: lumpen, campesinado pobre, proletario agrícola, obrero industrial, qué tipo de empresa, obrero desclasado, pequeña burguesía jugando a la vanguardia...? Parece como si en la intención del autor hubiera jugado un factor determinante: prescindir de la opinión y manifestaciones de la clase obrera organizada en Andalucía, la única que en esa zona dirige, al menos por hoy, la lucha (a pesar de algunas sorpresas incontroladas, que otros llamarían «salvajes»). Ello puede que no sea la mejor respuesta al proimperialista Julián Marías ni a los «cenicientos» andaluces.

Es sorprendente, también, que en la búsqueda sociológica, descendiendo ya a terrenos concretos, el autor no se detenga en una zona conflictiva, esa zona que en Andalucía se considera «a la cabeza»: Sevilla-Jerez-Sanlúcar-Puerto, junto a la «nueva clase obrera» de Cádiz. Y nos sorprende mucho más cuando, al dar noticia de Andalucía en su dimensión política, se presenta un caso FLP. ¿Cuándo el FLP fue una fuerza política en Andalucía? Nos parece que nunca y así nos lo confirma el silencio de la prensa obrera de la zona. Y menos ahora tras un año ya de su autoliquidación². ¿Cuándo un cooperativista, en una zona sin el menor atisbo de cooperativismo, puede ser un exponente significativo de un sector, inexistente, de lucha? ¿En dónde hallar un cooperativismo obrero en Andalucía luchando contra los monopolios? Otro gallo cantaría si hablásemos de Navarra, Ciudad Real incluso...

Por otra parte también nos sorprende que apenas haya una simple noticia acerca del «espontaneísmo». Una referencia al latente espontaneísmo andaluz que continúa, cada día en existencia menos precaria, tras el aplastamiento de 1939, y que en muchas ocasiones se ha manifestado, alcanzando su cénit

* **Noticia de Andalucía**, por A.C. Comín, Edicusa, Madrid, 1970.

1. Hablando sobre la realidad USA, Eldridge Cleaver decía que se está con el problema o con la solución del problema; los neutros están con el problema.

2. Véase, a este respecto, las alusiones que Pau Costa hace en «Organización e iniciativa revolucionaria», **Cuadernos de Ruedo Ibérico**, 26/27, a la autoliquidación del FLP y FOC. Véase, en el mismo número, p. 24, nota pie de página.

en los sucesos de Granada de 1970³. Creemos que un sociólogo no puede esperar a Granada 1970 (caso no citado en el libro, lo que es comprensible ya que el prólogo está fechado en 1969) para pulsar la importancia del fenómeno y predecir algunos de sus ulteriores efectos. Que en Andalucía hay Partido Comunista, es un hecho. Que también puede verificarse una débil (?) aparición del anarcosindicalismo (aprovechando la tensión espontaneísta) es asunto de cierta evidencia. (El autor podría escudriñar, hacer un « análisis en profundidad », en el eje Granada-Córdoba, sin olvidar los pueblos de ambas provincias, y seguramente se encontraría con un buen « banco de hechos », a los que no se refieren los estudios de F. Murillo, J. Cazorla, M. Capelo, Campos Normand, etc.)

El libro, falto de una alternativa (a no ser los versos sibilinos del Cancionerillo del duende: **Las cosas son como son / hasta que dejen de serlo.**), suena un poco como a quejidos en el desierto. A no ser que el trabajo en su conjunto, a tenor del método aplicado, se considere por sí mismo como una posible alternativa. A ello nos hemos referido más arriba.

De otro lado, punto este al que ya hemos aludido, nos parece extraordinariamente ambicioso dar noticia de Andalucía sin detenerse antes las **características**

específicas que medulan la generalidad andaluza (esos trozos con sus propias historias, con sus respectivos pasados rebosantes de gloriosos combates). Lo que indudablemente habría representado un esfuerzo políticamente mucho más rentable que el dedicado al estudio moralista de Torremolinos (franja que es de esperar proporcione muchas divisas a la futura España socialista).

Noticia de Andalucía, en suma, es una pieza más de la literatura social hispánica, en donde la dimensión de las investigaciones económicas del trabajo salvan, en parte, el montaje.

Por nuestra parte sospechamos que esta Andalucía de lo que está realmente necesitada es de estudios **monográficos**, concretos y limitados geográficamente y políticamente. (A este propósito, el libro de Juan Martínez Alier, **La estabilidad del latifundio**⁴, es una aportación **para y desde** Andalucía de extraordinario valor práctico.) La divulgación apresurada, eminentemente periodística, puede crear, sin que ello se persiga, una visión errónea de la realidad sociocultural, económica y política de las ocho provincias que actualmente forman lo que hoy se ha convenido en llamar Andalucía.

3. Véase « Granada 1970 : tres muertos », **Cuadernos de Ruedo ibérico**, 26/27 y « España, verano 1970 », por Juan Martínez Alier, **Cuadernos de Ruedo ibérico**, 25.

4. Ediciones Ruedo ibérico, París, 1968.

Granada, febrero de 1971

Crecimiento y crisis del capitalismo español

**de Arturo López Muñoz
y José Luis García Delgado**

El título desborda ampliamente el contenido del libro que en realidad trata de analizar el primer Plan de desarrollo a través, sobre todo, de las grandes líneas de política económica propuestas en él y su contraposición con los problemas que plantea la realidad económica española, y también mediante la comparación entre las previsiones del Plan y los resultados realmente alcanzados.

La tesis central del libro parece ser la casi totalidad de los males que achacan a la economía del país al inmobilismo y a la miopía del **capitalismo tradicional**, enraizado sobre todo en la agricultura y la industria básica (minería, especialmente la del carbón, y siderurgia). En posteriores trabajos, los autores han denunciado también los defectos de este capitalismo tradicional plasmado en la Banca española.

El análisis que permite llegar a los autores a la condena del único culpable, el capitalismo tradicional, es manifestamente incompleto y en ciertos puntos contradictorio. Así, por ejemplo, se señala que en la agricultura la crisis del sector tradicional viene provocada por la propia dialéctica del desarrollo capitalista, anunciándose que éste se prepara a modernizar este sector en el momento oportuno y en las condiciones más favorables para el mismo; sin embargo, esta tesis o hipótesis de trabajo cae luego en el más completo de los olvidos y así no existe ningún intento de analizar el desarrollo, en estos últimos años, de un capitalismo dinámico en el campo (la agricultura periférica se deja explícitamente de lado, la ganadería y el desarrollo de la industria alimenticia, muy unido a la penetración del capital americano, son sistemáticamente ignorados), más aún las tesis de que el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas se encarga de racionalizar la producción y las estructuras agrarias son califi-

cadas de conservadoras al considerarlas unidas a la afirmación de la inutilidad actual de una reforma agraria (serán conservadoras respecto a una acción revolucionaria, pero es evidente que al capitalismo español más avanzado no le interesa una reforma agraria clásica con reparto de tierras, sino todo lo contrario). Ante la incapacidad del capitalismo tradicional agrario, los autores anuncian la necesidad ineludible de una reforma agraria en profundidad, como una alternativa global al sistema, propugnada por todas las **fuerzas democráticas**; esta reforma debería basarse en una orientación colectivista si «el objetivo es progresar aceleradamente de la forma más racional posible y con los menores costos sociales». Sería interesante conocer las características de esta orientación colectivista tan grata a todas las fuerzas democráticas, o bien conocer la composición de estas fuerzas. En realidad, lo que está ocurriendo en el campo español en estos últimos años es el inicio de una evolución profunda en el sentido de la implantación de criterios capitalistas (tanto en la producción, como en la distribución y aun en la propia vida social de las comunidades rurales) y la penetración del gran capital. Las formas capitalistas desarrolladas empiezan a extenderse en el sector agrario en detrimento de la pequeña y media propiedad.

El planteamiento del problema en el sector industrial es muy parecido y el resultado del análisis en dos subsectores —minería y siderurgia— acusa igualmente al **capitalismo tradicional** del atraso industrial, del bajo nivel de competitividad, del desequilibrio entre sector básico y sector de transformación* e implícitamente de la penetración del capital extranjero; todo ello con un elevado grado de monopolio por control directo o bien a través de la Banca.

* [Nota de la redacción. Semejante enfoque ignora las leyes que rigen el desarrollo capitalista. El desarrollo de la producción capitalista, al orientarse hacia el mercado, se encuentra condicionado por la amplitud de éste. En consecuencia, la expansión de las industrias de transformación y de productos de gran consumo suele preceder a la de las industrias de base. Sólo cuando las industrias de transformación alcanzan un cierto grado de desarrollo y demandan cantidades importantes de productos básicos, las industrias de cabecera podrán expansionarse

e instalar grandes plantas que permitan producir en condiciones competitivas.

En España, la creación de la empresa pública ENSIDESA trató de paliar, en el caso de la siderurgia, el natural retraso de la producción privada en este sector. Así, en los años 1959 y 1960, con el aumento de la producción de esta empresa, se produjeron excedentes de productos siderúrgicos que hubo que exportar. No obstante, el desarrollo de las industrias de transformación que se inició en la década del 60, elevó la demanda de productos

A pesar de afirmar que la crisis que afecta a estos sectores es «la quiebra de todo un sistema», la solución propuesta está —como ellos mismos afirman— perfectamente dentro de la ortodoxia del sistema capitalista y por tanto completamente digerible por éste; en efecto, la racionalización de la Banca y sobre todo la nacionalización de los sectores básicos «no es en estas circunstancias [la de que la iniciativa privada no responda] sino una exigencia más del neocapitalismo para garantizar la continuidad del sistema, pero evitando en muchos casos una cuantiosa dilapidación de recursos económicos, favoreciendo a la vez una cierta racionalización de las estructuras económicas». Los autores constatan que esa tendencia hacia el fortalecimiento del sector público tan sólo no se cumple en el caso español, sino que a partir de 1959 se asiste a cierta privatización entre el grupo de empresas públicas existentes; luego de la evolución reciente parece deducirse que el capitalismo tradicional recupera posiciones que había perdido a manos del capitalismo monopolista de Estado. Aquí, como en la agricultura, falta un análisis del papel, presente y futuro, de los sectores capitalistas más dinámicos —los calificados de neocapitalistas por los mismos autores—, de la burocracia falangista enquistada sobre todo en los sindicatos y del capitalismo de Estado que indudablemente ha jugado un importante papel en el desarrollo económico español durante el régimen franquista.

La parcialidad del análisis se pone constantemente en evidencia al abordar sistemáticamente, no al capitalismo español en su conjunto, sino a uno de sus grupos o sectores; siempre que aparece la palabra capitalismo va acompañada del adjetivo «tradicional», con lo cual los autores parecen reconocer implícitamente la existencia de otros «capitalismos» en España, o cuando menos parecen

siderúrgicos muy por encima de la producción nacional, dándose el desequilibrio natural antes apuntado. En 1966 se demandaban 6 millones de toneladas métricas de acero equivalente, alcanzando el mercado interior una amplitud que hace posible por vez primera la creación de una planta cuya dimensión le permita producir en condiciones competitivas (téngase en cuenta que en el Japón existen plantas con una producción de más de 8 millones de tm). En estas condiciones pretender que la industria siderúrgica española pudiera, a mitad de la década del 60, abastecer al mercado interior de forma competitiva no deja de ser una utopía. Y achacar el retraso de la industria siderúrgica a la incompetencia de un supuesto capitalismo tradicional no deja de ser una incongruencia; el objetivo de todos los capitalistas (tradicionales o no) no es desarrollar y modernizar de forma equilibrada y armónica todos

querer dejar bien claro que la crítica solamente se dirige a este sector del capitalismo español. La crítica al capitalismo tradicional español se hace siempre desde dentro del propio sistema con lo cual queda bien claro que si éste es criticable lo es en tanto y en cuanto es tradicional y no por el hecho de ser capitalista.

Esta orientación del análisis aparece bastante clara en muchos pasajes del libro, pero sobre todo en el prólogo de Ramón Tamames («En el fondo —y creo que esto subyace en la obra de José Luis Delgado y Santiago Roldán—, en el caso español de nuestros días existe una contradicción entre las aspiraciones a un desarrollo capitalista moderno y sus premisas políticas. Hay que ser consecuentes: si se quiere un desarrollo capitalista moderno para el país, será preciso crear un marco político adecuado del cual se supriman todos los vestigios feudales y pre-capitalistas»), en el cual las advertencias —¿Advertencias a quién? ¿A la pequeña y media burguesía derrotada también en la guerra civil y en la actualidad a merced o aliada de las oligarquías y los monopolios? ¿O bien a estos últimos grupos que instalados en el poder se resisten a prescindir a sus aliados políticos totalitarios y a adoptar formas políticas más acordes con los tiempos nuevos?—, sobre el peligro de una inminente revolución, caso de no poner a tiempo los remedios adecuados, alcanza elevados niveles de patetismo.

El desarrollo capitalista de todos los países ha sido, históricamente, un desarrollo con tensiones internas. El conocimiento de estas tensiones, de su evolución y de su nivel en un momento dado, es de vital importancia para la clase obrera; el planteamiento parcial del análisis en el libro comentado le resta gran parte de su interés, pero hecha esta salvedad fundamental no debe despreciarse la utilidad de gran parte de la información en él contenida.

los sectores productivos, sino invertir en lo que les arroje mayores beneficios. Es a partir de ahora, y con la ayuda de la acción concertada, cuando puede ser más interesante para ellos expansionar la industria siderúrgica.

Apuntaremos finalmente que el señalar los desfases entre los sectores productivos; su posible atraso técnico; los desequilibrios monetarios existentes; las diferencias entre lo planeado y lo realizado, etc., es una tarea que corresponde objetivamente a los funcionarios al servicio del sistema. Por otra parte, en la medida en que la política oficial, o la propia dinámica del sistema, van superando los desequilibrios, el atraso técnico, o los errores de previsión, aparece más claramente la esterilidad teórica de este tipo de críticas incapaces de explicar la realidad y de favorecer su transformación revolucionaria. JNS]

Les acción política de Gil Robles (1931-1936)

Reflexiones a propósito de un libro

Después del testimonio de Miguel Maura sobre el fin de la Monarquía y los primeros meses de la República, José María Gil Robles, otro superviviente de la época, ha escrito a su vez un grueso volumen dedicado a los años 1931-1936.

No fue posible la paz es el título escogido por el antiguo jefe de la CEDA para una obra de 850 páginas, cuya venta, tras innumerables dificultades, fue por fin autorizada a Ediciones Ariel de Barcelona. El libro es importante no sólo por sus dimensiones, sino también porque constituye un relato minucioso del comportamiento político de su autor y, al propio tiempo, un documento excepcional sobre el papel de los partidos de derechas durante la república. Sin embargo, la lectura de ese relato detallado de Gil Robles no resulta especialmente atractiva. Apenas si hay en él lo pintoresco y lo anecdótico, como en Miguel Maura, y si, en cambio, el extenso elegato de un hombre que defiende enérgicamente su política de antaño, sin olvidar nunca la idea de que quizá tiene todavía un papel que desempeñar...

A la hora de la república, Gil Robles no tenía aún 33 años, pero sí una carrera ya bien cumplida en su haber, carrera que corresponde más a un militante católico que a un hombre político. El término de «propagandista», ilustrado por la famosa Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNDP), puede aplicarse a Gil Robles mejor que a nadie. Formaba parte hasta el fondo de aquella élite católica preocupada por la acción cívica y social, que contaba con Angel Herrera como animador infatigable desde los años 20, y con la ACNDP como medio de acción esencial. Herrera y los grupos por él marcados, agrupados en torno a **El Debate**, no han sido colocados en su verdadero lugar en la evolución de la España contemporánea. No podría apreciarse totalmente el significado del «fenómeno» Gil Robles, si no se situase la acción del hombre en el marco de una corriente bien determinada del catolicismo español. Gil Robles adquirió su formación de hombre público a través del esfuerzo desplegado desde hacía unos diez años en los medios que gravitaban en torno a Angel Herrera, y es en tanto que agente del grupo de **El Debate** como sería promovido rápidamente al primer plano después de abril de 1931.

A propósito de todo esto, hay que hablar naturalmente de los jesuitas, tanto más cuanto que Gil Robles se muestra muy discreto respecto a los lazos que lo unen a la Compañía. Únicamente se limita a desmentir la leyenda de que él fuera uno de sus alumnos, ya que hizo sus estudios en los Salesianos

de Salamanca. Esto no es más que un juego de palabras, porque la afiliación de Gil Robles a las Congregaciones Marianas, y luego a la ACNDP demuestra la influencia que en él ejercía una orden religiosa estrechamente ligada a la acción de Herrera, y cuyo impacto social en España era, y es, particularmente fuerte, a pesar de las exageraciones y leyendas que siguen circulando a ese respecto.

Por otra parte, como él mismo lo explica claramente al principio del libro, Gil Robles estaba ligado por su origen familiar al tradicionalismo más puro. Su padre, catedrático de la Universidad de Salamanca, jurista respetado unánimemente, y muy unido a Francisco Giner de los Ríos a pesar de sus divergencias de ideas, fue incluso diputado carlista de Pamplona entre 1903 y 1905. Abandonando la fidelidad dinástica de su padre, Gil Robles siguió siendo monárquico, como confirma en su libro. Pero, como buen discípulo de Angel Herrera, estaba impulsado ante todo por una voluntad de defensa y de renovación **religiosas**, y así entendía mantener los valores españoles tradicionales bajo su aspecto religioso. Este mantenimiento estaba unido a la voluntad, real pero prudente en extremo, de huir del inmovilismo social, inspirándose en la doctrina definida por las encíclicas papales, sobre todo las de León XIII. Así se presentan, en definitiva, las líneas fundamentales que inspiraban la acción de Gil Robles entre 1920 y 1930, en el momento en que, después de haber renunciado a su cátedra de profesor de Derecho, se dedicó íntegramente a su tarea de «propagandista» militante, tarea en la que iba a mostrarse como uno de los discípulos más brillantes de Herrera. La paralización de la vida parlamentaria bajo Primo de Rivera encontró su completo asentimiento, ya que Gil Robles no tenía apenas afinidades personales con la democracia liberal. Solamente se apartó de la Dictadura cuando se dio cuenta del peligro que ésta representaba para un principio monárquico al que había permanecido fiel, sin que por esto participase en el monarquismo mundano y cortesano, como era el caso, por ejemplo, en los medios próximos al **ABC**.

Tales son los antecedentes del personaje que, elegido diputado por Salamanca en las Cortes Constituyentes, chocó en seguida con la hostilidad de la izquierda que reclamaba su invalidación. Gil Robles presentó su propia defensa y, en la sesión del 24 de julio de 1931, obtuvo un triunfo personal. No solamente su elección fue validada, sino que además se reveló de pronto como el líder de una

derecha que la caída de la monarquía había dejado en plena confusión y en búsqueda de un jefe.

Dos meses antes, Gil Robles había sido, al lado de Angel Herrera, uno de los fundadores de Acción Nacional, agrupación destinada precisamente a unir los elementos conservadores y católicos desconcertados por el cambio de régimen. La innovación esencial de Acción Nacional consistía en presentarse como un movimiento que actuaba dentro de un nuevo sistema político, sin ligarse expresamente a una forma determinada de régimen. En medio del vacío existente en el campo conservador, el nuevo grupo se convirtió en un refugio cómodo, y el mismo Gil Robles no oculta el hecho de que Acción Nacional se transformó rápidamente en «el reducto» a que se acogieron todas las fuerzas de derecha¹.

Por otra parte, el manifiesto que se publicó con ocasión de la fundación del movimiento, lo califica expresamente como «organización de defensa social»². Además, sabemos que Acción Nacional, que se convirtió más tarde en Acción Popular, sería el núcleo de la «Confederación Española de Derechas Autónomas» (CEDA), coalición cuyo papel fue esencial a lo largo de la legislatura de 1933 a 1936.

En vista de las características que presenta Acción Nacional desde su fundación, puede observarse que Gil Robles comenzó su carrera política en unas condiciones bastante singulares. En relación con las ideologías y los personajes políticos del incipiente régimen republicano, Gil Robles tuvo una posición marginal y ambigua que merece un análisis un tanto cuidadoso.

El primer problema que se plantea es el de su adhesión a la república. Gil Robles escribe en su libro: «En un orden teórico fui y soy monárquico»³. Pero por razones de oportunidad se vio llevado, entre 1931 y 1936, a no poner en duda directamente el régimen republicano. Frente a los que pensaban que la monarquía es **consustancial** a España, mantuvo una doctrina mucho más flexible, la del **accidentalismo** en cuanto a forma de régimen. Pero la lectura de **No fue posible la paz** no contradice en absoluto el juicio que Alfredo Mendizábal pronunció, ya en 1937, sobre el comportamiento de Gil Robles y sus amigos. Hablaban éstos, refiriéndose a la república, «de sumisión, de respeto, de aceptación, de deferencia, con ciertos matices que se perdían en los repliegues de la intención, y con imperceptibles restricciones mentales»⁴.

Así, el libro de Gil Robles habla de los contactos que conservó el jefe de Acción Popular con Alfonso XIII, ya directamente, ya, como en 1934, con el concurso de un intermediario, que fue, en esta ocasión, el inquieto José María Valiente, jefe de las juventudes del partido⁵.

En materia social, la actitud de Gil Robles no fue mucho más clara. Al principio de su libro, al describir la situación española al advenimiento de la república, critica con rigor las condiciones de vida del mundo rural. Culpa al sistema de arrendamiento, al absentismo de los propietarios, en resumen, a «las condiciones de vida inhumanas»⁶ de una enorme cantidad de la población rural. Con respecto al patronato industrial, no demuestra más indulgencia cuando escribe: «Con excepciones tan raras como honradas, nuestro capitalismo adoptó una actitud rigidamente hermética.»⁷

Todo esto no le impidió aliarse al mismo tiempo, sin duda en nombre de la «defensa social», con ciertos hombres que encarnaban el mantenimiento íntegro de las situaciones adquiridas, como Lamanié de Clairac, su colega de lista electoral de Salamanca, que más tarde sería un adversario feroz de los proyectos de reforma agraria presentados por el cedista Manuel Giménez Fernández.

En lo que se refiere a la Iglesia, Gil Robles se expresa un poco más lejos en los siguientes términos: «Alejada cada vez más de las realidades vivas del país, la Iglesia se presentaba al advenimiento de la república, injustamente, como una aliada de las clases burguesas. El esfuerzo denodado de muchos sacerdotes y religiosos, que dedicaron su vida entera a los humildes, naufragó en la ola de incomprensiones y rencores en cuyo lomo cabalgaban las masas que se disponían al asalto del poder.» Es éste un juicio matizado que deja suponer que, a los ojos de Gil Robles de 1968, la Iglesia de 1931 necesitaba una renovación profunda. Admitido esto, no resultará extraño ver a Gil Robles atacar con energía la política anticlerical que seguirían las Cortes constituyentes. Hay que decir, en verdad, que aún sigue abierta la controversia sobre la oportunidad de ciertas de aquellas medidas que chocaron a una gran parte de la población, cortándola de un régimen que tomaba desde un principio aspecto de perseguidor. Pero si no puede justificarse plenamente la prioridad que los republicanos de 1931 dieron a la cuestión religiosa, en perjuicio de los problemas

1. **No fue posible la paz**, p. 36.

2. *Ibid.*, p. 36, nota 9.

3. *Ibid.*, p. 79.

4. Alfredo Mendizábal: **Aux origines d'une tragédie**, p. 21.

5. Véase sobre todo **No fue posible la paz**, p. 89, nota 14. (La referencia de Gil Robles a esta entrevista dio lugar a una polémica entre Juan Ignacio Luca de Tena y Gil Robles. Véase **ABC**, 5 de abril de 1968.)

6. *Ibid.*, p. 42.

7. *Ibid.*, p. 42.

sociales, conviene tener presente el estado de espíritu partidista de los católicos españoles en esta misma época, especialmente en materia de educación. Incluso hoy día, a propósito de la enseñanza del Estado, tal como funcionaba antes de 1931, es decir, bajo la monarquía, Gil Robles escribe: «En el terreno de la enseñanza se realizó una obra completa de descristianización. La Universidad, primero; la enseñanza media, más tarde, y, por último, el magisterio habían ido cayendo en manos de las fuerzas disolventes de la sociedad cristiana.»⁸ Así, en la pluma del autor, incluso siendo un «católico social» desde siempre, puede verse la persistencia de un clericalismo que hacía frente al laicismo republicano. Y este estado de ánimo clerical no está libre de contradicciones, puesto que Gil Robles, al describir el contraste entre los barrios elegantes y los suburbios sórdidos de las grandes ciudades, exclama: «¿Cómo nos puede extrañar que de ahí salieran las hordas de nuevos bárbaros, engañados por directores sin conciencia, para aniquilar a una sociedad corrompida?»⁹ Pero, ¿no es precisamente esta sociedad corrompida la que proclama con la mayor ostentación su alianza formal con la Iglesia? Al final de su libro, Gil Robles se permite una especie de autocritica y admite el carácter negativo de la posición contrarrevolucionaria que adoptaron él y sus partidarios, sobre todo en las elecciones de 1936. Admite que no siempre tuvo bastante conciencia de la necesidad de renovación de España, pero se apresura a dejar la responsabilidad de esta carencia a los fundadores de la república, cuyo exclusivismo extremado situaba entre los reaccionarios a los hombres pertenecientes a corrientes ideológicas que no habían tomado parte en el nacimiento del régimen. Pero, incluso en 1968, Gil Robles no parece ser consciente de la manera en que él mismo y sus amigos permanecieron al margen del espíritu mismo de la república y a los imperativos elementales reivindicados por los personajes, ciertamente diversos, que pusieron los cimientos del régimen. Llevando a cabo un combate defensivo en favor de la vieja España, que los fundadores de la república consideraban totalmente caduca, Gil Robles no participó de ninguna manera en el entusiasmo renovador, más o menos confuso y más o menos enredado que, en 1931, es el rasgo común de hombres tan dispares como Miguel Maura e Indalecio Prieto. Desde un principio adoptó una actitud de resistencia con el fin de preservar ciertos valores, algunos de los cuales, ligados al catolicismo, merecían ser defendidos, pero sin que su causa fuera confundida con la defensa de los privilegios más discutibles de los representantes del orden antiguo. Utilizando un término especialmente vago del vocabulario político, los más conservadores de los republicanos, próximos a Alcalá Zamora, decidieron, en cierto momento,

llamarse «progresistas», calificativo que, en modo alguno, podría aplicarse al comportamiento personal de Gil Robles a lo largo del periodo 1931-1936.

Si pasamos revista a las realizaciones del nuevo régimen durante el «bienio azañista», comprobaremos que esas realizaciones encuentran en Gil Robles una reprobación sin falla. Rechaza el esfuerzo realizado en materia de instrucción pública, a causa de su carácter laico, rechaza también el Estatuto catalán, aunque aceptado por los hombres de la *Lliga Catalana* con la que mantenía excelentes relaciones. En el dominio del vocabulario político, el empleo continuo, para calificar las masas urbanas, de la palabra «turbas», vocablo especialmente predilecto de la extrema derecha, demuestra, por otra parte, la extraña incompreensión de Gil Robles respecto a las preocupaciones y el estado de ánimo de la población urbana. Encontraba su medio predilecto en los campesinos de Castilla la Vieja y de León, parcialmente libres de la tutela de los usureros de pueblo, gracias a los esfuerzos de la Confederación Nacional Católica Agraria, y respetuosos para con las autoridades sociales y los valores tradicionales, y llenos de desconfianza hacia los habitantes de las grandes ciudades.

Realmente, alejado de la filosofía de los derechos del hombre, del progreso y de la secularización de la sociedad, Gil Robles se situaba fuera de las preocupaciones ideológicas comunes de los fundadores de la república. Vivía en otro mundo, en el que los valores dominantes provienen del catolicismo, de un catolicismo profundamente clericalizado, aunque modificado por ciertas eventualidades sociales. Resulta indispensable por lo tanto hacer un análisis de los componentes del «catolicismo social» de Gil Robles para poder apreciar su personalidad y su papel entre 1931 y 1936.

Sería un error fundamental asimilar más o menos ese «catolicismo social» del Gil Robles de los años 30 a una fórmula política bien determinada, la de «democracia cristiana», tal como apareció en 1945, con diversas modalidades.

La democracia cristiana de la postguerra es el resultado de las diferentes tentativas emprendidas desde hacía medio siglo en varios países de Europa para demostrar la evidencia de que se puede ser a la vez cristiano convencido y auténtico demócrata. Pero la mentalidad de Gil Robles era muy otra en tiempos de la república.

A través de muchas páginas de su libro, podemos comprobar sin esfuerzo que sus convicciones democráticas son por lo menos poco seguras. Gil Robles podía ser considerado como «cristiano social» en tanto en que le animaba el deseo de mejorar tímida-

8. *Ibid.*, p. 63.

9. *Ibid.*, p. 64, nota 1.

mente la condición popular, a partir de la doctrina social de la Iglesia, pero no tenía nada de un verdadero cristiano demócrata.

Por otra parte, con respecto a los años 30, si es verdad que la idea demócratacristiana iba a la par con el cristianismo social, en el sentido amplio de la palabra, la reciprocidad estaba lejos de ser cierta. Para convencerse no hay más que revisar el comportamiento de los partidos católicos de la época en los países donde representaban una fuerza política digna de ese nombre —lo que no ocurría aún en Francia, por ejemplo. En Bélgica había un partido social cristiano casi a sus anchas en el marco de la democracia liberal, mientras que el *Zentrum* jugaba un papel importante en la república de Weimar. Pero este último, ante la victoria del nazismo, está en vísperas de desaparecer, y él mismo pronunciará su propia disolución en el verano de 1933. Más que estas dos formaciones políticas, más incluso que el partido popular de Don Sturzo, fiel en su oposición al fascismo italiano, el partido católico que atraía entonces la atención de los españoles es el de Dollfuss, convertido en canciller de Austria en 1932. Autoritario, corporatista, antimarxista, el partido austriaco parecía ser el de más influencia sobre las concepciones de Gil Robles. Oposición categórica al socialismo, apoyo en los pequeños propietarios rurales, encuadramiento de la juventud con un estilo parafascista, se impone un paralelo con lo que será la CEDA después de 1933.

Entre los diferentes modelos de partidos católicos que se le ofrecen, Gil Robles dirige de hecho su atención hacia el más cercano de la democracia cristiana austriaca, militante y combativa. Mientras que Herrera parecía influenciado por Bélgica y Giménez Fernández podía ser relacionado con los *popolari* italianos, Gil Robles parecía inclinarse decididamente por la fórmula más retrógrada. El mismo lo explica en un pasaje esencial de su libro:

« Los hombres de Acción Popular actuamos durante la república, desde luego, con un espíritu de lucha, a veces enconada, y una mentalidad demasiado conservadora, impuesta en gran parte por las circunstancias; pero con un propósito noble y sincero de equilibrar la política española. De no haberse truncado violentamente el curso de los acontecimientos, hubiéramos podido transformar el impulso inicial de la CEDA, para hacer de ésta un auténtico partido cristiano-demócrata, «pieza insustituible de un régimen pluralista estabilizado», según la frase transcrita de Giménez Fernández. No logramos pasar del primer estadio, con lo cual, nos convertimos, para muchos, en simples defensores de unos intereses sociales a los que se había herido con evidente injusticia, pero que no aspiraban, según demostraron más tarde, sino a imponer de nuevo su poderío hegemónico. De ahí que, al advertir esos intereses

—recelosos y suspicaces— que habrían de hallarse mejor tutelados a la sombra de una espada, no dudaron en acudir rápidamente a ella, dejándonos a nosotros tirados en medio de la calle. El reconocer, además, que no faltaron en nuestra organización errores y desaciertos, cuya absoluta responsabilidad reclamo para mí, tampoco significa que trate de censurar deslealmente a la CEDA. »¹⁰

Esta larga cita, en la que Gil Robles tiene el mérito de reconocer sus responsabilidades personales, pone de relieve lo que puede considerarse como una de las faltas históricas de Gil Robles. En lugar de crear un gran partido de derecha heterogéneo, hubiera debido limitarse a una formación más reducida, cuyos núcleos habrían podido ser los grupos formados en torno a Lucía, en Valencia, y a Giménez Fernández en Sevilla, estando uno y otro cerca de una verdadera mentalidad demócratacristiana. También hubiera sido necesario que el jefe de Acción Popular pusiera igualmente una sordina a sus veleidades corporatistas, las cuales, en un país en el que existían fuerzas sindicales poderosas, como era el caso de España hacia 1930, representaban una concepción quimérica, como el mismo Gil Robles ha tenido que reconocer.

Es lícito preguntarse también si las nostalgias demócratas cristianas de Gil Robles no aparecieron después, y si, de hecho, en aquella época no se inclinaba invenciblemente hacia la amplia coalición de derechas que surgió al cabo. ¿Acaso la condición ineluctable de un triunfo electoral no era para él esa táctica de ampliación máxima en las derechas? Ese triunfo electoral lo obtuvo precisamente en 1933, cuando el jefe de la CEDA, con los 200 diputados que gravitaban a su alrededor, apareció entonces como árbitro indudable de la situación.

Trescientas páginas de *No fue posible la paz* están consagradas a la defensa de la actitud de Gil Robles después de la victoria de 1933. Pero, según el largo análisis del hombre y de sus ideas que se ha intentado en las páginas que preceden, nos damos cuenta de cómo el triunfo aparente del jefe de la CEDA estaba lleno de equívocos de todas clases. Que la legislatura de 1933-1936 termine, en definitiva, con el fracaso de Gil Robles, no tiene nada de sorprendente, como vamos a ver.

El éxito de la CEDA planteaba a los republicanos de todas las tendencias una cuestión capital. ¿Era Gil Robles asimilable? ¿Era justo introducirlo en el sistema? ¿No sería esto como dejar penetrar un « caballo de Troya » capaz de desnaturalizar el régimen en su esencia?

Lerroux y la mayor parte de los radicales optaron por la integración de los cedistas, y Salvador de Madariaga, entre otros, ha defendido después la

10. *Ibid.*, p. 200.

buena razón de esta elección¹¹. La presentación de la personalidad de Gil Robles que acabamos de esbozar más arriba permite comprender el caso de conciencia que, incluso los republicanos más moderados, podían plantearse justamente y que ellos podían resolver de una manera contraria a la del viejo jefe radical, inquieto, por su parte, por llegar al poder. Gil Robles puede escribir con toda facilidad, en 1968: «Así planteadas las cosas, me propuse dar a las derechas españolas una fuerza que les permitiera exigir el puesto que en justicia les correspondía en la gobernación del país, para intentar después una política conciliadora y de convivencia, en un plano de igualdad con los partidos de izquierda.»¹² Pero su comportamiento durante los primeros meses de 1934 no iba a demostrar ni una prudencia ni un sentido de la conciliación ejemplares. Sin entrar en el detalle de las peripecias parlamentarias que acompañaron el parco apoyo acordado por los cedistas a los radicales, no hay más remedio que notar que Gil Robles, estimulado por el éxito y dando curso libre a su indudable talento de orador y de conductor de masas, multiplicó las imprudencias por no decir las provocaciones. Su propaganda vehemente, el culto que se rendía al «jefe» dentro del partido, sobre todo en las organizaciones de juventud, no podían sino aumentar la desconfianza de los responsables del régimen, sin exceptuar al más importante, el presidente de la república.

Las relaciones entre Alcalá Zamora y Gil Robles eran tensas. La vanidad del jefe del Estado chocaba con la suficiencia del líder cetetista, orgulloso de las masas que había sabido movilizar y que eran, en gran parte, las mismas en que Alcalá Zamora hubiera querido encontrar su propia clientela política, que seguía siendo muy pequeña.

Expuesto a la desconfianza profunda del presidente de la república, Gil Robles tuvo que contar en seguida con la puja de la derecha, que encuentra en Calvo Sotelo, de regreso éste a España, un jefe intransigente, dispuesto a solventar todos los «compromisos» de los cedistas y que volvía a dar todo su apoyo a los partidarios de una política rígida. Los amigos de Calvo Sotelo no fueron los últimos en hablar del clericalismo de Gil Robles; la revista *Acción Española* escribía por su parte que *El Debate* era «más un órgano vaticanista redactado en castellano que un periódico español independiente»¹³.

A la izquierda, los socialistas estaban obsesionados por el ejemplo de Austria, donde sus amigos políticos fueron en seguida brutalmente aplastados por Dollfuss, en febrero de 1934. A sus ojos, la marcha progresiva de Gil Robles hacia el poder, que se prosiguió durante los tres primeros trimestres de 1934, venía a significar que la república se estaba negando a sí misma y que se ponía a la merced de un partido que quería su pérdida.

La izquierda se adelantó y fue la Revolución de Octubre. ¿Se equivocó o tuvo razón? Es una pregunta a la que no podemos contestar aquí. Comprobemos simplemente que Gil Robles se situó entre los partidarios del rigor cuando fue preciso ocuparse de los responsables de los acontecimientos de Asturias. Insistió con energía para que González Peña fuera ejecutado, posición que se encontró con el veto de Lerroux y de Alcalá Zamora y que él tiene la honradez de no disimular en su libro.

Las controversias surgidas en este afrontamiento no impidieron sin embargo a Gil Robles triunfar frente a la resistencia del jefe del Estado. En mayo de 1935 entró en el gobierno como ministro de la Guerra, junto con otros cuatro miembros de la CEDA que en adelante sería mayoritaria en el gabinete.

En el libro que nos ocupa, expone Gil Robles largamente su política como titular de uno de los ministerios más importantes en aquellas circunstancias. He aquí cómo define sus objetivos: «Quería hacer en el plazo más breve posible un ejército fuerte, que tuviera confianza en su propio poder y en los destinos de la patria. ¿Para dar con él un golpe de Estado? No. Según hube de proclamar en el Teatro Pereda de Santander, el 25 de agosto de 1935, mientras yo estuviera en el Ministerio de la Guerra, el ejército no sería más que un fiel servidor de la nación, dentro de la disciplina exigida por su honor y su juramento. Pero dispuesto, precisamente por ello, a enfrentarse con las fuerzas revolucionarias, en el caso de que pretendieran al asalto al poder y la subversión del orden social.»¹⁴ Habiendo escogido como colaborador inmediato a un monárquico notorio, el general Fanjul, Gil Robles llamó al general Franco para ocupar el puesto de jefe del Estado Mayor Central, no sin tener que vencer las reticencias de Alcalá Zamora quien, con clarividencia, desconfiaba de los jóvenes generales, que le parecían «aspirantes a caudillos fascistas»¹⁵. Hacia finales de 1935, con los escándalos que desacreditaron al partido de Lerroux, el jefe de la CEDA pudo creer que al fin había llegado su hora y que iba a poder asumir plenamente las responsabilidades del poder. No contaba con Alcalá Zamora que maniobraba para llegar a una disolución de las Cortes. Viéndose burlado por el jefe del Estado, Gil Robles tuvo una reacción violenta en extremo. Llegó a escuchar —y es uno de los episodios más interesantes de su libro— las proposiciones del general Fanjul, que se declaraba dispuesto al levantamiento de la guarnición de Madrid. Desde luego,

11. Salvador de Madariaga: *España*, p. 512-513.

12. *No fue posible la paz*, p. 65.

13. *Acción Española*, n.º 43, 1934.

14. *No fue posible la paz*, p. 233.

15. *Ibid.*, p. 235, nota 1.

Gil Robles puede hablar a este respecto de «tortura moral»¹⁶ frente al caso de conciencia que se le planteaba, estando persuadido de que la disolución de las Cortes conduciría a la guerra civil. Pero, por la lectura de su texto, resulta que no abandonó su proyecto sino porque los generales Franco, Varela y Goded, debidamente consultados por Fanjul, afirmaron que no debía contarse con el ejército para dar un golpe de Estado. Cuando Gonzalo Fernández de la Mora, en su crítica sobre **No fue posible la paz**, habla, a este respecto, de «deslealtad hacia la república», debemos reconocer que, por una vez, no se equivoca del todo el colaborador de **ABC**...

La formación del gabinete de transición Portela Valladares colocó a Gil Robles en una posición difícil. Tuvo que soportar los sarcasmos de los amigos de Calvo Sotelo, al tiempo que se instalaba la discordia en las filas de su propio partido: unos, como Jesús Pabón, diputado entonces por Sevilla, estigmatizaban la frivolidad aristocrática y la ignorancia de los problemas sociales por parte de los monárquicos; otros, como Ibáñez Martín o el marqués de Lozoya, aportaron su colaboración a **Acción Española**, órgano del más puro conservadurismo doctrinal. Sin embargo, cuando se trató de preparar las elecciones, la CEDA se unió al bloque de las derechas, actitud que Gil Robles justifica a partir del argumento siguiente: «Hubiera resultado, además, paradójico el escrúpulo en asociarnos con masas y partidos afines por el hecho de no ser republicanos, cuando los hombres de la izquierda burguesa no demostraban reparo alguno en aliarse con partidos separatistas y revolucionarios, entre ellos el comunista, que aspiraban a destruir la república para imponer la dictadura del proletariado.»¹⁷

Fueron entonces las elecciones de febrero de 1936, en las que, por primera vez, desde la fundación de la república, iban a enfrentarse dos coaliciones. Por un lado las derechas (monárquicos de diversas tendencias, cedistas, residuos del radicalismo, etc.); por otro la izquierda, es decir, el Frente Popular. Sólo los falangistas forman una banda aparte, mientras que, en apenas unas diez circunscripciones, los centristas, en los que Alcalá Zamora fundaba grandes esperanzas, no se unen al bloque de las derechas, formando listas propias entre las dos coaliciones.

Sin duda, es en la interpretación del resultado de las elecciones de febrero, donde Gil Robles da más muestras de un partidismo evidente. En líneas generales, su tesis consiste en afirmar en 1968, como no ha dejado de hacerlo desde 1936, que los candidatos del bloque de derechas obtuvieron en las elecciones más votos que los del Frente Popular —4 187 871 la derecha y 3 912 086 el Frente Popular¹⁸.

En ausencia de publicaciones estadísticas dignas

de fe, los resultados de las elecciones de 1936 continúan planteando problemas que merecerían por sí mismos un estudio especial. Contentémonos con señalar que todos los especialistas extranjeros del problema dan cifras que están en contradicción con las de Gil Robles. Así Gerald Brenan, Gabriel Jackson, Raymond Carr que, con ligeras variaciones, se atienen a una estimación a la que yo también he llegado en un libro reciente: 4 800 000 votos más o menos el Frente Popular y alrededor de 4 000 000 la derecha¹⁹. En cuanto a los diversos centristas independientes de los dos bloques, no alcanzaron más de 450 000 votos, cifra admitida igualmente por Gil Robles. José Venegas, autor del mejor libro sobre las elecciones del Frente Popular²⁰, cuya existencia parece ignorar Gil Robles, proporciona también unas cifras análogas. El mismo Venegas da igualmente respuesta por adelantado al segundo argumento de Gil Robles, que consiste en preguntarse cómo la izquierda pudo vencer cuando la derecha tuvo más votos en 1936 que en 1933. El jefe cedista no tiene en cuenta, sencillamente, que en 1933, frente a una derecha unida, la izquierda había ido al combate en orden disperso, los socialistas por un lado, los liberales «burgueses» por otro. Por el contrario, en 1936 hubo un afrontamiento de dos coaliciones sólidas y, además, una gran disminución de las abstenciones, sobre todo las de origen anarquista, que aprovecharon esencialmente a la izquierda. Puesto que la ley electoral daba ventaja a la mayoría, incluso aunque ésta fuera muy restringida, el fenómeno que había jugado en favor de la derecha en 1933 se vuelve contra ella en 1936. Venegas resume muy bien las cosas cuando, tomándola directamente con Gil Robles, escribe: «Si en 1933 el señor Gil Robles se hubiera molestado en examinar las fuerzas de sus adversarios, habría visto que en no pocas circunscripciones triunfaron sus candidatos con el 40 % de los votos, mientras el 60 % se distribuía entre varias candidaturas republicanas y socialistas. En 1936 podía él alcanzar el 49 % de los votos, aumentando su caudal electoral; pero si republicanos y socialistas se presentaban unidos y conseguían, no el 60 % del año 1933, sino el 51 %, con eso les bastara para ser ellos los triunfadores.»²¹ Es un perjuicio para la verdad histórica que el periódico **Ya** haya publicado los extractos de **No fue posible la paz** que se refieren a las elecciones de 1936, contribuyendo así a extender en el público

16. *Ibid.*, p. 365.

17. *Ibid.*, p. 407.

18. *Ibid.*, p. 521.

19. Jean Bécarrud: *La Segunda República española*, Madrid, 1957, p. 156.

20. José Venegas: *Las elecciones del Frente Popular*, Buenos Aires, 1942.

21. José Venegas: *Op. cit.*, p. 40-41.

una versión de los acontecimientos condenada por los historiadores serios.

En las páginas que Gil Robles consagra al periodo que va desde las elecciones al levantamiento militar, no podía dejar de dedicarse a describir ampliamente el desarrollo de la violencia y del desorden en la calle, tema que había sido el mismo de sus intervenciones en aquella época en las Cortes. Pero ya que se muestra tan prolijo respecto a los atentados cometidos por elementos de izquierda contra las personas y los bienes, nos hubiera gustado, en nombre de la estricta equidad, que el comportamiento de la derecha, y especialmente el de los falangistas, fuera igualmente puesto de relieve, lo que apenas hace Gil Robles.

Más originales parecen las páginas que se refieren a las transacciones que tuvieron lugar en abril y mayo de 1936 para constituir un gobierno de concentración, más sólido que el débil gabinete Casares Quiroga. Dicho gabinete debería agrupar hombres del centro y elementos moderados del partido socialista²², con el apoyo y tal vez la participación de una parte de los cedistas al menos. Giménez Fernández por un lado, Prieto y Besteiro por otro, estuvieron mezclados en estas tentativas, que chocaron con la hostilidad de los amigos de Largo Caballero y con la de una gran fracción de la CEDA, y que, de haber resultado, hubieran podido quizá modificar el curso de las cosas.

Llegamos así al final del testimonio de Gil Robles, es decir, a la parte del libro donde recuerda su actitud en el momento en que se trama la conspiración que conducirá al 18 de julio. El primer punto que hay que conceder a Gil Robles es que se niega a admitir la existencia de un complot comunista previo, tesis sostenida durante mucho tiempo por los historiadores oficiales de la España franquista y que ha sido completamente destruida por las obras de H. R. Southworth²³. Pero, al borde de la contradicción, no duda en escribir más lejos: «Se había desembocado en la catástrofe. Unos y otros la quisieron y la organizaron: por desgracia lo consiguieron.»²⁴. Se trata, a su entender, de mantener igual la balanza entre los dos campos en presencia, pero si es evidente que existía en una parte del territorio español una situación de agitación endémica, debida a elementos que se decían de izquierda, la conspiración y el levantamiento propiamente dichos fueron perfectamente la obra de la derecha.

En cuanto al comportamiento personal de Gil Robles durante este periodo, lo describe de una manera matizada en extremo, tan matizada incluso, que es indispensable recurrir a los mismos textos. Gil Robles afirma en primer lugar: «De manera deliberada, quise mantenerme, hasta la última hora,

al margen de cuanto significara incitación a la violencia. Después de cinco años de haber propugnando la lucha legal como único medio de actuación pública, habría resultado indecoroso pretender asegurar la supervivencia política mediante cualquier gesto de traición a una trayectoria claramente definida.»²⁵ En seguida una precisión: «Una cosa era la adhesión individual e incluso la ayuda personal a un movimiento legítimo de resistencia, frente a la anarquía que amenazaba la vida misma del país, y otra muy diferente la vinculación política a una situación que ya presentaba muy confusos contornos ideológicos.»²⁶ Por fin, resume su actitud en tres puntos: «Me interesaba poner en claro: primero, que hice cuanto me fue posible para evitar la guerra civil; segundo, que ni la CEDA ni yo, de manera concreta, participamos en la preparación del movimiento, aunque algunos miembros del partido colaborasen en los trabajos iniciales y, tercero, que únicamente después de la sublevación, ante el hecho consumado, nuestras masas secundaron, en su mayoría, la acción del ejército, en una actitud libre y espontánea, parecida a la que yo había adoptado, sin hacer manifestación alguna de solidaridad doctrinal.»²⁷

Casística sutil, ya se ve, que al cabo demuestra el mismo estado de ánimo que había tenido cinco años antes, frente al hecho republicano. ¿Cómo podríamos extrañarnos de que la prensa franquista de estos pasados meses esté llena de cuestiones, polémicas, puntualizaciones en relación con el libro de Gil Robles y refiriéndose con frecuencia a su posición durante los últimos meses de la república? Por intentar hacer bascular demasiado sus juicios para salir del apuro cueste lo que cueste, se corre el riesgo de encontrarse en dificultades, como ocurrió, por ejemplo, con la puesta a disposición del general Mola del resto de los fondos electorales de la CEDA²⁸.

No fue posible la paz termina con un juicio de conjunto sobre la república, muy prudente también, puesto que «el sectarismo de la mayoría de los elementos que integraban la unión republicano-socialista», es considerado como paralelo de «la intransigencia de los grupos de derechas», desprovistos de «un verdadero espíritu de justicia social»²⁹.

22. *No fue posible la paz*, p. 616-619.

23. *Ibid.*, p. 705.

24. *Ibid.*, p. 745.

25. *Ibid.*, p. 788.

26. *Ibid.*, p. 789.

27. *Ibid.*, p. 794.

28. *Ibid.*, p. 798, nota 50.

29. *Ibid.*, p. 804.

Menos convencional resulta la opinión de Gil Robles sobre los años posteriores a 1936 que figura en las últimas páginas del libro. Gil Robles se lamenta de que los partidarios de la república no hayan hecho una crítica sincera de los abusos y errores que marcaron los años de 1931 a 1936; luego, volviéndose hacia los detentores del actual régimen, calificado a sus comienzos de «totalitario» y convertido ahora en «personal», les reprocha haber vertido demasiado sangre sin justificación válida y haber impuesto sanciones con un rigor máximo³⁰. Apreciación que merece ser subrayada tratándose de un libro publicado en España misma. En fin, pensando en el porvenir, Gil Robles dirige una advertencia en forma de diagnóstico a la actual burguesía española, advertencia que vale su precio, puesto que viene de un hombre que ha sido, y que sigue siendo parcialmente, el intérprete de esa burguesía, por lo menos de la que prefiere el compromiso realista a la acción directa: «Domina a los espíritus el miedo al porvenir, la obsesión de una vida tranquila, el deso subconsciente de no

alterar la situación política y el retraimiento y la reserva por temor a descubrir la extensión y la profundidad de los estratos de opinión adversa. Pero una tranquilidad asentada en estos factores de inhibición acusa una verdadera inconsciencia, cuando no una auténtica cobardía. Los problemas existen, aunque nos contrarie el descubrimiento de su existencia; se agravan cuando no se resuelven, una vez descubiertos, y producen fermentaciones tóxicas que proliferan en direcciones insospechadas.»³¹ Frente a este inmovilismo, son «las líneas esenciales de la estructura política del porvenir»³² las que hay que preparar. Una de las cuestiones que plantea ese porvenir, ¿no es acaso la de saber precisamente si un hombre del pasado, como Gil Robles, podrá tener un papel que desempeñar, incluso aunque sea provisional?

Mayo de 1968

30. *Ibid.*, p. 804-805.

31. *Ibid.*, p. 806.

32. *Ibid.*, p. 806.

Novedad Ruedo ibérico

Karl Kautsky

La cuestión agraria

Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia

Prólogo de la edición alemana de 1966 (Ernst Schraepler). Prólogo a la edición de 1898 (Karl Kautsky). I. La evolución de la agricultura en la sociedad capitalista. 1. Introducción. 2. El campesino y la industria. 3. La agricultura feudal. 4. La agricultura moderna. 5. Carácter capitalista de la agricultura moderna. 6. Grande y pequeña explotación agrícola. 7. Límites de la agricultura capitalista. 8. La proletarianización de los campesinos. 9. Dificultades crecientes de la agricultura productora de mercancías. 10. La competencia de productos alimenticios de ultramar y la industrialización de la agricultura. 11. Perspectiva futura. II. Política agraria de la socialdemocracia. 1. ¿Tiene la socialdemocracia necesidad de un programa agrario? 2. La defensa del proletariado agrícola. 3. La protección de la agricultura. 4. La protección de la población rural. 5. La revolución social y la expropiación de los terratenientes. Vocabulario.

544 páginas

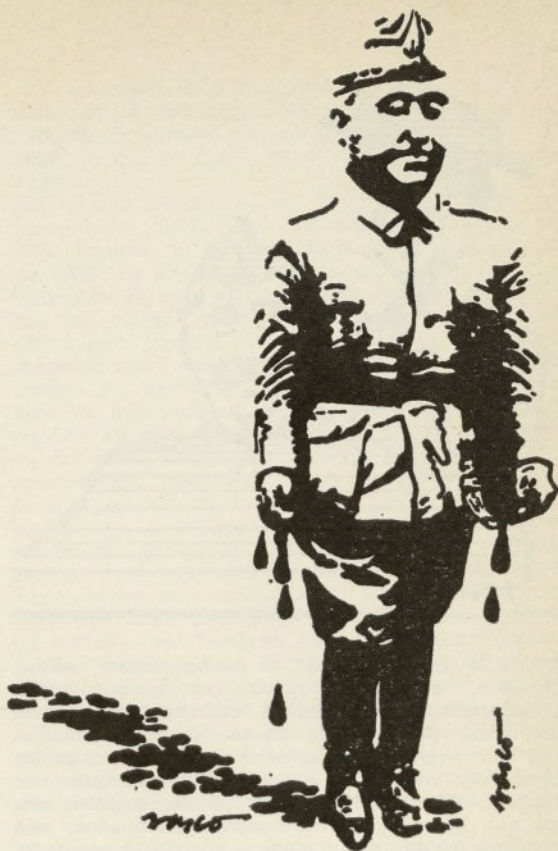
39 F

Luis Ramírez

Franco, la continuidad en el cambio

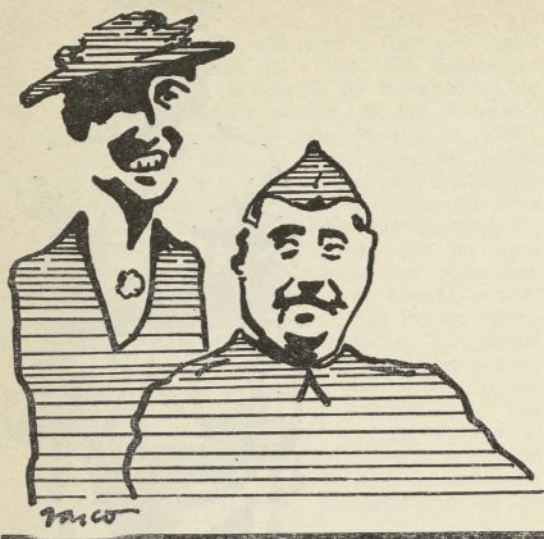
En 1952, una revista religiosa se preguntaba: «¿Pronto Franco en los altares?» En 1970, el Vaticano parece encontrar dificultades para entenderse con su gobierno. Pero Franco no ha cambiado, es la Iglesia la que busca ahora otros modelos de gobernante que respondan más exactamente a sus necesidades. En 1940, Franco saludaba las victorias de Hitler como defensor de la civilización occidental, y, en 1970, abre sus mercados a Rusia. Pero no ha cambiado Franco, sino el desarrollo y la relación de las fuerzas económicas en el mundo. En 1945, Franco defendía una economía autárquica, la apertura hacia América latina y el imperio africano; proponía volver la espalda a Europa y rechazaba a «las podridas democracias». En 1970 España ingresa en Europa, Franco recibe en Richard Nixon al mismo defensor de la civilización occidental que ya señaló en Hitler, se habla —se habla nada más, pero se habla— de apertura hacia la democracia, el imperio es un sueño vergonzante y la América latina adquiere un rostro que tiene poco que ver con la cantada Hispanidad. Pero Franco no ha cambiado, son las necesidades del capitalismo español las que imponen cambios, aparentes o reales, acomodando las últimas formas agonizantes de un feudalismo brutal a los sistemas, formas y necesidades del capitalismo europeo y occidental, índice de la máxima rentabilidad posible.

Francisco Franco Bahamonde no ha cambiado. Es el producto de una formación ordenada por y para las necesidades del poder económico. Un poder que en España se ha servido del Ejército para la imposición de su violencia de clase, para la continuidad de las estructuras más rigidamente explotadoras, para salvaguardar su ineficacia gestora cuando las clases trabajadoras encontraban condiciones aptas para su reorganización y presencia política; una presencia potencialmente revolucionaria en los primeros meses de la guerra civil. Gestión ineficaz para la mayoría, pero cifrada en la rentabilidad para sus titulares, que se iban constituyendo así en la clase sistemáticamente poseedora de todos los recursos del país hasta entonces desordenadamente controlados; económicos, políticos, culturales, religiosos, e incluso de ordenación formal de las costumbres, el lenguaje, etc. El Ejército ha realizado además una función policiaca y represiva en la post-



guerra inmediata, ha velado después por un orden constitucional, que suponía un orden público, consecuencia de un durísimo orden económico y social. Arbitrando finalmente la sucesión al propio Franco en la persona del príncipe Juan Carlos de Borbón, un claro ejemplo de la decisión del poder económico en el servicio de sus intereses: la elección de un príncipe poco popular para una mayoría indiferente y respecto al que manifestaban su hostilidad las otras dos fuerzas que con el Ejército y la Iglesia formaban, en la mitología del 18 de julio de 1936, la representación de «lo nacional».

Las circunstancias personales de Francisco Franco fueron el factor que permitiría al candidato ajustarse perfectamente a los deseos y necesidades de las clases creadoras y sustentadoras del Ejército. A Franco se le ha considerado, por sus exégetas, como un predestinado. Y, en un cierto sentido, real-

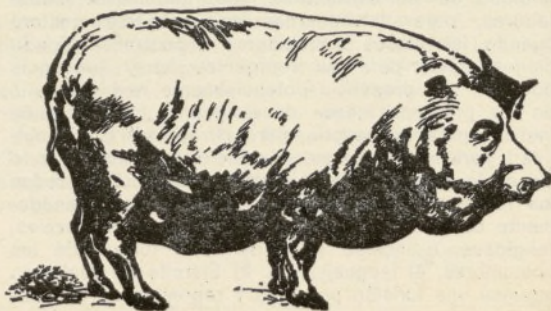


mente lo ha sido. Dado el marco familiar, social, religioso, económico, cultural e histórico, sus características personales le facultaban para ser el instrumento ideal de las clases dominantes españolas. Su carrera militar la inicia y perfecciona en las campañas africanas, que servían para disfrazar una realidad nacional hostil. El Ejército colonial era, además de escuela de cuadros pretorianos, una oportuna sangría en un sistema social sobrecargado. El peso de la presión anarquista, la creación de sindicatos progresivamente homogéneos y coherentes y la toma de conciencia de minorías que adquieren día a día mayor importancia nacional, motivan el que la escuela de formación de unidades militares perfectamente apegadas al sistema a través de la guerra en Africa, sirva también para la creación artificial de una **tarea nacional**, supuestamente colonizadora, protectora, evangelizadora incluso, etc., etc. Una tarea que intenta distraer los intereses directamente de clase que se presentaban con fuerza entre los trabajadores españoles. Sería interesante un estudio detallado de esos años, que en España suponen una pesadilla dramática, con la creación de una cultura populista en la música, canciones, novela, teatro, espectáculos frívolos, desarrollo de la afición a las corridas de toros, fomentadas por la familia reinante, etc., que sirve como último elemento de distracción popular antes de que los enfrentamientos de clase empiecen a tener lugar sin situaciones intermedias ni realidades historicosociológicas enmascaradas.

Y el joven oficial Francisco Franco cumple con ambos cometidos. Su necesidad de sobreponerse a

su circunstancia física, objeto de numerosas burlas y causante de no pocos traumatismos psicológicos siempre presentes, con su insignificancia personal, su timidez, su voz poco viril, su ignorancia de lo que supone y exige una existencia civil, su educación anormal, su falta de formación cultural en la que tradicionalmente se obstinará, viendo en la cultura a un enemigo, su intento de crearse una personalidad espartana, le empujan a esa pseudo-filosofía de la jerarquía, del mando, del orden, de una sociedad de superiores e inferiores, de jefes que mandan y subordinados que obedecen, histórica y hereditariamente. La disciplina social, el éxito como baremo de virtud, la justificación en la fuerza y la moral del triunfo, se inculcan en quienes se plantean como verificación máxima de la vida civil una relación patrono-obrero consecuencia de esa doble perspectiva que va de la relación paternofamiliar al binomio oficial-soldado. El pragmatismo del mando elevado a ideología sirve directamente a los intereses de las clases que instituyen tanto el orden en que ese mando se realiza como la moral de la sociedad resultante. Franco es en sí mismo y a la vez una realidad concreta del poder vicarialmente ejercido y un símbolo de esa constante de la burguesía que supone imponer las apariencias sobre las realidades, las palabras sobre los hechos. Patria, Orden, Moral, Justicia, Dios, a las que después y fácilmente se añade también la palabra Franco como representación simbólica perfecta de las anteriores, son solamente instrumentos de poder, elementos de su ideología de consumo, símbolos convenidos para el ejercicio de la dominación de clase, que posee su propio código expresivo. Por eso el franquismo es ya algo distinto de Franco, es un lenguaje determinado del que se sirve la ordenación económica y social del país para el ejercicio del poder real de clase a todos los niveles.

Sus carencias físicas e intelectuales ayudan, en la coyuntura histórica precisa, a que converjan en él, como elemento idóneo, las necesidades de sacra-





lización de un poder autoritario ejercido con ferocidad. Franco, en el que concurren los datos precisos para encarnar el papel histórico de ejecutor de la política de fuerza que necesita la oligarquía española para su instalación y permanencia, da la dimensión inhumana de esa necesidad. Y sirve históricamente, objetivamente, al capital, con el pragmatismo de la sociedad jerarquizada y en orden, un orden material y un orden moral impuestos por él sin vacilaciones y sin dudas; con la inapetencia física de su falta de apetitos corporales sustituida por la pasión del mando, de su nombre repetido, su imagen multiplicada y las aclamaciones de unas masas violadas en su doble conciencia colectiva e histórica, sojuzgadas y, en cierto sentido, «poseídas» como venganza sobre una libido impasible. Pero sirviendo a las necesidades de la gran burguesía en cuantas ocasiones surgen. Lo hace cuando en la huelga general de 1917 aplasta a los mineros asturianos sometidos a unas dramáticas condiciones de trabajo —salarios máximos de cinco pesetas en las minas, salarios de una peseta en el campo, sin contratos de trabajo— y hay un presupuesto nacional de más de 700 millones de pesetas para la aventura colonial de la que el Ejército obtiene poder, honores y provechos económicos; lo hace en la revolución de Asturias de octubre de 1934, cuando organiza la represión a escala aún mayor que en 1917, empleando a la Legión extranjera y a las tropas moras para el asesinato de más de cuatro mil trabajadores, con más de treinta mil presos políticos; lo hace finalmente, aunque con vacilaciones hasta el último momento, con sus indecisiones tradicionales porque el enfrentamiento es mucho más ambiguo que en las ocasiones anteriores y que en África, con la inseguri-

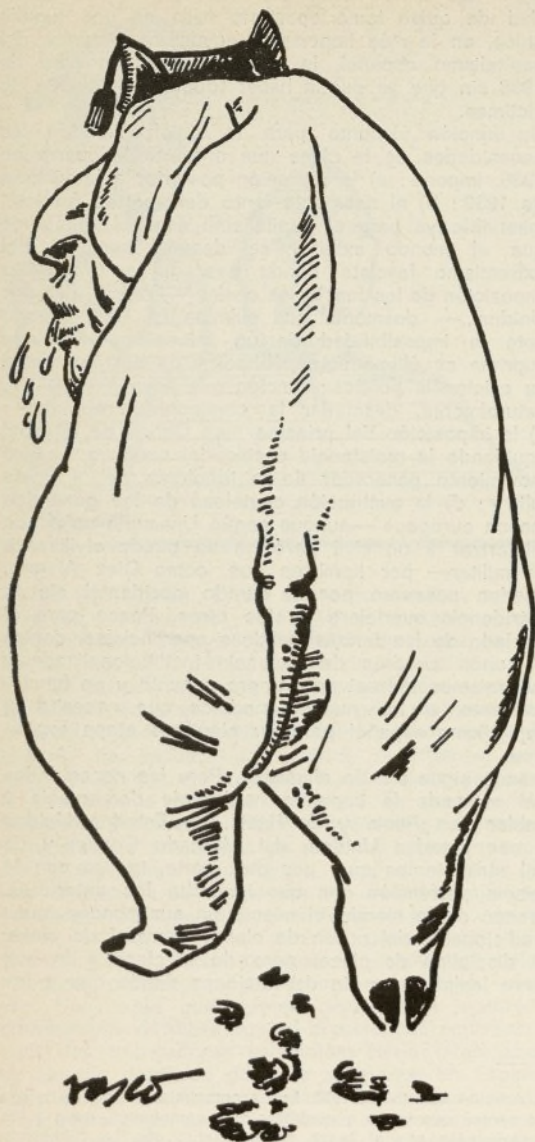


dad de quien teme apostar todo en una jugada única, en la más importante coyuntura histórica del capitalismo español, la que se inicia en julio de 1936 sin que se pueda hacer todavía el balance de víctimas.

Su función vigilante para la satisfacción de las necesidades de la clase que organiza la guerra en 1936, impone: a) la represión posterior a la victoria de 1939; b) el desmonte lento del aparato fascista, inservible ya para el capitalismo español a medida que el mundo exterior se despoja también del extremismo fascista dando paso a la progresiva imposición de los fascismos civiles —Francia, Estados Unidos...—, desmonte que culmina en 1970 cuando ante la imposibilidad de un falangismo exhausto suprime su último acto público, y da por terminada su existencia política; función que lleva a cabo sin, naturalmente, descuidar la continuidad represiva¹; c) la imposición del príncipe Juan Carlos de Borbón, liquidando la resistencia pasiva del carlismo, el otro movimiento generador de la ideología del «18 de julio»; d) la sustitución cautelosa de los generales menos europeos —aunque según Unamuno se puede militarizar a un civil pero no se puede civilizar a un militar— por hombres que, como Díez Alegría, pueden pasearse por el mundo occidental sin la estridencia cuartelera de los otros. Pasos para el traslado de las formas políticas aparentes, dentro de unos cuadros de violencia institucionalizada y mecanismos represivos siempre a punto y en funcionamiento, a los nuevos modelos que necesita el capitalismo español para su siguiente etapa expansiva.

Franco sigue siendo el mismo. Pero las necesidades del mercado le imponen hablar de democracia y hablar con Rusia y de Rusia, de Estados Unidos y con Estados Unidos, del Mercado Común y de mil otros temas que, por otra parte, ignora con la misma perfección con que ignoraba los anteriores. Franco sigue siendo el mismo en sus concepciones tradicionales del orden de clase, la moral de clase, la disciplina de clase, pero de la clase a la que sirve lealmente y sin desviaciones desde que a los

1. Artículo escrito en 1970. Los acontecimientos de diciembre no parece que vayan a modificar esta apreciación, pese a las carnavaladas con el brazo en alto, etc., etc. La fulminante destitución del capitán general de Granada, el retiro de Pérez Vñeta, el que el temido Iñesta continúe de embajador en Argel, el que García Rebull pase a un puesto privilegiado pero en el que tiene sobre él la mirada directa del gobierno, el viaje del príncipe a Estados Unidos, acompañado de López Bravo, y unos cuantos datos más me parece que permiten creer que la lógica del poder es siempre la lógica del poder, y que estamos en el momento del «fascismo de diario», y no del fascismo silvestre.



quince años ingresó en la Academia Militar. Sigue siendo el mismo que huía de un hogar destrozado por un padre jugador y alcohólico, y ensombrecido por una madre refugiada en el ejercicio histérico de

una religiosidad contabilizada por el rezo de rosarios interminables y ventanas cerradas en un clima de adusta severidad; el cadete al que sus profesores quieren dar un fusil de madera porque temen que no pueda con el reglamentario, blanco de bromas crueles por su vocecita rota en gallos provocados por la timidez cuando las burlas cuarterelas atentan a su confusa masculinidad. Franco siempre ha sido el mismo, y en un cierto sentido, hasta ha continuado siéndolo cuando el capitalismo español, suprimiendo algunas formas públicas de fascismo militante, le hace adentrarse en el camino hacia el encuentro con la Unión Soviética, porque ¿no se ha adelantado también Rusia en el camino que la llevaba hacia el encuentro con el capitalismo español? Y cuando Franco recibe a Richard Nixon con las mismas palabras con que celebraba las victorias de Adolfo Hitler, ¿no estará haciendo, sin quererlo, una sangrienta broma histórica? Y el autoritarismo español, ¿no es un modelo de fascismo civil profusamente imitado aunque todavía no alcanzado?

Por su continuidad, Franco sirve a la continuidad. El no cambia, cambia su instrumentalización. Y sigue siendo útil para lograr que la sucesión se produzca sin fisuras. Algunos generales, la Falange o el carlismo, que presentaban soluciones propias para realizar la sucesión tras de su muerte, han callado al hacerse en presencia del símbolo vivo. Aceptaron la sacralización del mito para su supervivencia y ahora desaparecen víctimas de ese mismo mito que ayudaron a sacralizar. La desaforada adoración al único político **que no se ha equivocado nunca** diciendo siempre lo contrario; al que jamás la prensa encontró una debilidad, un error, o una predicción incumplida; la increíble sumisión al mito, hasta la humillación personal de cuantos le rodeaban, era la adoración, la sumisión y la humillación ante el poder económico que no les necesita ya, pero que puede ahora eliminarles en virtud del propio juego sacral que ellos montaron. A Franco, por ello, el poder le necesita todavía vivo, para





asegurar al príncipe mientras se apagan los últimos rescoldos de las oposiciones internas que no pueden enfrentarse a Franco porque es parte de ellas mismas y ellas existen en tanto en cuanto que el propio Franco como institución existe. Si Franco vive hasta la instalación definitiva de las nuevas formas políticas que el capitalismo necesita, habrá cumplido su último servicio hacia la clase que, al fin y al cabo, le dio lo que nunca hubiera conseguido por sí mismo: personalidad. El oscuro guerrero rencoroso, ya jefe y dios de un país extenuado que lentamente se repone, todavía cumple con sus obligaciones. En un discurso del 29 de octubre de 1970, recordaba entre balbuceos: «La España de 1970 es radicalmente distinta de aquella que navegaba entre las convulsiones de fuerzas antagónicas de 1933. A la

disgregación y permanente lucha entre los partidos, podemos ofrecer el panorama de una sociedad en orden, donde la lucha de clases es una bandera que nadie puede enarbolar.»

Esa es la preocupación. Y ésa es su misión precisamente; impedir que se anarbole. Frenar la lucha de clases, golpear, distraer y perseguir a las clases trabajadoras que se enfrentan o que pueden llegar a hacerlo. Evitarle al capital problemas enojosos. Objetivamente, ésa ha sido su función histórica. En 1917, en 1934, en 1936 y desde 1939. Pero ahora, y mientras sea posible, con distintas apariencias. Todavía es útil. Lo de los altares es lo que no parece que vaya a conseguirse. Pero no por valoración distinta de sus méritos, sino porque también Roma prefiere la adopción de nuevas formas.

Editions Ruedo ibérico

Paul Cardan

Capitalismo moderno y revolución

Capitalismo moderno y revolución. I. El marxismo tradicional y la realidad contemporánea. II. El capitalismo burocrático. III. El futuro. El fin del movimiento obrero tradicional y su balance.

194 páginas

12 F

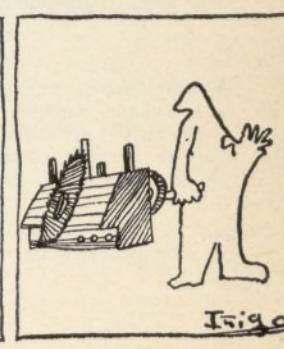
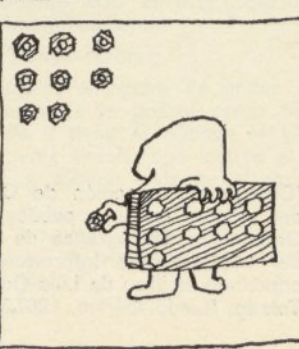
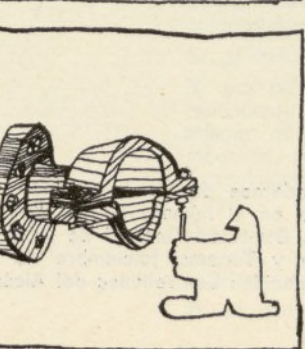
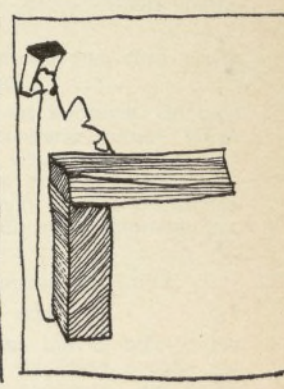
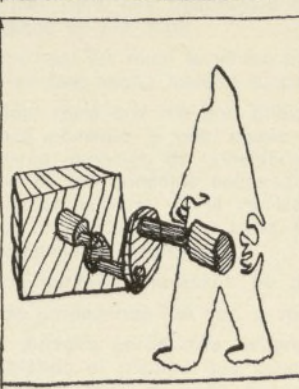
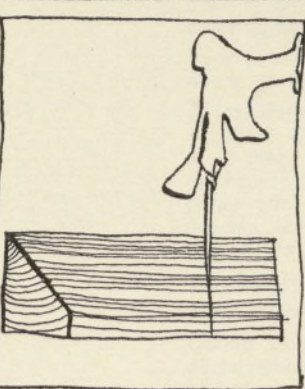
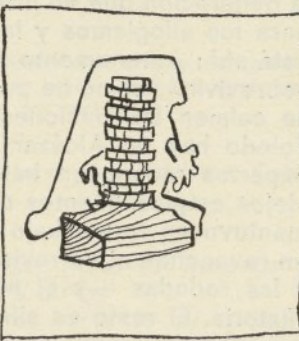
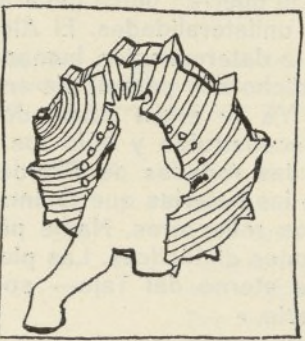
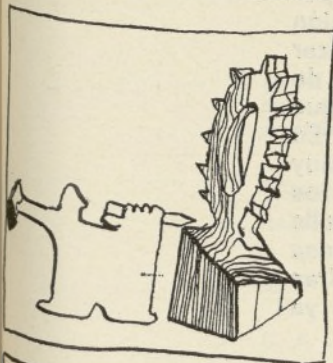
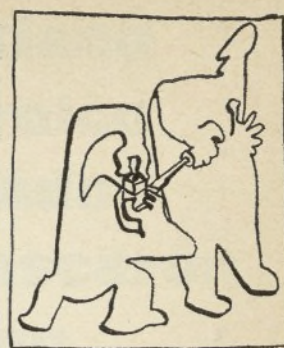
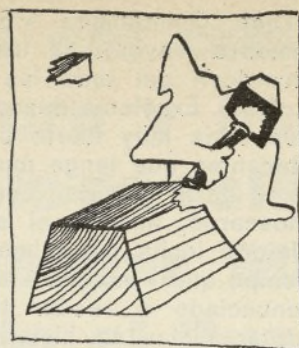
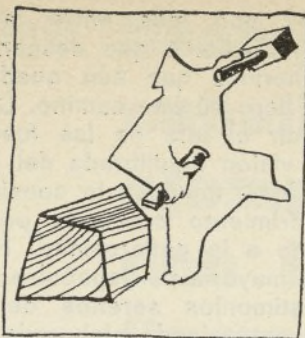
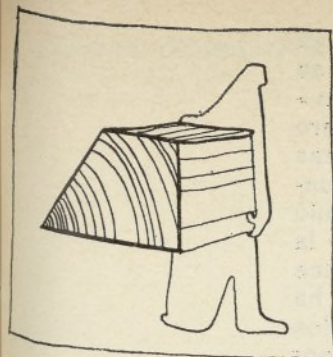
Claude Lefort

¿Qué es la burocracia? y otros ensayos

I. I. La contradicción de Trotski. II. El marxismo y Sartre. III. Sobre una respuesta. IV. Proletariado y dirección revolucionaria. II. V. El testimonio de Antón Ciliga. VI. El totalitarismo sin Stalin. VII. La insurrección húngara. VIII. El método de los intelectuales llamados «progresistas». IX. ¿Qué es la burocracia? III. X. Sobre la democracia. XI. Los intelectuales en la sociedad moderna. XII. El desorden nuevo.

316 páginas

21 F



« Dice Quintanilla: « Soy uno más entre la ya inmensa mayoría de los españoles que desean se cicatricen del todo las heridas que aún quedan » (p. 232). Excelente deseo, pero pésimo camino. Claro que sería muy fuerte pedir al jefe de las fuerzas atacantes que tenga una visión equilibrada del conjunto de la historia ; ese ideal tampoco lo consiguió Moscardó, aunque el sufrimiento coronado por la victoria incita naturalmente a la generosidad. Hace tiempo que « esa inmensa mayoría de españoles » ha renunciado a recibir testimonios serenos de los protagonistas. La historia está siendo elaborada por la generación que no hizo la guerra ; difícil generación para los silogismos y las unilateralidades. El Alcázar está ahí : « monumento a la determinación humana de sobrevivir », como ha predicho Eby para el día en que se calmen las pasiones. Ya se están calmando. En Toledo hay un Alcázar reconstruido y sólo los muy expertos reconocen bajo las rodadas de Pinedo los viejos emplazamientos de las baterías que Quintanilla mantuvo en forma bajo los reflectores. Nadie piensa en revanchas ni en revisiones dialécticas. Las piedras y las rodadas —y el aire eterno del Tajo— son ya Historia. El resto es silencio. »

(Cita de la redacción de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, tomada del artículo anónimo publicado en el número 60 del **Boletín de Orientación Bibliográfica** de la Dirección General de Información del Ministerio de Información y Turismo [diciembre de 1967], criticando el libro de Luis Quintanilla : **Los rehenes del Alcázar de Toledo**, Ruedo ibérico, 1967.)

Drama del cristiano caballero y heroico ejemplo de soldados don Gaspar Mascarón llamado el Bueno

(A un lado, los moros; al otro, los cristianos; cuerpos de guardia claramente separados por un tabique simbólico; sobre sendas mesas, sendos teléfonos rojos, enormes, como presidiendo, cada uno, cada uno de los dos recintos.)

GENERAL ABDULA
RAMADAN

¿Qué te parece mi idea astutísima, Consejero?

Mal.

G. A.

¿Por qué?

R.

Escucha, general, yo no soy estratega, ni político, ni nada. Yo soy un poeta y gracias.

G. A.

Por eso te he nombrado mi Consejero. Pobre confrontación podrían significar para mis deliberaciones, como comprenderás, criterios hermanos de los míos.

R.

Pues no veo yo que los míos te sirvan tampoco gran cosa. Hasta ahora, jamás me has hecho maldito el caso.

G. A.

Claro, Ramadán, claro que me son útiles tus consejos. Un gran estadista nunca consulta a una mente contraria porque tenga él la más remota intención de considerar siquiera la posibilidad de hacer caso de los consejos solicitados. Sino al revés: para poner aún más entusiasmo en la realización de sus decisiones propias, viendo cuán disparatada sería toda otra; diferente por emanar de pensamiento diferente...

R.

Ya. Se implica también una razón de propaganda, ¿no?

G. A.

¿Una razón de propaganda? A ver, a ver, explícate.

R.

Quiero decir, siempre serán más admiradas por el público tus decisiones sabiendo el público que nunca las llevas a cabo sin contar previamente con el aviso de un consejero que suela confrontarlas metódicamente, ¿no?

G. A.

Sí, sí señor. Tienes razón.

R.

Y, por otra parte, el hecho de andar siempre consultando, un reconocido genio de la guerra como tú, siempre añadirá a la imagen que de ti tiene el público la encantadora virtud de la modestia, prudente ficción con la que el varón superior se gana normalmente del público estúpido el perdón de su superioridad, ¿no?

G. A.

Puede ser, Consejero, puede ser, pero que no sepa yo, por tu vida, que se te ocurre nunca repetir tal razonamiento en público, ¿entendido?

R.

Sí, mi general.

- G. A. Bien. Y ahora ten la bondad de decirme por fin, Ramadán, por qué te parece mal la astutísima idea que acabo de comunicaros a ti y a mis lugartenientes.
- R. Pues por dos razones, sobre todo: primera, porque me parece una canallada hacer depender la vida de un inocente, esto es, de un adolescente sin criterio propio aún y que no tiene arte ni parte en esta guerra, del juego dialéctico privado de dos de los creadores de esta guerra, el general Mascarón y tú; y segunda, porque todos sabemos ya, antes de comenzar el juego, cuál será el resultado del juego y quién perderá.
- G. A. ¿Cómo? ¿Que ya sabemos quién perderá?
- R. No, no hablo de la guerra, sino del juego telefónico dialéctico de que tratamos ahora. Todos sabemos, en efecto, que quien perderá no será ninguno de los dos jugadores, sino el objeto de su juego, el inocente.
- G. A. ¿Quieres decir, Consejero, que ya sabes con certeza que el padre no aceptará rendirse y nosotros tendremos que cumplir la penosa obligación de sacrificar al hijo?
- R. Ciertamente. En absoluto ignoras, general Abdula, que el general Mascarón es un monstruo de tu misma casta, esto es, un héroe, un portento máximo de la más portentosa vanidad, un vicioso del horror y de la sangre, un místico del aniquilamiento. Y, además, hay razones prácticas sin vuelta de hoja...
- G. A. Hombre, Consejero, no te propases.
- R. General, mil veces me has dicho que no me pagas para que te dé la razón y te adule, sino para que te la dispute y te ataque.
- G. A. Bien, sigamos. No queda claro, de todas formas, qué necesidad pueda quedarme a mí de llevar a cabo mi idea si sé de antemano que su realización va a ser inútil, que la intención estratégica con que la emprendo está frustrada desde ahora. No me parece que me puedas acusar en justicia de ser un mero sádico, o de estar buscándome un pretexto tan alambicado como el que sería la idea que nos ocupa para cargarme a un chaval cuya muerte, en principio, ni me va ni me viene, y a quien, además, en el fondo, profeso ya cierto afecto. Por otra parte, ¿qué falta me hace a mí pretexto alguno para disponer a mi antojo de las vidas o las muertes de mis sujetos, Ramadán? Contéstame.
- R. Te contestaré; vamos por partes. No, yo no te acuso de simple sadismo, el heroísmo es perversión infinitamente más complicada. Tampoco diré que seas tú de los que buscan pretextos para apagar o no apagar vidas, que sé que tus conceptos califican tales búsquedas de academicismos decadentes impropios de espíritus fuertes...
- G. A. En efecto, tal profeso. Reténme este pronóstico, Consejero: tales juegos decadentes son el cáncer que acabará a la larga con la raza de los cristianos. Sigue.
- R. Sigo. Lo que si te niego es que tu intención sea estratégica, negación de que sigue y que sigue a la que niega que no sepas ya el resultado impecable de tu idea astutísima.
- G. A. Sigues sin contestar a mi pregunta principal: ¿por qué, entonces, persisto en mi decisión de llevar a cabo mi idea si sé que el gesto será inútil?
- R. Por el gesto; por el gusto del gesto. Por amor al arte, a tu arte malvado. Por el histrionismo necesario que define el héroe. Por vuestra necesidad ontológica de hacer epopeya, de crear ejemplos sobrecogedores con que acrecer la herencia de historia de vuestra

raza sanguinaria, los recursos retóricos con que los caudillos de vuestra descendencia sigan drogando la inercia de los pueblos en el momento en que se necesite galvanizarlos como comparsas de vuestra gesta maligna y persistente, liturgia que mantiene para vuestra casta de parásitos hematófagos a través de las generaciones las sabrosísimas y más excelentes prebendas de máximos cocorocos de la muchedumbre de los hombres.

G. A.

Algo me parece fallar en tu explicación, Consejero. Una vez fracasada mi gestión y ajusticiado en consecuencia el hijo del general Mascarón, los nombres que brillarán en ese capítulo de la epopeya serán los del general Mascarón y su hijo, no el mío, en absoluto, a pesar de ser yo el verdadero creador de todo el compuesto gesto heroico. ¿Por qué crearlo entonces?

R.

Por lealtad a tu cómplice el general Mascarón, tu cosocio del club de la épica; lealtad no desinteresada, naturalmente, como toda lealtad intermembral de todo club debidamente coagulado: más allá de todo conocimiento adquirido, y con mayor certeza, conoces tú, general Abdula, tu obligación, y que por encima de todo la observarás escrupulosamente, y que de la misma manera que hoy sirves tú al general cristiano y promueves su nombre hacia la gloria, otro día te servirá a ti él, u otro, fatalmente, siempre que observes tú como es debido el reglamento de vuestro club, y promoverá tu nombre hacia la gloria, una y otra vez, más y más, hasta la vitrina indestructible de iniquidad de la gloria.

G. A.

Tus razones son ingeniosas y valientes, Ramadán. Si no fueras ingenioso, no te hubiera nombrado consejero mío y si no fueras valiente, no te hubiera soportado a mi lado ni un día y medio. Tus razones son ingeniosas y valientes, pero no muy aprovechables para mí sino como juego y gimnasia de mi propio ingenio, porque no se desarrollan ni concluyen más que encerradas en la esfera de la moral. Y la moral, Consejero, como sabes, no es más que academicismo decadente completamente impropio de espíritus fuertes etcétera. Diremos entre paréntesis, por otra parte, que has descuidado considerar en tu exposición el hecho de que la aceptación del general Mascarón de mi proyecto de trato me vendría muy bien también puesto que, aunque nos sacase al cristiano del club de la épica, me apuntaría a mí el tanto de la toma del alcázar, que, más o menos épico, tampoco es moco de pavo. Por último y afortunadamente para todos, tampoco son convincentes, tus razones, no sólo para mis soldados sino asimismo para los pueblos pusilánimes, puesto que ni a unos ni a otros suenan sino como galimatías ininteligibles.

R.

En todo caso, unos y otros entienden los insultos con que las aderezo, contra ti y contra la miserable raza de los héroes, que es la tuya.

G. A.

Sí, entienden los insultos, sin duda, por lo menos en parte, pero, como digo, no sostenidos, creo, por ningún fundamento racional que pudiera atentar contra su fe en mí; y, por otro lado, tampoco el ver ellos que yo te los tolero constantemente con tanta serenidad atenta contra el principio de autoridad en mi caso. En mi caso, repito: saben todos muy bien que en mi pecho no cabe ni una brizna de misericordia y saben muy bien que guay del que lo dude ni un momento. Saben que en todo momento puedo apagar tu vida y tu voz de un guiño. Ven, ven que si sigues vivo no es porque tengas poder alguno sobre mí, usual ni misterioso, ven que no tienes sobre mí ningún poder, ni siquiera sólo para mantenerte vivo. De modo que para ellos tú con tus insultos no eres sino un título más de mi prudencia, de mi serenidad, de mi gloria. Ven que tú, Ramadán, eres exclusivamente...

R.

G. A.

Tu bufón.

Mi consejero. (Pausa mínima. En torno :) Señores, mis deliberaciones con mi consejero privado han terminado. Gracias a ellas y a los sabios consejos de mi consejero, como habéis visto, mi astuta idea de tratar con el general enemigo, en los términos que os expuse momentos antes de levantarse el telón, ha tomado cuerpo definitivo de decisión en firme, que me propongo ejecutar de inmediato. Para lo cual me serviré de este ingenioso invento del teléfono rojo que, aunque ideado en principio por insensatos poetas con el designio inaudito de obstaculizar la empresa de la guerra, los hombres sensatos, militares, políticos, financieros, lo hemos dedicado, naturalmente, al exclusivo objeto de suprimir o simplificar, para mejor realización de dicha gloriosa empresa, pesados trámites tradicionales como el empleo de mensajeros, por ejemplo, para el necesario trato entre los jefes enemigos, la frecuentemente excesiva duración de cuyos viajes siempre ha costado a unos y otros ejércitos y conjuntos de contribuyentes cantidades muy considerables de dinero, tiempo, paciencia, eficacia, entusiasmo y hasta arrestos. (Aplausos. Cortándolos con gesto sobrio y digno :) Ordenanza, ponme en comunicación con el general Mascarón.

(El ordenanza descuelga, escucha, marca números, espera unos segundos. El teléfono se pone a sonar en el cuerpo de guardia cristiano, sobresaltando al oficial de guardia, que dormitaba junto a la mesa, pero sin alterar la quietud total de una mujer de oscuro aliño desastrado y aire de loca que ha permanecido todo el rato sentada en el suelo, apoyada la espalda en la pared, con la mirada perdida y fija y la boca crispada en mueca de dolor efectivamente demencial. Ella y el oficial de guardia son las únicas presencias, de momento, en el lado cristiano. El oficial, como los demás cristianos que vengan después, tiene un aspecto más bien famélico y algo harapiento, como corresponde al duro y largo sitio que los cristianos vienen sufriendo. Los moros, en cambio, como también el hijo del general Mascarón que vive entre ellos y se llama Nicolás, tienen todos aspecto bastante elegante y bien alimentado.)

OFICIAL DE GUARDIA

¿Dígame?

ORDENANZA

¿El alcázar de Tolifa?

OF.

Sí, aquí es. ¿Con quién desea usted hablar?

ORD.

Con el general Mascarón, por favor. ¿Está en casa?

OF.

¿Que si está en casa? Toma, pues claro. ¿Dónde quiere usted que esté, de pesca? ¿No sabe usted que estamos sitiados por los moros?

ORD.

Ay, es verdad, perdone usted. Bueno, ¿podría usted decirle que se ponga el aparato, por favor?

OF.

Muy bien. ¿De parte de quién, por favor?

ORD.

Del general Abdula.

OF.

Atiza. ¿Es usted el general Abdula, mi general, digo general a secas, sin mí?

ORD.

¿Cómo?

OF.

¿Que si es usted, digo Vucencia, el general Abdula?

ORD.

No, no, yo soy un ordenanza suyo. El general Abdula está aquí al lado, esperando que el general Mascarón se ponga al aparato.

OF.

Ah bueno. Bien, dile al general Abdula que enseguida le aviso al general Mascarón. ¿Oyes?

ORD. Sí, sí señor. (El oficial deja el auricular encima de la mesa.) Mi general, dice que enseguida... (El oficial ha vuelto bruscamente sobre sus pasos y ha empuñado otra vez el teléfono.)

OF. ¡ Retiro lo de Vucencia !

ORD. Bueno.

G. A. ¿ Qué dices que dice ?

ORD. Que retira lo de Vucencia.

OF. (Saliendo al galope del cuerpo de guardia cristiano) ¡ Mi general, mi general !

(El ordenanza le pasa el teléfono al general Abdula. que espera ; entran los cristianos en su cuerpo de guardia, el general Mascarón a la cabeza.)

GENERAL MASCARON El general Mascarón al aparato. ¿ Con quién hablo ?

G. A. Con el general Abdula. ¿ Qué tal estás, general ?

G. M. Muy bien, general, muchas gracias, ¿ y tú ?

G. A. También muy bien, general, muchas gracias. ¿ General ?

G. M. ¿ Sí ?

G. A. Hemos cazado a tu hijo.

CRISTIANOS (En murmullo de unos a otros, reverente y asustado.) Han cazado al hijo del general, han cazado al hijo de don Gaspar Mascarón...

G. M. ¿ Vivo ?

G. A. Sí. Está aquí, con nosotros.

LOCA (Pierde su inmovilidad.) ¡ No ! Todos muertos y todos los pedazos muertos. Todos los hijos muertos. ¡ Los tres hijos, los tres hijos muertos !

G. M. Cómo, qué, qué pasa, qué dice esta mujer, de qué tres hijos habla. Yo ne tengo más que un hijo.

UN CRISTIANO Está loca, señor.

G. M. Y además está vivo, ¿ no es eso, general ?

L. ¡ No !

G. A. Sí, general, vivo, y sano y salvo.

L. Todos muertos, y hechos pedazos, y cada pedazo muerto, cada pedazo, muerto.

G. A. Y lleno de fuerza y alegría.

G. M. ¿ Lleno de qué ?

L. De muerte, cada hijo es toda la muerte, cada pedazo de hijo tirado en la calle, cada pedazo es toda la muerte.

G. A. De alegría.

L. Toda la muerte, dejadme recogerla en mi saquito, algunos pedazos, soldados...

G. M. Qué pasa, no oigo nada, quién es esta mujer, por qué está aquí, que se calle, ¡ general !

G. A. ¿ Sí ?

CRISTIANO Está loca, señor. La trajeron a la fuerza otras mujeres cuando vino la gente del pueblo a refugiarse en el alcázar.

OTRO Cállate, mujer.

- L. La cabecita de Juan, ¿y dónde está su ojito izquierdo?, el piececito de Joaquín, y toda una piernecita de José, ay, un poquito de muerte de cada uno en mi saquito, soldados, no os riáis, soldados, soldados... (rompe a llorar a gritos).
- G. M. ¡Pero qué dice!
- G. A. ¿Quién, general? ¿Yo?
- CRISTIANO Calla, mujer.
- G. M. ¡No! ¡Esa mujer! ¿Qué dice esa mujer? Capitán, ¿qué está diciendo esa mujer?
- CAPITAN Los moros mataron a sus tres hijos, señor, y los despedazaron delante de ella.
- RAMADAN Cosas de la guerra.
- G. A. Poetas y mujeres locas, ¿podríais dejar de cacarear un rato mientras hablan los generales?
- G. M. Mujer, la patria está orgullosa de ti y por los siglos de los siglos su voz inmortal entonará la alabanza de tu sacrificio heroico.
- G. A. ¿General?
- L. Asesino.
- G. M. ¡Qué!
- L. Asesino.
- G. A. Quiero proponerte un trato.
- G. M. Escucha, mujer. Que estés loca pase, pero no pienses que tu locura te da derecho a convertirse en elemento subversivo a sueldo de potencias extranjeras enemigas de la cristiandad y de la patria.
- G. A. ¿Me oyes, general? El trato es éste: tú me rindes el alcázar y yo te devuelvo a tu hijo...
- G. M. ¡El alcázar no se rinde!
- G. A. ... vivo, claro.
- L. Muertos, muertos por lo menos, soldados, unos pedacitos.
- G. M. Además, no he sido yo quien les ha matado, mujer. Un general cristiano no mata cristianos, ¿te enteras? (En torno:) ¿No es verdad, señores?
- RAMADAN No.
- G. M. ¿Cómo? ¿Qué pasa, quién ha dicho que no, cómo que no?
- R. No. No son los moros ni los cristianos los que matan, general, sino los generales.
- G. M. Tonterías. Son los soldados los que matan, en todo caso.
- R. No es la bala la que mata, sino el fusil que la dispara; no es el fusil el que mata, sino el dedo que tira del gatillo; no es el dedo el que mata, sino la voluntad del soldado que lo mueve; no es el soldado el que mata, sino el oficial que le manda matar; no es el oficial el que mata, sino el general que empieza la guerra. Los generales.
- G. M. Sólo uno empieza la guerra, en todo caso, el otro no.
- R. Dos no se pelean si uno no quiere.
- G. M. Y además, incluso concediendo que el general es quien mata, el general mata a los enemigos, no a los suyos, como es natural.

- R. No. El general mata a los enemigos, ciertamente, porque manda a los suyos matarlos, pero también mata a los suyos, porque los manda a la muerte.
- L. Asesino.
- G. A. ¿Pero qué más te da que sean unos u otros los que matas, general? ¿No es la muerte un simple instrumento, general, nuestro instrumento profesional? ¿Qué importan los hombres?
- G. M. ¡Nada! Lo que importa es la patria, y las ideas sacrosantas y eternas por las que se muere.
- G. A. Más o menos. ¿Qué me dices del trato que te propongo, general?
- G. M. ¿Qué trato?
- G. A. La vida de tu hijo a cambio del alcázar.
- RAMADAN. Qué pérdida de tiempo y de palabras, dioses.
- G. M. Debes estar borracho, general, ¿por quién me has tomado?
- G. A. Espera, general. Tu hijo te va a hablar. (Hace una seña, le pasa el teléfono a Nicolasin.)
- N. ¿Papá?
- G. M. ¡Nicolasin!
- N. Buenos días, papá.
- G. M. ¿Estás bien, hijo?
- N. Sí, papá.
- G. M. ¿Te trata bien esa gente?
- N. Sí, papá.
- G. M. ¿Comes bastante?
- N. Sí, papá.
- G. M. ¿Tomas las vitaminas?
- N. Sí, papá.
- G. M. ¿Haces tus oraciones al acostarte?
- N. Sí, papá.
- G. M. ¿Y no te masturbas?
- N. Sí, papá; quiero decir, no, papá. Además, no me hace falta. Andamos muy bien de esclavas, aquí.
- G. M. ¿Ah sí? Qué suerte, caramba. Nosotros aquí, en cambio, de señoras andamos fatal.
- N. Vaya por Dios. ¿Pero no tenéis ahí algunas mujeres del pueblo?
- G. M. Sí, hijo, pero son muy cristianas. Más feas que Picio. No hay quien les hinque el diente. Bueno, en sentido metafórico, que en sentido literal, con el hambre que estamos empezando a tener con este condenado sitio, mucho me temo que dentro de unos días...
- N. Terrible situación para cristianos, tal falta de mujeres.
- G. M. Sí hijo, en efecto. La tropa degenera hacia perversiones nada dignas de cristianos. Menos mal que tenemos al capellán.
- N. Sí, menos mal. ¿Es guapo?
- G. M. ¿Guapo? No, en absoluto. ¿Cómo que si es guapo? ¿Qué estás insinuando, animal? Si celebro tener aquí al capellán es porque nadie mejor que él puede cuidar de la salud espiritual... ¿Te confiesas todas las semanas?

N.

G. M.

NICOLASIN

G. M.

N.

G. A.

N.

G. M.

N.

CRISTIANOS

CAPITAN CRISTIANO

R.

G. A.

CRISTIANOS

G. A.

CRISTIANOS

G. M.

G. A.

G. M.

G. A.

OFICIAL DE GUARDIA

CRISTIANO

R.

CAPELLAN

UN CRISTIANO

OTRO

OTRO

VARIOS

CAPITAN

No papá, aquí no hay curas.

Vaya, hombre. Bueno, no olvides hacer un acto de contrición perfecta de vez en cuando, ¿eh?

Muy bien, papá.

Bien, ¿qué más?

Pues nada.

¿Cómo que nada? ¡El trato!

Ah sí, que dicen que si no entregas el alcázar ellos me matan.

Sí, eso me han dicho. Y tú ¿qué opinas?

Que entregues el alcázar.

(Unos a otros, admirativamente.) Ha dicho que no entregue el alcázar, ha dicho que no entregue el alcázar.

Y si lo entregases, general, nos pasarían a cuchillo a todos y a ti el primero.

(Al G. A.) Hombre, las razones prácticas, ya decía yo; se nos pasaron antes a ti y a mí sin discutir las, general.

General, cristianos todos del alcázar de Tolifa, todos sabéis que el general Abdula jamás incumple la palabra dada, ¿no es así?

Sí, así es.

Pues bien, la palabra del general Abdula es ésta: en el mismo instante en que entreguéis el alcázar quedaréis enrolados en el ejército moro con soldada doble de la que ahora percibís, el mismo grado que cada cual tiene ahora en el ejército cristiano y tres esclavas por barba inmediatamente disponibles.

(Tras un momento de estupor, con grandes voces.) ¡Esclavas, esclavas! ¡Viva Mahoma! ¡Viva!

¡Silencio! (Se hace el silencio.)

¿General?

¿Qué hay?

Para ti tengo un pergamino del Gran Califa nombrándote general de las tropas musulmanas en el mismo momento en que entregues el alcázar.

Mi general, te recuerdo que las tropas del rey, según las últimas noticias, deben llegar aquí antes de diez días.

Tan numerosas que sólo las tropas unidas del general Abdula y el general Mascarón podrían tal vez resistirlas.

Oh, ya me imagino a nuestro heroico don Gaspar cuadrándose ante Su Majestad tras la heroica resistencia del alcázar para, entre las ruinas humeantes y destacándose del resto de los supervivientes inmóviles en correcta formación, decirle sencillamente, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo, «Sin novedad en el alcázar, Majestad».

¿No es hermoso, soldados?

¡Esclavas, esclavas!

¡Antes de diez días!

¡Esclavas, esclavas, esclavas!

¡La patria, mi general! ¡Por Castilla y por León, la virgen del pilar, tanto monta monta tanto, plus ultra, Santiago matamoros, Santiago y cierra España, vivan las cadenas, arriba España!

VOCES	¡ Arriba, arriba !
CAPITAN	¡ La patria !
R.	La epopeya (A Nicolásin) Estás perdido, hijo. Y además, te harán quedar como un héroe.
N.	Pero yo no quiero ser un héroe. Yo quiero vivir y cazar y zumbarme a mis esclavas a la hora de la siesta y beber vino y oír música. ¡ Papá !
G. M.	¿ Qué, hijo ?
N.	¡ Yo no quiero ser un héroe !
R.	Eso no importa, muchacho, ellos son quienes deciden.
N.	¡ Moriré como un cobarde !
R.	Es igual, nadie lo sabrá, nadie lo recordará, ellos son quienes hacen la historia. Morirás como un héroe, Nicolásin.
CAPITAN	¡ La patria !
VOCES	Diez días, diez días...
UN CRISTIANO	Muchachos, antes de diez días tendremos mujeres sin necesidad de apostatar.
OTRO	Muchachos, ¿ os imagináis lo qué sería de nosotros si nos pillasen los nuestros un día, después de haber apostatado ?
CAPITAN	¡ La cristiandad, la civilización occidental, la patria !
G. M.	Eso es, sí señor, la patria. ¡ Nicolásin !
N.	¿ Qué papá ?
G. M.	Hijo mío, la patria exige el sacrificio heroico de tu vida, ¿ me oyes ?
N.	Sí, papá.
G. M.	Disponte a bien morir, encomienda a Dios tu alma.
N.	Sí, papá.
G. M.	Levanta bien alta la frente cuando disparen sobre ti y grita arriba España.
N.	Sí, papá.
G. M.	Y la patria inmortal bendecirá tu nombre por los siglos de los siglos.
N.	Mierda.
UN CRISTIANO	¿ Qué dice ?
VOCES	Dice que amén, que así sea.
G. M.	Adiós hijo mío, que mueras bien.
N.	Gracias, papá. Buenas noches.
G. M.	¡ Arriba España !
N.	Mierda.
UNA VOZ	¿ Qué dice ?
VOCES	Ha gritado arriba España, ha gritado arriba España.
MAS VOCES	Es un héroe, es un héroe.
RAMADAN	(Al G. A.) ¿ Qué te importa más, general, el alcázar o el gesto ? (Cogiendo el teléfono; como ligeramente aburrido.) ¿ General ?
G. A.	¿ Sí ?
G. M.	¿ Qué es antes, la patria o la familia ?
G. A.	¡ Los hijos !
LOCA	

- G. M. Parece mentira que me preguntes tú eso, general.
- R. ¿Qué es antes, Nicolásín, la patria o la familia?
- N. No sé. En el colegio, cuando el Ministro de Educación quería hacer que todos los colegios dependiesen del Estado, los curas nos decían que la familia es antes que el Estado...
- G. A. ¿Qué es antes, general, la patria o la familia?
- LOCA ¡ Los hijos !
- G. M. La patria.
- RAMADAN ¿Qué será peor, Nicolásín, la patria o la familia?
- N. No sé. La patria, tal vez, ¿no?
- R. No sé. Por la patria se discrimina más violentamente, se odia más, se mata mucho más...
- G. M. ¿General?
- G. A. ¿Sí?
- G. M. ¿Qué es antes, la patria o la familia?
- LOCA ¡ Los hijos !
- G. A. (Sonríe.) La patria, general, naturalmente.
- R. Pero, en realidad, sin familia no habría patria que... Destruir la familia, en el fondo...
- L. ¡Asesinos, asesinos, todas vuestras palabras son mentira, todas vuestras ideas no son más que instrumentos de vuestra sed de sangre! ¡Asesinos! Patrias, cristiandades, islamismos, glorias, vidas eternas, historias, ¡Mentira! ¡Puros inventos para matar y matar y matar y matar y matar! ¡Asesinos!

(El G. M. ha dejado el teléfono sobre la mesa, sin colgarlo, y se queda mirando a la loca como paralizado, hierático, con la cara crispada en gesto inmóvil de rabia intensa, los ojos muy abiertos, como de loco. En el lado de los cristianos, hasta que el G. M. vuelva a hablar, todos miran en silencio a la loca, que no deja de murmurar «Asesinos, asesinos, asesinos, asesinos...»)

- R. Tiene razón esa mujer.
- G. A. ¿Sostienes eso en público, Consejero?
- R. Lo sostengo, señor.
- G. A. Si lo sigues sosteniendo un segundo más, tus hombros dejarán de sostener tu cabeza antes de diez minutos, Ramadán.
- R. En ese caso dejo de sostenerlo ahora mismo, mi general. Oidme, señores, esa loca no tiene razón, como es natural. Como todos sabemos, locura significa, precisamente, ausencia de razón.
- G. A. Curioso, verte contradecir tus principios, Consejero, pero celebro no tener que cortarte la cabeza aún.
- R. Mi primer principio, señor, es evitar a toda costa todo derramamiento de sangre hasta donde a uno le sea posible. Toda sangre es culpable, toda sangre llama a la sangre. La mía y la del prójimo, la de la víctima y la del soldado, la del suicida y la del mártir...
- G. A. Eso es ingenioso, sí. ¿Y hay acaso en el mundo algo más bello, amigos míos, que la sangre derramada?

G. M.

(Separando su mirada de la loca.) Adiós hijo mío amadísimo, carne de mi carne, en el cielo nos volveremos a encontrar. Soldados, volved a vuestros puestos. Yo me retiro un momento a la capilla, a pedirle consuelo y nuevos bríos al Señor de la Guerra y Supremo Rey de nuestra Nación, hija Suya predilecta entre las naciones.

MURMULLOS

Es un héroe, es un héroe.

Un santo, es un santo...

El mejor general, el general más bueno...

Un héroe, un santo, un héroe, un santo...

El bueno, el Bueno, don Gaspar el Bueno, don Gaspar el Bueno...

G. M.

(Yéndose.) Y a esta pobre desgraciada, capitán, envíadla al seno de Dios misericordioso lo antes posible. Capellán, confiésala, limpia su alma, poseída por el Maligno, de sus pecados horrendos, y que el brazo de la justicia arranque inmediatamente de entre nosotros la voz del Maligno que habla por su boca. (Sale.)

G. A.

Bien, muchacho, que tu Dios sea contigo en tu último viaje. Capitán El Kadir, haz decapitar ahora mismo al hijo del general Mascarón y clava su cabeza en una pica bien a la vista de las aspilleras del alcázar. Ven a la cama conmigo, Ramadán. (Salen.)

(Los soldados cristianos se echan sobre la loca. Los soldados moros se echan sobre Nicolasin.)

LOCA

¡ No !

NICOLASIN

¡ No !

CAPITAN CRISTIANO

Vamos allá. (Sacan a la loca arrastras.)

CAPITAN MORO

Vamos allá. (Sacan a Nicolasin arrastras.)

TELON

(Kavuri, Atenas, domingo y lunes de Pascua - ortodoxa - de 1967.)



Ayuntamiento de Madrid

Por fin, sin esperanza

En el cosmos paradisiaco

Está solo en su casa.

En su casa está solo.

Los dos están solos

en su casa.

En su casa los dos están solos.

Y los tres,

y los cuatro,

y los cinco

están solos, están solos, están solos

en su casa.

En la casa del vecino,

en la oficina, en la calle,

en la fábrica, en el taller.

Están solos, con mirada bovina.

No preparan el crimen, ni el egoísmo

sale por sus ojos, ni la avaricia ni la lágrima,

la injuria tampoco.

No tienen complejos de superioridad ni de inferioridad.

Están solos, formando cadena.

Millones, billones. Eslabones, eslabones.

Granitos de arena.

Nunca se deforman al acoplarse, siempre

se combinan en nuevas formas, continuamente,

constantemente.

Y, como el viento, como las olas,

les mueven las fuerzas síquicas ya controladas.

Es la nueva Inteligencia. Por fin, todos iguales,

sin pasiones.

Formando todos parte del Gran Cosmos

—El Gran Conjunto,

el Gran Trust Químico-Físico.

Poco se saca trabajando así

Después de aquella semana de trabajo
—jornadas de minuto ; seis minutos, seis días—
descansó.

Y al parecer desde entonces aún descansa.

Surgió lo de la serpiente,
con su pueblo intervino varias veces.
Cosas locales y pequeños detalles
difíciles de prever.

Pero luego nada. Todo a cargo del Hijo
—otra generación, que ya no se paseaba por el huerto
como propietario. Le dio por mezclarse con los hombres,
sabiendo que sufrían
y recomendándoles que fueran buenos con
su Padre que les quería bien,
aunque a veces no lo parecía.
Recomendaba paciencia y confianza.
Claro, no le hicieron caso. Sobre todo los reaccionarios.
Le mataron y el Gobernador se lavó las manos.

No debemos olvidar la Paloma
—la más simpática de la familia—,
de cuando en cuando revoloteaba
—graciosa—
o ayudaba para la propaganda con los medios de comunicación.
Tuvo éxito.

La mujer de los metales nuevos

Sin ser muy alta,
ni siquiera alta, es esbelta ;
de piernas largas y bien proporcionadas
con los muslos ; cintura abarcable fácilmente
y caderas que insinúan suave curva
de un volumen alto y bien centrado,
mientras dos bultitos puntiagudos,
audaces, quitan al frente toda monotonía.

Bien dibujados labios, con color
que realza la luz de los ojos
y de la media melena.
Se mueve graciosamente enérgica,
dispuesta a subir al autobús casi en marcha
o a saltar al descapotable.
De los dedos de los pies hasta la frente
está llena de dinamismo, de impulso.
La cinta magnética le dicta,
y escribe 90 palabras por minuto.
El gesto mecánico la acerca mucho al pájaro,
también a la muñeca, con su misma mirada,
vacía, parada.

Ama con tanto ardor.
Sabiendo de su cuerpo, de mi cuerpo
pulsar la nota exacta,
que armoniza deliciosamente con toda una escala de suspiros.
Vuelve encarnizada tras cada pausa,
llegando al frenesí que todo lo derrite.

Tan encerrada en su límite exacto,
con una alegría tan de jilguero,
tan separada de toda trascendencia.
¡ Por fin, por fin tan sin historia !

El cuerpo brilla como si el mundo fuera a empezar de nuevo.

Atrás quedan las edades de los dinosaurios y la piedra.
Vivimos en la época de los metales inventados
en rápida creación inverosímil.
De la leyenda se pasó a la historia
y ahora entramos en la realidad, obra del hombre.

Maravilloso momento en que vivimos

Todo se mueve y conmueve,
el aire, la tierra, el fuego
y el agua.

Eso le toca a unos miles de hombres,
bastante para la televisión, la radio
y los periódicos.

Con las pérdidas y los muertos
no da mucho de sí. Quizás una suscripción
—con suerte— internacional.

Los hombres tiemblan
—obreros, campesinos, estudiantes,
hasta los profesores y profesionales.
Pronto llegará la hora a los soldados.
Las instituciones, las leyes, las costumbres
oprimen a la humanidad.

Los hombres han crecido,
ni más ni menos.

No se trata de piel,
no son serpiente.

El traje viejo al Museo
—venerada reliquia del tiempo que hace historia.

Ahora, a la medida, un nuevo traje
para unos diez o quince años.

Estilo Wáshington o Revolución francesa,
o estilo Lenin. ¡No !

Un nuevo estilo.

¡ Ojo con el corte !

Sin guillotina, sin tiros en la nuca, sin paseos.

Traje para el trabajo,
todo sencillez.

Y poderoso ritmo del cuerpo desnudo
para el sol, para el aire,
para la nieve y el amanecer.

[Del libro inédito *Por fin, sin esperanza*. NDR.]

José María Blanco White **Cartas de España**

Carta X

Madrid - 1807

Mi traslado a esta capital ha sido repentino e inesperado. Los médicos aconsejaron a mi amigo Leandro, de quien me he vuelto inseparable, que buscara remedio a una creciente melancolía —fruto de una aversión mortal a sus deberes profesionales y al intolerante sistema religioso conectado con ellos— en la libertad y disipación de la corte; y me resultó imposible arrancarme a él.

El viaje de Sevilla a Madrid —una distancia aproximada de doscientas sesenta millas inglesas— se realiza por lo común en pesados carruajes tirados por seis mulas, por espacio de diez u once días. El **mayoral**¹ reúne un grupo de cuatro personas, fija el día y la hora de salida, decide la longitud de las etapas, prescribe la hora de levantarse por la mañana y se ocupa, incluso, en que cada pasajero asista a misa el domingo o cualquier otra festividad eclesiástica que acontezca durante el viaje. No obstante, como mi amigo no podía demorarse más en Sevilla, escogimos la posta más cara y, habiendo obtenido un salvoconducto, arrancamos en una silla abierta y medio desbaratada —el medio habitual de transporte hasta treinta millas de Madrid.

La circunstancia de habernos visto obligados a sacar nuestro salvoconducto no para Madrid, sino para Salamanca, con el propósito de introducirnos de matute en la capital, le dará una idea aproximada de nuestro gobierno y nuestra policía. El ministro de **Gracia y Justicia**, un tal Caballero —uno de los instrumentos más lisonjeros y odiosos de nuestra arbitraria corte—, incomodado por la cáfila de pretendientes que se congregan en Madrid procedentes de todas las provincias, ha publicado últimamente una orden que prohíbe a todo el mundo el acceso a la capital, a menos de obtener previamente una autorización real. Esperar la venia del rey nos habría expuesto a grandes inconvenientes y, probablemente, a una negativa formal. Pero como la orden del ministro databa ahora de dos o tres meses —un periodo al cabo del cual nuestros reales decretos comienzan a resultar anticuados—, y no teníamos la intención de molestar a Su Excelencia, confiamos en que la suerte y nuestra bolsa allanarían los obstáculos que pudieran surgir de la intervención de oficiales subalternos.

No le entretendré a Vd. con la descripción de nuestro viaje, los retrasos en las posadas, nuestra demora voluntaria en Valdepeñas a causa de su delicioso vino recién sacado de las inmensas tinajas en donde se conserva enterrado y, finalmente, de las feas, pero cerradas y bien compuestas

1. Las palabras en negritas figuran en castellano en el original inglés. JG.

sillas de posta arrastradas por un tiro de tres mulas que se usan entre Aranjuez y Madrid. No me gustan las descripciones, posiblemente porque no alcanzo a brillar en ellas. Por lo tanto, tendrá Vd. la bondad de recurrir a algún retrato de esta población (pues quiero señalarle que no se la incluye entre nuestras ciudades) en Burgoign, Townsend o algún otro viajero bajo palabra de honor. Mi narración se limitará, como hasta aquí, a lo que no es probable que estos caballeros vieran o entendieran con la claridad y precisión de un nativo.

Teniendo en cuenta la influencia ilimitada de la corte en España, ninguna materia merece un examen más atento por parte de quien desea ponerse al corriente del estado moral de este país. Por consiguiente debo empezar con un esbozo de las principales fuentes de aquella influencia, excluyendo cuidadosamente todo informe que no haya llegado hasta mí sino a través de los conductos más fidedignos o de una absoluta notoriedad. Entre nosotros, el manantial del poder y los honores ha sido, hasta fecha reciente, la reina, una hija del difunto duque de Parma, mujer feísima y ahora en los umbrales de la vejez aun cuando simule juventud y hermosura, la cual llevaba poco tiempo de casada con el actual rey, entonces príncipe de Asturias, cuando manifestó una fuerte propensión al galanteo, que el austero y celoso carácter de su suegro Carlos III pudo apenas refrenar. Su marido, uno de aquellos seres felices nacidos para obtener beatitud de la ignorancia, ha conservado en toda circunstancia un fuerte y exclusivo apego a su persona que, combinado con una ridículísima simpleza, mantiene su espíritu inaccesible a todo amago de sospecha.

El primer favorito de la princesa que despertó los celos del anciano rey, fue un caballero del séquito de su hijo llamado Ortiz. Inquieto por el honor del príncipe no menos que por el estricto rigor moral que, en virtud de sus principios religiosos, había protegido cuidadosamente en su corte, publicó una orden desterrando a Ortiz a una de las provincias más lejanas. Incapaz de soportar esta separación y conociendo muy bien el carácter de su marido, la princesa le arrancó la promesa de obtener del rey la revocación de su destierro. Escrupulosamente fiel a su compromiso, el joven príncipe acechó la primera oportunidad de solicitar la merced de su padre y, postrándose de hinojos, imploró la gracia del regreso de Ortiz, haciendo valer de modo grave y enternecedor que « su esposa Luisa era totalmente infeliz sin él, dado que solía entretenerla de maravillas ». Sorprendido e irritado por esta pasmosa candidez, el viejo rey volvió la espalda al afable solicitante exclamando : **¡ Calla, tonto ! Déjalo irse. ¡ Qué simple que eres !**

Privada del agasajo de Ortiz, María Luisa encontró pronto un substituto en la persona de un joven oficial llamado Luis de Godoy, el mayor de tres hermanos de una antigua aunque arruinada familia de la región de Extremadura que servían juntos en calidad de Guardias de Corps, un cuerpo compuesto exclusivamente de hidalgos, cuyos grados más bajos eran llenados con oficiales. Apenas había surgido este nuevo galanteo, cuando el rey lo cortó despiadadamente de raíz mediante un decreto de destierro

de don Luis. La real orden fue, como de costumbre, tan apremiante que el desolado galán pudo tan sólo encomendar a su segundo hermano un mensaje de adiós y obtener de él la promesa de ser el fiel portador de cuantas prendas de constancia y desesperación pudiera confiar a la posta sin riesgo.

La etiqueta embarazosa de la corte española impone una guardia separada para cada miembro de la familia real, aunque todos vivan dentro del palacio, y prescribe centinelas con espadas a la puerta de los distintos aposentos. Los militares del cuerpo antes mencionado cumplen ininterrumpidamente este servicio, de día como de noche, y Manuel Godoy no encontró grandes dificultades en servir en la guardia de la princesa cuantas veces tenía que entregar un mensaje. Un determinado aire de flauta, instrumento con el que el joven oficial acostumbrada a engañar sus ocios durante las horas de guardia, era la señal que atraía a la princesa a una habitación reservada a la que el mensajero tenía acceso secreto, pero libre.

Hay todas las razones de creer que los despachos amorosos de Luis produjeron su debido efecto durante algunas semanas y que su real dueña vivió casi exclusivamente de su contenido. No obstante, el tiempo estaba operando una triste revolución en los destinos del desterrado galán. El interés de Manuel aumentaba de día en día, mientras disminuía el de las cartas, hasta que el infiel confidente resultó, a los ojos de la princesa, el más divertido de los mortales y, en consecuencia, el favorito de su condescendiente marido.

La muerte del viejo rey había eliminado ahora todo obstáculo a los galanteos de la reina, y Manuel Godoy fue promovido rápidamente a los más altos honores del Estado y a los grados superiores del ejército. Pero el nuevo soberano no se sentía aún totalmente cómodo sobre el trono y la encomienda del rey moribundo de su favorito Floridablanca, al prolongar el poder de éste, ponía todavía algunos límites al capricho de la reina. Aunque totalmente dominado por su mujer, Carlos IV no podía resolverse a despedir, sin una razón concreta, a un viejo servidor de su padre, y un mínimo de respeto a la opinión pública —sentimiento que raras veces deja de alumbrar una efímera luz de esperanza en los primeros días de cada reinado— obligaba a la propia reina a emplear otros medios que un acto de voluntad puro y simple para abatir al primer ministro. Este, sin embargo, habría podido mantenerse en su lugar por algún tiempo y recibir la dispensa de un retiro con todos los honores, si sus celos de la ascensión de Godoy no le hubieran inducido a oponerse a la corriente de favor que estaba ahora a punto de levantar a aquel joven a una Grandeza de primera clase. Para proveer al esplendor de jerarquía tan encumbrada, la reina había persuadido a su marido de que confiriera a Godoy un dominio principesco perteneciente a la corona, del cual tomaría el título de duque de Alcudia. Floridablanca, ya fuese por una cuestión de principios, ya por algún motivo menos honorable, juzgó necesario oponerse a dicha concesión en razón de su ilegalidad y, habiendo convencido al rey de que consultara a este respecto al Consejo de Castilla, se esforzó en obtener una respuesta de

acuerdo con sus deseos por medio de una carta dirigida a su amigo, el conde de Cifuentes, que encabezaba dicho organismo. Muy desgraciadamente para el ministro, antes de que la carta llegara desde San Ildefonso, en donde la corte residía en aquel momento, el presidente fue presa de una mortal dolencia y, habiendo caído el despacho en manos de su sustituto Cañada, fue transmitido en secreto a la reina. Resulta innecesario añadir que el informe del Consejo fue favorable, Godoy nombrado duque de Alcudia y que tanto la reina como él estaban ahora enteramente resueltos a labrar la ruina de su enemigo.

Durante la influencia de Floridablanca con el rey, había circulado una sátira manuscrita en la que se acusaba al primer ministro de haber estafado a un tal Salucci, un banquero italiano relacionado con el gobierno español. Demasiado consciente, se diría, de la verdad de la acusación, Floridablanca sospechaba que la parte ofendida era la única responsable de la maquinación y difusión del libelo. No obstante, la hiriente composición estaba escrita en un español mejor que el que podía manejar Salucci y el mortificado ministro no podía vivir tranquilo sin castigar al autor. Informado por sus espías que el marqués de Manca, un hombre dotado de agudeza y talento, era íntimo de Salucci, no necesitó de mayores pruebas para proceder contra él. El banquero fue desterrado inmediatamente del reino y el poeta, encarcelado en la ciudad de Burgos, bajo la inspección y vigilancia de las autoridades.

Pero había llegado el momento en que estos hombres, que conocían demasiado bien las cosas de España para buscar reparación de manos de la justicia, iban a obtener satisfacción gracias al espíritu de venganza que impulsaba a la reina contra el primer ministro de su marido. Carlos IV, informado de la conducta de Floridablanca con Salucci y Manca, convocó a este último a la corte. Los documentos de su enemigo, incluyendo una nutrida colección de *billets-doux*, fueron confiscados y puestos a la disposición del marqués para servir de elementos en el proceso secreto instruido contra el ministro, el cual, de acuerdo con sus propias normas de justicia, había sido enviado preso, entre tanto, a la fortaleza de Pamplona. Su encarcelamiento, con todo, no se prolongó más allá del tiempo necesario a desacreditarlo en la opinión del rey y, con motivo del matrimonio de las princesas reales, se le concedió un *indulto* por el que, si bien declarado culpable del desfalco de cuarenta y dos millones de reales, fue liberado de su severo encierro y autorizado a residir en su nativa ciudad de Murcia.

No estoy seguro, sin embargo, si la destitución de Floridablanca no precedió escasamente su acusación por Manca, como inmediata consecuencia de sus esfuerzos por convencer al rey de que se uniera a la coalición contra Francia después de la muerte de Luis XVI. Carlos IV fue, al parecer, el único soberano de Europa a quien el destino del infortunado rey no produjo ninguna alarma, y tenía más presente en su espíritu el recuerdo de un desaire personal de su primo, que todos los vínculos de interés común y de sangre. Carlos se había enterado de que, al ser

presentado a la firma de Luis el consabido mensaje de felicitaciones con motivo de su accesión al trono, el monarca francés observó con humor que juzgaba la carta escasamente necesaria, pues « el pobre hombre, dijo, es una nulidad, que deja que su mujer le gobierne y lleve los calzones ». Dicha broma afectó tan profundamente al rey que, a la noticia de la decapitación de Luis, le arrancó la incompasiva y casi brutal observación que « un caballero tan presto a encontrar defectos en los demás no parecía haber llevado muy bien sus propios asuntos ». El conde de Aranda que, en las reuniones del gabinete, había votado constantemente por la paz con Francia, fue nombrado, en febrero de 1792, para reemplazar a Floridablanca. Pero el giro de los acontecimientos y las exhortaciones apremiantes de los soberanos coaligados modificaron las opiniones de Carlos y, tras licenciar a Aranda al cabo de seis meses con todos los honores de su cargo, Godoy, entonces duque de Alcudia, fue llamado a sucederle para abrir las hostilidades con Francia. No necesito emprender el relato de aquella mal dirigida y desastrosa guerra. Una apariencia de éxito dio ánimos a los españoles siempre dispuestos a guerrear con sus vecinos ultrapirinaicos pero, habiendo recibido refuerzos el ejército francés, habría podido pronto visitar a Carlos en el propio Madrid, si su favorito, con más habilidad que la que nunca reveló en su subsiguiente dirección de los asuntos públicos, no hubiera concluido y rectificado la paz de Basilea.

Los temores de todo el país ante el progreso de las armas francesas habían sido tan fuertes que el acuerdo fue saludado con entusiasmo y el regocijo público en tal ocasión habría sido auténtico, sin no hubiera sido por las extravagantes recompensas concedidas a Godoy por haberlo llevado a cabo. Se creó especialmente para él una nueva dignidad por encima de la Grandeza y, con el título de Príncipe de la Paz, fue situado en la jerarquía inmediatamente después de los príncipes de sangre real.

Había sólo un peldaño en la escala de los honores que podía alzar a un mero súbdito por encima de lo que el favor de la reina había levantado a Godoy: un matrimonio con la familia real. Y la única distinción que ni la ceguera del amor habría conferido al favorito, éste la debe en realidad a los celos de su dueña.

Entre las bellades que la esperanza de obtener el favor de Godoy atraía a Madrid de todas partes de España, había una dama soltera, oriunda de Málaga, llamada Tudó, cuyos encantos así físicos como intelectuales habrían cautivado un corazón mucho menos sensible que el del joven ministro. Desde el momento en que fue presentada por sus padres, la Tudó (somos perfectamente descorteses llamando a las señoras por su apellido, sin atender a su calidad) obtuvo tan decidida supremacía sobre las numerosas participes de los amores del favorito que la reina, quien hasta entonces miraba por encima del hombro a la cohorte de ocasionales rivales, se opuso resueltamente a una relación que parecía susceptible de perpetuarse y que, en todo caso, había durado lo suficiente para exhibir la prueba irrefutable de la índole de su intimidad en la persona de un niño,

cuyo nacimiento, si bien no proclamado a los cuatro vientos, como si contara con el aval de la opinión pública, tampoco se escamoteó con ninguna conciencia de oprobio. Al divulgarse un informe por la corte, según el cual el Príncipe de la Paz se había casado en secreto con la Tudó, la reina, en un arranque de celos, le acusó ante el rey de ingratitud, por haberse ligado a una mujer sin linaje, sin la menor deferencia por sus reales benefactores. El rey, cuyo afecto por Godoy había crecido por encima de la aprobación de su esposa, se inclinaba a descartar la historia del matrimonio pero, hallándose en aquella época en una de las residencias campestres llamadas **Sitios** —creo que en El Escorial—, en donde los ministros disponen de aposentos dentro del palacio, la reina le condujo por un pasaje secreto a una habitación en donde sorprendieron a los amantes, cenando en un agradable *tête-à-tête*. Los sentimientos que provocó esta escena deben de haber sido tan distintos en cada miembro de la real pareja que uno puede sorprenderse escasamente de la singularidad del resultado. Para apaciguar al rey, cuya natural bondad estaba dispuesta a condescender con una mera intriga amorosa del favorito, éste no tenía más que desmentir el matrimonio. En cuanto la reina, perdidas ya las esperanzas de ser el objeto exclusivo de los galanteos de un hombre al que permanecía ligada por el capricho más ciego, temía probablemente que el paso que había dado lo arrebatase de su presencia. Esclava de sus vehementes pasiones y totalmente ajena a aquellos sentimientos de escrupulosidad que ni siquiera el vicio alcanza a sofocar en algunos corazones, parecía contentarse con impedir que su principal rival se alzara sobre su propia jerarquía de dueña y, con tal que el puesto de esposa fuese ocupado por alguna indiferente a los ojos de su amante, deseaba verlo casado y ser en persona el artifice de la boda.

El último hermano del rey, don Luis, que, a pesar de un capelo cardenalicio y el arzobispado de Sevilla, otorgados antes de que alcanzara la edad de profesar las sagradas órdenes, vivió amancebado con una dama española, de apellido Vallabriga, había dejado dos hijas y un hijo bajo la tutela del arzobispo de Toledo. Aunque no se les había permitido hasta entonces tomar el nombre de su padre, estos niños eran considerados legítimos y es probable que el rey hubiera deseado otorgarles la plena posesión de los honores debidos a su nacimiento mucho antes que la reina propusiera la mayor de sus sobrinas, tanto para recompensar a Godoy por sus servicios, como para impedir en lo futuro unas escapadas de ardor juvenil que dividían su atención entre el placer y los servicios debidos a la corona. Estas o similares razones —pues la historia debe contentarse con conjeturas cuando la fuente principal de los hechos yace no sólo tras el telón del secreto de Estado, sino también tras las cortinas de un lecho de cuatro columnas— determinaron, en el espacio de unas pocas semanas, un reconocimiento público de los hijos de don Luis y el anuncio del proyectado matrimonio de la hija mayor con el Príncipe de la Paz.

El origen vicioso del poder ilimitado de Godoy, el temple de la corte en la que lo gozaba y la multitud de aduladores que su elevación había congre-

gado alrededor de él podrían excluir toda previsión razonable de cualquier cualidad grande o virtuosa en su carácter. Sin embargo, hechos relacionados con el comienzo de su gobierno prueban que no desconoció aquellos vagos deseos de conducirse bien que, conforme brotan, son « sofocados por los cuidados y riquezas y placeres de este mundo ». Un observador agudo y totalmente imparcial, cuya elevada jerarquía le procuró libre acceso al favorito durante parte del periodo en que, con el título de duque de Alcudia, encabezaba el gabinete español, me ha asegurado que « había todas las razones de creerle activo, inteligente y atento en el desempeño de su cargo, y que carecía por completo de aquellas pretensiones e ínfulas que se atribuyen justamente a los hombres a quienes la fortuna ensalza más de lo que merecen ». Aunque, como todos los jóvenes del país educados en la profesión militar, era personalmente inculto, mostró gran respeto por el talento y las letras en la formación del ministerio que sucedió al suyo propio cuando, en razón de su nueva dignidad y su enlace con la familia real, se le juzgó por encima de los deberes del oficio. Saavedra, nombrado ministro por él, es un hombre de gran viveza natural perfeccionada por la lectura y la observación de la vida real, pero tan indeciso de propósito, vacilante de juicio e incapaz de decisión que, mientras estuvo en el cargo, parecía más apto a prolongar interminablemente los asuntos públicos que a dirigir su curso en su propio departamento. Jovellanos, nombrado con él, es considerado con razón una de las glorias vivas de nuestra literatura. Educado en Salamanca, en uno de los **Colegios Mayores**, antes de la reforma que despojó a éstos de su influencia y honores, fue designado juez en su juventud y ascendió gradualmente a uno de los consejos supremos de la nación. Su rectitud y honorable conducta en cada etapa de su vida, así pública como privada, sus modales corteses y la elegancia formal de su conversación hacían de él una encarnación viva del viejo **caballero** español. A las virtudes y cualidades amenas de este personaje unía muchos de los prejuicios inherentes al periodo al cual pertenece. A un apego apasionado a los privilegios y distinciones de sangre añadía una supersticiosa veneración por toda clase de formas externas. Los favoritismos más acusados torcían su fina inteligencia, encastillándola, en numerosas materias, en opiniones limitadas o extravagantes. Como juez y hombre de letras merecía el respeto y admiración de todos. Como presidente de alguna de nuestras audiencias provinciales habría sido una bendición para la gente de su distrito, y el ocio decoroso de aquella situación le habría permitido enriquecer nuestra literatura con los frutos de su elegante ingenio. Como ministro a través de cuyas manos debían distribuirse las dádivas de la corona a un país hambriento, en el que dos tercios de las clases altas buscan un patrocinio que les permita una cómoda subsistencia, defraudó las esperanzas de la nación. En la corte, sus altas nociones de la etiqueta, transformaron sus maneras un tanto estiradas en completa rigidez y su ciega parcialidad por los nativos de su provincia asturiana —probablemente porque los consideraba el residuo más puro de sangre gótica existente aún en España— hizo de él

el más impopular de los ministros. En vez de promover el bienestar de la nación con medidas que pudiesen contrarrestar de modo paulatino y a una escala amplia la influencia de la corte, trató de oponerse a la consabida ingerencia de la reina, por un pormenor: habiéndole dirigido ésta una solicitud personal en favor de cierto candidato a una canonjía, Jovellanos le respondió con una negativa tajante, alegando que la persona en cuestión no se había graduado en ninguna universidad.

—¿ En cuál de ellas recibió Vd. su educación ?, dijo la reina.

—En Salamanca, Señora.

—¡ Qué lástima, replicó ella, que olvidaran de enseñarle a Vd. buenos modales !

Mientras se ocupaba en esta guerra minúscula, que debía terminar pronto con su destitución, se produjo una circunstancia que, si bien por un breve periodo, reconcilió a la reina con Jovellanos, ha conducido por fin a éste a una fortaleza de Mallorca, en donde se demora hasta estas fechas en un encarcelamiento no menos severo que injusto.

La ceremonia de la boda de Godoy había terminado apenas, cuando recomenzó su intimidad con la Tudó del modo más descarado y abierto. La reina, en una recaída de celos, parecía tan resuelta a cortar las alas de su consentido favorito que Jovellanos concibió la esperanza ilusoria de convertir este pique en un medio de enderezar a su patrón, si no por el camino de la virtud, cuando menos por el de las normas de la externa corrección. Saavedra, que conocía mejor los negocios mundanos y sabía bien que Godoy podía recobrar a voluntad todo su ascendiente sobre la reina, entró a regañadientes en la intriga. No así Jovellanos, quien, tratando este enredo cortesano como uno de los litigios regulares en los que durante tanto tiempo había ejercitado su pericia e imparcialidad, no podía determinarse a abrir un expediente sin prevenir de ello a la parte afectada. En conformidad, despachó una amonestación al Príncipe de la Paz en la que le recordaba sus deberes públicos y conyugales en el estilo más vigoroso de la elocuencia forense y moral. La reina, por su parte, había excitado en su marido un sentimiento cercano a la cólera contra Godoy, y el decreto de destierro no le faltaba sino la firma, sin que el galán ofensor supiese siquiera que el peligro inminente requería de él el acto de sumisión que únicamente podía restablecerle en el favor de su preterida dueña. No obstante, su salvación se debió tan sólo a la indecisión y dilatorias de Saavedra, a quien no hubo modo de persuadir de que presentara el decreto de destierro a la real firma hasta un día después que había sido acordada. Godoy, entre tanto, obtuvo una entrevista privada con la reina, la cual, bajo el influjo de una largo tiempo contenida y recobrada pasión, a fin de disculparse a sí misma, representó a los ministros —los mismísimos hombres que Godoy había alzado al poder— como los verdaderos autores de la intriga y, probablemente, atribuyó la idea a Jovellanos convirtiéndolo desde entonces en el blanco preferido de la inquina del favorito.

Aunque no destituidos de inmediato, los desconcertados ministros deben

de haber sentido la inestabilidad del terreno que pisaban y temido la venganza de un enemigo que, en el caso del almirante Malaspina, había mostrado ya que tenía a la vez la voluntad y los medios de aplastar a los instrumentos de los celos de la reina: aquel oficial de origen italiano acababa de regresar de un viaje alrededor del globo, realizado a expensas de nuestro gobierno, cuando la reina, que experimentaba cierta dificultad en ajustar los sentimientos de su marido por Godoy a las bruscas y rápidas variaciones de los suyos propios, indujo a su confidente, la condesa de Matallana, a que le confiara la redacción de un memorial destinado al rey, lleno de observaciones sobre la conducta pública y privada de su favorito y en el que se pintara a éste con las tintas más negras. Malaspina preparaba por estas fechas el relato de su viaje, con vistas a su publicación, asistido por un vanidoso escolástico, un fraile sevillano llamado Padre Gil que, en nuestra gran penuria de auténtica ciencia, era tenido por un milagro de elocuencia y erudición. El almirante, tras arrinconar sus mapas y diarios de bordo, recogió ansiosamente todas las acusaciones contra Godoy susceptibles de impresionar al rey, mientras el fraile, inspirado por la visión de una mitra presta a caer sobre su cabeza, las revestía con las imágenes más floridas y enérgicas con que solía arrebatar a su auditorio desde el púlpito. Nada faltaba pues, sino la orden de la reina, para hacer saltar la mina bajo los pies del malhadado Godoy, cuando la presunta víctima, informada del peligro, y aprovechando uno de esos dulces momentos que le hacen dueño de la reina y de todo su poder, arrancó de ella una confesión de la intriga junto con los nombres de los conspiradores. Pocos días después, Malaspina fue a parar a una fortaleza en donde, con su viaje, mapas, colecciones científicas y todo el material relativo a la expedición, permanece completamente olvidado, mientras el reverendo escritor del memorial era despachado bajo escolta a Sevilla, escenario de su antigua gloria literaria, a un correccional en el que los delincuentes jóvenes de las clases más bajas purgan sus faltas con un saludable régimen de azotes.

Cuando la reina preparaba la destitución de Saavedra y Jovellanos, una grave enfermedad del primero trajo a escena un nuevo actor de la intrincada comedia de intrigas cortesanas que, si hubiera sabido servirse de su poder, habría labrado la ruina completa de su protagonista.

El primer escribano de la secretaría de Estado era un joven apuesto llamado Urquijo. Su nombre, probablemente, no le sea a Vd. desconocido, ya que estuvo hace pocos años en la embajada española en Londres, en donde su afición a los jacobinos franceses y sus métodos debió de atraer necesariamente la atención por la inequívoca y heroica prueba de abnegación que mostró por aquel partido: su tentativa de ahogarse en el estanque de Kensington Gardens, al enterarse de la paz de Tolentino entre Bonaparte y el Papa, un acuerdo que contrariaba sus esperanzas de ver la destrucción final de la sede pontificia y la propia Roma convertida en un montón de ruinas, conforme al decreto del Directorio francés. La fortuna, no obstante, habiendo decidido transformar nuestro valiente **Sans Culotte** en un cortesano, le procuró un oportuno rescate del fangoso abismo y

cuando, bajo los cuidados del Doctor V..., alcanzó a comprender cuan poco habría influido su muerte en las peripecias de la guerra, regresó a Madrid, a empuñar la pluma en la administración, en donde su previa calificación de **joven de lenguas** le había dado derecho a un puesto desde el que se alzó, por escalafón, al de subsecretario.

Cada ministro español tiene fijado un día de la semana, llamado **día de despacho**, en el que presenta al rey el contenido de su cartera, para que disponga de él conforme al gusto de Su Majestad. La reina, que es excesivamente aficionada al poder, no deja nunca de asistir en tales ocasiones. Durante la audiencia, el ministro permanece de pie o, si lo desea, se acomoda en un banquillo cercano a la mesa situada entre él y Sus Majestades. El amor al patrocinio, no a los negocios, es, naturalmente, el objeto de la asiduidad de la reina mientras sólo la afición a las hablillas permite soportar a su marido la aridez de estas sesiones. Durante el ministerio Saavedra, Su Majestad el rey estaba absolutamente encantado con los magníficos dones de conversador de aquél y su inagotable reserva de anécdotas. La cartera descansaba sobre la mesa, la reina citaba los nombres de sus **protégés** y el rey, remitiendo los demás negocios a la decisión del ministro, empezaba una holgada plática que duraba hasta la hora de acostarse. Cuando Saavedra fue presa de aquella súbita y peligrosa dolencia que los enemigos de Godoy se inclinaban a atribuir al veneno —una sospecha, no obstante, que tanto el carácter del favorito como su subsiguiente lenidad con Saavedra contradicen absolutamente—, la obligación de presentar la cartera al rey recayó en el subsecretario. La apuesta figura de Urquijo y sus elegantes modales causaron profunda impresión en la reina y, la mañana siguiente, diez mil cuchicheos divulgaron la importante noticia que Su Majestad había invitado al joven escribano a tomar asiento.

Muy probablemente, un reciente pique con Godoy —cuyo invariable afecto por la Tudó y creciente aversión a su real dueña ofrecía a ésta diariamente motivos de mortificación— había contribuido a realzar esta impresión favorable y la reina concibió la idea de hacer de Urquijo, no sólo el instrumento de su venganza, sino también, como generalmente se cree, el sustituto del incorregible favorito. Pero en esta corte tan entregada al amor, incluso una reina encuentra difícilmente un corazón vacante y Urquijo se hallaba demasiado comprometido con una de las hermanas de Godoy para mostrarse sensible a la condescendencia de Su Majestad. No obstante, reunió la suficiente dosis de galantería para apoyar a la reina en su resolución de alejar a Godoy de la corte y despojarle de toda influencia en los asuntos de gobierno.

Resulta, en verdad, sorprendente que el resentimiento de la reina no procediera más allá contra el hombre que tan a menudo lo había provocado, y que la desgracia de éste no fuera acompañada de las acostumbradas secuelas de encarcelamiento y degradación. Muchas y poderosas circunstancias se combinaron, con todo, en favor de Godoy: el cariño casi paternal del rey por él, la excesiva vanagloria del nuevo ministro respecto

a su propia influencia y capacidades unida a un total desdén del descartado favorito y, por encima de todo, la inextinguida y siempre redivida pasión de la reina, reforzada por su temor de sacar fuera de sí a un hombre que, según se dice, tenía en sus manos los medios de exponerla sin condenarse por ello él mismo.

Durante el ministerio Saavedra y el intermedio de frialdad producido por los galanteos caprichosos de Godoy que permitió a sus enemigos una primera tentativa contra él, su real dueña había concebido un fuerte antojo por un tal Mallo, un nativo de Caracas, a la sazón oscuro guardia de corps. La rápida promoción de este joven y la exhibición de fausto y riqueza a la que comenzó a entregarse explicaban a todo el mundo, con excepción del rey, el origen de su fortuna. El propio Godoy parece haber sufrido el aguijón de los celos, menos, probablemente, por compartir con un rival el afecto de la reina, que por la mal oculta vanidad del hombre cuya única ambición era eclipsar la corte entera. Una vez, mientras el rey y la reina, acompañados de Godoy y otros Grandes de la casa real, se asomaban a un balcón del real sitio de El Pardo, apareció Mallo a lo lejos, conduciendo cuatro hermosísimos caballos, escoltado por una brillante comitiva. La belleza del equipo atrajo la mirada del rey, y preguntó a quien pertenecía.

—Me gustaría saber, dijo al oír que era de Mallo, cómo puede este hombre darse el lujo de mantener tales caballos.

—Porque, permítame Su Majestad, replicó Godoy, corre la voz que a él mismo lo mantiene una mujer vieja y fea. He olvidado del todo como se llama.

El periodo de esplendor de Mallo fue de breve duración. Su necia vanidad de lechuguino desagradaba al rey e inquietaba a la reina pero, en los primeros ardores de su pasión, ésta tenía generalmente la debilidad de expresar sus sentimientos por escrito y Mallo poseía toda una colección de sus cartas. Deseosa de desembarazarse de aquel absurdo y vano petimetre, y temiendo no obstante un escándalo, recurrió a Godoy para el recobro de sus prendas escritas. La casa de Mallo fue rodeada de tropa en el sigilo de la noche y su dueño se vio obligado a entregar los preciosos manuscritos en manos de su rival. Este último, sin embargo, conocía demasiado bien su valor para entregarlos a su autora y se dice que los conservó en su poder como un medio eficaz de, si no asegurar el cariño de su dueña, cuando menos de amansar sus veleidades y arrebatos de celos. Mallo fue desterrado poco después, y cayó en el olvido.

Los dos ministros, Saavedra y Jovellanos, fueron enviados a respirar el aire campestre de sus provincias nativas: el primero, por razones de salud; el segundo, a causa de la invencible aversión de la reina. Urquijo, que parece haber sido incapaz de ganar la estima del rey o de corresponder totalmente al afecto de la reina, habría podido conservar solamente su puesto si el cariño latente de la última por Godoy no hubiera sido avivado por la presencia de su objeto. Según se cree generalmente, una buena política y dirección del rey por parte de Urquijo habrían podido prolongar

la ausencia del favorito, pero la presunción y temeridad del ministro le impedían sospechar que cualquiera otra influencia pudiera igualar la de su persona y talentos. En vez de oponerse resueltamente a un memorial del Príncipe de la Paz en el que solicitaba el permiso de besar las manos de Sus Majestades con motivo de que su esposa, la princesa, hubiera dado a luz una hija, Urquijo imaginaba a la reina encariñada tan firmemente con él, que no vislumbró peligro alguno en la visita fugaz de su ofendido rival. Godoy se presentó en la corte y, desde aquel momento, la ruina de Urquijo resultó inevitable. Su odio a Roma le había inducido a favorecer la traducción de una obra portuguesa contra las extorsiones de la **Dataria** en los casos de dispensa matrimonial entre grados prohibidos. Juzgando a la opinión pública suficientemente madura para recibir esta obra, publicó un decreto real a la intención de los obispos españoles, exhortándoles a ejercer de nuevo sus antiguos derechos de dispensa. Dicha medida había concitado contra él la enemiga de la mayoría del clero y el Príncipe de la Paz pudo alarmar fácilmente la conciencia del rey por intermedio del nuncio papal cardenal Casoni, quien convenció a Carlos de que el ministro le había arrastrado a una medida que hollaba los derechos del Romano Pontífice. Creo que la creciente antipatía de Godoy por la Inquisición salvó a Urquijo de los horrores de una mazmorra dentro de sus recintos. Con todo, careció de la generosidad necesaria para contentarse con el destierro de su enemigo a Guipúzcoa. Una orden de encierro en una fortaleza le siguió poco después hasta allá —una circunstancia que induce a creer, sin embargo, que Urquijo había aprovechado su libertad personal para urdir una segunda tentativa contra el restaurado favorito.

Tal suposición podría ser fuertemente sustentada por la lenidad general de la administración de Godoy, si un ejemplo de venganza implacable y cruel no contradijera tan favorable opinión de su conducta. Ya fuese que la reina hubiera representado Jovellanos a ojos de Godoy como el autor principal de la primera intriga urdida contra él o que el Príncipe de la Paz acusara al insigne magistrado de ingratitud por haber participado en una conspiración contra el hombre que lo había elevado al poder, apenas había recobrado Godoy su antigua influencia cuando obtuvo la orden de encerrar a Jovellanos en el convento cartujo de Mallorca. La inhumanidad de este segundo y bien meditado golpe provocó la indignación de su caído y hasta entonces silencioso adversario, despertando aquella inflexibilidad digna y esforzada que hermosamente cifra en él, en nuestros días, el viejo carácter español. Desde su encierro, envió una carta al rey en la que exponía la injusticia con que había sido tratado en términos tan distantes del tono servil de los memoriales españoles, tan desdeñosos del poder de su enemigo que encendió de nuevo el resentimiento del favorito, por entre cuyas manos, como sabía bien, el mensaje debía llegar hasta el trono. En lugar de obtener reparación de sus agravios, tal paso tenía todas las probabilidades de agravarlos. Las virtudes de Jovellanos, su talento brillante y elegante destreza habían conquistado de tal modo el afecto de los monjes que éstos le trataban con una deferencia que, ni un ministro en la

cúspide del poder, hubiera osado esperar. El espíritu negativo de Godoy no podía permitir a su adversario el disfrute de este pequeño residuo de felicidad y, con una crueldad que arroja una negrísima mancha sobre su carácter, hizo que le trasladaran a una fortaleza de la misma isla en donde, bajo la vigilancia de un gobernador rudo e inculto, se halla privado de toda comunicación y reducido a la lectura de un corto número de libros. La personalidad del carcelero puede deducirse del hecho que no es capaz de distinguir una **obra** de un **volumen**. Los amigos de Jovellanos no están autorizados a aliviar su soledad con un surtido variado de libros, aún dentro del número señalado en las instrucciones del gobernador, pues aquél cuenta las obras literarias por piezas, y una buena edición de Cicerón, por ejemplo, le considera una biblioteca completa.

Desde su restauración en el favor real, el Príncipe de la Paz ha acrecentado su influencia de modo paulatino y constante. Habiéndose agotado ya los usuales títulos honoríficos, se ha recreado expresamente para él la anticuada dignidad de Alto Almirante, justo en el momento en que los marinos de su país de Vd. nos han dejado sin un barco. Dicha dignidad lleva consigo emolumentos copiosos y un tratamiento de Alteza, y una brigada de caballería, compuesta de hombres selectos de todas las ramas del ejército, ha sido conferido últimamente al Alto Almirante en calidad de guardia de honor. En una palabra: su poder, aunque delegado, no tiene límites, y se le puede denominar, en toda propiedad, el soberano interino de España. Gracias a la elevación sin precedentes de su favorito, el rey ha satisfecho sus más caros deseos de mantenerse perfectamente al margen de cualquier ocupación que no sea la caza, a la que se consagra exclusivamente cada día del año. Soler, el ministro de Hacienda, se encarga de trasquilar al pueblo y Caballero, en el Ministerio de Gobernación, de mantenerlo en la debida sumisión e ignorancia. Le daré a Vd. tan sólo un botón de muestra de estas dos lumbreras y de sus principios.

En Valladolid, existe desde hace siglos la costumbre de usar el convento de dominicos de la ciudad como una especie de banco para depositar sumas de dinero, como se hacía en los templos antiguos, en circunstancias similares de ignorancia del comercio e inseguridad de la propiedad. Informado Soler de que los monjes tenían en sus manos un considerable depósito, declaró que « tanto dinero ocioso perjudicaba gravemente al Estado » y se adueñó de él, probablemente para entregarlo a la reina, cuyas incesantes demandas constituyen el capítulo de gastos más apremiante y elevado del presupuesto español. Los monjes recibieron, a cambio, papel del gobierno que los acreedores podían vender, si lo deseaban, con un descuento de un 80 %.

Caballero, temiendo el progreso de toda ciencia que pudiera perturbar la paz de la corte, envió, no hace mucho, una circular a las universidades en la que prohibía el estudio de la filosofía moral. « Su Majestad, decía la orden, no necesita filósofos, sino súbditos leales y obedientes. »

Merced al ejercicio eficaz de este sistema, la reina dispone de tanto dinero e influencia como desea y, en la imposibilidad práctica de refrenar los

galanteos de su **cher ami**, ha vencido tan perfectamente sus propios celos que, no sólo es capaz de vivir con él en amistosísimos términos, sino que emula también con su afición al cambio del modo más impudente y abierto.

Celebro haber acabado con la monstruosa suma de escándalos a la que el estado de la corte ha conducido inevitablemente mi pluma. Mucho, realmente, queda en el tintero; pero no puede omitir una historia original y perfectamente auténtica que, por aclarar el misterio de la, de otro modo inexplicable, ceguera del rey respecto a la conducta de su esposa, la justicia exige que se haga pública: el mundo verá que la apatía de Su Majestad no proviene de alguna indiferencia deshonorosa por lo que el común de los hombres estima un punto de honor capital, sino que la paz y tranquilidad de su espíritu se fundan en un sistema filosófico —ignoro si físico o moral— que es, creo, exclusivamente suyo.

El viejo duque del I... —sobre la autoridad de cuya esposa le transmito la anécdota— se hallaba una vez con otros Grandes en presencia del rey, cuando Su Majestad, estando en vena de charla, emprendió una conversación bastante festiva sobre el bello sexo. Discurrió un buen rato sobre volubilidad y caprichos, y rio de los peligros de los maridos en estos climas meridionales. Habiendo agotado sus bromas sobre el tema de los celos, concluyó con un aire de triunfo:

—Nosotros, **las testas coronadas**, tenemos esta gran ventaja sobre los demás, a saber, que nuestro honor, como le llaman, está siempre a salvo, pues, aun suponiendo que las reinas fueran propensas a faltar como algunas de su sexo, díganme, ¿dónde diablos encontrarían reyes y emperadores para galantear con ellas?

Sevilla - 30 de julio de 1808

Ya fuese que Murat empezara a sospechar que su método feroz de intimidar la capital conduciría a las provincias a una resistencia abierta, ya que —con la inestabilidad de propósito que acompaña a menudo a un espíritu estrecho, que actúa por impulso más que por discernimiento— deseara borrar las impresiones que su insolente crueldad había dejado en los españoles, se esforzó inmediatamente en restaurar la confianza. No obstante, la necedad de tal empeño resultaba evidente para cualquiera excepto para el hombre irreflexivo que lo sostenía, mientras —independientemente de la alarma e indignación que, como el fuego, se extendían sobre el país— un fuerte destacamento de infantería francesa vigilaba todas las entradas de Madrid. El pueblo, es verdad, se aventuraba de nuevo libremente fuera de las casas, pero los paseos públicos estaban desiertos y los teatros abandonados casi por completo a los invasores.

Con todo, era indudable que los franceses contaban con un partido que, si bien escaso en cuanto a sus efectivos, incluía en sus filas a algunos de los hombres más capaces y respetables de Madrid. Si los españoles de clase media y alta no hubieran sido educados en los más estrictos hábitos de reserva respecto a los asuntos públicos —y sin la audacia necesaria para formar y expresar sus opiniones— creo firmemente que la nueva dinastía francesa habría obtenido el asenso de una mayoría considerable de nuestra hidalguía. En primer lugar, dos tercios de la misma habrían dado su adhesión a los nuevos gobernantes a fin de conservar los cargos que ocupaban en la administración. En segundo lugar, hay que tener en cuenta la impresión que habían causado los últimos veinte años en la parte pensante de la comunidad: bajo la corte más corrompida y despreciable de Europa, se había forjado una conciencia de degradación política que abarcaba a todos los españoles no obcecados por un nacionalismo de mero instinto. La verdadera razón del entusiasmo que rodeó la accesión de Fernando VII al trono, fue la alegría por la deposición de su padre; esperar mejor gobierno de un príncipe joven y de muy común estampa, asentado sobre un trono arbitrario, hubiera sido realmente desatinado e iluso. En cuanto al estado de dependencia de Francia que habría seguido al reconocimiento de José Bonaparte no podía ser más irremediable y abyecto que con Fernando, si Napoleón hubiera correspondido a sus deseos de una alianza de familias. La indignación por el trato recibido inducía fuertemente a la nación a la venganza, pero la

pasión es un guía ciego, al que los hombres reflexivos confiarán raras veces los asuntos políticos. Partir en guerra contra un ejército de veteranos, instalado ya en el corazón de España, podía ser un acto de patriotismo sublime ; pero, ¿ no iba a ocasionar más probablemente la ruina y esclavitud sempiterna del país que la admisión de un nuevo rey que, aunque extranjero, no había sido educado como un déspota, y cuya falta de pretensiones legítimas le inclinaría a fundar sus derechos en el reconocimiento de la nación ? Tales argumentos suscitaban, es verdad, innumerables respuestas, y el hecho que yo mismo distaba mucho de concederles gran peso en mi espíritu lo puede probar claramente mi presencia actual en la capital andaluza. Pero no puedo soportar el patriotismo ciego, obtuso, sin vacilaciones que se ostenta uniformemente en esta ciudad y su provincia : el bronco clamor popular que cada individuo se cree obligado a corear con todas sus fuerzas y que, si bien expresa el sentimiento de una gran mayoría, merece tanto el nombre de opinión pública como las aclamaciones unánimes de un **auto de fe**¹. El desacuerdo es la principal característica de la libertad. Realmente, deseo aportar mi pobre ayuda, como cualquier otro, a la causa antifrancesa ; pero me indigna la compulsión que priva a mis opiniones de toda individualidad y que, a causa de los hábitos nacionales de sumisión implícita a cuanto se halle establecido, obliga al individuo a entrar en la multitud, de modo que nada puede salvarle sino correr por su vida con el de delante.

Repito que no necesito excusar mi conducta política sobre este asunto capital : sentimientos a prueba de examen, pero en los que no fundo mérito alguno, me han conducido al bando más honorable de la contienda. No obstante, debo alegar humanidad y buena fe en favor de quienes, influidos por las opiniones que acabo de expresar, y, en algunos casos, con una intención más recta que muchos patriotas exagerados, se opusieron al comienzo de las hostilidades. El epíteto de traidor, colgado indiscriminadamente sobre ellos, los ha separado de modo irrevocable de nuestro bando ; e incluso el temor de que sea demasiado tarde para evitar nuestra sospecha puede obligar finalmente a hacer causa común con los franceses a aquellos cuya mala estrella o la vigilancia del gobierno de Madrid ha impedido hasta ahora unirse a nosotros.

Escapar de Madrid después de divulgarse las noticias de la insurrección de Andalucía era en realidad una empresa bastante ardua y, como la experiencia me ha mostrado, entrañaba abundantes riesgos. El ejército de Dupont había ocupado la carretera usual a través de La Mancha y los franceses no permitían la salida de ningún vehículo hacia las provincias refractarias. Con todo, había tomado la decisión de unirme a mis paisanos tan pronto como empuñaran las armas, y aunque mi amigo se estremecía a la idea de unir su destino al de los defensores del Pontífice y de la Inquisición pronto olvidó todo interés personal ante un problema que enfrentaba un ejército extranjero y sus naturales amigos.

1. Las palabras en negritas figuran en castellano en el original inglés. JG.

La única manera de alcanzar Andalucía en esta época era por Extremadura y el medio exclusivo de transporte consistía en dos carretas aragonesas que, por hallarse en una pequeña **venta**, a tres millas de Madrid, eludían la vigilancia inmediata de la policía francesa. En razón de las crecientes dificultades de la situación, la atención del nuevo gobierno estaba por otra parte demasiado dispersa para mirar más allá de las puertas de la ciudad. Nosotros debíamos solamente abrírnos paso por entre la guardia francesa y caminar hasta la venta en el día fijado por los carreteros. Pero si una persona podía franquear libremente las puertas, era seguro que cualquier clase de equipaje sería interceptado; y teníamos que escoger entre permanecer en la ciudad o viajar durante dos semanas sin más que una camisa en nuestra faltriquera.

Con tan escaso equipo, salimos de Madrid a las tres de la tarde del día quince de junio y, bajo un sol de plomo, caminamos al encuentro de nuestras carretas. En España, el verano es la estación más inconveniente para los viajeros y únicamente la necesidad inducirá a los nativos a cruzar las llanuras ardientes que tanto abundan en el país. Para evitar sobre todo la fiebre del sol, los coches parten entre tres y cuatro de la mañana, se detienen de nueve a cuatro de la tarde y completan la jornada diaria entre nueve y diez de la noche. Por desgracia, no podíamos permitirnos este lujo. Encerrado cada uno de nosotros con su respectivo carretero en el pequeño espacio que la carga había dejado cerca del toldo, teníamos que aguantar la insoportable estrechez del vehículo, bajo el silencio de muerte de una atmósfera, tan impregnada de polvo flotante, que, a menudo, producía una sensación de sofoco. Nuestras etapas requerían no sólo madrugar sino también viajar hasta el mediodía. Tras una comida infecta en las misérrimas ventas del camino poco frecuentado que seguíamos, nuestro calvario se prolongaba hasta la noche, cuando podíamos aspirar difícilmente al disfrute de una de las escasas camas disponibles en el país. Nuestra provisión de ropa blanca nos permitía una sola muda y no nos podíamos detener a lavarla. Las consecuencias eran fáciles de prever. El calor y la compañía de los carreteros —que a menudo pasaban la noche con nosotros— completaron pronto nuestra miseria dándonos la muestra de una —quizás la peor— de las plagas de Egipto, la cual, si tenemos en cuenta que no habíamos cumplido aún la mitad del viaje, ofrecía una triste perspectiva de aumento hasta nuestra llegada a Sevilla.

Había algo tan alentador en la conciencia de sacrificar el bienestar y las opiniones personales, en la idea de liberar a nuestros amigos de la ansiedad en que debía de haberles sumido el temor de nuestra adhesión al bando francés, en la esperanza de ser recibidos con los brazos abiertos por aquellos con quienes habíamos hecho causa común en un momento en que la suerte parecía volverse contra nosotros, que el estado de absoluta incomodidad no hacía mella alguna en nuestro ánimo. La extensión de Castilla la Nueva entre Madrid y los confines de Extremadura no ofrecía nada que pudiera perturbar en lo más mínimo estas consoladoras reflexiones y la acogida que recibíamos por parte de los habitantes era en todo

punto tan amistosa como habíamos esperado. Un ejemplo de sencilla y espontánea amabilidad de una mujer, cerca de Móstoles, merecería difícilmente mención si no fuera porque su doloroso contraste con el resto del viaje lo ha vuelto muy grato a mi memoria. Agobiados por el calor y ahogo de nuestro encierro y prefiriendo exponernos directamente a los rayos del sol al aire libre, habíamos dejado nuestros pesados carruajes a cierta distancia cuando el deseo de disfrutar de un trago más refrescante que el que podía obtenerse de las jarras recalentadas que colgaban en los lados de la carreta nos indujo a acercarnos a una alquería situada a corta distancia del camino. Una pobre mujer estaba sentada, sola, junto a la puerta y, aunque nada en nuestros vestidos podía darnos siquiera la apariencia de caballeros, respondió a nuestra demanda de un vaso de agua, insistiendo con ahinco en que tomáramos asiento y descansáramos. « En el estado en que les veo, dijo, es seguro, señores, que el agua les sentaría mal. Por suerte tengo un poco de leche en la casa y les ruego a Vdes. que la acepten. Vdes., añadió, sé que vienen huyendo de los franceses desde Madrid... ¡ Dios les bendiga y favorezca su viaje ! » Su simpatía era tan real y sincera que todavía hoy trae lágrimas a mis ojos. Rehusar la oferta de la leche o hablarle de pago hubiera sido una afrenta a su buen corazón ; y sólo pudimos mostrarle nuestra gratitud devolviéndole la bendición que tan cordialmente nos había otorgado.

Reconfortados por la humilde y calurosa acogida de nuestros compatriotas, continuamos dos o tres días, y nuestra sensación de seguridad aumentaba conforme nos alejábamos de Madrid. No obstante, justo en tal proporción nos estábamos acercando al peligro. Una mañana, hacia las nueve, recién llegados a la Calzada de Oropesa, en los límites de Extremadura, observamos con penosa sorpresa una muchedumbre de rústicos que, congregándose alrededor de nosotros, empezaron a preguntar quienes éramos, acompañando sus preguntas con el tono fiero y rudo que presagia tormenta entre los irascibles habitantes de nuestras provincias meridionales. En seguida, apareció el **alcalde** en persona y, tras escuchar el relato que hicimos de nosotros y nuestro viaje, declaró prudentemente al gentío que, siendo nuestro español castizo, podíamos seguir adelante. Añadió, sin embargo, a guisa de corolario, un consejo : deseaba que nos preparáramos a afrontar gente más inquisitiva y suspicaz que la de Oropesa, la cual podría hacernos pagar muy cara cualquier falla que hallara en nuestro relato. Como si quisiera poner a prueba nuestra veracidad por medio de la intimidación, nos informó que había habido levantamientos en todas las poblaciones y aldeas y que apenas en algún caso las víctimas habían podido escapar a las cuchillas de los campesinos.

La verdad y exactitud de esta advertencia resultó más y más evidente conforme nos adentrábamos en Extremadura. La espectación que suscitábamos al acercarnos a los pueblos, las amenazas de los labradores que cruzábamos en el camino y las historias que oíamos en las fondas nos convencieron plenamente de que no podríamos completar el viaje sin considerable peligro. La infortunada propensión a verter sangre que

estropea tantas nobles cualidades entre los españoles del sur, había sido consentida en la mayoría de las ciudades bajo el manto del patriotismo. Los franceses, como es natural, aun los establecidos en España desde hacía largo tiempo, eran el blanco predilecto de la furia popular; pero la mayor parte de los crímenes que llegaron a nuestros oídos fueron cometidos con españoles que probablemente debieron su hado al resentimiento personal y la venganza, no a sus opiniones políticas. Vimos **alcaldes** y **corregidores**, a quienes recurrimos en busca de protección, absolutamente intimidados y temerosos de las consecuencias de cualquier tentativa de reprimir el furor ciego de sus administrados. Pero ninguna descripción mía puede dar una imagen tan clara del estado del país como el simple relato del alzamiento popular en Almaraz —la pequeña población que da su nombre al famoso puente sobre el río Tajo— tal como nos lo refirió el **alcalde**, un rico hacendado de aquel lugar.

Los vecinos de su distrito, al oír las relaciones de lo ocurrido en Madrid y la noticia de la insurrección de las principales villas de su propia provincia, se congregaron un día bajo la casa del alcalde, esgrimiendo cuantas armas habían hallado a su alcance, como hoces, picos y otros aperos de labranza. Muy felizmente para el buen magistrado, los insurgentes no abrigaban queja contra él y, al acercarse la rústica muchedumbre, salió confiadamente a su encuentro. Tras obtener, no sin grandes esfuerzos, el derecho de hacerse oír, el alcalde quiso informarse de sus deseos y propósitos. La respuesta me parece sin precedentes en la historia de los motines. « Lo que queremos, señor, es matar a alguien », dijo el portavoz de los insurrectos. « En Trujillo han matado a varios, en Badajoz, a uno o dos más; en Mérida a otro, y no podemos ser menos que nuestros vecinos: queremos matar a un traidor. » Como en el pueblo no era posible procurarse dicho artículo, fue una gran suerte para nosotros que no nos hubiéramos presentado allí en el momento en que la buena gente de Almaraz podía haberse servido de nosotros como un substituto para manifestar su lealtad. Con todo, el hecho de no abrigar rencores que habría sido fácil ocultar bajo la máscara del patriotismo es una particularidad de su carácter digna de encomio. Un encuentro que tuvimos, poco después de dejar el pueblo, con un grupo armado de estos patriotas confirmó nuestra opinión de que era uno de los menos salvajes de su provincia.

El puente de Almaraz, situado entre tres y cuatro millas de distancia del pueblo, fue construido por la villa de Plasencia en tiempos de Carlos V, pero un arquitecto de la antigua Roma no habría tenido motivos de avergonzarse de él. El Tajo que, incluso en esta estación, arrastra una prodigiosa cantidad de agua, pasa bajo el mayor de los dos arcos que sustentan el puente. Aunque la altura y el ojo de éstos da al conjunto un aire de audacia que confina con la majestad, la falta de simetría en su forma y tamaño y el estrecho, aunque muy profundo, cauce en que las orillas rocosas encajonan al río, disminuye de modo considerable el efecto que hubiera podido producir. Sin embargo, hay algo que impresiona en

aquella atrevida obra de arte, erguida solitariamente en una zona salvaje del país en donde ni la existencia de grandes ciudades, ni de una población numerosa y bien distribuida, con todas las señales de industria, lujo y refinamiento que la acompañan, han preparado la imaginación a tal encuentro. Por eso, tan pronto como avistamos el puente a lo lejos, abandonando las carretas y dejándolas continuar delante de nosotros, nos demoramos a contemplar la vista.

Mientras admirábamos la solidez y magnitud de los pilares, al poner por casualidad los ojos en las montañas pobladas de árboles que se alzan en la ribera opuesta y encierran el camino en un espacio angosto sobre la orilla escarpada del río, vimos una partida de unos quince o veinte hombres armados con trabucos, que dejaban el bosque en donde se habían ocultado y salían al encuentro de las carretas. Las características del lugar, junto con los vestidos, armas y movimientos de los hombres nos convencieron en seguida que habíamos caído en manos de salteadores. Como muy poco podían obtener de nosotros, pensamos que sería mejor que nos aproximáramos a ellos sin mostrar ninguna señal de temor. Mientras nos dirigíamos al lugar, observamos que algunos componentes del grupo registraban las carretas pero, en vista de que permanecían conversando tranquilamente con los arrieros, nuestras sospechas de robo se disiparon. Según descubrimos, la banda estaba formada de campesinos que, sobre un absurdo informe que los franceses pretendían enviar armas y municiones a la frontera de Portugal, habían sido destacados a aquel lugar para examinar los carruajes y detener toda persona sospechosa. Si estas gentes hubiesen sido menos civilizadas y afables, no habríamos escapado al envío, con tan peligroso marchamo, a alguna de las numerosas Juntas establecidas en el país. Pero, al decir mi amigo que era sacerdote y oírnos maldecir a los franceses en un auténtico estilo patriótico, nos desearon un feliz viaje y nos permitieron continuar sin molestias.

Esperábamos llegar a Mérida un día sábado por la noche y dejarla el domingo de madrugada, después de la primera misa que, a intención de viajeros y labradores, se celebra antes del alba, pero, habiéndose roto el eje de una de nuestras carretas, nos vimos obligados a pernoctar en una **venta** y pasar el día siguiente en la antes mencionada ciudad. Si los tiempos hubieran sido distintos, las notables ruinas que todavía muestran el antiguo esplendor de la romana Emerita Augusta nos habrían procurado un agradable paseo por sus alrededores, compensándonos el retraso con creces. No obstante, el cansancio nos indujo a recluirnos en la fonda, con la esperanza de reunir, gracias a un día de descanso, las fuerzas necesarias para el resto del viaje. Concluido el almuerzo, nos habíamos retirado a nuestros lechos para una larga **siesta**, cuando el rumor de una muchedumbre que bajaba la calle corriendo y se apiñaba frente a la posada, nos atrajo, casi desvestidos, a la ventana. Hasta donde podía alcanzar mi mirada, no se veía más que una compacta multitud de campesinos, la mayor parte de ellos empuñando cuchillos. Al divisarnos, los que estaban más cerca empezaron a blandir sus armas, amenazando con hacer picadillo

a todos los franceses de la venta. Incapaces de comprender la causa de este tumulto y temiendo las consecuencias del furor ciego que prevalecía en el país, nos vestimos apresuradamente y bajamos al vestibulo del mesón. Allí, en el lado interior de la puerta, doce dragones, alineados en dos hileras, mantenían sus carabinas en posición de fuego, mientras el oficial advertía a la gente que obstruía el paso que dispararían sobre el primero que se aventurara a entrar. El ventero recorría arriba y abajo el zaguán vacío lamentándose del destino de su casa, la cual, nos aseguraba, pronto sería incendiada por la multitud. Gracias a él, aclaramos el motivo de semejante confusión y tumulto. Un joven de nacionalidad francesa, portador de cartas para Junot, había sido apresado en el camino de Portugal y, por tal motivo, era conducido, bajo una fuerte escolta de soldados, ante el Capitán general de la provincia de Badajoz. La muchedumbre callejera consistía en unos dos mil voluntarios de origen campesino, entrenados militarmente a costa de la ciudad. Contra toda elemental prudencia, el infeliz prisionero había sido traído allí cuando los reclutas se hallaban en la plaza mayor, abandonados a la ociosidad de un domingo. Al enterarse de que era un francés, sacaron sus cuchillos y lo habrían descuartizado si no hubiera sido por la rapidez con que los soldados se encaminaron con él al mesón.

La muchedumbre, en este momento, eran tan fiera y vociferante, que su inmediata irrupción en el zaguán no ofrecía la menor duda. Plenamente consciente de nuestra peligrosísima situación, mi compañero me suplicó que le siguiera hacia la puerta, a fin de poder ser oído, mientras el gentío vacilaba aún en abrirse paso por entre la doble hilera de soldados. Nos aproximamos a la masa impenetrable y, antes de exponernos al alcance de sus cuchillos, mi amigo pidió en voz recia a los de delante que se abstuvieran de hacernos el menor daño pues, aunque no llevaba sobre sí ninguna prenda de su profesión, era un sacerdote que, con un hermano (señaló hacia mí) se había escapado de Madrid para unirse a sus compatriotas. Creo realmente que, del mismo modo que se dice a veces que el temor presta alas, en esta ocasión proveyó a mi querido amigo de palabras, pues discurso más fluido y animado que el suyo rara vez ha sido pronunciado en español. Los efectos de esta elocuencia insólita fueron pronto visibles entre los amotinados más próximos, y uno de los cabecillas aseguró al orador que nadie intentaría contra nosotros daño alguno. Respondiendo a nuestra solicitud de abandonar la casa, se nos permitió proseguir el camino hacia la plaza mayor.

Allí, mi amigo preguntó el nombre del vicario general y, con agradable sorpresa, nos enteramos de que era el señor Valenzuela, en quien reconocimos instantáneamente uno de nuestros excondiscípulos de la universidad de Sevilla. Había sido elegido miembro de la Junta Revolucionaria de Mérida y, aunque no más seguro de su influencia sobre la plebe que el resto de sus colegas —a quienes el actual tumulto había reducido a un estado de visible consternación—, nos ofreció inmediatamente asilo en su casa durante la noche, y se comprometió a conseguirnos un pasaporte

válido para el resto del viaje. Entre tanto, el comandante militar de la plaza, acompañado de algunos magistrados, había prometido a la muchedumbre que arrojaría al joven francés en una mazmorra (él mismo, unas noches antes, había intervenido en favor de su propio ayudante, contra quien los mismos reclutas se habían alzado en las prácticas con propósitos tan homicidas que, bien que protegido por unos cuantos soldados, le hirieron gravemente y habrían acabado con él si no hubiese mediado la intervención del vicario, el cual, con la hostia consagrada en sus manos, puso al oficial bajo la protección de aquel talismán poderoso). El francés fue, por consiguiente, conducido a la cárcel pero ni los soldados ni magistrados que le rodeaban podían protegerlo totalmente de los campesinos que, apiñados alrededor de él mientras, medio muerto de terror, era llevado a la prisión municipal casi a rastras, clavaron las puntas de sus cuchillos en diferentes partes de su cuerpo. Si fue finalmente sacrificado a la ira del pueblo o, por alguna circunstancia feliz, escapó con vida, es algo que no he alcanzado a saber.

Aunque faltaba poco para el fin del viaje, no había modo de calmar nuestros temores y aprensiones. A menudo, bandas de segadores, armados con sus hoces, nos rodeaban y sometían a la penosísima prueba de un minucioso interrogatorio. Pero lo que ensombrecía más nuestro ánimo era el relato circunstanciado de un alcalde sobre los sucesos acaecidos en Sevilla. Una revolución, por laudable que sea su objeto, raras veces deja de presentar algunos ragos que sólo la lejanía de tiempo y espacio puede suavizar y reglar de modo tolerable. Conocíamos demasiado bien la ineptitud de la mayoría de los hombres alzados súbitamente al mando para no experimentar una fuerte repugancia a la idea de encomendarnos a su gobierno y protección. La única persona de valía de la Junta de Sevilla era el ex-ministro Saavedra. Por lo demás, dicho cuerpo se caracterizaba tan sólo por su ignorancia torpe, mezclada con una pizca de honestidad inactiva. Pero había ingresado en él un hombre sanguinario y podíamos temer la repetición de la horrible escena con la que inauguró la revolución que debía llevarle a compartir el gobierno supremo de la provincia.

A la primera manifestación de una disposición general a resistir a los franceses, el conde de Tilly, un caballero andaluz de algún talento, ilimitada ambición y ausencia total de principios, se había consagrado en persona a la organización del proyectado alzamiento. Sus principales agentes eran hombres de baja condición, sumamente dotados de la astucia, rapidez y labia características de esta categoría de andaluces y, por tanto, admirablemente capacitados para encabezar las muchedumbres. Tilly, ya fuese por la máxima que una revolución victoriosa debe ser fraguada con sangre —una noción que los jacobinos franceses han divulgado también entre nosotros— o, lo que es más probable, por razones de venganza particular, había incluido, como parte esencial del plan, la muerte del conde de Aguila.

El infortunado caballero era miembro del consejo municipal de Sevilla y, como tal, se había asociado a los esfuerzos de las autoridades legales por

contener la agitación popular ; pero, apenas estalló la insurrección, tanto él como sus colegas habían remitido enteramente sus personas y cargos entre las manos del pueblo. Esto, no obstante, no bastaría para salvar a la víctima designada por Tilly. Un tal Luque, ujier en una escuela primaria y uno de los cabecillas inferiores de la plebe, se había comprometido a obtener su muerte y, con ayuda de colegas armados, arrastró al infeliz a la cárcel de hidalgos situada sobre una de las puertas de la ciudad y, sin atender a sus súplicas, lo ejecutó allí mismo. El cuerpo, atado al sillón en el que había exhalado su último suspiro, fue exhibido al público por espacio de dos días y el rufián que había realizado la horrible hazaña fue promovido inmediatamente al grado de teniente del ejército. El propio Tilly forma parte de la Junta y, tan egoístas y estrechas son las ideas que prevalecen en dicho cuerpo que, si la concentración del poder ahora disperso por las provincias se llevara a cabo algún día, se dice que sus miembros se librarían de su presencia enviando a un hombre que temen y odian a formar parte de la suprema autoridad del reino.

Los efectos del triunfo revolucionario en un pueblo en libertad, como los de una leve embriaguez en un individuo, exaltan hasta la exageración sus cualidades, buenas o malas. Sevilla, tal como la encontramos a nuestro regreso, habría podido ser objeto de un estudio sumamente interesante para un observador agudo e imparcial. Este, habría admirado la energía patriótica de sus habitantes, su devoción sin límites a la causa del país y el prodigioso esfuerzo por el que, a pesar de sus viejos hábitos de sumisión, se arriesgaron a desafiar la autoridad de sus gobernantes y la vecindad de las bayonetas francesas. Con todo, habría contemplado con tristeza los múltiples ejemplos de ignorancia y superstición que las circunstancias extraordinarias del país suscitaron.

Para mi amigo y compañero, cuyos prejuicios anticatólicos son la fuente principal de sus sufrimientos anímicos, el carácter religioso que ha asumido la revolución es como una densa niebla que oculta o desfigura todo objeto que, de otro modo, habría satisfecho su espíritu y no ve perspectiva de libertad alguna tras la nube de sacerdotes que por doquiera se levantan a encabezar nuestros patriotas. Es inútil recordarle que gran número de estos hombres, cuyo credo profesional detesta, distan mucho de ser sinceros y que si, con la ayuda poderosa de Inglaterra, logramos expulsar a los franceses del país, el estado moral y político de la nación deben beneficiarse del esfuerzo. La ausencia del rey es, también, una excelente ocasión de restaurar nuestras libertades antiguas y la actual existencia de Juntas populares debe conducir finalmente al restablecimiento de las Cortes. A todo esto, responde que no puede esperar bien alguno del sentimiento que promueve la resistencia popular al poder de Napoleón mientras provenga, sobre todo, del apego inveterado al sistema religioso que es el origen de nuestra presente degradación ; que si el curso de los acontecimientos permitiese intentar una reforma política a quienes han sacudido secretamente el yugo de la superstición, sería injertando los débiles vástagos de la libertad en la cepa del catolicismo —un experi-

mento que ahora y siempre está condenado a abortar—; que, tanto por el conocimiento parcial e imperfecto de la política y el gobierno que impone el estado de la nación, como por los sentimientos producidos por el abuso monstruoso de poder bajo el que España ha gemido durante siglos, se irá demasiado lejos en la lucha contra la corona, la cual, así debilitada en una nación cuyos hábitos, formas y maneras son moldeados y configurados para el despotismo, sumirá a ésta por algún tiempo en una activa o indolente anarquía, y recobrará finalmente su antiguo influjo.

Parcial como debo admitir que soy respecto a cuanto toca a mi amigo, no negaré que estas opiniones son demasiado generales y que, si bien se fundan en principios sólidos, las deducciones se prolongan independientemente, sin tomar en cuenta los sucesos y circunstancias futuros. Sin embargo, me temo que el obscuro prisma a través del cual ve el estado de un país que es para él una fuente constante de desdicha le hará poco apto para asistir con sus talentos a la obra de reforma nacional, a lo menos mientras sienta el yugo férreo que España ha puesto sobre su cerviz. En consecuencia he trazado un plan para su traslado a Inglaterra, siempre que el progreso de las armas francesas —que nuestra presente ventaja no podrá permanentemente refrenar— haga posible su partida —a fin de mostrar que, si su propio país le oprime, no buscará refugio, no obstante, entre los enemigos de su país.

Novedad Ruedo ibérico

Robert Garland Colodny

El asedio de Madrid

1936-1937

Prólogo a la edición española. Prólogo a la edición inglesa. Introducción. 1. La carretera de Toledo. 2. El asalto a Madrid. 3. El asedio de Madrid. Epílogo. Notas. Bibliografía. Índice de nombres.

304 páginas

82 documentos fotográficos

30 F

Algunos libros publicados por Editions Ruedo ibérico

Guerra civil española

Hugh Thomas	La guerra civil española (nueva edición aumentada)	48,— F
Gerald Brenan	El laberinto español	27,— F
Mijaíl Koltsov	Diario de la guerra de España	33,— F
Stanley G. Payne	Falange. Historia del fascismo español	27,— F
Stanley G. Payne	Los militares y la política en la España contemporánea	39,— F
Robert G. Colodny	El asedio de Madrid (1936-1937)	30,— F
Herbert R. Southworth	El mito de la cruzada de Franco	16,50 F
M. García Venero	Falange en la guerra de España : la Unificación y Hedilla	51,— F
Herbert R. Southworth	Antifalange : crítica de « Falange en la guerra de España » de Maximiano García Venero	30,— F
Antonio Vilanova	Los olvidados. Los exilados españoles en la segunda guerra mundial	51,— F
Luis Ramírez	Franco. Historia de un mesianismo	16,50 F
David W. Pike	Vae victis ! Los republicanos españoles refugiados en Francia 1939-1944	10,50 F

Las páginas que siguen corresponden a una parte del capítulo 4 del libro de Fernando Claudín: **La crisis del movimiento comunista. I. De la Komintern al Kominform***, la consagrada al estudio del Partido Comunista de España en los años 1930-1939, es decir durante el periodo de la revolución y de la guerra civil españolas.

* Ediciones Ruedo ibérico, París, 1970, p. 168-197 y 603-619.

128. D. Manuiski: *La crise économique et l'essor révolutionnaire. Rapport et discours de clôture de Manuiski au Presidium élargi du Comité Exécutif de l'IC* (18-28 de febrero de 1930). Bureau d'éditions, París, 1930, p. 23, 35. El desarrollo de los acontecimientos en el transcurso de 1930, y sobre todo la caída de la monarquía en abril de 1931 hizo cambiar rápidamente de opinión a la dirección de la IC.

129. La historia del PCE ofrece uno de los ejemplos más significativos del daño que ocasionaron los métodos seguidos para construir fuera de Rusia el partido revolucionario de « tipo bolchevique » (véase capítulo 3 del presente libro). Al fundarse la IC, la clase obrera española estaba organizada en dos grandes sectores ideológicos: socialista-marxista y anarcosindicalista. Tanto en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y en los sindicatos dirigidos por él, agrupados en la Unión General de Trabajadores (UGT), como en los sindicatos de orientación anarcosindicalista agrupados en la Confederación Nacional del Trabajo

(CNT), existía una ala revolucionaria mayoritaria. La revolución de octubre tuvo profundo impacto en ambos sectores. La mayoría de la CNT y la mayoría del PSOE-UGT se pronunciaron por el ingreso en la nueva Internacional. Evidentemente, el ingreso de la CNT en la IC (que llegó a efectuarse pero fue anulado al poco tiempo) no tenía justificación, dadas las grandes divergencias de principio entre marxismo y anarcosindicalismo, pero ponía de relieve la posibilidad de colaboración y discusión. En lo que se refiere al PSOE, su ingreso por mayoría en la IC se hubiera realizado de no mediar el obstáculo de las « 21 condiciones ». Y en todo caso existían condiciones muy favorables para la constitución en su seno de una fuerte tendencia marxista revolucionaria.

En lugar de orientarse a promover un proceso de ese género (análogo al que hizo posible la creación del partido bolchevique), se fue a la constitución inmediata del Partido Comunista español (PCE), sobre la base de la escisión en el PSOE y en la CNT. La gran mayoría de las masas revolucionarias siguió a sus organizaciones tradicionales, y el nuevo partido apareció desde el primer momento como responsable de una nueva división del ya tan dividido movimiento obrero español. Divi-

sión que no era resultado orgánico del movimiento mismo, de una elaboración teórica y de una lucha política enraizadas en las condiciones originales del proceso revolucionario español, sino impuesta por la importación de doctrinas y métodos cultivados en otras latitudes. El PCE se quedó aislado, con el agravante de que se consideraba en posesión de todas las claves de la revolución española. No había que buscarlas investigando la realidad nacional; venían dadas por Moscú. Se veía privado del acicate que hubiera sido la lucha ideológica y política dentro del movimiento obrero. Se convirtió en un repetidor de fórmulas hechas. La fase sectaria de la IC iniciada en 1924 (coincidiendo con el paso del PCE a la ilegalidad, bajo la dictadura de Primo de Rivera) agravó más esos males de su artificial sección española. La lucha interna en el partido soviético tuvo también graves repercusiones en el PCE, algunos de cuyos mejores cuadros apoyaron las posiciones de Trotski.

Hacia 1930 el partido había perdido más de las nueve décimas partes de sus efectivos iniciales (unos 10 000 miembros en 1922).

En 1930 se desgaja del PCE una de sus principales organizaciones, la Federación Catalano-Balear, que poco

La revolución inoportuna (España 1936-1939)

Fernando Claudín

El comienzo de la revolución española —la única revolución que tuvo lugar en Europa durante la existencia de la IC, aparte la efímera república soviética húngara de 1919— cogió desprevenidos a los dirigentes del « partido mundial ». En febrero de 1930, Manuïlski, informando ante el Ejecutivo de la Komintern, se explaya sobre « las vastas perspectivas que se abren de transformación del actual auge revolucionario de los países capitalistas avanzados y de las colonias en situación revolucionaria ». « Auge revolucionario » en los « países capitalistas avanzados » no existía en ese momento más que en la imaginación del representante de Stalin en la IC, pero poco antes de la reunión del Ejecutivo había caído la dictadura de Primo de Rivera, y algunos de los presentes en la reunión se interrogaron sobre la significación del acontecimiento. Manuïlski replicó: « No es en España donde se decidirá la suerte de la revolución proletaria mundial [...] Una huelga parcial puede tener mayor importancia para la clase obrera internacional que ese género de « revolución » a la española, efectuada sin que el partido comunista y el proletariado ejerzan su misión dirigente. »¹²⁸ Pero la revolución « a la española » se empecinó en seguir adelante, pese a no estar en las previsiones de Manuïlski y a la casi inexistencia del partido ungido por la historia con la « misión dirigente ». La sección española de la IC, en efecto, apenas contaba con 800 miembros cuando cae la monarquía, en abril de 1931. Más grave que su exigüidad numérica era su reducidísima influencia en el proletariado y su extrema debilidad teórica¹²⁹. Rasgo, este último, común a todo el movimiento obrero español. Ni socialistas ni anarcosindicalistas —las dos grandes tendencias en que se divide el proletariado peninsular desde el siglo XIX— tenían ideas claras sobre la naturaleza del proceso revolucionario que se inicia en 1930-1931. Los primeros consideran que se trata de una revolución puramente burguesa y se atienen a su « programa mínimo »; la dirección de la república deben asumirla los partidos republicanos burgueses. Lo más que puede hacer el Partido Socialista es cooperar lealmente con ellos para realizar un programa de reformas que interesen también a la clase obrera española. Se dispone, en una palabra, a seguir las huellas de la socialdemocracia europea. Los anarcosindicalistas parten del mismo supuesto —la revolución es puramente burguesa— pero la conclusión operativa es radicalmente

después se fusiona con el Partit Comunista catalá para formar el Bloc Obrer i Camperol. Este se unificaría en 1935 con la Izquierda Comunista (trotskista) dirigida por Andrés Nin, dando nacimiento al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). (El detalle del proceso que lleva hasta la creación del POUM, puede verse en el artículo de Pedro Bonet, publicado en *La Batalla*, diciembre de 1965.) Hasta la guerra civil el PCE no logró recuperarse de esta pérdida y crear una organización propia, de importancia, en la principal zona industrial de España.

130. La dirección del PCE había adoptado esta posición de acuerdo con los representantes de la IC (Humbert Droz y Rabaté, según revela el que entonces era secretario general del partido, José Bullejos, en su libro *Europa entre dos guerras*, p. 135), pero el centro de Moscú descargó toda la responsabilidad sobre los dirigentes españoles. Con fecha 21 de mayo de 1931, el Comité Ejecutivo de la IC envió una Carta abierta al Comité Central del PCE señalando los errores del partido. El principal era no haber comprendido el carácter « democrático-burgués » de la revolución, y el « papel dirigente » que el PCE debía desempeñar en dicha revolución. La « carta » daba, entre otras directivas, « la consigna de creación de los soviets de obreros, campesinos y soldados »; los soviets serían « la fuerza motriz para conducir la revolución democrática hasta el fin y asegurar su desarrollo en revolución socialista ». El PCE, indicaba la « carta », debía utilizar « la furiosa resistencia de los jefes anarcosindicalistas y reformistas a la formación de los soviets para mostrar el carácter contrarrevolucionario del anarcosindicalismo y del reformismo españoles ».

Una de las directivas más tajantes de este documento (el cual fue el documento-guía del PCE en 1931-1932) era que : « El partido comunista no debe, en ninguna circunstancia, hacer pactos o alianzas, ni siquiera momentáneamente, con ninguna otra fuerza política. »

Como se ve, la manera que tenía la IC de corregir el sectarismo del grupo dirigente del PCE era bastante particular. Desde abril de 1931 se inició un conflicto, que fue agravándose en los meses siguientes, entre la dirección del PCE y la IC. La primera, una vez que comprendió lo absurdo de sus posiciones iniciales, tomó una orientación que se aproximaba en ciertos aspectos a los primeros análisis de la revolución española por Trotsky, y al mismo tiempo mostraba veleidades de independencia respecto a los representantes de la IC en España (el principal de ellos, Codovilla, actuaba como si fuera el verdadero secretario general del partido, y en realidad lo era y lo siguió siendo hasta la guerra civil; entonces entraron en escena funcionarios de más alta categoría). El conflicto hizo crisis a raíz del intento de golpe de Estado del general Sanjurjo (10 de agosto de 1932). La dirección del PCE lanzó la consigna de « defensa de la República », y la dirección de la IC calificó de « oportunista » esa posición. Poco después Bullejos (secretario general), Adame, Vega y Trilla (representante, este último, del PCE ante la IC) fueron expulsados de la dirección y más tarde del partido, acusados de constituir un « grupo sectario-oportunista ».

opuesta : ninguna colaboración con la república del 14 de abril. Hay que ir a la revolución social para instaurar el « comunismo libertario ». Los comunistas, faltos en los primeros meses de directivas claras del centro de Moscú, improvisan guiándose por la línea general, ultraizquierdista, que sigue la IC en ese periodo. Su posición puede resumirse en las siguientes consignas : « ¡ Abajo la república burguesa de los capitalistas, los generales y el clero ! ¡ Por la república de los soviets de obreros, soldados y campesinos ! » Muy española, casi anarcosindicalista, la primera. Completamente exótica y fuera de lugar, la segunda¹³⁰.

En verdad, nadie sabía lo que iba a ser aquello, ni en Moscú ni en Madrid. A poco de ser proclamada, la « república del clero » parecía un crematorio de iglesias, y los generales comenzaban a conspirar contra la « república de los generales ». En un esfuerzo de clarificación, la nueva Constitución proclama que se trata de una « república de trabajadores de toda clase ». Pero los « trabajadores » de primera clase se apresuran a enviar sus capitales al extranjero, mientras que los de tercera declaran huelgas y ocupan fincas de terratenientes, con el notorio propósito de reducirla a república de una sola clase. La Constitución define a España como un « Estado integral », pero admite las « autonomías », y las nacionalidades periféricas, que soportan desde el siglo xvi el centralismo castellano, tienden a que el « Estado integral » se desintegre en tres o cuatro. Azaña anuncia la sorprendente nueva de que España « ha dejado de ser católica », y las Cortes —que hacen a Azaña jefe del gobierno— eligen presidente de la república al muy católico Alcalá Zamora. Araquistain afirma con aplomo que « ningún pueblo es racialmente [sic] tan socialista como España », y Unamuno sale por los fueros del « individualismo » español. Así, apenas venida al mundo, la república española ofrece mil perfiles, pero Ortega y Gasset dice muy sesudamente : « Es preciso rectificar el perfil de la república ». Todas las señoras leídas admiran la profundidad del filósofo, y mientras tanto la guardia civil comienza a « rectificar » ametrallando a los campesinos. En una palabra, la revolución « a la española » se presenta bastante embrollada, pero la IC la clasifica rápidamente en el tipo de revoluciones « democrático-burguesas » que encajan en la teoría elaborada por Lenin para... la Rusia de comienzos de siglo.

Según esa teoría —o más exactamente, según la dogmatización de esa teoría por la IC— a la revolución española tenía que aplicársele una estrategia en dos etapas, cuyo esquema conviene recordar. En la primera etapa habrían de

La esencia de la posición de Trotski era que entre la etapa que estaba viviendo la revolución española, bajo la hegemonía de la burguesía y pequeña burguesía, y la etapa proletaria bajo la hegemonía de la clase obrera (dictadura del proletariado), no podía haber una etapa « democrático-burguesa » con hegemonía proletaria, que se limitase a liquidar las « supervivencias feudales ». La historia de la revolución española hasta 1939 le dio la razón. Véase en particular « La révolution espagnole et les tâches communistes », y « La révolution espagnole et les dangers qui la menacent », recogidos en *La révolution permanente* (Gallimard, 1963). Estos y otros trabajos de Trotski que se refieren al periodo 1936-1939 están recogidos también en *Ecrits*, III, Quatrième Internationale, París. Ruedo ibérico prepara una edición más completa de los trabajos de Trotski sobre España. En el segundo de los artículos citados, escrito en septiembre de 1932, Trotski dice: « La tarea inmediata de los comunistas españoles no es apoderarse del poder; es conquistar las masas. Esta lucha, en el periodo próximo, va a desarrollarse sobre las bases de la república burguesa y, en gran medida, con consignas democráticas. » (*La révolution permanente*, p. 344.)

resolverse las cuestiones dejadas « pendientes » por la inacabada revolución burguesa pero, como la burguesía ya no era revolucionaria, el proletariado debía asumir el papel rector en la operación de liquidar las « supervivencias feudales » (latifundismo, dominio de la iglesia, castas militares, aristocracia, opresión de las nacionalidades, etc.). Sólo cuando hubieran sido resueltos estos problemas, el proletariado podía pasar al ataque contra la propiedad privada capitalista de los medios de producción, es decir, pasar de la etapa « democrático-burguesa » a la etapa « socialista », instaurando la dictadura del proletariado. Hasta mediados de 1934, esta estrategia fue aplicada por la IC en España en la forma táctica rabiosamente sectaria que correspondía al periodo del « socialfascismo ». En las elecciones legislativas de noviembre de 1933, por ejemplo, la plataforma del Partido Comunista español [PCE] llamaba a luchar por « la España de los soviets », y declaraba que « los partidos de la democracia burguesa, junto con los socialistas [...] han sido y son el centro organizador de toda la contrarrevolución ». « Por consiguiente —dice el documento— para vencer al fascismo es preciso luchar implacablemente contra la sedicente democracia burguesa que lo fomenta y estimula. »¹³¹ Afortunadamente, el viraje de la Komintern en el verano de 1934 permite al PCE iniciar una política más acorde con las realidades españolas. Ingresa en las Alianzas Obreras y anuda relaciones con el Partido Socialista. Su participación destacada en la insurrección asturiana de octubre de 1934 eleva su prestigio revolucionario. En abril de 1935, siguiendo el ejemplo francés, el PCE postula la creación de un Bloque Popular Antifascista. La idea cuaja, pese a la resistencia de la izquierda del Partido Socialista acaudillada por Largo Caballero y del anarcosindicalismo, porque después de la insurrección asturiana la represión se abatía sobre el proletariado, y las fuerzas reaccionarias preparaban la instauración de una dictadura, cuyas víctimas no iban a ser sólo las organizaciones obreras sino los partidos republicanos de « izquierda ». La unidad antifascista era oportuna a fin de oponer un frente defensivo eficaz a esa amenaza y crear condiciones más favorables para la contraofensiva popular. Es poco probable, sin embargo, que hubiera cristalizado de no presentarse la coyuntura electoral de febrero de 1936. La posibilidad de obtener, en caso de ganar las elecciones el bloque obrero-republicano, la amnistía de los presos políticos y la anulación de otras medidas represivas, fue lo que decidió a los caballeristas e hizo posible la participación del Partido Socialista Obrero Español [PSOE] y la Unión General de

131. En estas elecciones el PCE obtuvo en toda España 400 000 votos, contra 60 000 en las elecciones a Cortes constituyentes de julio de 1931. En las elecciones de noviembre de 1933 hubo 8 711 136 votantes. Los socialistas tuvieron 1 800 000 votos.

132. Desde octubre de 1934 el gobierno estaba en manos de una coalición formada por los republicanos radicales de Lerroux (partido burgués de derecha) y la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas, bloque de partidos y grupos de la gran burguesía y de los grandes terratenientes, cuyo jefe era Gil Robles). El movimiento de protesta obrero y republicano contra la represión que este gobierno habían desencadenado después de la insurrección de octubre (30 000 presos políticos y varios fusilamientos), y la corrupción del partido lerrouxista, determinaron la crisis de la coalición CEDA-radicales. El presidente de la república, Alcalá Zamora, que acariciaba el plan de formar un gran partido de centro, creyó llegada la ocasión y encargó del nuevo gobierno a un político de su confianza, Portela Valladares, que no podía tener mayoría parlamentaria, lo que justificaba la disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones. A las derechas de Gil Robles tampoco les desagradaba la justa electoral, porque pensaban ganarla, aunque hubieran preferido ser ellas las organizadoras. La unión de las izquierdas, con el nombre de Frente Popular, derrotó ambos planes y creó una nueva situación. En la coalición de Frente Popular entraban los partidos republicanos de Azaña y Martínez Barrio, el Partido Socialista, las Juventudes Socialistas y la UGT, el Partido Comunista, el Partido Sindicalista y el POUM. El programa era, en realidad, el programa de los republicanos azañistas. Baño la presión de los caballeristas, el PSOE había propuesto la nacionalización de la tierra y la Banca, y el control obrero de la industria, pero los republicanos se opusieron. Se negaron, incluso, a que figurara otro punto propuesto por los socialistas: el seguro de paro. Todos los problemas de fondo se eludían, e incluso las tímidas reformas que incluía eran formuladas equivocadamente. Como dice el historiador socialista Antonio Ramos-Oliveira, «todo era ambiguo aquí; cada partida tenía el aire de un vago efugio» (*Historia de España*, México, t. III, p. 240). El pacto implicaba, además, el compromiso de que gobernarán los partidos republicanos solos. Era todo lo que hacía falta para abrir camino a la guerra civil, que en estado larvado se había instalado ya en el país.

133. Togliatti: «Sulle particolarità della rivoluzione spagnola». Ensayo incluido en la recopilación *Sul movimento operaio internazionale*, Reunited, Roma, 1964. El pasaje citado se encuentra en la p. 181. Togliatti escribe este ensayo ya entrada la guerra civil, pero la «etapa» a que se refiere incluye el periodo anterior.

Trabajadores [UGT] en el Frente Popular. Y fue lo que decidió a una gran parte de la masa anarcosindicalista a votar por las candidaturas frentepopulistas¹³².

Muy otra era la dimensión que la IC atribuía a la política de Frente Popular. «El frente popular antifascista —diría más tarde Togliatti— es la forma original del desarrollo de la revolución española en su etapa actual», es decir, en su etapa «democrático-burguesa»¹³³. La concepción básica del carácter y el itinerario de la revolución española, a la que más arriba nos hemos referido, seguía en pie, pero la «forma original» que ahora tomaba incidía sobre ella en un sentido que podría definirse como «moderador» o «suavizador», si los acontecimientos no hubieran puesto de relieve que era, ante todo, un sentido ilusorio. Tendía, en primer lugar, a revalorizar el papel que las fuerzas sociales y políticas pequeño burguesas, e incluso ciertos núcleos de la burguesía (particularmente en las nacionalidades periféricas), podían desempeñar en la inevitable etapa democrático-burguesa de la revolución. Una primera expresión concreta de ese giro moderador fue el programa electoral del Frente Popular (convertido en programa del gobierno después de la victoria), el cual no iba más allá de lo que habían sido los programas tradicionales del republicanismo pequeño burgués. No contenía soluciones efectivas para ninguno de los problemas básicos de la «etapa» aludida. La cuestión de la tierra, el problema de los problemas, quedaba de nuevo en barbecho. El PCE se comprometió a respetar escrupulosamente el compromiso contraído, lo que implicaba subdividir en dos la tan traída y manoseada «etapa»: la primera, limitada al cumplimiento del programa indicado, en la que el partido apoyaría el gobierno (formado exclusivamente por los partidos republicanos pequeño burgueses y burgueses) encargado de aplicar dicho programa; la segunda, en la que el partido seguiría adelante con todas las fuerzas dispuestas a llevar «hasta el fin» la revolución democrática burguesa. Sólo después de ese «fin» le llegaría su hora a la revolución proletaria¹³⁴.

En contraste con el simplismo de la «acción directa» anarcosindicalista y con la vaguedad de la táctica caballerista, el plan táctico-estratégico confeccionado por los «hispanólogos» de la IC parecía un modelo de método: neta distinción de las etapas y fases; concentración de las fuerzas en cada una de ellas contra el enemigo principal; catalogación correspondiente de los objetivos en un orden de radicalismo creciente, etc. El PCE cuidaba de insistir en que no renunciaba a ninguno de sus objetivos revolucionarios, y al

Togliatti desempeñó un papel primordial en la orientación política e, incluso, en la dirección operativa del PCE durante la guerra civil. Junto con él, el búlgaro Stepanov, el húngaro Gero, el argentino Codovilla, y los altos consejeros militares y políticos soviéticos.

134. Tanto en su propaganda electoral, como en sus tomas de posición entre febrero y julio, el PCE deslinda claramente las dos « subetapas ». En su discurso del 9 de febrero José Díaz declara : « Hay un programa mínimo, que debe realizarse desde el gobierno, entendedlo bien, y cuya realización creará las condiciones para el desarrollo ulterior de la revolución democrática en España. » (José Díaz : *Tres años de lucha*, Nuestro Pueblo, Toulouse, 1947, p. 70.) Después del triunfo electoral el partido observa rigurosamente la línea de apoyar al gobierno, respetar el compromiso contraído, y al mismo tiempo presionar a los dirigentes republicanos para que cumplan « rápidamente » el « programa mínimo ». Pero esta línea equivalía, en la práctica, a dejar la iniciativa política al gobierno, que podía, como efectivamente hizo, « resistir » a la presión popular. En este aspecto el gobierno aznaniño dio prueba de gran « firmeza », toda la que le faltó para reprimir la conspiración contrarrevolucionaria. Refiriéndose a esta cuestión crucial, José Díaz dice en su discurso del 1 de junio : « Me interesa subrayar, camaradas, que esto no puede hacerlo el gobierno solo. La lucha de masas es la única garantía eficaz de que se hará implacablemente todo lo que debe hacerse para barrer a la reacción y al fascismo. Yo espero que si el gobierno ve en nosotros el ánimo resuelto y la voluntad decidida a hacerlo y a exigirlo, meterá mano de una vez a todos estos enemigos de la república y de los trabajadores » (*Ibid.*, p. 161). Lo que era sembrar ilusiones en las masas, porque no existían los más mínimos indicios de que el gobierno pudiera decidirse a « meter mano » a los generales. La debilidad fundamental de esta política consistía en que no respondía a las exigencias perentorias de la situación. Aun suponiendo que el gobierno cumpliera el « programa mínimo », ningún problema fundamental era resuelto, y la cuestión decisiva del poder capaz de matar en el huevo el plan contrarrevolucionario quedaba en pie. Sólo un nuevo poder dirigido por la clase obrera revolucionaria podía resolver dicha tarea. El partido llamaba a las masas a movilizarse, pero al mismo tiempo las frenaba, a fin de hacer compatible la « lucha de masas » con el apoyo leal al gobierno. En este mismo discurso del 1 de junio, por ejemplo, José Díaz dice que es justo

final del trayecto se situaba siempre la dictadura del proletariado, cuyo modelo no podía ser otro que el soviético. *Prima facie* el plan parecía impecable. En realidad tenía un inconveniente de cierta importancia : iba a contrapelo de la dinámica profunda de la revolución española. Esta, en efecto, había recorrido un largo camino desde 1930-1931. Se había producido una polarización extrema de las fuerzas sociales y políticas. Los núcleos principales de la burguesía, incluyendo la mayor parte de la burguesía media y capas importantes de la pequeña burguesía urbana y rural —fundamentalmente aquellas que explotaban mano de obra asalariada— formaban bloque, de hecho, con la aristocracia terrateniente, las castas militares y eclesiásticas, los grupos fascistas. Bloque heterogéneo, sin duda, no sólo por su composición social sino por sus tendencias políticas, pero con un denominador común : el miedo a la revolución en marcha. Unido por la idea de que frente al avance de la revolución el único modo de salvar la propiedad, el orden, la familia, la religión, la patria, y demás « valores eternos », era la vuelta a un poder fuerte, dictatorial. Y el instinto de clase, cuando no la percepción fría de la situación objetiva, no engañaba a esos grupos sociales, porque en realidad el proletariado había pasado masivamente a posiciones revolucionarias extremas. Decepcionado hasta el tuétano de la república parlamentaria instaurada el 14 de abril y de sus políticos liberales, ya no confiaba más que en sus propias fuerzas, en sus organizaciones clasistas ; ya no creía en programas « mínimos », en las medias tintas. Puede decirse, sin exagerar, que su « programa mínimo » era la revolución social. Con toda la confusión ideológica, política y táctica que se quiera, pero con una idea fija muy clara : expropiar cuanto antes a los capitalistas y terratenientes, no sólo a los grandes sino a los medianos, e incluso a los « pequeños ». (No hay que olvidar que dadas las estructuras económicas de aquella España gran parte del proletariado industrial y agrícola era explotado por patronos pequeños y medios.) Tal era el estado de espíritu, a la altura de 1936, no sólo de las masas anarcosindicalistas sino de las socialistas y ugetistas que aclamaban a Largo Caballero como el « Lenin español ». Estimuladas por el ambiente revolucionario que impregnaba al país y atraídas por la resolución de que daba muestras el proletariado, otras capas sociales adoptaban también posiciones radicales : la gran masa de campesinos pobres, semibraceros, y parte de los pequeños campesinos que explotaban su mísero pedazo de tierra sin mano de obra asalariada ; fracciones importantes de empleados, funcionarios, profesionales, etc., es decir, de

que los trabajadores recurran a la huelga para defender sus intereses, pero agrega: « Sin embargo, no conviene a los intereses del proletariado y de la revolución que se declaren huelgas por cualquier motivo, sin antes meditar bien sobre las posibilidades de resolver los conflictos sin apelar a este procedimiento. » (*Ibid.*, p. 165.)

las capas pequeño burguesas no explotadoras, así como un núcleo apreciable de la juventud universitaria y de la intelectualidad. También en estas capas había cundido la decepción respecto a los políticos republicanos liberales.

Si la socorrida imagen del volcán para caracterizar situaciones sociopolíticas suele aplicarse muy a menudo con excesivo subjetivismo, en la España de febrero de 1936 poseía una objetividad rigurosa. Apenas conocida la victoria electoral del Frente Popular el volcán comienza a entrar en erupción. Y enseguida se pone de manifiesto la inconsistencia de la primera « subetapa » prevista en el plan táctico-estratégico de la IC, aplicado por el PCE. Los partidos republicanos pequeño burgueses y burgueses que forman el gobierno dan pruebas inmediatas de que son los de siempre. Su política se asemeja como un huevo a otro huevo a la del periodo 1931-1933, que había provocado la decepción del pueblo y abierto camino a la contraofensiva reaccionaria. Las que han cambiado son las masas, que como dice el historiador soviético Maidanik, « confiadas ahora sólo en su fuerza se hicieron dueñas de la calle, y sin esperar las decisiones del gobierno comenzaron desde abajo, con métodos revolucionarios, a realizar el programa del Frente Popular ». « Liberaron a los presos políticos, obligaron a los patronos a readmitir los obreros despedidos por motivos políticos e iniciaron, en marzo de aquel año, la ocupación de tierras. A mediados del mismo mes comenzaron las huelgas suscitadas por la necesidad, el hambre, el paro y las provocaciones fascistas. El movimiento huelguístico creció de mes en mes. Se paralizaban fábricas y talleres, andamios y minas; se cerraban comercios. En junio-julio se registró un promedio de diez a veinte huelgas diarias. Hubo días con 400 000 a 450 000 huelguistas. Y el 95 % de las huelgas que tuvieron lugar entre febrero y julio de 1936 fueron ganadas por los obreros. Grandes manifestaciones obreras desfilaban por las calles exigiendo pan, trabajo, tierra, aplastamiento del fascismo y victoria total de la revolución. Se crearon las primeras empresas colectivas. Los mítines congregaban decenas de miles de personas y los obreros aplaudían con entusiasmo a los oradores que anunciaban la hora no lejana del hundimiento del capitalismo y llamaban a « hacer como en Rusia ». De las huelgas se pasaba a la ocupación de las empresas cerradas por los propietarios. La ocupación de las calles, de las empresas y de las tierras, la incesante acción huelguista, impulsaban al proletariado urbano y agrícola hacia las formas más elevadas de la lucha política. » Descripción elocuente y verídica que confirman todos los historiadores

135. K.L. Maidanik : *Ispanski proletariat v natsionalne-revolutsionnoi voini* [El proletariado español en la guerra nacional revolucionaria]. Isd. Akademii Nauk, Moscú, 1960, p. 64-65.

Refiriéndose a este mismo periodo, el historiador inglés G. Jackson dice : « La atmósfera de odio de clases era casi palpable. » (La república española y la guerra civil, Grijalbo, México, 1967, p. 185.) Es raro el historiador que no coincida en esta apreciación. Probablemente la única excepción es la *Historia del Partido Comunista de España*, redactada por una comisión presidida por Dolores Ibárruri, en la que se dice : « El principal significado político-histórico del 16 de febrero es que había abierto una posibilidad de desarrollo pacífico, constitucional y parlamentario de la revolución democrática en España. » (Editions sociales, París, 1960, p. 113.) En el libro *Guerra y revolución en España*, elaborado posteriormente por la misma comisión (Progreso, Moscú, 1966), ya no se sostiene esa tesis, pero se dice que la guerra civil pudo ser evitada si se hubiera seguido el camino preconizado por el partido comunista : « Aplicación efectiva y rápida del programa del Bloque Popular, y adopción de medidas enérgicas para manijatar a la reacción y desmontar el tinglado que ésta ya tenía preparado con vistas a la sublevación militar » (p. 86). Por « desgracia », ni los republicanos, ni los socialistas reformistas, ni los socialistas caballeristas, escucharon la voz del partido comunista. Pero, ¿podía esperarse otra cosa de los dos primeros grupos ? En cuanto a los caballeristas : ¿ Por qué el PCE no les propuso una acción independiente. Los autores de *Guerra y revolución en España* eluden el problema de fondo : por sus mismas características, la coalición que triunfó electoralmente no podía resolver la tarea eminentemente revolucionaria de aplastar a la contrarrevolución armada. Para ello hacía falta otro tipo de coalición, otra estrategia. La coalición de las organizaciones revolucionarias del proletariado : Partido Comunista, izquierda socialista, anarcosindicalismo ; la estrategia de tomar el poder aprovechando precisamente la debilidad del gobierno republicano. Si el PCE hubiera intentado este camino, y hubiera fallado por oposición de caballeristas y anarcosindicalistas, habría salvado su responsabilidad histórica. Pero tal como fue su política, le corresponde incuestionablemente una parte no pequeña de responsabilidad por el curso que tomaron los acontecimientos.

de este periodo. Pero, ¿ qué tiene que ver esa explosión revolucionaria con la « realización del programa del Frente Popular », que no incluía ni la ocupación de las tierras, ni la ocupación de las fábricas, ni la liquidación del capitalismo, sino que al contrario, trataba de preservar la propiedad privada a todos los niveles ? Maidanik se ve obligado, sin duda, a conciliar el curso real de los acontecimientos con la « demostración » de que la política de la IC era justa¹³⁵.

Entre febrero y julio existe en España, de hecho, un triple poder. El legal, cuyo poder efectivo es mínimo. El de los trabajadores, sus partidos y sindicatos, que se manifiesta a la luz del día en la forma descrita. Y el de la contrarrevolución, que aunque se exterioriza en los discursos agresivos de sus representantes parlamentarios, en el sabotaje económico, y en las acciones de los grupos de choque fascistas, actúa sobre todo en el secreto de los cuartos de banderas, preparando minuciosamente el golpe militar. Secreto de Polichinela, porque la conspiración de los generales era del dominio público, denunciada en el parlamento, agitada en los mítines. Cualquiera que estudie estos meses cruciales de la España de 1936 no puede por menos de preguntarse : ¿ Por qué los partidos y organizaciones obreras no actuaron de manera concertada y decidida para aplastar en el huevo el levantamiento militar e impulsar resueltamente el proceso revolucionario ? La respuesta que el proletariado dio a la sublevación, derrotándola en la mayor parte del país, pese a que los facciosos tenían de su parte la sorpresa y la iniciativa, demostró hasta qué punto la correlación de fuerzas era favorable al pueblo. ¿ Por qué no se adelantaron los partidos y sindicatos obreros ? Una rápida ojeada a las posiciones políticas fundamentales de éstos permite, si no un esclarecimiento total del problema, por lo menos discernir las razones esenciales.

En el periodo que estamos considerando los reformistas eran netamente minoritarios en el Partido Socialista y en la UGT, aunque conservaban la dirección del partido gracias al hábil manejo del aparato. Bajo la jefatura de Indalecio Prieto, propugnaban la participación en el gobierno para colaborar con los partidos republicanos en la reedición de la política de los años 1931-1933 : lucha en dos frentes, contra la reacción y contra la revolución. Pero la oposición decidida de la mayoría de las organizaciones locales del partido les impedía poner en práctica esa participación¹³⁶.

La gran masa de trabajadores afiliados a la UGT, así como la mayoría de los militantes socialistas, se agrupaban en la izquierda, dirigida por Largo Caballero. Los caballeristas

136. Los reformistas habían logrado apoderarse de la dirección del PSOE a finales de 1935, aprovechando un

paso falso de Largo Caballero (dimitió de la presidencia del partido por una cuestión de segundo orden). Pero la influencia de la izquierda siguió aumentando en los meses siguientes. En el verano de 1936 debía haberse celebrado el congreso del PSOE. Las elecciones de delegados en las organizaciones locales daban mayoría a la izquierda. La dirección encabezada por Prieto recurrió a maniobras descaradas para aplazar la convocatoria del congreso.

formaban, de hecho, un partido independiente, y propugnaban como objetivo inmediato la revolución socialista, criticando la idea de una etapa intermedia, democrático-burguesa-antifascista, defendida por el Partido Comunista. Hay que ir, decían, a la instauración directa de la dictadura del proletariado. No definían con precisión la estructura de tal « dictadura », pero sí que su dirección debía ser asumida por el Partido Socialista, en tanto que principal partido político de la clase obrera española. Sin embargo, postulaban al mismo tiempo la unificación con los comunistas en un solo partido marxista. Proponían también la unificación de las dos grandes centrales sindicales, UGT y CNT [Confederación Nacional del Trabajo]. El caballerismo expresaba la radicalización revolucionaria de la gran masa del proletariado industrial y agrícola agrupado bajo las viejas banderas del socialismo español; su voluntad decidida de acabar de una vez con el régimen de los capitalistas y terratenientes. La debilidad principal del caballerismo es que carecía de una táctica eficaz de lucha por el poder. Esperaba que el desgaste y el fracaso del gobierno republicano haría caer el Estado en sus manos como fruta madura. Y subestimaba la amenaza del otro poder que fraguaba el asalto contrarrevolucionario¹³⁷.

La otra gran corriente tradicional del movimiento obrero español, organizada en los sindicatos de la CNT, se encontraba en la misma disposición revolucionaria extrema. Pero sus fundamentos ideológicos hacían muy difícil que pudiera concertarse con los partidos marxistas, e incluso con los sindicatos de orientación marxista agrupados en la UGT. Las continuas represiones de que había sido objeto el anarcosindicalismo por los gobiernos republicanos con participación socialista, habían exacerbado su desconfianza no sólo hacia los partidos políticos en general, sino hacia los partidos obreros en particular. La idea de un Estado de dictadura del proletariado inspiraba a los anarcosindicalistas casi la misma repulsa que el Estado burgués. Y en relación con este último hacían poca diferencia entre que tuviera la forma democrática parlamentaria o fascista. Lo que les llevaba, por razones diferentes a las de los caballeristas, a subestimar la amenaza fascista. La evolución sufrida por el Estado soviético, la suerte que bajo él había corrido el anarquismo, así como la reducción de los sindicatos soviéticos a simple apéndice burocrático del Estado, contribuyeron no poco a endurecer las concepciones apolíticas y anti-estatales de la masa anarcosindicalista española, y en particular de sus cuadros dirigentes. No obstante, la expe-

137. Desde abril de 1936 los caballeristas tenían su propio órgano diario, *Claridad*. En abril la Agrupación socialista madrileña adoptó una resolución que refleja la posición fundamental del ala izquierda: « El proletariado no debe limitarse a defender a la democracia burguesa, sino que debe asegurar por todos los medios la conquista del poder político, para realizar a partir de él su propia revolución social. En el período de transición de la sociedad capitalista a la sociedad socialista, la forma de gobierno será la dictadura del proletariado. » El 1 de mayo de 1936 las juventudes socialistas desfilaron uniformadas con las consignas: « gobierno obrero », « ejército rojo ». Los caballeristas tenían sólidamente en sus manos la UGT, que entre febrero y julio de 1936 llegó al millón y medio de afiliados. Dentro de la UGT estaba la poderosa Federación de Trabajadores de la Tierra, que englobaba varios cientos de miles de braceros y semibraceros.

138. Véase *La CNT en la revolución española*, de José Peirats, CNT, Toulouse, 1951, p. 116. Las p. 111-136 están dedicadas al Congreso de Zaragoza (mayo de 1936), con el texto del dictamen sobre «Concepto confederal del Comunismo Libertario» en el que se expone con gran detalle la organización social que debe salir de la «revolución libertaria». Pero no hay ninguna resolución en la que se diga qué debe hacer la clase obrera para salir al paso del inminente y notorio peligro de levantamiento contrarrevolucionario.

riencia de los fracasos sufridos en sus anteriores intentonas revolucionarias, y la comprobación de que la UGT pasaba del reformismo a la revolución, determinaron un cambio importante en la CNT: su congreso de mayo de 1936 propuso a la UGT concluir un «pacto revolucionario» a fin de «destruir completamente el régimen político y social que regula la vida del país», dejando la cuestión de cómo organizar el nuevo régimen social a «la libre elección de los trabajadores reunidos libremente». Sin embargo, el congreso elaboró un programa detalladísimo sobre la estructura y el funcionamiento de la sociedad «comunista libertaria» que debía salir de la revolución. Y la CNT seguía oponiéndose a toda alianza con los partidos políticos obreros¹³⁸.

En el marco del plan táctico-estratégico más arriba expuesto, el PCE propugnaba la unidad sindical UGT-CNT, pero sobre supuestos radicalmente divergentes de los de la CNT. En primer lugar, no se trataba de ir a la revolución proletaria sino de defender y consolidar el régimen republicano parlamentario, de «presionar» al gobierno republicano para que aplicara el programa del Frente Popular. En segundo lugar, la dirección de la acción unida proletaria tenía que estar en manos de los partidos obreros y no de los sindicatos. El partido ponía especial empeño en desarrollar la unidad de acción, ya establecida, con el Partido Socialista, y al mismo tiempo preconizaba la unificación de ambos partidos en un solo partido marxista-leninista. Sus planteamientos unitarios a todos los niveles y en todas las esferas, era el lado fuerte de la política del PCE, porque respondían, evidentemente, a exigencias imperiosas de la situación objetiva, en particular a la amenaza de golpe contrarrevolucionario, cuya gravedad el partido percibía con más sensibilidad y claridad que ninguna otra formación política o sindical. Pero al mismo tiempo el contenido de esos planteamientos unitarios chocaba con aspectos esenciales de esa misma situación objetiva. El dilema real que ésta implicaba no era el de instauración de una dictadura contrarrevolucionaria o consolidación de la república parlamentaria democrático-burguesa, sino dictadura contrarrevolucionaria o revolución proletaria, aunque sólo fuera por la simple razón de que la única fuerza capaz de impedir la dictadura contrarrevolucionaria no tenía la más mínima intención de sostener después la república parlamentaria democrático-burguesa. (Esta era la diferencia radical con la situación alemana prefascista, en la que la mayoría del proletariado estaba ideológica y estructuralmente integrado en la democracia burguesa.) Al plantear la urgencia de la acción

unitaria sobre la base de la primera alternativa, el PCE encontraba la plena comprensión del ala minoritaria reformista del Partido Socialista, la reticencia, cuando no la impugnación abierta, de los caballeristas, y desde luego la hostilidad de los anarcosindicalistas. Caballeristas y anarcosindicalistas incurrían en grave error, al no apreciar la magnitud de la amenaza fascista, al no tomar la iniciativa —por encima de todas las divergencias doctrinales y tácticas— para una acción resuelta y concertada contra ella. Pero la sustancia de su error no consistía en que subestimasen la gravedad de esa amenaza para la república parlamentaria burguesa, sino en que no comprendían su gravedad para la revolución proletaria. Al no plantear *en primer plano* este aspecto de la cuestión, el PCE no ayudaba, ciertamente, a que caballeristas y anarcosindicalistas comprendiesen su error. Al contrario, contribuía involuntariamente a que persistieran en él. Hasta tal punto el problema de aplastar en el huevo la conspiración militar estaba fundido en esos meses con la revolución proletaria, que el único medio real de lograr lo primero hubiera sido desalojar del poder al gobierno republicano pequeño burgués —gracias a cuya pasividad, cuando no cobertura, podía tejerse la trama de la sedición— e instaurar un poder que permitiera a las fuerzas obreras revolucionarias coger el toro por los cuernos. Entre febrero y julio, a la revolución española se le fue creando, cada día de manera más acuciante, una situación análoga a la de la revolución rusa en vísperas de las jornadas de octubre. O el proletariado revolucionario tomaba la iniciativa, o la tomaba la contrarrevolución. Casares Quiroga era un Kerenski perfecto. Pero en España no había ningún Lenin. Abundaban, en cambio, los instructores de la IC. Auténticos revolucionarios y organizadores como José Díaz y Pedro Checa, tribunos populares de la talla de Dolores Ibárruri, carecían de la base teórica necesaria para enfrentarse con los esquemas frentepopulistas de la IC, importados a España con el marchamo francés. (A los comunistas españoles nos sucedió lo mismo que a los liberales peninsulares del XIX: carecíamos de ideas propias, elaboradas sobre la base del análisis de la sociedad española. En lugar de apropiarnos el marxismo a partir de la singularidad de la revolución española, pretendimos apropiarnos la revolución española a partir del marxismo singular que había servido para la revolución rusa. En 1936 acogimos el Frente Popular, versión Thorez o Togliatti, como « forma original » de la revolución española, entretanto le llegara la hora de revestir la « forma soviética ».)

139. En su discurso del 11 de abril de 1936, José Díaz dice: « Este partido único debe formarse bajo los puntos que fueron estudiados en el VII Congreso de la IC, y como estos puntos han sido aceptados por los camaradas socialistas de izquierda, podremos llegar en breve plazo a un acuerdo. » Pero a continuación agrega que el nuevo partido tiene que pertenecer a la Internacional Comunista, sobre lo cual existen recelos en « algunos camaradas » [socialistas]: « Hay que desterrar los recelos que todavía tengan algunos camaradas sobre ella; pues es evidente que este partido único del proletariado no podrá estar más que en la Tercera Internacional, en la Internacional de Marx, Engels, Lenin y Stalin » (*Tres años de lucha*, p. 143). Lo evidente es que esa condición representaba un obstáculo insuperable para hombres como Largo Caballero y otros dirigentes de la izquierda socialista. Si se llegó a la unificación de las juventudes comunistas y socialistas es porque la mayoría de los dirigentes de éstas últimas aceptaban fácilmente esa condición. Otro de los principales obstáculos eran las divergencias sobre el carácter de la revolución, lo que hacía en el problema de la colaboración con los partidos republicanos burgueses el PCE estuviera más cerca del ala reformista del PSOE que del ala izquierda. La actitud del PCE hacia el trotskismo era un entorpecimiento más en la vía hacia la unificación, porque en el problema del carácter de la revolución española los dirigentes caballeristas estaban más cerca de las concepciones de Trotski que de las de la IC. Pero, según el PCE, « para acelerar y facilitar la unidad política de la clase obrera hay que llevar a cabo una lucha tenaz contra la secta degenerada del trotskismo, cuya misión fundamental es desorganizar el movimiento obrero, laborando sistemáticamente por entorpecer y sabotear la unidad de la clase obrera, desarmar al proletariado ante el fascismo y arrastrarlo al campo de la cruzada contra la URSS, contra el socialismo triunfante, contra la fortaleza de la revolución mundial ». (Discurso de José Díaz el 1 de junio de 1936, *Tres años de lucha*, p. 176.) ¡Y en ese momento el POUM era el aliado del partido dentro del Frente Popular!

Durante la existencia de la IC, ningún otro partido comunista tuvo una oportunidad tan favorable de llegar a la unificación con el ala izquierda de la socialdemocracia en un solo partido marxista, como el partido español. La posibilidad de lograrlo existió desde finales de 1934. La izquierda socialista pasó decididamente a posiciones marxistas revolucionarias y era partidaria de la unificación. Naturalmente, en estas posiciones había mucho de discutible y problemático, y no a todos los dirigentes del ala izquierda les movían intenciones puras. En algunos de ellos, sin duda en el mismo Largo Caballero, los cálculos partidistas, la pretensión a la hegemonía, eran evidentes. Pero la manera como la IC enfocaba este problema no estaba exenta de los mismos vicios. Resultaba bastante paradójico que siendo lo que era el papel del partido comunista en la dictadura del proletariado soviético, uno de los reproches principales que el PCE hacía al caballerismo era su pretensión a ser la fuerza dirigente de la dictadura del proletariado en España. Pero el obstáculo insuperable venía de la creencia en que estaba la IC de poseer la verdad absoluta del marxismo, de que la revolución proletaria no podía ser dirigida más que por la IC, de que el modelo soviético era obligado, en sus líneas esenciales, para todos los países, de que el partido « marxista-leninista » tenía que estructurarse y funcionar según el tipo de partido creado por la IC, de que la teoría de la revolución española elaborada por la IC era la única justa, de que la política de Frente Popular era tan adecuada a España como a Italia o Francia, de que un partido « marxista-leninista » tenía que considerar al trotskismo como la más nefanda de las herejías, y poner fuera de toda crítica al tipo de socialismo que se construía en la Unión Soviética, etc. Aunque los dirigentes de la izquierda socialista hubieran sido angelitos de la revolución es evidente que no podían ir a la unificación sobre esas bases, y desde luego no manifestaban ninguna predisposición angelical. La creación de un gran partido revolucionario del proletariado español era extraordinariamente posible entre 1934 y 1936, pero sobre la base de un marxismo abierto, problemático. La IC, naturalmente, no podía abordar así la cuestión sin dejar de ser la IC. Es una de sus mayores responsabilidades históricas, porque la creación a tiempo de un tal partido hubiera aumentado considerablemente las probabilidades de victoria de la revolución española, y por tanto de modificar el curso de los acontecimientos europeos¹³⁹.

Las jornadas de julio pusieron plenamente de manifiesto hasta qué punto la revolución proletaria había « madurado »

140. El PCE reconoce en la obra ya citada (*Guerra y revolución en España*), que en el momento decisivo el gobierno de los republicanos burgueses no sólo no fue de ninguna utilidad para hacer frente a la sublevación facciosa, sino que allí donde los militares tuvieron éxito se debió en gran medida a las autoridades republicanas: «La clase obrera fue el nervio y el alma de la lucha popular, a la que impregnó de su combatividad y de su firmeza. Sus principales métodos de acción fueron la huelga general política; el armamento del pueblo mediante un acto de iniciativa revolucionaria, legalizado posteriormente por las autoridades republicanas; el asalto de los cuarteles, y la lucha armada contra la sedición fascista en la calle. Estos métodos de lucha tuvieron una importancia decisiva y gracias a ellos la república pudo hacer frente a la sublevación militar fascista. Donde las masas no pudieron o no supieron sobreponerse revolucionariamente a la pasividad, amparada en pretextos legalistas, de los gobernantes, fueron derrotadas. Donde ese «legalismo» fue superado a tiempo, donde las masas se adueñaron de las armas por los medios a su alcance y pasaron a la acción ofensiva contra los facciosos, triunfaron sobre éstos» (p. 175-176).

¿Cuál hubiera sido el curso de los acontecimientos si el «legalismo» hubiese sido «superado» en los meses precedentes? ¿Si en lugar de comenzar por asaltar los cuarteles, cuando ya los militares han tomado la iniciativa, la clase obrera hubiera comenzado por «asaltar el poder», que prácticamente estaba a su alcance desde el 16 de febrero, y hubiera utilizado el poder para organizar el asalto de los cuarteles?

en España, hasta qué punto la correlación de fuerzas le era favorable. Aunque el golpe contrarrevolucionario tuvo a su favor la elección del momento, la ventaja de obedecer a un plan y estar dirigido por un Estado Mayor central, de contar con las principales fuerzas armadas del Estado, fue derrotado en la mayor parte del país —en las regiones económica y demográficamente decisivas— por el contrataque decidido de las fuerzas proletarias, pese a actuar en orden disperso, sin plan y sin dirección coordinadora a escala nacional, y ni siquiera local en la mayor parte de los casos. Las organizaciones obreras desempeñaron, sin duda, un papel fundamental, pero el impulso espontáneo, surgido de las profundidades de las masas proletarias de la ciudad y del campo, no fue menos decisivo. El Estado republicano se derrumbó como castillo de naipes y el comportamiento pasivo, vacilante, cuando no francamente capitulador, de las autoridades legales y de la mayor parte de los dirigentes de los partidos republicanos pequeño burgueses, contribuyó no poco a los escasos éxitos de las fuerzas contrarrevolucionarias. Al cabo de los primeros días de combate la revolución no había vencido definitivamente, pero la correlación de fuerzas en el conjunto del país le era francamente favorable. Si la guerra civil que se iniciaba había de dirimirse por los antagonistas españoles exclusivamente, la salida ofrecía pocas dudas. Pero como no podía por menos de suceder la lucha armada entre revolución y contrarrevolución en España se transformó automáticamente en problema internacional¹⁴⁰.

Hasta ese momento la contradicción entre la idea que la IC tenía del carácter de la revolución española y el contenido real de ésta, no estaba determinada directamente por las exigencias de la política exterior soviética. Existía, sin duda, una incidencia indirecta, en la medida que la línea general adoptada por el VII Congreso de la IC, y en particular la versión francesa de la política de frente popular, estaban fuertemente condicionadas, como vimos, por la estrategia europea de los dirigentes soviéticos. Pero España como tal no había entrado aún en el campo visual de Stalin. El problema se le planteó de golpe y en términos nada fáciles. La URSS no podía eludir su deber de solidaridad activa con el pueblo español en armas, so pena de desacreditarse ante el proletariado mundial. Este deber coincidía, por un lado, con la orientación antihitleriana de la política exterior soviética en ese periodo. Pero por otro lado entraba en conflicto con las modalidades, digamos tácticas, de dicha orientación. A este nivel, el objetivo número uno de la política soviética era consolidar la alianza militar con Francia

141. Dimítrov : *Œuvres choisies*, p. 156. G. Jackson, en la obra ya citada (véase nota 135), caracteriza perfectamente el punto de vista soviético, coincidiendo, en lo esencial, con casi todos los historiadores que han tratado esta cuestión : « Si las naciones occidentales, viéndose a su vez amenazadas por la extensión del poder fascista, pudieran ser llevadas a cooperar con los soviéticos en la defensa de un gobierno democrático libremente elegido, tal acción colectiva podía detener la ininterrumpida serie de triunfos fascistas desde la subida al poder de Hitler. Con esta idea en la mente, la literatura del mundo soviético y comunista dio énfasis a la composición enteramente burguesa del gobierno republicano y a la pequeña representación de los comunistas en las Cortes. Asimismo, los soviéticos se refrenaron ostentosamente de enviar armas durante los meses de agosto y septiembre, cuando pareció haber una ligera posibilidad de que el plan de No Intervención contuviera la ayuda de las potencias fascistas a los insurgentes » (p. 219-220).

y llegar a un entendimiento con Inglaterra. Pero ni la Francia burguesa de Blum, ni la Inglaterra conservadora de Chamberlain, podían admitir la victoria de la revolución proletaria en España. Contribuir a su victoria significaba, para el gobierno soviético, ir a la ruptura con ambas potencias. La única posibilidad aparente de conciliar la « ayuda a España » con los citados objetivos de la política exterior soviética era que el proletariado hispano no fuera más allá de lo que, en último extremo, podía ser admisible para la burguesía francoinglesa. Y lo más que ésta podía aceptar es que en España existiese una república parlamentaria, democrática, antifascista, frentepopulista incluso, todo a la izquierda que se quiera, pero... ¡burguesa!, ¡sobre todo burguesa! Ni siquiera era seguro —nada había menos seguro— que semejante solución satisficiera a los conservadores ingleses, pero en todo caso era la única vía que aparecía ante Stalin par intentar conciliar, bien que mal, las exigencias contradictorias con que el destino abrumaba, una vez más a su doble personalidad histórica de « jefe probado y reconocido, grande y sabio, de la Internacional Comunista », como lo calificó Dimítrov en el VII Congreso, y de jefe no menos grande y sabio del Estado soviético¹⁴¹.

Lo malo era que el proletariado español había dejado ya muy atrás ese límite razonable. En las semanas que siguen al 19 de julio, el régimen capitalista deja prácticamente de existir en la zona republicana ; los medios de producción y el poder político pasan, de hecho, a manos de las organizaciones obreras. Todos los historiadores de la guerra civil española coinciden en este punto, menos aquellos cuyo propósito no es servir la verdad histórica sino justificar la política de Stalin y de la IC. Estos últimos « historiadores » siguen afirmando que el contenido de la revolución española no rebasó en ningún momento la « etapa democrático-burguesa », porque reconocer lo contrario equivale a reconocer que la política estaliniana en España consistió en hacer regular la revolución. El historiador soviético antes citado fue objeto de severas críticas porque se aventuró a contradecir las tesis oficiales en esta y otras cuestiones delicadas : « Según nuestro punto de vista —escribe en su libro *El proletariado español en la guerra nacional revolucionaria*— los acontecimientos del 19 de julio fueron el comienzo de una etapa cualitativamente nueva de la revolución española. La acción de las masas proletarias y su disposición subjetiva confirman esa conclusión. En julio-agosto de 1936 fueron resueltos, de hecho, los problemas básicos de la revolución, los problemas del poder y la propiedad de los instrumentos y medios de

Biblioteca de cultura socialista

KAROL MODZELEWKI y JACEK KURON

¿ Socialismo o burocracia ?

228 páginas

12 F

LEON TROTSKI

Literatura y revolución. Otros escritos sobre la literatura y el arte

Tomo 1

216 páginas

15 F

Tomo 2

216 páginas

15 F

N. BUJARIN

La economía mundial y el imperialismo

268 páginas

12 F

FERNANDO CLAUDIN

La crisis del movimiento comunista

I. De la Komintern al Kominform

440 páginas

45 F

KARL KAUTSKI : **La cuestión agraria**

544 páginas

39 F

De inmediata publicación

LEON TROTSKI : **Escritos sobre España**

LEON TROTSKI

1905. Resultados y perspectivas

Tomo 1

244 páginas

Tomo 2

224 páginas

FERNANDO CLAUDIN

La crisis del movimiento comunista

II. Del XX Congreso a la invasión de Checoslovaquia

LEON TROTSKI : **La revolución desfigurada**

LEON TROTSKI : **El gran forjador de derrotas**

Editions Ruedo ibérico

Ayuntamiento de Madrid

142. Maidanik : *Op. cit.*, p. 103.

143. Este pasaje de *Guerra y revolución en España*, t. I, p. 256, escrito treinta años después, sintetiza fielmente lo que eran los análisis y la propaganda del PCE a partir de julio de 1936. La inspiradora directa de ese enfoque era la IC, que en su afán por presentar la revolución española de manera que pudiera ser «tragada» por las democracias occidentales, llega a la idealización del papel de los grupos políticos burgueses y pequeño burgueses. Togliatti, por ejemplo, cita las siguientes palabras de Azaña : « ¿ Qué cosa quedaba por hacer desde el momento que una gran parte del ejército rompía el juramento de fidelidad a la república ? ¿ Debíamos renunciar a la defensa y someternos a la tiranía ? No. Debíamos dar al pueblo la posibilidad de defenderse. » Y sigue Togliatti : « De este modo la pequeña burguesía pasó al empleo de métodos plebeyos en la lucha contra el fascismo, consintió en dar las armas a los obreros y campesinos, sostiene la organización de tribunales revolucionarios que proceden con no menor energía que el Comité de salud pública de los tiempos de Robespierre y de Saint-Just. » (*Op. cit.*, nota 133, p. 190. El subrayado es nuestro.)

144. « Una de las características del Frente Popular español — escribe Togliatti — consiste en el hecho que la división del proletariado, el paso relativamente lento de la masa campesina a la lucha armada, la influencia del anarquismo pequeño burgués y de las ilusiones socialdemócratas no superadas del todo aún, que hoy se expresan en la tendencia a saltar la etapa de la revolución democrática burguesa, todo eso, crea a la lucha del pueblo español por la defensa de la república democrática una serie de dificultades suplementarias. » (*Op. cit.*, nota 133, p. 196. El subrayado es nuestro.)

producción. El poder local pasó, prácticamente, a manos del proletariado armado. A sus manos pasaron también, y en menor grado a las del campesinado, todos los instrumentos y medios de producción pertenecientes a capitalistas y terratenientes. Gran parte de la burguesía y de su aparato estatal fueron liquidados en el territorio conservado por la república. Todo esto no encaja en los marcos de una revolución democrático-burguesa.¹⁴² Efectivamente, no « encajaba ». Pero había que hacerlo « encajar » para que la ayuda de la URSS a la república española pudiera « encajar » a su vez con la política exterior soviética. Y el sólido equipo de la IC instalado en España para supervisar la acción del PCE, junto con el no menos sólido equipo de consejeros militares y políticos soviéticos, se aplicaron con todo celo a realizar esa dificultosa operación. Extraordinariamente dificultosa, porque se trataba, nada menos, que de hacer refluir la revolución proletaria al recinto democrático-burgués del que no « debía » haber salido. Y esto era bastante más complicado que el « saber terminar una huelga » de Thorez. Había que comenzar por negar la realidad antiburguesa de la revolución, para que la acción dirigida a restaurar lo burgués como realidad pudiera aparecer como otra cosa de lo que en realidad era. La IC, partido mundial de la revolución socialista no podía permitirse preconizar la rectificación del perfil socialista de la revolución española con la misma desenvoltura con que el filósofo había preconizado la rectificación del perfil plebeyo de la república azañista. Había que guardar las formas. Y para ello era necesario comenzar por proclamar *urbi et orbi* que la revolución española era « en esencia un movimiento popular, democrático, antifascista, nacional, cuyo objetivo principal era la defensa de la república, de la libertad, de la soberanía, frente a la rebelión fascista y la ingerencia brutal de las fuerzas armadas de Hitler y Mussolini »¹⁴³. Todo lo que desbordaba esa « esencia » eran « excesos » del caballerismo, del anarcosindicalismo, y de las masas insuficientemente instruidas en el marxismo-leninismo¹⁴⁴. El salvamento de la « esencia » iba acompañado de la reafirmación de los principios y los símbolos. La Constitución del 31, depositaria de los principios, seguía en vigor. El parlamento — la mitad de cuyos diputados se habían unido al movimiento faccioso, y la mitad de la otra mitad (los diputados republicanos) era difícil saber a quién representaban en la zona revolucionaria — conservaba sus funciones. Azaña, presidente de la república, permanecía en su puesto. El Estado republicano seguía siendo *el* poder legal, aunque *los* poderes reales estuvieran en otras manos. Jurídicamente, la propiedad capita-

145. En las primeras semanas de la guerra, los caballeristas y anarcosindicalistas, lo mismo que el POUM, se orientaban a la formación de un gobierno obrero revolucionario. Según Rabassaire (*Espagne, creuset politique*, París, 1938, p. 98) y Clara Campoamor (*La révolution espagnole vue par une républicaine*, París, 1937, p. 143-145), a finales de agosto el proyecto llegó a formalizarse en una reunión conjunta de dirigentes de la UGT y CNT. Se trataba de formar una Junta presidida por Largo Caballero, con representantes de los partidos socialistas y comunistas, de la FAI, así como de la CNT y UGT. Los republicanos quedarían excluidos. Al tomar conocimiento del proyecto, Azaña amenazó con dimitir. Pero el factor decisivo fue la intervención del embajador soviético, Rosenberg, que acababa de llegar a Madrid. Rosenberg planteó las graves consecuencias internacionales que tendría el hecho, privando a los amigos de España del argumento de la «legalidad» del gobierno republicano. Y propuso que en lugar de constituir la Junta obrera, se constituyera un gobierno presidido por Largo Caballero, en el que estuviesen representadas las fuerzas obreras pero también las republicanas burguesas. Esta solución de la crisis haría posible la ayuda de la URSS. Pierre Broué, en su obra *La revolución y la guerra de España*, ya citada, recoge esta versión (p. 230-231).

En *Guerra y revolución en España* (t. II, p. 45-46), se desmiente que existiera el complot UGT-CNT: «No es seria —dice— la versión dada por algunos historiadores según la cual Largo Caballero organizó un complot de la UGT y la CNT para derribar el gobierno Giral.» Pero agrega: «En cambio sí es cierto que Largo Caballero arremetía sus ataques y exacerbaba sus críticas al gobierno Giral, sobre todo a finales de agosto, cuando se agravó la situación militar de la república. Algunos de sus más próximos correligionarios, como Arakistain y Baraibar, agitaban, más o menos públicamente, la idea de que era preciso eliminar a los ministros republicanos y entregar a Caballero la dirección del país para establecer una «dictadura obrera» o un «gobierno sindical», planes en los que existían puntos de coincidencia con los anarquistas y trotskistas.» Lo que equivale casi a la confirmación de lo que se acaba de desmentir. La historia avalada por el PCE guarda silencio sobre la intervención de Rosenberg y su equipo de consejeros. Pero la entrevista entre Largo Caballero y Koltsov, que éste relata en su *Diario de la guerra de España* (Ruedo ibérico, París, p. 56-58) deja pocas dudas sobre la realidad de esa intervención y su sentido. Sería un poco ingenuo suponer que el diplomático soviético no hizo «presión» en

lista de los medios de producción no era abolida, aunque prácticamente hubiera sido destruida. «No creáis nunca exageradamente en la tontería de vuestros adversarios», aconsejaba Talleyrand, y los políticos de la burguesía europea no eran tontos, evidentemente. La fachada legal de la república española no les engañaba. Ezigían la restauración efectiva del sistema burgués. Pero la fachada era útil a Stalin y a la IC en varios aspectos. En primer lugar, les permitía presentar la «ayuda a España» como ayuda al régimen legal republicano definido por la Constitución del 31. En segundo lugar, contribuía a justificar la ficción teórica del carácter «democrático-burgués» de la revolución española. Y en tercer lugar proporcionaba una estructura ideológica-política-jurídica que podía servir para acoger, y para promover, la transformación metódica de esa ficción en realidad. Naturalmente, esta última operación, la operación esencial, no podía llevarse a cabo más que con el apoyo y la colaboración de las propias fuerzas revolucionarias españolas, lo cual era sumamente problemático. Pero Stalin y la IC disponían de una arma decisiva, o más exactamente disponían de *las armas*.

Independientemente, en efecto, de que en la revolución se afirmase el contenido proletario que ya tenía, o que retrocediera al contenido democrático-burgués tal como lo entendía la IC, o que volviera al contenido liberal-burgués con el que soñaban los Azaña y los Prieto, una cosa era evidente: sin derrotar a las fuerzas militares de los generales sublevados y de sus aliados italogermanos todos los «contenidos» posibles estaban condenados a esfumarse en breve plazo. Y para vencer en el terreno militar la revolución necesitaba *urgentemente* armas y técnicos en su manejo. Enseguida estuvo claro que no podían venir más que de la URSS. Y también estuvo claro que de la URSS no vendrían si los dirigentes españoles no se ajustaban a la política que los dirigentes soviéticos consideraban necesaria para poder armonizar la ayuda a la república española con la estrategia general estaliniana. En los primeros meses de la guerra civil todos los dirigentes españoles, desde Azaña a Nin, comprendieron este imperativo y trataron de adaptarse a él, pero no todos de la misma manera¹⁴⁵.

Para el PCE no se planteaba problema alguno, naturalmente, puesto que política de la Unión Soviética, política de la IC y su propia política formaban un todo indivisible. Se trataba de aplicar la línea general del VII Congreso de la IC. Para vencer al fascismo —enemigo principal— lo esencial

el mismo sentido que uno de sus principales colaboradores políticos. Lo inexacto, posiblemente, en la versión de Clara Campoamor, es que el «complot» UGT-CNT llegara al punto de que Azaña amenazase con su dimisión. En las Memorias de Azaña no se dice nada al respecto.

era asegurar la más amplia unidad de acción de todos sus adversarios. Entre la política internacional de la Unión Soviética —alianza con los Estados burgueses amenazados por la Alemania hitleriana—, y la política nacional de los partidos comunistas —alianza con las fracciones liberales de la burguesía—, no había contradicción. Una vez derrotado el fascismo el camino quedaría abierto para avanzar hacia la revolución socialista. En el caso de España con más seguridad que en ningún otro, puesto que el proletariado ocupaba sin duda posiciones hegemónicas dentro de la alianza. Una vez ganada la guerra se podría pasar a la etapa siguiente, hasta llegar a la dictadura del proletariado. Pero para ganar la guerra lo decisivo era conservar la alianza antifascista, tanto a escala nacional como internacional. Lo que exigía no proponerse de momento objetivos socialistas en España, corregir los «excesos» de la revolución, e incluso acentuar las concesiones a los republicanos burgueses y socialistas reformistas para ver si de esa manera Blum se resolvía a ayudar a la república española. El esquema era a primera vista muy coherente, pero a condición de que todos los implicados se dispusieran a representar fielmente el papel que se les asignaba. Lo que estaba muy lejos de ocurrir.

Los liberales tipo Azaña y los socialistas reformistas tipo Prieto eran los mejor dispuestos, puesto que por lo pronto esa línea de desarrollo respondía a sus preocupaciones esenciales: restaurar el Estado republicano, liquidar los «extremismos», aproximarse a las democracias occidentales, etc. No es casual que en el mes y medio del gobierno Giral (20 de julio-4 de septiembre), formado exclusivamente por los partidos republicanos burgueses, «en los medios gubernamentales ganaba influencia la política unitaria y constructiva del Partido Comunista, que supeditaba todo a las necesidades de la guerra», ni que Azaña dijera a unos periodistas extranjeros: «Si desean valorar acertadamente la situación y conocer a hombres que saben lo que quieren, lean ustedes *Mundo Obrero*.»¹⁴⁶ Pero Azaña también sabía muy bien lo que quería, y desde luego no era ganar la guerra en condiciones tales que el Partido Comunista obtuviera la hegemonía y quedara despejado el camino hacia la dictadura del proletariado. Como demuestran con absoluta claridad sus *Memorias*, su objetivo era la restauración de la república del 14 de abril, y su táctica servirse en una primera fase del Partido Comunista como dique frente al caballerismo y el anarcosindicalismo, para luego, en una segunda fase, reducir a la impotencia al Partido Comunista (aprovechando que la primera fase le habría enfrentado con los núcleos mayorita-

¹⁴⁶ Guerra y revolución en España, t. I, p. 259.

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

800 páginas

30 mapas

48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

27 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas

27 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas

7 mapas

17 documentos fotográficos

42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España contemporánea

498 páginas

39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei (Nueva edición corregida y aumentada.)

272 páginas

30 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

304 páginas

83 documentos fotográficos

30 F

Ruedo ibérico

Ayuntamiento de Madrid

147. El « Cuaderno de la Pobleta » (1937) y el diario de « Pedralbes » (1938, 1939), incluidos en las Memorias de Azaña, inéditas hasta su publicación en 1968 por las Ediciones Oasis, México, aportan datos sumamente valiosos para la reconstrucción histórica de la guerra civil española. Y ponen de relieve que Azaña desempeñó un papel más importante del que en general le atribuye hasta ahora la historiografía relativa a ese periodo, sobre todo a partir de la constitución del gobierno Negrín. Su orientación fundamental, compartida por Prieto y Negrín, se centraba en dos objetivos estrechamente enlazados: llevar la restauración del Estado republicano burgués todo lo lejos que fuera posible y llegar a un compromiso con los generales sublevados patrocinado por las grandes potencias. El 31 de agosto de 1937 anota la conversación que tiene ese día con Negrín y Giral, a continuación de otra con Prieto, y entre otras cosas escribe: « He recapitulado mis **antiguos** puntos de vista: Paz-República-Pacto de garantía de que en España no habrá dictadura ni bolchevismo. Conservándose las instituciones republicanas, **en lo esencial**, son posibles **muchas concesiones**. Es preciso asumir en esas conversaciones el papel de **colaboradores** para la paz, tanto en España como en Europa, y deslizar en los oídos del gobierno francés las palabras convenientes, partiendo de la conveniencia general de la pacificación. Creo que hemos quedado de acuerdo. » (Manuel Azaña: **Obras completas**, t. IV, p. 761. Los tres primeros subrayados son nuestros. El cuarto está en el texto.) Azaña alude aquí a conversaciones que Negrín va a tener en Ginebra, con los representantes de diversas potencias, en primer lugar franceses e ingleses, aprovechando una reunión de la Sociedad de las Naciones. El 30 de septiembre tiene reunión con el consejo de ministros. Anota: « Les he dicho que vayan a las Cortes sabiendo que este gobierno, por la política que representa, tiene detrás al presidente de la república. El gobierno significa para mí que se ha concluido la anarquía, que a todo el mundo se le hará entrar en razón, primeramente con razones, y si no bastan, con la fuerza de la ley. El único defecto que pongo a la política general del gobierno, es que no van aprisa como fuera de desear. He insistido en la necesidad de proseguir sin descanso el rescate de las atribuciones, servicios, etcétera, usurpados al Estado, y he renovado ante el gobierno mi decisión de no poner mi firma en nada que pretenda convalidarlas. » (Ibid., p. 808.)

En varios lugares de las Memorias anota las reacciones favorables de los comunistas hacia su política. El 31 de mayo, recién liquidado Largo Caballero como jefe de gobierno y

rios del proletariado revolucionario). La línea de Prieto, y la del mismo Negrín, fue análoga, y en las mismas *Memorias* de Azaña se revela la estrecha colaboración de la « troika » Azaña-Prieto-Negrín en la segunda etapa de la guerra, la que se abre con la liquidación del gobierno Largo Caballero en mayo de 1937¹⁴⁷.

Los caballeristas se adaptaron también a la estrategia de Stalin, sin renunciar a sus propias concepciones y objetivos, cuya debilidad principal era la que ya señalamos anteriormente: imprecisión, vaguedad, carencia, en definitiva, de una política coherente. Reflejando la voluntad de las masas proletarias, se proponían preservar el contenido socialista de la revolución, pero no contaban ni con un programa que diese forma concreta a ese contenido, ni con una táctica para luchar eficazmente por él en la complejísima situación de la guerra civil. Pretendían asumir el papel rector dentro del bloque político obrero-republicano, y en la práctica iban a remolque del Partido Comunista en unas cuestiones, o del anarcosindicalismo, en otras. Pero precisamente esas características hacían del caballerismo la formación ideal para ocupar el proscenio en el drama que se iniciaba. Su reputación revolucionaria, y en particular el mito Caballero (« Lenin español »), junto con la imprecisión de sus postulados, permitían al caballerismo representar a la revolución en su expresión más general: no la revolución *bolchevique*, ni la revolución *libertaria*, sino la Revolución del Proletariado, con mayúsculas y sin adjetivos. Su carácter, en gran medida sindical, facilitaba el entendimiento con la CNT. Y por otro lado, el que no poseyera una política coherente, ni una organización bien estructurada, era una ventaja para los que tenían la una y la otra. Para el proletariado, Largo Caballero al frente del gobierno era la garantía de la revolución. Para Azaña y Prieto, como para Stalin y sus representantes en España, la jefatura gubernamental de Caballero podía ser la garantía de que la revolución colaborara en su propia rectificación, en la restauración del Estado republicano democrático-burgués. Para los anarcosindicalistas era una posibilidad de preservar los enclaves de « comunismo libertario » creados en las zonas donde ellos tenían preponderancia. Para el mismo Caballero y los caballeristas, la alianza con los republicanos burgueses era una especie de astucia de guerra para adaptarse a las condiciones internacionales en que se desarrollaba la revolución española y al mismo tiempo preservar su pureza proletaria¹⁴⁸.

La adaptación de la CNT y del POUM a los condicionantes internacionales, y en particular al condicionante soviético,

constituido el gobierno Negrín, escribe: «Me cuentan que los comunistas están entusiasmados conmigo. Especialmente, Díaz, a pesar de lo que cargué sobre él la tarde de la crisis. Dice que debiera ser yo quien dirigiese a todos. ¡Hum! ¡Si dirigiese veinticuatro horas, buena se armaría! De todos modos, si contra toda apariencia, Díaz se percató de lo que había en las bambalinas de aquella escena, hay que darle un galón.» (*Ibid.*, p. 606.) La escena, descrita unas páginas antes por Azaña, es la reunión convocada por éste con los dirigentes de los partidos del Frente Popular, a fin de encontrar una solución a la crisis del gobierno Largo Caballero. Y lo que había entre bambalinas era el propósito de los republicanos y los reformistas del partido socialista de que los comunistas aparecieran como los responsables de la eliminación de Caballero. Este, en efecto, había puesto como condición para asumir la jefatura del nuevo gobierno, detentar al mismo tiempo la cartera de guerra. Los socialistas y republicanos no estaban de acuerdo, pero aceptaron a condición de que aceptasen los comunistas. Azaña resumió: «Si todos ustedes aceptan que en el nuevo gobierno entren las sindicales, unos porque lo aprueban, otros porque se allanan o se resignan, y siendo Largo Caballero el único presidente que admiten las sindicales, es preciso dejar en claro que si tal gobierno no se forma depende de que los comunistas no transigen con Largo en Guerra y de que Largo no quiere tampoco soltar esa cartera.» (*Ibid.*, p. 602.) El PCE no «transigió» y cargó con la responsabilidad de que se formara un gobierno en el que no estaban representadas la UGT y la CNT. No transigió con Largo Caballero en Guerra, pero aceptó en ese puesto a Prieto, que ya entonces —como demuestran las Memorias de Azaña— estaba de acuerdo con el presidente de la república en buscar una paz de compromiso, garantizada por lo que Azaña llamaba el «pacto de los cinco» (Inglaterra, Francia, URSS, Alemania, Italia), a base, naturalmente, de un régimen burgués que conservando la forma republicana hiciera «muchas concesiones» a los sublevados. Azaña y Prieto sabían que esa línea coincidía con la del gobierno soviético y que por eso no se arriesgaban mucho al aceptar formalmente las exigencias de Caballero: los comunistas no iban a transigir.

El «gobierno de la victoria» —como el PCE llamó al gobierno Negrín— tenía como misión, en realidad, llevar a cabo el plan de Azaña. Pera ello era necesario «resistir», no «vencer». Y el conflicto que más tarde surge entre Azaña y Prieto, por un lado, y Negrín, por otro, no afecta al fondo de la orientación, sino a que

estaba lastrada de reservas análogas a las de los caballeristas, pero más radicales por concretarse en posiciones políticas mejor definidas y mucho más difíciles de conciliar con la restauración del Estado republicano que las de los caballeristas. La «revolución libertaria» que los anarcosindicalistas habían llevado a vías de hecho en Cataluña y Aragón, y trataban de extender a otras regiones de la zona republicana no sólo era absolutamente incompatible con la restauración del Estado republicano democrático-burgués; lo era también con las exigencias más elementales —militares y económicas— de la guerra¹⁴⁹. Para el POUM estaba claro el carácter socialista de la revolución española y propugnaba la instauración de un poder proletario. Pero sus fuerzas eran muy limitadas. Confinado prácticamente a Cataluña, allí tropezaba con la influencia aplastante del anarcosindicalismo en los principales núcleos proletarios. Y al mismo tiempo le acosaba la hostilidad implacable del Partido Comunista. Los primeros tiempos de la guerra civil española coinciden con la exterminación física de las oposiciones en la URSS, y el POUM pasó a ser considerado por Stalin y la IC, lo mismo que el trotsquismo, como una «agencia fascista» a la que había que exterminar¹⁵⁰.

Toda la evolución de la situación interna de la «zona republicana» en el curso de la guerra civil está condicionada por estos datos iniciales, por las contradicciones y conflictos que de ellos derivan. Y se desarrolla en dos fases bien diferenciadas: la que va hasta la caída de Largo Caballero en mayo de 1937, y la que sigue hasta la derrota, la «fase Negrín». En la primera, el frente de republicanos azañistas, socialistas reformistas y comunistas, logra retrotraer la revolución, en lo esencial, al cauce democrático-burgués y restaurar sobre esa base el Estado republicano, con el ejército regular popular como principal instrumento. En la segunda, el frente de republicanos azañistas y socialistas reformistas se aplica a reducir metódicamente las posiciones comunistas en el aparato del Estado, sobre todo en el ejército, fuerzas de orden público y servicios especiales, así como en la esfera económica; a recortar aún más en el plano político general el contenido avanzado de la república, y... a preparar la capitulación final. La línea de la IC en la revolución española acabó por volverse contra el objetivo supremo en cuyo nombre fue impuesta: ganar la guerra. Y sin embargo es la que hizo posible la prolongada y tenaz resistencia de la república.

Ese efecto positivo proviene, ante todo, de que la IC y el PCE comprendieron desde el primer momento el carácter

desde mediados de 1938, y sobre todo después de Munich, Azaña y Prieto dan la guerra por perdida, mientras que Negrín piensa que es posible prolongar la resistencia para enlazar la guerra española con la mundial, que se ve venir.

El 13 de octubre de 1937, una representación de la dirección del PCE, presidida por Dolores Ibárruri, visita Azaña. Le va a plantear que el partido no está de acuerdo con el traslado del gobierno a Barcelona (en ese momento residía aún en Valencia). Azaña describe así la entrevista:

« La Pasionaria, hablando por todos, argumenta con el efecto desmoralizador que esa medida producirá en la opinión. De paso, añade que su partido no está muy conforme con la política del gobierno. Cree advertir en los socialistas una tendencia a la dictadura. En este mismo asunto del traslado, el presidente [Negrín] procede por sí y ante sí, y cuando todo el mundo está enterado de sus propósitos y se han hecho en Barcelona gestiones para obtener locales suficientes, todavía el consejo de ministros no ha tratado de ello. Hace quince días que no se reúne el consejo. Ellos no están conformes con ninguna clase de dictadura a pesar de que en su programa figura la del proletariado.

« —Supongo —le digo riéndome— que eso de la dictadura del proletariado lo habrán aplazado ustedes por una temporada.

« —Sí, señor presidente, porque tenemos sentido común. » (Ibid., p. 819.) En efecto, la política de la dirección reformista del Partido Socialista, una vez que el caballerismo y el anarcosindicalismo habían sido puestos prácticamente fuera de combate con la ayuda del Partido Comunista, se orientaba a ir recortando las posiciones de este último en todas las esferas: aparato del Estado, ejército, sindicatos, etc. Si el PCE había aplazado toda idea de « dictadura del proletariado » por algo más que una « temporadita », los reformistas —en estrecha alianza con los republicanos— no habían renunciado a restaurar la « dictadura » de la burguesía. Su perspectiva final era ésta.

148. El fracaso rotundo del caballerismo fue determinado por la ambigüedad de su política, o de su falta de política. En las condiciones de la guerra civil española no cabían posiciones intermedias. O se hacía la guerra en nombre de la democracia burguesa, sobre la base de reorganizar sólidamente el Estado republicano con ese contenido, y entonces había que enfrentarse resueltamente con las fracciones del proletariado que trataban de afirmar y desarrollar « su revolución », o se iba resueltamente a la instauración de un poder revolucionario capaz de hacer la guerra

decisivo del problema militar. Con la ayuda de los técnicos soviéticos y de cuadros comunistas de otras latitudes, el PCE concentró todas sus energías en la resolución de ese problema. Sus estructuras, su funcionamiento, la formación de sus cuadros, le hacían especialmente apto para esa tarea. El Partido Comunista, reconoce P. Broué, « se mostró como una notable fuerza de organización, un instrumento terriblemente eficaz »¹⁵¹. Los ragos semimilitares del modelo bolchevique con arreglo al cual se había moldeado, le permitieron al PCE convertirse rápidamente en el *partido militar* de la república, en el núcleo organizador del ejército que hacía falta crear rápidamente, sin el cual todo estaba condenado a perecer: ensayos libertarios, Estado republicano, partidos y sindicatos. El más rudimentario sentido común hacía que las masas, independientemente de sus preferencias políticas y sindicales, comprendieran que sin ejército, sin mando único, sin disciplina, sin economía de guerra, sin unidad « férrea » —como decía el PC— en el frente y en la retaguardia, sin subordinar cualquier otra consideración a la urgente necesidad de derrotar a las tropas enemigas que avanzaban, no había salvación. Si los efectivos del Partido Comunista y de su gran auxiliar las Juventudes Socialistas Unificadas [JSU], crecen muy rápidamente en los primeros meses de la guerra, lo mismo que su influencia y autoridad políticas, no se debe a que el proletariado considerara al PCE « más revolucionario » que a los caballeristas o anarcosindicalistas, sino más clarividente y capaz para afrontar el problema crucial de la situación. El prestigio que adquiere la URSS por su ayuda a la república influye no poco, indudablemente, en el auge del PCE, pero el factor principal es el que acabamos de indicar. Es sintomático que los efectivos y la influencia del partido aumentan relativamente poco en los sindicatos de la UGT, sin hablar ya de los de la CNT, es decir, en el seno de la clase obrera organizada. A las filas del PCE acuden numerosos elementos pequeño burgueses, atraídos por el renombre que adquiere el partido de defensor del orden, de la legalidad y de la pequeña propiedad. Y al PCE afluje, sobre todo —o se pone bajo su dirección a través de la JSU—, un gran contingente de la juventud no formada aún en los sindicatos y organizaciones obreras tradicionales, atraída por las virtudes militares del partido, y por una ideología simplificada, en la que revolución se identifica con antifascismo entreverado de patriotismo¹⁵².

El PCE dio, por consiguiente, una contribución primordial a la organización del ejército republicano, la IC creó las Brigadas Internacionales y la Unión Soviética fue la principal

con sus métodos propios. Los caballeristas trataron de conciliar a todos —para lo que, por otra parte, no se prestaba en absoluto el carácter de su jefe— y acabaron enfrentándose con todos. A medida que avanzaba la restauración del Estado republicano se iban convirtiendo en un obstáculo mayor para llevar esa restauración hasta sus últimas consecuencias. Las presiones sobre Largo Caballero se acentuaron, no sólo por parte del PCE, de los delegados de la IC y de los consejeros soviéticos, sino del mismo Stalin, que no vaciló en intervenir directamente en los problemas de la política interior española. En una carta firmada por Stalin, Mólotov y Vorochilov, fechada el 21 de diciembre de 1936, y dirigida a Largo Caballero, se le dan a éste «cuatro consejos amistosos». Entre ellos: «Atraer al lado del gobierno a la burguesía urbana, pequeña y media», «no rechazar a los dirigentes de los partidos republicanos, sino, contrariamente, atraerlos, aproximarlos y asociarlos al esfuerzo común del gobierno»; «en particular es necesario asegurar el apoyo al gobierno por parte de Azaña y su grupo, haciendo todo lo posible para ayudarlos a cancelar sus vacilaciones.» «Esto es también necesario —agrega Stalin— para impedir que los enemigos de España vean en ella una república comunista y prevenir así su intervención declarada, que constituye el peligro más grave para la España republicana.» Y otra «sugerencia»: «Es muy posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz en España de lo que fue en Rusia.» (En *Guerra y revolución en España*, t. II, p. 101-103, se incluyen los textos completos de la carta de Stalin y de la respuesta de Caballero.) Huelga comentar lo que significa estos «consejos amistosos» viniendo del jefe de Estado que tenía en sus manos el abastecimiento en armas de la república española y sus reservas de oro. Caballero responde, en sustancia, que todo lo que le aconsejan ya se hace, lo que en buen castellano quería decir que los consejos eran innecesarios. Y se permite una objeción: «Contestando a su alusión, conviene señalar que, cualquiera que sea la suerte que lo porvenir reserva a la institución parlamentaria, ésta no goza entre nosotros, ni aun entre los republicanos, de defensores entusiastas». Lo que no era —ni la observación, ni la afirmación de que todo lo que preconizaba Stalin ya se hacía— como para tranquilizar al destinatario de la respuesta.

Stalin acentúa la presión. A finales de febrero de 1937, envía a Caballero otro «consejo», esta vez apremiante: debe procederse inmediatamente a la unificación de los partidos comunista y socialista. Caballero se niega. (El

abastecedor en armas de la República, amén de ayudarla con valiosos especialistas militares. Si la guerra fuera sólo una empresa tecnomilitar sería difícil encontrar tacha en la aportación del trinomio PCE-IC-URSS a la lucha del pueblo español contra el fascismo (si prescindimos, por el momento, de la cuestión relativa al volumen de los armamentos proporcionados por el gobierno soviético a la República). Pero como es bien sabido desde Clausewitz, la guerra es «un verdadero instrumento político, una prosecución de las relaciones políticas, una realización de éstas por otros medios»¹⁵³. Y muy especialmente, podría agregarse, una guerra civil. La tesis del PCE: «si no se gana la guerra, no hay revolución posible», era la evidencia misma; pero la otra que iba siempre asociada: «ganando la guerra hemos ganado la revolución», era la ambigüedad misma¹⁵⁴. Porque, como ya vimos anteriormente, cada una de las organizaciones políticas y sindicales del campo republicano tenía su propia concepción de la «revolución», y pugnaba por hacerla prevalecer, *continuando* su política anterior, desde el primer día de la guerra civil. La «guerra» no era un aspecto autónomo de la lucha global, que permitiera poner entre paréntesis las tres principales «variantes» de revolución que se enfrentaban: la proletaria, la democrática burguesa, y la liberal burguesa. El combate en los frentes, los instrumentos directamente militares, estaban en conexión estrecha con uno u otro tipo de organización social y política. Y según qué tipo de régimen politico-social prevaleciese durante la guerra civil, todo el porvenir de la República quedaría fuertemente condicionado. La fuerza militar puesta en pie por el PCE, la IC y la ayuda soviética estaba al servicio de dos objetivos políticos esenciales: resistir militarmente a los facciosos y asegurar que prevaleciese el tipo «democrático burgués» de república, aceptable para los republicanos burgueses y supuestamente aceptable también para las «democracias occidentales». Pero al ser instrumento de este segundo objetivo, la fuerza militar PCE-IC-URSS entraba en conflicto con la realidad revolucionaria creada, y con la mayoría del proletariado que consideraba esa realidad como su máxima conquista. Semejante conflicto no podía por menos que quebrantar, en definitiva, la potencia militar de la república. Entre los dos objetivos políticos a cuyo servicio estaba el esfuerzo militar del PCE, la IC y la ayuda soviética, no existía complementaridad sino contradicción. El segundo socavaba los efectos positivos del primero. Los acontecimientos se encargaron de demostrarlo muy rápidamente.

En los primeros meses de 1937, los caballeristas, anarco-

hecho fue revelado por Araquistain, después de terminada la guerra, y su versión es recogida por Peirats en el libro ya citado —nota 138—, t. II, p. 375-376. Maidanik lo confirma en estos términos: «Caballero rechazó de nuevo la propuesta de unificación inmediata de los dos partidos, que le hicieron el PCE y dirigentes del movimiento obrero internacional.» No menciona a Stalin, pero da como fuente de su afirmación... el libro de Peirats, t. II, p. 375-376. Véase Maidanik: *Op. cit.*, p. 293.)

En vista de la terca resistencia de Caballero a actuar como un buen secretario de sección nacional de la IC, había que echarlo, como se hacía con los malos secretarios de las secciones nacionales de la IC. La operación se realiza, como hemos visto (nota 147) a finales de mayo de 1937.

149. Independientemente de que las concepciones anarcosindicalistas sobre el sistema social llamado a reemplazar al capitalismo fueran válidas o no, lo evidente era su absoluta incompatibilidad con las exigencias de la guerra. La demostración más inapelable la dio la práctica, y también es significativo que, en el plano del análisis, hasta los autores más simpatizantes con las realizaciones sociales de la CNT durante la guerra civil tienen que reconocer ese fallo fundamental. En la medida en que los anarcosindicalistas intentaron afrontar la guerra con eficacia, tuvieron que abandonar uno tras otro sus postulados esenciales. Y en la medida en que no los abandonaban, el intento de llevarlos a la práctica constituyó un enorme obstáculo para resolver el problema más inmediato y angustioso que tenía planteada la revolución: derrotar a la contrarrevolución personificada en los ejércitos de los generales españoles y de sus aliados extranjeros. Esta tarea exigía un poder dictatorial, una unidad máxima, el sacrificio temporal de toda aspiración de mejora material, etc. La tarea podía resolverla un poder proletario revolucionario o un poder burgués. Como no podía resolverse en manera alguna era **sin poder**. La tragedia de la revolución española es que no supo darse ni un poder revolucionario a semejanza del bolchevique en la guerra civil rusa, ni un poder jacobino burgués a semejanza del de los revolucionarios franceses de 1793.

150. Sobre el nacimiento del POUM, véase final de la nota 129. El comienzo de la guerra civil española coincidió con la iniciación de los «procesos de Moscú». Kámenev y Zinoviev fueron condenados a muerte en agosto. El POUM, al denunciar los crímenes de Stalin contra la vieja guardia bolchevique, se convirtió en la bestia negra del dictador y, en consecuencia, de la IC y del PCE.

sindicalistas y poumistas llegaron al convencimiento de que su adaptación a la línea impuesta por Moscú, sin tener efecto positivo alguno sobre la actitud de las «democracias occidentales», se traduciría, en cambio, en un retroceso continuo del «contenido proletario» inicial de la revolución y en el fortalecimiento del PCE, de los socialistas reformistas y de los republicanos burgueses dentro de las estructuras políticas y militares. Les inquietaba, sobre todo, la posición hegemónica que el PCE adquiriría en el ejército. Y el terror desencadenado por Stalin contra las oposiciones dentro de la URSS vino a sumarse a las motivaciones propiamente españolas para llevar esa inquietud al colmo. El terror estalinista aparecía ante caballeristas, anarcosindicalistas y poumistas, como la prefiguración de lo que les esperaba en caso de un final victorioso de la guerra civil con hegemonía comunista. Y la posición que inmediatamente había adoptado el PCE no era como para tranquilizarles. En perfecta sincronización con los «procesos de Moscú» reclamaba, en efecto, el exterminio del POUM, y acusaba de enemigos de la Unión Soviética, de cómplices del fascismo, a los caballeristas y anarquistas que denunciaban los crímenes de Stalin¹⁵⁵. Imbuidos de una fe ciega en los dirigentes soviéticos, los comunistas españoles no podían dudar de que en Moscú se estaba exterminando a «enemigos del pueblo», a «espías fascistas». Y cuando en España se estaba librando una lucha a muerte contra el fascismo, cuando la Unión Soviética era la única potencia que ayudaba a la república española, sólo otros «enemigos del pueblo», otros «agentes encubiertos» del fascismo —se decían los comunistas españoles— podían salir en defensa de los que Stalin suprimía. La introducción de este virus de desconfianza, cuando no de odio, llevó al paroxismo las divergencias políticas y doctrinales entre las organizaciones y grupos que representaban al proletariado revolucionario. Mientras tanto, los republicanos burgueses y los reformistas del PSOE observaban una sabia discreción ante el drama que se desarrollaba en Moscú. El foso que se abría entre el PCE y las otras fracciones del proletariado revolucionario hacía de Azaña y Prieto los árbitros de la situación.

La «crisis de mayo» (1937) fue el resultado de ese proceso global. Se eliminó del gobierno al caballerismo y al anarcosindicalismo, y el poder quedó en manos de socialistas reformistas, republicanos burgueses y PCE¹⁵⁶. Inmediatamente se llevó a cabo la represión policiaca contra el POUM, seguida de la ofensiva política contra Largo Caballero y sus partidarios. Mientras el PCE los denunciaba como cómplices

En noviembre impusieron a los otros partidos del Frente Popular que el POUM no estuviera representado en la Junta de Defensa de Madrid. El socialista Albar informó a los dirigentes del POUM que Rosenberg había puesto el veto. (Véase Broué: *Op. cit.*, p. 275.) El 28 del mismo mes el cónsul soviético en Barcelona dio una nota a la prensa calificando a *La Batalla*, órgano del POUM, de «prensa vendida al fascismo internacional». Poco después el POUM era excluido del Consejo de la Generalidad. El 17 de diciembre *Pravda* escribía: «En Cataluña ha comenzado la limpieza de trotskistas y anarquistas y será llevada a cabo con la misma energía que en la URSS» (Hugh Thomas: *La guerra civil española*, Ruedo ibérico, p. 302). Es decir, había que ir a la exterminación física de poumistas y anarquistas. La prensa del PCE desencadena una campaña virulenta con el estribillo de que trotskistas e «incontrolados» (en España no se podía escribir abiertamente «anarquistas», como *Pravda*) son «enemigos del pueblo» igual que los fascistas. El Pleno del Comité Central del PCE, celebrado del 5 al 8 de marzo de 1937, plantea la tarea concreta de acabar con el POUM. En el informe al pleno leído por José Díaz se dice: ¿Quiénes son los enemigos del pueblo? Los enemigos del pueblo son los fascistas, los trotskistas y los «incontrolados». Nuestro enemigo principal es el fascismo. Contra él concentramos todo el fuego y todo el odio del pueblo [...] pero nuestro odio va dirigido también con la misma fuerza concentrada, contra los agentes del fascismo, que como los «poumistas», trotskistas disfrazados, se esconden detrás de consignas pretendidamente revolucionarias, para cumplir mejor su misión de agentes de nuestros enemigos emboscados en nuestra propia retaguardia.» Y más adelante se declara: «El fascismo, el trotskismo y los «incontrolados», son, pues, los tres enemigos del pueblo que deben ser eliminados de la vida política, no solamente en España, sino también en todos los países civilizados.» (José Díaz: *Tres años de lucha*, p. 322-324.) La campaña se intensifica hasta los acontecimientos de mayo en Barcelona: el choque armado entre las fuerzas del gobierno, representadas principalmente por las fuerzas del PCE, y el POUM más una fracción del anarcosindicalismo. Apoyándose en documentos alemanes, el PCE sostuvo la tesis —no rectificada hasta la fecha— de que los promotores principales de los sucesos fueron los dirigentes del POUM movidos por agentes de Franco. Pero como dice justamente Broué, de los citados documentos no se desprende que dichos agentes actuaran sirviéndose del POUM o sólo a través del POUM. Ningún agente o

del POUM, el grupo de Prieto maniobraba para desalojar a los caballeristas de sus posiciones en el PSOE y en la UGT. Paralelamente, en la CNT fortalecían sus posiciones los elementos más moderados y reformistas¹⁵⁷. Se daba así un paso decisivo en la difícil tarea encomendada por Stalin a la IC: reintegrar la revolución española al recinto «democrático burgués» del que no «debía» haber salido. Pero el principal beneficiario de la operación no fue su principal ejecutor, el PCE; lo fue el bloque de republicanos burgueses y socialistas reformistas, que ocuparon los puestos clave del gobierno: además de la jefatura, el ejército, la política exterior y la economía. Ciertamente el PCE controlaba a una parte esencial del ejército, pero teniendo en cuenta que el principio supremo de su política —de la política de Stalin— era conservar la alianza con el bloque burgués reformista de la república, al PCE le estaba absolutamente vedado utilizar esa fuerza militar contra sus sagrados aliados. Y Prieto, al frente del Ministerio de Defensa, pudo emprender metódicamente la tarea de ir reduciendo el peso específico de los comunistas en los cuadros de mando de las fuerzas armadas y del Comisariado. Al mismo tiempo la política general del gobierno evolucionaba rápidamente hacia la derecha en el plano interior y se orientaba a una salida negociada de la guerra. Lo que se abría paso, en definitiva, era la política de Azaña (véase la nota 147). Y es que las grandes revoluciones sociales, como era la española, o avanzan decididamente hasta sus últimas consecuencias, o retroceden no menos decididamente y desembocan en la contrarrevolución. Mucho antes de que las tropas fascistas irrumpieran en Barcelona y Madrid, la contrarrevolución se instalaba silenciosamente en la zona republicana. A medida que la guerra civil se prolongaba, con su cortejo de privaciones y sacrificios, a medida que la correlación de fuerzas militares se modificaba a favor del enemigo (el cual recibía de Alemania e Italia una asistencia mucho mayor que la proporcionada por la URSS a la república), el desánimo y el derrotismo se propagaba entre las capas pequeño burguesas de la ciudad y del campo, contagiando también a grupos del proletariado. La política capituladora de Azaña y Prieto adquiría una base social cada vez más amplia, mientras que la resistencia a ultranza preconizada por los comunistas encontraba un escepticismo creciente. El PCE se esforzaba desesperadamente por atajar esa degradación de la situación, pero ni la propaganda, ni las medidas destinadas a reforzar el ejército o a intensificar la producción de armas, podían compensar el vacío dejado por la pérdida de lo que había sido el resorte decisivo de

grupo de agentes provocadores hubiera podido tener éxito si la situación objetiva para el choque no estuviera creada. (Broué: *Op. cit.*, p. 340.) Y esa situación había sido creada por la campaña ideológica y política dirigida desde Moscú contra el POUM. A nuestro juicio, los planteamientos políticos del POUM en ese período hicieron el juego a la provocación que se estaba montando contra él, y de la que era plenamente consciente. El 14 de marzo de 1937, Nin plantea que «aunque menos favorable que durante los primeros meses de la Revolución, la relación de fuerzas es tal que el proletariado puede actualmente apoderarse del poder sin recurrir a la insurrección armada» (reproducido en *La Batalla*, julio-agosto de 1966). Cosa totalmente falsa. Las fracciones del proletariado que en aquella situación podían hipotéticamente coincidir con las posiciones de Nin —determinada fracción del caballerismo y del anarcosindicalismo, aparte del propio POUM— no podían intentar apoderarse del poder más que a través de la lucha armada contra las fuerzas del PCE (y de los republicanos y socialistas que coincidían con sus posiciones políticas), el cual controlaba parte fundamental del ejército. Plantear la cuestión como la planteaba Nin era encaminarse a la guerra civil dentro del campo republicano. Y la guerra civil dentro del campo republicano no podía llevar a la salvación de la revolución proletaria ni del Estado republicano democrático burgués: sólo podía conducir a acelerar la victoria de la contrarrevolución fascista. Ver la «relación de fuerzas» en el campo de la república sin tomar en consideración el «otro campo» era un error monumental. El 28 de septiembre de ese año Trotski escribía: «El gobierno Negrín-Stalin es un freno casi-democrático sobre la vía del socialismo, pero es también un freno, cierto que no seguro, ni duradero, pero sin embargo un freno, sobre la vía del fascismo. Mañana, pasado mañana, el proletariado español podrá, tal vez, romper ese freno para opoderarse del poder. Pero sin ayudarse, aunque sólo fuera pasivamente, a romperlo hoy, no serviría más que al fascismo.» (Ecrits, III, p. 528-529.) Este juicio lúcido —poco después Trotski formulará otros no tan lúcidos, que se contradicen con éste— era perfectamente aplicable a la situación de marzo de 1937. Posiblemente el error de Nin fue determinado, al menos en parte, por la dramática situación de acoso en que se encontraba el POUM. En todo caso sirvió para hacer el juego al criminal juego de Stalin. Después de las sangrientas jornadas de mayo vino la fase final de la persecución contra el POUM, cuya crónica es bien conocida. (Véase,

la combatividad popular en los primeros meses: el entusiasmo revolucionario. La masa más radical del proletariado se sentía relegada y burlada, y en el seno mismo del Partido Comunista, tras un optimismo de fachada, nacía la duda y la vacilación. Aparecieron críticas contra la política de alianza con los dirigentes republicanos burgueses y los reformistas del PSOE, y se expresó la idea de que la única salida a la situación creada era que el partido tomara plenamente en sus manos la dirección de la guerra¹⁵⁸. Estas tendencias iban asociadas a la convicción, que ganaba a muchos comunistas, de que las esperanzas puestas en una ayuda de las «democracias occidentales» se habían revelado totalmente ilusorias. ¿Por qué tener miramientos con los que en España personificaban políticamente a esa «burguesía democrática» anglofrancesa, y a esa «socialdemocracia» que traicionaban al pueblo español? ¿Por qué sacrificar a la alianza con los que se orientaban a la capitulación las posibilidades que pudiesen quedar de una política de guerra revolucionaria, susceptible de reanimar las energías combativas del proletariado, de imponer una disciplina férrea, y de aprovechar al máximo los recursos existentes?

Tales ideas llegaron a reflejarse, incluso, en uno de los órganos centrales del PCE, *Mundo Obrero*, que por publicarse en Madrid no se encontraba bajo el control inmediato de la dirección del partido (cuya sede estaba en Barcelona y tenía como órgano oficial de expresión *Frente Rojo*). En el número del 23 de marzo de 1938 la redacción de *Mundo Obrero* plantea: «No se puede, como hace un periódico, decir que la única solución de nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista, porque Francia lo quiere así [...] El pueblo español vencerá con la oposición del capitalismo.» La dirección del PCE reacciona inmediatamente. En una carta firmada por José Díaz y publicada en *Frente Rojo* del 20 de marzo, se amonesta con severidad a la redacción de *Mundo Obrero*: «La afirmación de que «la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista —dice la «carta»—, es plenamente correcta y corresponde exactamente a la posición de nuestro partido». En cuanto a la tesis de que «el pueblo español vencerá con la oposición del capitalismo», «tampoco corresponde, escribe José Díaz, ni a la situación ni a la política de nuestro partido y de la Internacional Comunista». «En mi informe al Pleno de noviembre [1937] de nuestro Comité Central —sigue diciendo el secretario general del PCE— afirmábamos: «Hay un terreno sobre el cual todos los Estados democráticos pueden unirse y actuar juntos. Es el terreno de la defensa de

entre los escritos recientes sobre el tema, el ponderado artículo de Juan Andrade, en *La Batalla* de junio de 1967.) Agregamos, por nuestra parte, que la represión contra la POUM, y en particular el odioso asesinato de Andrés Nin, es la página más negra en la historia del Partido Comunista de España, que se hizo cómplice del crimen cometido por los servicios secretos de Stalin. Los comunistas españoles estábamos, sin duda, alienados —como todos los comunistas del mundo en esa época y durante muchos años después— por las mentiras monstruosas fabricadas en Moscú. Pero eso no salva nuestra responsabilidad histórica. Han pasado catorce años desde el XX Congreso y el PCE no ha hecho aún su autocritica, ni ha prestado su colaboración al esclarecimiento de los hechos. Suponiendo —cosa bastante probable, a nuestro conocimiento— que los actuales dirigentes del PCE no puedan aportar gran cosa a lo que ya es sabido, si podrían exigir del PCUS que revelara los datos que sólo él posee. El caso de Nin pertenece a la historia de España, no sólo a la de la URSS.

151. Pierre Broué: *Op. cit.*, p. 272.

152. En su informe de marzo de 1937, ante el Pleno del Comité Central del PCE, José Díaz da los siguientes datos sobre la composición social de los 249 140 miembros que en ese momento cuenta el partido (sin contar los 45 000 del PSU de Cataluña):

Obreros industriales	87 000
Obreros agrícolas	62 000
Campesinos*	76 000
Clase media	15 000
Intelectuales	
y profesiones afines	7 045

(José Díaz: *Tres años de lucha*, p. 326.)

(* Por «campesinos» debe entenderse aquí propietarios agrícolas pequeños y medios; por «clase media», la pequeña burguesía urbana propietaria de pequeñas industrias y comercios; por «profesiones afines» a los «intelectuales», los funcionarios, médicos, abogados, etc.) De estos 250 000 miembros, 130 000 estaban en el ejército; en la primavera de 1937, alrededor de los dos tercios del ejército se encontraba bajo la influencia del PCE, y no menos de un tercio militaba en las filas del PCE, según datos de Maidanik (*Op. cit.*, p. 278-280). Posiblemente haya cierta exageración en estos últimos porcentajes, pero es indudable que la mayor parte de los 150 000 proletarios industriales y agrícolas miembros del partido, por lo general muy jóvenes, estaban en el ejército. El mismo Maidanik dice: «Un comunista búlgaro llegado a España a comienzos de 1937 [se trata probablemente de «Stepanov», delegado de la IC. FC] escribía que «el partido comunista es, en lo esencial, un partido militar» (*Op.*

su propia existencia contra el agresor de todos: el fascismo; es el terreno de la defensa contra la guerra que nos amenaza a todos». Cuando hablábamos aquí de «todos los Estados democráticos» no pensábamos solamente en la Unión Soviética, donde existe una democracia socialista, sino que pensábamos también en Francia, Inglaterra, Checoslovaquia, en los Estados Unidos, etc., que son países democráticos, pero capitalistas. Nosotros queremos que estos Estados nos ayuden; pensamos que defienden su propio interés al ayudarnos; nos esforzamos en hacérselo comprender y solicitamos su ayuda. La posición que adoptáis en vuestro artículo es muy diferente y no es justa [...] nos llevaría inevitablemente, una vez más, a restringir el frente de nuestra lucha, en el momento en que es preciso ampliarlo.»¹⁵⁰ Por consiguiente, el 30 de marzo de 1938, cuando ya era archievidente (en realidad lo era desde que Blum, a los pocos días de estallar la guerra civil española, supeditó su actitud a la del gobierno conservador inglés) que el capitalismo «democrático» no movería un dedo en ayuda de la república española, por mucho que ésta «ampliara» su significación política, la IC (bajo la firma de José Díaz) seguía meciéndose en la dulce ilusión —y fomentándola en los combatientes españoles— de que Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, ayudarían al pueblo de España. Sigue fomentando estas ilusiones (y basando en ellas toda la política de su sección española), pese a que, como reconocen los historiadores soviéticos, «desde finales de 1937 era cada vez más notoria la confabulación [contra la república española] de los Estados fascistas con los Estados Unidos, Inglaterra y Francia»¹⁶⁰. Y en efecto, quince días después de la reprimenda a *Mundo Obrero*, Inglaterra llega a un acuerdo con Mussolini sobre la retirada de los «voluntarios» italianos una vez lograda la victoria de Franco; a mediados de junio el gobierno francés cierra la frontera pirenaica; y septiembre trae Munich. Mientras tanto, la «ampliación» preconizada por la «carta» se traduce en la renuncia formal (que en la práctica era el reconocimiento de la situación ya existente) al contenido revolucionario que inicialmente había tenido la lucha. Como muy exactamente dice G. Jackson, con los «13 puntos» de Negrín, patrocinados por el PCE, se «presentaba a la opinión mundial la imagen de un régimen cuyos propósitos y métodos eran similares a los de las democracias occidentales; era un esfuerzo supremo para convencer a los gobiernos de Occidente de su propio interés en la supervivencia de la República»¹⁶¹. Pero los «gobiernos de Occidente», a diferencia de la IC, enfocaban el problema con criterio clasista, y el repre-

cit., p. 280). Y agrega : « Al mismo tiempo hay que reconocer que la conquista por los comunistas de las masas trabajadoras de la retaguardia, si se excluye Cataluña, fue comparativamente lenta, sobre todo entre el proletariado agrícola [...] En la retaguardia y en los sindicatos la fuerza de la tradición seguía jugando a favor de socialistas y anarquistas » (p. 280-281). La exclusión de Cataluña es muy discutible ; en la primavera de 1937 el partido no tenía aquí más que 45 000 miembros, y su crecimiento principal fue entre los trabajadores del comercio, pequeña burguesía, etc.

153. Carl von Clausewitz : *De la guerra*, Editions de Minuit, París, 1965, p. 62.

154. José Díaz : *Tres años de lucha*, p. 350.

155. Véase nota 150. En el mismo informe de José Díaz al que se alude en esa nota (informe leído por José Díaz, pero elaborado fundamentalmente por el equipo de la IC que superdirigía al PCE) se dice : « He aquí que se descubre una conspiración gestada por los trotskistas en la Unión Soviética y los reos trotskistas traidores a la Patria del Socialismo, convictos y confesos, van a ser juzgados por el Tribunal Proletario. He aquí que la prensa fascista alemana e italiana, llena de injurias al régimen soviético por haber descubierto la trama criminal de sus agentes. Pues los trotskistas españoles, como no podían menos, corren en defensa de sus amigos, empleando para ello el mismo lenguaje de los fascistas. *La Batalla* del día 24 de enero de 1937, para no citar más que un número, contiene la siguiente afirmación : « En Moscú se prepara un nuevo crimen. En la Rusia actual ha sido abolida la más elemental idea de democracia obrera, para caer en un régimen burocrático de dictadura personal. Al proletariado internacional no se le puede decir que defienda la causa de Rusia si se niega el derecho de saber lo que ocurre en Rusia. » ¿ Para qué citar más ? Basta con lo expuesto para poner de relieve la coincidencia entre fascistas y trotskistas. Como se ve, estas gentes no tienen nada que ver con el proletariado, ni con ninguna tendencia que se precie de honrada. Y si nosotros combatimos a los trotskistas es porque son agentes de nuestros enemigos, introducidos en las filas antifascistas. Es un grave error considerar a los trotskistas como una fracción del movimiento obrero. Se trata de un grupo sin principios, de contrarrevolucionarios clasificados como agentes del fascismo internacional. El reciente proceso de Moscú ha demostrado, a la

sentante más solvente del capitalismo español no era el gobierno de Negrín sino el gobierno de Franco. El capitalismo « democrático » no se conformaba con menos que el aplastamiento total del proletariado español, lo cual exigía el aplastamiento de una república que durante casi una década había demostrado suficientemente su imposibilidad histórica como « república democrático-burguesa ». Los « gobiernos occidentales » podían, en todo caso, ser sensibles a la quimérica imagen de la realidad republicana española que el PCE y Negrín se esforzaban en presentar, pero eran orgánicamente incompatibles con la realidad que se ocultaba tras esa imagen : la realidad de un proletariado revolucionario, presto a levantar cabeza a la primera oportunidad. El drama se aproximaba a su desenlace sobre la base de los términos mismos en que las clases y la lucha de clases (y no el dogma teórico de la IC sobre la inevitabilidad de una etapa « democrático-burguesa ») lo habían planteado en la España concreta de 1936 : *fascismo o comunismo*. (Entendiendo por « comunismo » lo que todo el mundo entendía por aquel entonces refiriéndose a Estaña : la revolución proletaria peculiar, de rasgos originales e intransferibles, *española* en una palabra, que se había propagado como huracán por el territorio peninsular en la segunda mitad de 1936.)

Las concesiones ideológicas y políticas que en los últimos meses de la guerra hacen el PCE y Negrín para « facilitar » la « unión nacional » de los « españoles patriotas » de ambos bandos, la reducción a 3 de los « 13 puntos » de Negrín, sólo servían para convencer a los más optimistas de que la república estaba al borde del desastre. El « partido de la capitulación » engrosó hasta ser el más influyente de la zona republicana. De ahí el hundimiento catastrófico de Cataluña, y el éxito del complot de Casado que lleva al derrumbamiento final. A última hora, el PCE intentó reaccionar, dando de lado todo miramiento con los aliados burgueses y reformistas, toda preocupación respecto al capitalismo « democrático ». Pero era tarde¹⁶². Todos los sacrificios y heroismos de tres años se hundían junto con una política que desde el primer día de la guerra civil había vuelto la espalda a imperativos esenciales de la realidad revolucionaria española para ajustarse a los imperativos de la estrategia internacional de Stalin.

La sujeción del PCE a esa estrategia fue, en efecto, un grave obstáculo para el *pleno* despliegue de las reservas combativas y de las iniciativas creadoras, de las fuerzas capaces de hacer milagros, que toda gran revolución social

luz del día, que el jefe de la banda, Trotski, es un agente directo de la Gestapo.» (Tres años de lucha, p. 323.)

156. Las dos centrales sindicales, UGT y CNT se negaron a participar en el nuevo gobierno. En los meses siguientes la dirección prietista del PSOE, con ayuda del aparato del Estado, logró desalojar de la dirección de la UGT a los caballeristas y decidir la reincorporación de ésta al gobierno. Al cabo de un año los elementos moderados lograron predominar también en la dirección de la CNT, la cual volvió a estar representada en el gobierno (abril de 1938).

157. En el informe al Pleno del Comité Central del PCE, de noviembre de 1937, leído por José Díaz, se dice :

«Después de la caída del gobierno Largo Caballero se manifestó la tendencia a la formación de un bloque de oposición al gobierno de Frente Popular. El eje de este bloque era el grupo derrotado de Largo Caballero, que ha caído bajo la influencia del trotsquismo, y que por un lado se ligaba al trotsquismo contrarrevolucionario, mientras por el otro hacía esfuerzos por atraer a la CNT a una política antigubernamental [...] El grupo Largo Caballero lucha también contra el Frente Popular. Es el complemento de su política escisionista y derrotista. No es una casualidad el que este grupo se haya convertido en el protector oficial del general Asensio y con los espías trotskistas son parte de su misma política.» (Tres años de lucha, p. 416-417.)

Mientras los máximos representantes de la política derrotista y capituladora, Azaña y Prieto, estaban en la presidencia de la república y al frente del Ministerio de Defensa, el PCE concentraba el fuego contra la tendencia de Largo Caballero, recurriendo al mismo tipo de «argumentos» que servían para la represión contra el POUM.

Paralelamente, la dirección prietista del PSOE, llevaba a cabo la ofensiva contra los caballeristas en el seno del PSOE y de la UGT. El PCE aplaude. En un artículo publicado el 16 de agosto de 1938 en *Frente Rojo*, se elogia «el acuerdo firme y enérgico del Comité Nacional del Partido Socialista de ordenar «a todos los organismos del partido que tomen las medidas adecuadas para asegurar la compenetración de todos los militantes, sin tolerar la organización y el funcionamiento de tendencias o fracciones» (Tres años de lucha, p. 470-471).

Poco después de derribado Largo Caballero del gobierno, el PCE estrecha las relaciones con la dirección

lleva en su seno. *Dentro de los límites* que le impuso esa sujeción, el partido dio ejemplo, como ya hemos dicho, en la organización del ejército, en alentar el espíritu de combate, en exaltar los aspectos antifascistas, nacional liberales, de la lucha, etc. Cosa que era absolutamente necesaria y vital. Pero el *pleno* despliegue de las potencialidades más arriba indicadas exigía, ante todo y sobre todo, que el proletariado —la fuerza revolucionaria decisiva— no dudase en ningún momento de que la lucha a muerte entablada era la lucha que le liberaba de la esclavitud capitalista. No como promesa para una etapa ulterior sino como afirmación y desarrollo del contenido socialista que la revolución en acto había tenido desde las jornadas de julio; como traducción de ese contenido en una nueva legalidad y nuevas instituciones, como instauración, ante todo, del *poder proletario*. Todos los otros contenidos de la guerra revolucionaria eran importantes y ninguno debía ser subestimado, pero a condición de ser subordinados a ese contenido socialista. Sobre esta base era necesario, y podía ser comprendido por el proletariado, el respeto de la pequeña propiedad que no explotase trabajo ajeno, la alianza con las capas pequeño burguesas no explotadoras, la colaboración con grupos políticos no proletarios que en función de los otros aspectos de la guerra (antifascista, nacional, etc.) estuviesen dispuestos a participar en la lucha. Sobre esa base, el aspecto de defensa de la independencia nacional que la intervención italogermana confería a la guerra civil podía significar para el proletariado algo más que el patriotismo tradicional: la defensa de su propia liberación.

Reconocer la prioridad absoluta de la esencia proletaria y socialista de la revolución, reafirmarla en todos los planos, partir de ella para la solución de todos los problemas que planteaba la guerra, era un imperativo tanto más insoslayable —conviene insistir en ello— cuanto que *esa esencia había sido inscrita ya en la realidad por las mismas masas*, y todo retroceso no podía por menos de provocar su desconfianza, quebrantar su moral y, en definitiva, llevarlas a la conclusión de que para restaurar la república azañista no valía la pena consentir tan inmensos sacrificios. El espíritu que hizo posible la defensa de Madrid fue el espíritu de la revolución proletaria, y si existía una posibilidad de victoria no podía estar más que en su preservación y propagación. Para lo cual hacía falta la creación de un poder proletario revolucionario, que no dejara lugar a dudas sobre los objetivos de la lucha y abordara con firmeza inflexible la resolución de las tareas que la guerra ponía en primer plano: organización del ejér-

reformista del PSOE, llegando a un programa común el 17 de agosto de 1937.

158. Ya en el Pleno del Comité Central del PCE, de noviembre de 1937, se señala como un síntoma grave la « gran debilidad del trabajo del partido en los frentes », pese a que « el sesenta por ciento de nuestros efectivos están en el frente » (*Tres años de lucha*, p. 433).

En el mismo pleno se plantea : « Debemos luchar enormemente contra las vacilaciones [dentro del partido]. Debemos luchar contra los que insinúan algunas veces, con palabras sueltas, su desconformidad con esto o con lo otro, aun después de haberse celebrado plenos y reuniones. Esto obedece a dos causas. Una es la incompreensión todavía de las necesidades de nuestro partido y de nuestra política, porque en nuestro partido hay muchos afiliados nuevos [...] Pero hay otros camaradas, ya viejos en nuestro partido, que vacilan. Se presentan como si no comprendieran bien. Hacen insinuaciones que, naturalmente, en estos momentos ponen en peligro más que nunca la unidad del partido. » (*Ibid.*, p. 439.)

159. *Tres años de lucha*, p. 461-463. Obsérvese en el pasaje citado por José Díaz del informe de noviembre de 1937, al definir el « terreno sobre el cual todos los Estados democráticos pueden unirse », la formulación : es el terreno de la defensa contra la guerra que nos amenaza a todos ». Que al año y medio de haber comenzado la guerra en España se hablara en un documento del PCE de la guerra « que nos amenaza », pone bien de relieve la mano no española que había intervenido en su elaboración.

160. *Vsem'rnala Istoria*, t. IX, p. 349-350. (*Historia Universal*, en diez tomos, elaborada colectivamente por los más destacados historiadores soviéticos. Literatura socioeconómica, Moscú, 1956-1962.)

161. G. Jakson : *Op. cit.*, p. 376.

162. En los primeros días de marzo de 1939 la dirección del Partido Comunista español intentó tomar en sus manos los principales puestos de mando de la zona central (la única que le quedaba a la república después de la pérdida de Cataluña), en la que todavía existían importantes fuerzas militares y recursos para prolongar la resistencia. Pero la sublevación de Casado en Madrid y la huida de la flota de Cartagena —y, sobre todo, la actitud general de la población— frustraron el plan del PCE.

163. Basta leer los informes y artículos de José Díaz recopilados en *Tres años de lucha*, para comprobar hasta qué punto la cuestión de la lucha

cito y de la producción de armamento, abatecimiento, etc. Y algo que el gobierno restaurador del Estado republicano demoburgués, dominado cada vez más por los Azaña, Prieto y compañía, preocupado de asemejarse lo más posible a las « democracias occidentales » no se propuso, ni podía proponerse : la organización en gran escala de la guerrilla revolucionaria en la zona ocupada por los militares sublevados. Las características políticas que iba adoptando esa restauración se traducían en una concepción « convencional » de la forma de hacer la guerra. Pero si la organización de un ejército regular, la guerra de frentes y de movimiento a base de grandes unidades, eran obligadas en las condiciones concretas de la guerra civil española, la lucha de guerrillas era no menos necesaria y posible. Sólo que requería otro tipo de poder. Hay que subrayar esta carencia de la república porque tuvo una influencia considerable en el resultado final de la lucha. La acción guerrillera en gran escala —para la que existían condiciones muy favorables en toda una serie de zonas del país— no sólo hubiera reforzado considerablemente la potencia militar de la República y las probabilidades de victoria, sino que incluso en la eventualidad de una derrota a nivel de la « guerra convencional », habría sentado las bases para proseguir la lucha armada durante largo tiempo y enlazarla durante la guerra mundial con la resistencia antihitleriana¹⁶³.

La incompreensión del problema del Estado por los anarcosindicalistas, la inconsistencia táctica y organizacional del caballerismo constituían, sin duda, un gran obstáculo para la organización del tipo de poder revolucionario que las condiciones de guerra civil exigían de manera inexorable. Pero si el Partido Comunista, que comprendía mejor los imperativos de esas condiciones, hubiese abordado la crítica del anarcosindicalismo y del caballerismo colocándose en las posiciones de la revolución proletaria, en función de las necesidades de la guerra *revolucionaria*, y no en nombre de la democracia pequeño burguesa, habría encontrado un eco profundo en las masas anarcosindicalistas y caballeristas, y en muchos de sus mejores cuadros. Durruti no era, ni mucho menos, una excepción. Porque la guerra y la revolución enseñaban con enorme rapidez. Y en realidad, importantes sectores del anarcosindicalismo y del caballerismo comprendieron muy pronto que hacía falta poder estatal, ejército, disciplina, etc. Y lo hubieran comprendido aún más rápida y profundamente si el PCE no hubiese planteado esas tareas en oposición al contenido socialista de la revolución. En los primeros meses de la guerra existían grandes posibi-

Editions Ruedo ibérico

Jesús Ynfante

La prodigiosa aventura del

Opus Dei

Génesis y desarrollo de la

Santa Mafia

1. El fundador del Opus Dei. 2. Las bases de reclutamiento. 3. El Opus Dei y la Iglesia católica. 4. El aparato y los efectivos. 5. La mafia tecnocrática. 6. El Opus Dei y la clase dominante española. 7. El fascismo español : la ideología clerical-autoritaria. 8. El imperialismo del Opus Dei. 9. Apéndice 1. El Opus Dei y la izquierda política española. 10. Apéndice 2. Notas sobre **Camino**, el manual del perfecto clerical-autoritario. 11. Apéndice 3. Las obras corporativas de apostolado. 12. Apéndice 4. Las Constituciones del Opus Dei. 13. Anexo. Los socios militantes y simpatizantes del Opus Dei.

guerrillera en la zona ocupada por el enemigo quedó relegada al último lugar. Después de la derrota se reconocía en los medios dirigentes del PCE que ésa había sido una de sus mayores debilidades. Pero no era, evidentemente, una debilidad casual. El partido encontraba en esta cuestión la incomprensión y la resistencia de los dirigentes republicanos burgueses y de socialistas como Prieto. Y se plegaba —en ésta como en otras cuestiones— para conservar la alianza.

lidades para la unificación de comunistas, caballeristas, poumistas y anarcosindicalistas tipo Durruti, en un gran partido revolucionario, o al menos para su colaboración estrecha en la construcción de un Estado proletario. Pero el aprovechamiento de esas posibilidades dependía, ante todo, de que el PCE se situase sin reservas en el terreno de la revolución y abandonase todo esquema dogmático. Semejante partido y Estado tenían que ser plenamente independientes de la IC y del Estado soviético. Sólo así podían ser aceptables para las otras fracciones revolucionarias del proletariado español.

Sobra decir que nada de esto era posible siendo lo que eran la IC y la política estaliniana. Aun situándonos en la hipótesis, puramente especulativa a la altura de 1936, de que el PCE hubiese tomado el camino que acabamos de indicar, la situación internacional de la hipotética república socialista habría sido probablemente desesperada, a consecuencia de la oposición de la IC y de Stalin. Ciertamente podía jugar cartas que le estaban vedadas a la república frentepopulista, enfeudada a la política de Stalin y prisionera de su propia esencia pequeño burguesa: podía, con el ejemplo y su llamamiento directo, fomentar la lucha revolucionaria del proletariado francés. (En la segunda mitad de 1936 el espíritu del mayo-junio francés aún estaba vivo.) Análoga carta tenía ante Stalin. Negar ayuda al proletariado español, con el inmenso eco de simpatía que su lucha encontraba incluso en el movimiento obrero socialdemócrata, equivalía a asestar un terrible golpe al prestigio de la URSS entre los trabajadores de todos los países. Y aunque la estrategia internacional estaliniana se basaba fundamentalmente en la utilización de las contradicciones interimperialistas —y no en el desarrollo del movimiento revolucionario mundial— no podía prescindir del apoyo del movimiento obrero. Lo necesitaba, incluso, desde el punto de vista de la utilización de dichas contradicciones (para asegurar, por ejemplo, la alianza con Francia y llegar a un entendimiento con Inglaterra, necesitaba la « presión » de las clases obreras respectivas sobre sus burguesías). Una república española socialista del tipo supuesto —es decir, independiente de la IC y de Stalin—, y sólo así era concebible, poseía el arma que más temía Stalin: el arma de la crítica abierta, la posibilidad de denunciar claramente ante el proletariado mundial la conducta del gobierno de Moscú en caso de que éste negase la ayuda a la revolución española. No es absurdo suponer que puesto ante ese riesgo « Moscú se hubiese visto obligado a proporcionar armas, y tal vez a un precio más moderado »,

Daniel Artigues

el opus dei en españa

**Visión de conjunto de una
asombrosa aventura : cómo el
modesto grupo religioso de
1928 se ha convertido en una
poderosa organización que ha
marcado profundamente la
evolución ideológica y política
de España después de 1939.**

Nueva edición corregida y aumentada

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra : 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). **II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior :** 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). **III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos :** 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular : a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. **IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » :** 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. **V. El Opus Dei de 1957 a 1962. La Universidad de Navarra y la ascensión de los tecnócratas :** 1. Reorganización administrativa y marcha hacia una nueva política económica (febrero de 1957-junio de 1959) ; 2. El « nuevo curso económico » y la conquista de la autonomía universitaria (julio de 1959-abril de 1962) ; 3. La crisis de la primavera y el cambio ministerial de 1962. **Conclusión. Apéndices. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.**

272 páginas

30 F



Editions Ruedo ibérico

Ayuntamiento de Madrid

164. Trotski : *Ecrits*, III, p. 545.

165. El 16 de febrero de 1966 tuvo lugar en el Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central del PCUS, una discusión entre historiadores soviéticos, con participación de historiadores y especialistas militares. Se trataba de discutir el libro de Alexandre Nekritch : **22 de junio de 1941**, publicado en 1965 en Moscú, por las Ediciones Nauka. (Edición francesa de Grasset, París, bajo el título : **L'Armée Rouge assassinée**, con una presentación de Georges Haup.) Más adelante tendremos que referirnos a este libro en relación con los problemas de la IC en el periodo del pacto germanosoviético, limitándonos a señalar aquí que Nekritch pone de relieve las responsabilidades de Stalin en las derrotas sufridas por el ejército rojo en la primera fase de la guerra. El libro, que fue acogido con enorme interés por el lector soviético, fue objeto poco después de una violenta campaña de los estalinistas, que llevó a su prohibición y a tomar represalias contra el autor. Pero en la discusión del 16 de febrero de 1966 fue apoyado por la mayoría de los participantes. Y en el curso de la discusión hubo referencias a otros temas. Uno de los que intervinieron, de nombre Snegov, aludió de paso a que Stalin « **había traicionado la república española**, Polonia y los comunistas de todos los países ». Pero lo más significativo es que Deborin, representante en la discusión del punto de vista oficial, replicó violentamente a Snegov en lo que se refiere a Polonia, pero guardó silencio sobre el caso de la república española. (Véase la edición francesa citada, p. 244.)

como decía Trotski¹⁶⁴. Pero visto el problema a la luz de los acontecimientos posteriores, y en particular del pacto germanosoviético o de la condena y abandono de la revolución yugoslava en 1948, tampoco es absurdo suponer que Stalin hubiese reaccionado denunciando la alianza de nuestros hipotéticos comunistas españoles heterodoxos, su alianza con anarcosindicalistas, caballeristas y poumistas, como una siniestra confabulación — montada por la Gestapo bajo la dirección de Trotski — contra la URSS y las democracias occidentales, a fin de impedir que una y otras pudiesen acudir en ayuda de la república española legal, constitucional, parlamentaria, etc.

No prolongaremos esta especulación ucrónica, cuya única finalidad es poner de relieve facetas esenciales de lo que incluso algunos historiadores soviéticos califican ya de « traición de Stalin a la república española »¹⁶⁵. Coincidiendo con otros de Occidente, esos historiadores aluden, más particularmente, a la insuficiencia de la ayuda militar que Stalin dio a la república. Nuestra ucrónica trata de poner de manifiesto las posibilidades que esa « traición » frustró, al impedir la creación de un poder revolucionario en la zona republicana que habría acrecentado considerablemente la capacidad de combate del pueblo español. La política de Stalin, aplicada por la IC y el PCE, dio la hegemonía en la república a las fuerzas burguesas y reformistas que se orientaban al compromiso con el enemigo. Con el agravante de que ni siquiera respetó el orden legal y la soberanía en los que debía fundarse la respetabilidad del Estado republicano ante las « democracias occidentales ». Los servicios secretos estalinianos actuaron, en efecto, dentro de la república como si fueran la República de Mongolia Exterior. El caso más escandaloso, pero no el único, fue el asesinato de Nin después de haber fracasado el intento de utilizar al líder del POUM para montar una edición española de los « procesos de Moscú ». Como dice el historiador G. Jackson : « El caso Nin fue un terrible golpe moral al prestigio del gobierno Negrín. Dos meses después de haber ocupado el cargo, con enérgicas promesas de restablecer la justicia y la seguridad personal, el jefe del gobierno se vio obligado a tolerar el ultraje comunista o a batirse en retirada, con el riesgo de ser destruido como lo fue Largo Caballero. »¹⁶⁶ Juicio exacto, con la salvedad de que no era un « ultraje comunista », sino un ultraje al comunismo, más aún que al prestigio de Negrín. Pero el aspecto de la « traición » de Stalin que destacan los historiadores indicados, no es menos cierto : el yugulamiento de la revolución, la dependencia a que se vio constreñida la repú-

166. G. Jackson : *Op. cit.*, p. 338.

167. *Memorias de Azaña*, t. IV, p. 734. No podemos entrar aquí en un análisis de la posición soviética en la política de No Intervención impuesta por Londres. Pero es evidente que la aceptación de esta política por el gobierno soviético, y su observación escrupulosa durante los meses de agosto-septiembre y parte de octubre de 1936 —mientras que era infringida descaradamente por Alemania e Italia— impidió a la república aprovechar la ventaja inicial que tenía sobre los sublevados. Y, en general, entrar en el juego de la No Intervención era ya una manera de situar sobre un terreno desventajoso para la república el problema de la asistencia a la misma.

blica, no fueron compensadas por una ayuda siquiera equivalente a la recibida por los generales franquistas de Alemania e Italia, pese a que el armamento soviético fue pagado por anticipado con el oro del Banco de España, como es bien sabido. La cuestión de la « insuficiencia » no podrá aclararse definitivamente hasta que se abran los correspondientes archivos soviéticos. Sólo entonces podrá delimitarse lo que esa insuficiencia debe a las dificultades técnicas con que tropezaba la ayuda (a consecuencia de la distancia, del bloqueo, etc.) y el grado en que fue una insuficiencia « planificada », obedeciendo a consideraciones de política exterior. Lo que parece indudable es la existencia de este último aspecto. Stalin, en efecto, *no podía* —a menos de modificar radicalmente su estrategia internacional— ayudar a la república española más allá de lo que era compatible con su política de alianzas con las « democracias occidentales ». Y éstas no admitían, en modo alguno, que dicha ayuda llegara al punto de dar una ventaja militar decisiva a la república. Azaña y el embajador de la república en Moscú (Marcelino Pascua, miembro del Partido Socialista) lo comprendieron perfectamente. En el carnet de notas del primero figura la siguiente conversación con Pascua el 13 de agosto de 1937 : « A mí me parece —dice Azaña—, en contra de lo que por ahí se cree, que la cooperación rusa tiene un límite, que no es el posible bloqueo, sino la *aimstad* oficial inglesa. Opino que la URSS no hará nada en favor nuestro que pueda embarrular gravemente sus relaciones con Inglaterra, ni comprometer su posición en la política de amistades occidentales ». « Eso no ofrece duda ninguna —responde Pascua. Para la URSS el asunto de España es *baza menor*. »¹⁶⁷ Stalin ayudó a la república española para que pudiera prolongar su resistencia y llegar a una solución de compromiso, aceptable para las « democracias occidentales », en el marco de un sistema de alianzas antihitlerianas ; no para que pudiera vencer.

Esta conclusión que imponen los hechos y el análisis de la política exterior estaliniana, parecía entonces a los comunistas, y a muchos antifascistas españoles no comunistas, la calumnia más monstruosa de todos los tiempos. Pero los acontecimientos posteriores han demostrado con suficiente evidencia que Stalin no vacilaba en sacrificar a la razón de Estado, no ya la posibilidad sino la realidad de una revolución victoriosa, aunque tuviera lugar cerca de las fronteras soviéticas y no existiesen dificultades « técnicas » para proporcionarle la ayuda necesaria contra la intervención imperialista. El caso de la Resistencia griega al finalizar la segunda

168. A finales de 1944, la Resistencia griega, dirigida principalmente por los comunistas, era prácticamente dueña del territorio nacional, con un programa claramente revolucionario. La intervención del cuerpo expedicionario inglés restableció el poder de la reacción sin que Stalin moviera un dedo para impedirlo. En la segunda parte de este libro tendremos ocasión de examinar lo que fue la política de Stalin en este caso y, posteriormente, en relación con la guerra civil griega.

(Notas, p. 603-619.)

guerra mundial es suficientemente demostrativo¹⁶⁸. Entre las dos guerras mundiales, la política española de Stalin, aplicada por la IC y el PCE, fue el caso más relevante de supeditación de una revolución en acto a la razón de Estado de la potencia soviética.

(Capítulo 4, p. 168-197.)

Ediciones Oasis, México

Azaña, Manuel

Obras completas

(compilación y disposición de los textos, prefacio general, prólogos y bibliografía por Juan Marichal)

Tomo I (**Escritos juveniles - De historia y política francesa y española - Creación literaria - Crítica literaria**)

1252 p 1966 141 F

Tomo II (**Una política - En el poder y en la oposición**)

1058 p 1966 141 F

Tomo III (**La recuperación del ideal republicano - La guerra de España y su significado - Textos misceláneos - Escritos juveniles y cartas familiares - Diarios íntimos y cuadernillos de apuntes**)

968 p 1967 141 F

Tomo IV (**Memorias políticas y de guerra**)

982 p 1968 141 F

Prieto, Indalecio

De mi vida

Tomo I

368 p 1969 45 F

Tomo II

410 p 1970 45 F

Prieto, Indalecio

Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos

Tomo I

416 p 1967 45 F

Tomo II

372 p 1968 45 F

Tomo III

384 p 1968 45 F

Prieto, Indalecio

Palabras al viento

368 p 1969 45 F

Rivas-Xerif, Cipriano de

Retrato de un desconocido (vida de Manuel Azaña)

416 p 1961 24 F

Difusión Ruedo ibérico

CUADERNOS AMERICANOS

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia

por varios autores

2,—

Trayectoria ideológica de la revolución mexicana

por Jesús Silva Herzog

1,20

La reforma agraria en México

por Emilio Romero Espinosa

1,20

El drama de la América latina. El caso de México

por Fernando Carmona

2,50

Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución

por Fedro Guillén

0,80

El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson

por Alonso Aguilar Monteverde

1,—

Historia de la expropiación de la empresas petroleras

por Jesús Silva Herzog

1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

6, rue de Latran, Paris 5

Ayuntamiento de Madrid

Fernando Claudín

La crisis del movimiento comunista

I

De la Komintern al Kominform

La crisis de la Internacional Comunista ● La disolución ● La crisis teórica ● ¿Capitalismo agonizante? ● Stalin revisionista, o el socialismo integral en un solo país ● El monolitismo ● Transplantación del modelo soviético ● Ultracentrismo y rusificación ● La crisis política ● La experiencia alemana ● Insurrecciones prematuras y expulsiones premonitorias ● Socialdemocracia = socialfascismo = enemigo principal ● La experiencia frentista ● « Hay que saber terminar una huelga » (el 36 francés) ● La revolución inoportuna (España 1936-1939) ● La experiencia colonial ● Revolución china ● El apogeo del estalinismo ● Revolución y esferas de influencia ● La revolución frustrada (Francia) ● La revolución frustrada (Italia) ● La revolución lograda (Yugoslavia) y la revolución estrangulada (Grecia) ● De la « gran alianza » a los « dos campos » ● El reparto de las « esferas de influencia » ● El naufragio del oportunismo estaliniano ● El Kominform ● Las revoluciones del glacis ● Retroceso general del movimiento comunista en Occidente ● La brecha yugoslava ● Instauración de la dictadura burocrática y policiaca en el glacis ● Los procesos ● El relevo oriental ● Revolución china y « gran alianza » ● Guerra revolucionaria o « unión nacional » ● El espectro de un « titismo chino » ● Nuevo equilibrio mundial ● Los « combatientes de la paz » ● Empate en la guerra fría

704 páginas

45 F

Ruedo ibérico

6 rue de Latran París 5
Ayuntamiento de Madrid

En el sumario de este fascículo :

Anchón Achalandabaso : El epílogo del Consejo de Guerra de Burgos ● ● Herbert R. Southworth : Los biblióforos : Ricardo de La Cierva y sus colaboradores ● ● ● Jesús Sancho y Carlos Clot : La economía española en 1969 ● Jean Becarud : La acción política de Gil Robles (1931-1936) ● Luis Ramírez : Franco, la continuidad en el cambio ● ● ● José Martín Artajo : Drama del cristiano caballero y heroico ejemplo de soldados don Gaspar Mascarón llamado el Bueno ● ● Joaquín Casaldueiro : Por fin, sin esperanza ● ● ● José María Blanco White : Cartas de España ● ● ● Fernando Claudín : La revolución inoportuna (España 1936-1939)

En los próximos números :

Verena Martínez Alier : El honor de la mujer en Cuba en el siglo XIX

Xavier Domingo : Erótica hispánica

Franz Borkenau : Conclusiones a un libro

Prix : 14 F